00101843

Digitized with financial assistance from
Observer Research Foundation
on 17 May, 2019

PP.6.2.

OBRAS

DE CHRISTÓBAL DE CASTILLEJO,

SECRETARIO

DEL EMPERADOR D. FERNANDO.

101843 a

POR DON RAMON FERNANDEZ.

TOMO XIII.

LIBRARY OF THE BOMBAY BRANCH OF THE ASIATIC SOCIETY

MDCCXCII.

EN MADRID EN LA IMPRENTA REAL.

0
864
Cas/Obr
L01843

[illegible]

00101843

RIMAS

DE CHRISTOBAL DE CASTILLEJO.

LIBRO TERCERO

DE OBRAS MORALES Y DE DEVOCION.

Mal engañado me has,
Mundo ya siento tus daños,
Hasme llevado treinta años,
De lo que me pesa mas,
Jugaste con mi moneda
Sin poner tu solo un tanto,
Con pérdida me levanto,
Por no perder lo que queda.
Mas con todo mi dolor
Alegre quedo al partir,
Con que te podré decir,
Hallá quedarás traidor,
No tengo de que alabarme,
Mas tu quedarás corrido
De verte que me has perdido,
Donde pensabas gozarme.
Muy gran peligro y afrenta,
Es morir la libertad,

Quedando la voluntad
Viva, rebelde y exênta.
Vos virgen, de cuya cuenta,
Es razon que esto se escriba,
Haced que muera la viva,
Porque la muerta consienta.

Querella contra Fortuna.

Se ya contenta fortuna,
Ten ya segura tu rueda,
Cesa ya, pues no me queda
Bien ni esperanza ninguna,
Ni mal que venir me pueda.
De bienes me has despojado,
Y de males rodeado,
Fuera de toda medida,
Y hasme dexado la vida,
Porque viva lastimado.
Quieres mostrar contra mí
Tan crudamente tus sañas,
Y no miras que te engañas,
Y que te ofendes á tí
En lo mucho que me dañas.
¿Por qué del mal que querello,
Así te plugo hacello?
Y de tal tinta pintallo,
Que aunque quieras remediallo,
Ya no bastas para ello.
No me queda en conclusion,

Si no el alma que perder,
Do no basta tu poder,
Que de tu jurisdiccion
La quiso Dios defender.
Que de dilatar mi muerte,
No tengo que agradecerte
Pues la vida que dexaste,
Ya sé que la desechaste
Por la mas astrosa suerte.

De cuya causa mis quejas
En mi corazon escritas,
No menos son infinitas,
De tí por lo que me dexas,
Que son por lo que me quitas.
Y si algun bien me heciste,
Tan presto te arrepentiste,
Que ya no lloro cuitado,
Por ver que me lo has quitado,
Si no porque me lo diste.

Y así no quedo dudoso
En esta mi desventura,
Viendo el bien quan poco dura,
Que aquel es mas venturoso
Que nunca tuvo ventura.
Que do tu felicidad,
(Mudado en adversidad)
Se vuelve en otro color,
Muy mayor es el dolor,
Que fué la prosperidad.

Mas ya que así me querias

Mostrar sañuda tu cara,
Que llevaras te bastara
Lo que tu dado me habias,
Y lo demas me quedara.
Pero jugaste conmigo,
A guisa de falso amigo,
Prestándome al gallarin,
Porque quedase á la fin,
Lo de ambos á dos contigo.
Honra que tuve y favor,
Y crédito y confianza
Muy gran cavida y privanza
A cerca de mi señor,
Y no pequeña esperanza.
Amigos otro que sí,
Y otras cosas que perdí,
Por tu mano se me dió,
Pero la libertad no,
Que con ella me nací.
Y que todo lo llevaras,
Salvo aquello, tuyo era,
Que aunque desnudo me viera,
Si esta sola me dexaras,
En muy poco te tuviera.
Pero la libertad muerta,
Así cerraste la puerta
Del remedio á mi cautivo,
Que ya mientras fuere vivo,
No la espero ver abierta.
Que aquel á quien bienes das,

Y despues es mal andante,
Porque nunca se levante,
Tan poco puede ir á tras,
Como pasar adelante.
De este arte le descabezas
La libertad quando empiezas,
Y lo dexas atajado,
Dandole mate ahogado,
Entre medias de sus piezas.
  O libertad deseada,
De quien te tiene perdida,
Hasta allí no conocida,
Y despues siempre llorada,
¡Lastima es que no se olvida.
Joya no bien apreciada
Por ningun oro comprada
Y mucho menos vendida,
Quien te pierde sin la vida,
La muerte gana doblada.
  De estos daños de tu mano,
Cuya memoria me atierra,
Porque el remedio se cierra,
El menor y mas liviano,
Me hace muy cruda guerra.
Mas hay otro que sentí
Sobre quantos van aquí,
Que por mas me lastimar,
Consentiste revelar
Mis amigos contra mí.
  Do con Job podré llorar,

Y con David cantaré,
Que aquel á quien mas amé,
En lugar de me ayudar,
Mas adversario me fué.
Que si mi enemigo fuera
De quien daño me viniera,
Fuera caso sufridero,
Pero de quien bien espero,
Es cosa muy lastimera.
  Así que queda sabido,
Y por mi mal bien probado,
Fortuna que me has buscado,
Quantos males has podido,
Y de ninguno guardado.
Y que por todas las vias
En que dañarme podais,
Quisiste mi perdimiento,
Condenando el pensamiento,
A llorar noches y dias.
  Causa me da que te arguya,
Mi justa queja rabiosa,
Siendo yo tan poca cosa,
¿Qué poquedad fué la tuya
Mostrarte tan poderosa?
Contra castillo tan triste,
Mucha pólvora metiste,
Y maravillado estó,
Estando tan baxo yo,
Quan en lleno me cogiste.
  Y tu no bien satisfecha,

Con tenerme ya deshecho,
Aun continuas mi despecho,
No sé de que te aprovecha,
Pues ya no soy de provecho.
Dexaste por mi enemiga
Que de contino me siga,
A mi memoria conmigo,
Que por do quiera que sigo,
Acordando me fatiga.
Tus vanos bienes de ayer,
Que hoy son causa de pesar,
No me dexan olvidar,
Quan buenos son de perder,
Y quan malos de ganar.
Das ansias en deseallos,
Trabajos en alcanzallos,
Congoxas en poseellos,
Mil dolores en perdellos,
Y el mayor es acordallos.
O cara desvergonzada,
Halagueña, lisongera,
Aquel te muestras de fuera
Mas alegre y mas pagada,
Que mas sañuda te espera.
Amiga de novedad,
Tu falsa seguridad,
Es como la paz de Judas,
Que al mejor tiempo te mudas,
Y cambias la voluntad.
Aquel que á favorecer

Comienzas yà á levantar,
Sabes le tambien cegar,
Que le haces entender
Que no le puedes faltar.
En quanto pone la mano,
De todo se halla ufano,
No juega de balde treta,
De mil cazadas que meta,
Ninguna le sale en vano.

Hácesle de su caida,
Tan seguro y descuidado,
Y de tí tan confiado,
Que de todo punto olvida
Que puede verse burlado.
Dástele, tan sosegada,
Que no temiendo de nada,
Piensa tenerte de juro,
Y quando está mas seguro,
Revuelves con tu celada.

Tan sin recelo vivimos,
Que aun ya despues que te vemos
Mudada, no lo creemos,
De los medios nos sentimos,
Pero no de los extremos.
Y mirando lo de atras,
Pensamos que volverás
A lo mismo que solias,
Hasta que de dia en dias,
Te vas alejando mas.

Caminas por nuestros males,

Siempre en ellos te afirmando,
Y los bienes desviando,
Mostrando claras señales,
Que eres vuelta de otro bando:
Quanto pensamos despues,
Todo nos sale al reves,
No jugamos buena pieza,
Ni nos basta la cabeza,
Do nos bastaban los pies.

Do queda que tu poder,
Es fortuna general,
Para bien y para mal,
Mas del mal, por mal hacer,
Usas como principal.
Porque muchos abaxaste,
Que despues no levantaste,
Pero de los que subiste,
A muy pocos sostuviste,
Que al fin no los derribaste.

Es tan grande tu grandeza,
Que á toda grandeza sobra,
Y toda baxeza cobra,
Y sobre naturaleza,
Infinitas veces obra.
Porque en subir y baxar,
Puedes queriendo alcanzar
Donde el mismo pensamiento,
Haciendo torres de viento,
Apenas puede llegar.

Y con quanto poder tienes,

Muy pequeño lo tuvieras,
Si solamente pudieras
Despojarnos de los bienes,
Y en mas no te entremetieras.
Mas eres tan atrevida,
Cruel y descomedida,
Que despojados los hombres,
Les roba tambien los nombres
Viendolos ir de vencida.
  Mejor es nombre de bueno,
Como Salomon lo reza,
Que multitud de riqueza,
Y de este haces ageno,
Al que abaxas á pobreza.
Siendo el mismo que solia,
¿Qué es del nombre que tenia?
Porque suya ya no eres,
Lo pierde, al tiempo que quieres,
Deshacer la compañia.
  Si buenas obras obró,
No le son galardonadas,
Y muchas cosas pasadas,
Que por virtudes usó,
Por vicio le son contadas.
Haces por serle cruel,
Que del amigo mas fiel
Reciba menos consuelo,
Y que las piedras del suelo
Se levanten contra él.
  Sea exemplo Cipion,

Despues de tantas hazañas,
Conquistadas las Españas,
Y librada su nacion,
De Anibal y de sus mañas:
Despues de aver sojuzgado,
A Cartago, á su Senado,
En lugar de galardon,
Acusado por ladron,
En fin, murió desterrado.
 Pues su contrario Anibal,
Que por honra de su tierra,
Haciendo llana la sierra,
No popando ningun mal,
Sostuvo tan luenga guerra:
De sus mismos ciudadanos,
Prometido á los Romanos,
Buscando ageno favor,
Reputado por traidor,
Muerte tomó por sus manos.
 Y abaxando desde aquí
A otros que ménos fuéron,
¿Quantos hay, que recibiéron
Grandes favores de tí,
Que ganando, se perdiéron?
Que á la corta que á la larga,
Al que tu dulzor embarga,
No se te escapa ninguno,
Que en su estado á cada uno
No te le muestres amarga.
 Por prueba de mi intencion,

Bastan estos alegados,
Que los de tí lastimados,
Sin ningun número son
De diferentes estados:
A los quales no asegura,
Razon, bondad, ni cordura,
Ni seso, maña, ni arte;
Porque alegas por tu parte,
No hay razon sino hay ventura.

Y esto bien considerado,
Muy bien puede ser tenido
En tu mudable partido,
El perdido por ganado,
Y el ganado por perdido.
Pues no sabes ser igual,
Ni guardas en especial,
Orden, de como, ni quien:
Y tu mal puede ser bien,
Y tu bien puede ser mal.

Pues bien lo considerando,
¿Qué mayor mal tras tí yendo,
Podemos tener viviendo,
Que es estar siempre esperando,
O de continuo temiendo?
Y con tal conocimiento,
Pienso que mi perdimiento,
No fué pequeña ganancia,
Por quedar en pobre estancia,
Ya de tí libre y exênto.

Que en el mal en que me veo,

Por muy crecido bien hallo,
Ni tenello ni esperallo,
Y refrenarse el deseo,
Con miedo de deseallo.
Y aunque tengo que llorar,
Tengo con que me alegrar,
Que tengo con no tener
Seguro de no perder,
Pues no tengo que ganar.

Caso que mi desconsuelo
Muchas veces me desvela,
Una cosa me consuela,
Que no puede venir duelo,
Que ya lo medio me duela.
Mas mal del que recibí,
Ya no le temo de tí,
Ni yo espero de tí nada,
De suerte que es acabada
Tu posesion sobre mí.

Y de hoy mas yo me despido,
Con temor de tus mudanzas,
De tus vanas esperanzas,
Ni te quiero ni te pido,
Ni temo tus asechanzas.
Todo quanto puedes dar
De placer y de pesar,
Ya sé quan presto se pasa,
Y que la mas larga tasa,
No puede mucho durar.

En aquel bien soberano,

Es de poner la esperanza,
Que si una vez se alcanza,
No se suelta de la mano,
Ni se teme de mudanza:
Do el dador de la riqueza
Usa de tanta largueza,
Y de términos tamaños,
Que delante de él, mil años
Son un dia en ligereza.

De tal órden se mantiene,
Sin igual merecimiento,
En tener contentamiento,
Que el que ménos gloria tiene,
Está del todo contento:
Do los servicios pasados,
Trabajos, penas, cuidados,
Bien padecidos acá,
Sin achaque son allá
Satisfechos y pagados.

Final.

Y pues hemos de morir,
Que no se puede escusar,
Escusado es porfiar
En de contino seguir,
Tras lo que se ha de acabar.
Y tú mudable fortuna
Si es verdad que eres alguna,
Dañar puedes en el mundo,
Que allá en el otro segundo
No nos serás importuna.

Consolatoria estando con mil males.

Quando las angustias mias
Mas se esfuerzan contra mí,
Que es al tiempo que los dias,
Juntan con las noches frias
La postrer parte de sí.
Quando á los que están sin pena,
Sin pasion, y sin cadena,
Qual yo no me pienso ver,
Les causa nuevo placer
La nueva noche serena.
Si no á mi que quebrantado,
De las fatigas del dia,
Quedo con nuevo cuidado,
De sufrir el mal doblado,
Quando la luz se desvia:
Cercado de mil dolores,
No de burlas ni de amores,
Los quales gran tiempo ha
Rindiéron sus armas ya
A los trabajos mayores.
Estando muy descontento,
Dentro de mi corazon,
Luchando con mi tormento,
Y movido el pensamiento
á gran desesperacion:
No se decir si dormia,
O si me lo parecia,
Bien se que lo procuraba,

Y que el dolor lo estorbaba,
Necesidad lo pedia.
A caso súpitamente,
Si vale mi parecer,
Vi delante mi presente,
Una persona excelente
En figura de muger:
De limpieza guarnecida
Con gravedad no fingida,
Honestidad extremada,
De tocas blancas tocada,
Y azules ropas vestida.
Espantéme á la verdad,
Entre mi mismo turbado,
De ver con tal novedad,
Muger de tal calidad
En tiempo tan no pensado.
Y mirando mas en ella,
Pareciome conocella,
Y habella visto sin duda,
No con tocas de viuda,
Sino en cofia de doncella.
Mas porque la dilacion
No fuese mas que debia,
Con la tal admiracion,
Hice disimulacion
De aquella mi fantasia,
Y dixe: ¿quién es señora
Vuesa merced que á tal hora
Me venis á visitar?

¿Quién os traxo á este lugar,
Do placer ninguno mora?
Porque si placeres fuéron
Los que tales se pensáron,
De dos suertes me mintiéron,
Unos que nunca viniéron,
Otros que ya se pasáron.
Y ha me quedado tristeza,
Vejez, cansancio, flaqueza,
Indignacion y amargura,
Queja, dolor, desventura,
Enfermedad y pobreza.
Atajó mi querellar
La dueña con su prudencia:
Que con gracia singular
Dixo, dexad el pesar,
Tened hermano paciencia.
Porque yo por relacion
De vuestra tribulacion,
Vengo por vuestro consuelo,
Enviada desde el Cielo,
Llámome Consolacion.
Mi comision es poner
En vuestro mal medicina;
Pero será menester,
Disponeros á tener
Atencion á mi doctrina:
Y hacer que el sentimiento,
De lugar al sufrimiento,
Y olvide un poco su llaga,

Para que la razon haga
Su ley sin impedimento,
  Bien sea vüesa excelencia
Venida , respondi yo,
Que puede con su presencia,
Saber y benevolencia,
Sanar á quien enfermó.
Mas hállome tan cobarde
Para salir en alarde,
Que estoy con mucho temor,
Que este socorro y favor
Ha ya llegado muy tarde.
  Porque tengo ya creido
Que á mi desconsolacion
Estando yo tan rendido,
No hay otro ningun partido,
Sino desesperacion.
La qual me quita cuidado.
De andar siempre desvelado,
Tras el remedio á buscarlo:
Y es alguno no esperarlo
Do no puede ser hallado.
  Que lo que padezco yo
De males nuevos y viejos,
No admite médico , no,
Como gota que añudó
Encima de los artejos.
Porque esta mi triste vida,
Ha sido tan combatida
De miserias y pesares,

Que por docientos lugares
No puede ser defendida.
Caso que tal embaxada
Y con tal embaxador,
Es merced muy señalada,
Que yo no puedo con nada
Ser della merecedor.
Y aunque no traya de hecho
Bien para mí, ni provecho,
Por la sobra de mis males,
Os doy gracias inmortales,
Puesto por tierra mi pecho.
Y suplico os pues que así
Fuistes de verme servida,
Me digais señora aquí,
Como venistes á mí,
Sin ser de mí requerida.
Y que fué la principal
Causa que tan liberal
Se me da vuestra nobleza;
Y movió vuestra grandeza
A moveros de mi mal.
Soy contenta, respondió,
De dar razon suficiente
De lo que ántes precedió,
Y agora me combidó
A la jornada presente.
Y dos causas al fin fuéron,
Las que á venir me moviéron
De diversa calidad,

Fundadas en caridad,
De quien ambas procediéron.
La primera es por razon
Del cargo que Dios me ha dado,
Con poder y comision,
De buscar consolacion,
Al que está desconsolado.
Y son leyes soberanas,
Que á las personas Christianas,
Acuda con medicina
La consolacion divina,
Quando faltan las humanas.
Para la qual no se miran
Las voces del que adolece,
Que lamentan y suspiran,
Segun le pungen y tiran,
Los dolores que padece.
Que el que sabe la intencion,
No juzga por la pasion,
De aquella querella loca,
Los clamores de la boca,
Sino los del corazon.
Y por deuda de mi oficio,
Que pide su cumplimiento
No por privado servicio,
Os hago este beneficio,
Sin vuestro requerimiento.
Y así viendo ser llegada
La sazon aparejada,
Vengo, queriéndolo Dios,

A veros, sin ser de vos
Con voz expresa llamada.
La segunda razon que
Me ha dado causa de veros,
Es obligacion de fe,
Que privadamente sé
Mucho tiempo ha teneros:
Desde aquella primavera
De vuestra vida primera,
Quando todo parecia
Verde y llena de alegría,
Quanto acerca de vos era.
Quando yo desde la cuna
Criada con gran pujanza,
Era en estos mundos una
Mensagera de fortuna,
Y me llamaba Esperanza.
Y bien se os acordará,
Que veinte y siete años ha
Siendo vos de veinte y tres,
Y algunas veces despues,
Os visité por acá,
Yo confieso que moví
Vuestro nuevo pensamiento
A pensar mucho de sí,
Y con mis soplos enchi
Vuestra cabeza de viento:
No con falta de verdad,
Con cautela ó falsedad,
Sino por lo que creia,

Juzgando por lo que via
De aquella oportunidad.
Y vuestro seso cebé
De mi virtud á la clara,
Alterada os alteré,
Engañada os engañé:
¿ Pero quién no se engañara?
Viendo os en casas reales
A par de los principales,
Y en gracia de vuestro dueño:
Si ha salido todo en sueño,
Engañáron las señales.
De lo qual está sabido
El gran daño que os alcanza
Por el tiempo así perdido,
Cuerpo y seso consumido,
Tras tan incierta libranza:
Y de tal loca porfia,
De todo fruto vacía,
Bien que fué como se muestra
La pérdida toda vuestra,
Mas la afrenta es toda mia.
Vos perdistes sin razon,
Sobre esta vana heredad,
La edad y la opinion,
De venir en posesion,
Yo perdí la propiedad.
Pero para lo futuro,
Vos podeis estar seguro
De semejantes errores.

Y tener ya mis favores,
Por mas cierto que de juro.
  Atónito me tenia.
Con su hablar mesurada,
Y aquello que me decia,
Los ojos me enternecia
Con la memoria pasada:
Pensando con diligencia,
En la muy gran diferencia
De aquellos tiempos floridos,
Y en las cuitas y gemidos
De esta mi pobre presencia.
  Y con angustia le digo;
O señora y quan aviesas
Mostró sus obras conmigo
El tiempo que por testigo
Quedó de vuestras promesas:
El qual sin ningun cuidado,
De cumplir vuestro mandado
Se echó adormir como muerto,
Y si á caso le despierto,
Vuelvese del otro lado.
  Y con su mucho tardar,
Enfademe tanto de ello,
Que cansado de esperar
Quanto ya me puede dar
No lo estimo en lo que huello.
Y oxala se contentara,
Que yo privado quedara
De todas mis esperanzas,

Y otras nuevas mal andanzas
A ello no me juntara.
  Y pues aquello faltó
Tenido por verdadero,
Y á vos misma os engañó,
¿Qué esperanza podré yo
Tener de lo venidero?
Si en aquella edad florida,
Vuestra fe tan prometida
No tuvo seguridad,
¿Quál será la de esta edad,
Ya por el suelo caida?
  Respondió con sufrimiento,
Y díxome, hermano mio,
Estad ya de hoy mas atento,
Y guiad el pensamiento,
Al lugar do yo lo guio.
Y no os desasegureis
De la prenda que teneis
Ya de mi para adelante,
Por el exemplo que ante
De lo contrario poneis.
  Que si mucho os prometí,
Y al cabo salio fruslera,
Caso que así lo creí,
No pequé solo por mí,
Sino como mensagera.
Fortuna sorda sandia,
Yo ciega de su ufania,
Ambas hembras y sin ser,

¿Qué podimos prometer
Que no mienta cada dia?

Especial que son profanas
Las cosas que prometemos,
Temporales y mundanas,
Perecederas y vanas,
Sujetas á mil extremos.
Y no solo prometidas,
Mas despues de poseidas,
Fortuna con su locura
A nadie las asegura,
Que no puedan ser perdidas.

Quanto mas que sus favores
Ya que conociesen leyes,
Tienen por executores,
A solos Emperadores,
Papas, Príncipes y Reyes.
Los quales ó por error,
Por olvido ó desamor,
Como son hombres tambien,
No tienen respeto, á quien
Es de ello merecedor.

Do viene ver, mil astrosos,
Indignos, ásperos, fieros,
Levantados, poderosos,
Y á buenos y virtuosos,
Hacerse mil desafueros.
Y sin temor ni recelo,
Empinadas hasta el cielo
Personas no merecientes,

Y á otros hombres excelentes,
Derrocados por el suelo.
Porque con la ceguedad
Que es de los Príncipes lonja,
Oyendo poca verdad,
Tienen ya la voluntad
Sometida á la lisonja.
Esta los ablanda y liga,
Y la otra su enemiga,
Necesidad los enfrena,
Pero la virtud agena,
Pocas veces los obliga.
Y siendo tambien tocados
De desagradecimiento,
Muchas veces los criados,
Son al fin remunerados,
Como lo sois en el viento.
Porque liberalidad,
Y oficios de caridad
Donde reina ingratitud,
No se hacen por virtud,
Sino por necesidad.
Y así mirando el profeta
Esta vanidad tan loca,
A toda gente discreta,
Como con una trompeta,
Amonesta con su boca.
Escribiendo en versos claros,
No cureis de confiaros
De los Príncipes mortales,

Hijos de hombres terrenales,
Porque no *pueden salvaros.*
Y yo viendo ser así,
Y las trampas y accidentes
De la vivienda de aquí,
Con tiempo me recogí,
Por no engañar á las gentes.
Y con el favor divino,
Eché por otro camino,
Mudado mi propio ser,
Por no tener que hacer
Con pueblo tan serpentino.
Agora si os placera,
Volvamos á lo pasado,
Porque fui venida acá,
Que en mi memoria no está,
Aunque suspenso, olvidado.
Y decidme si os agrada
¿Qué fué la causa fundada,
Que desque Dios nos crió,
En el mundo que fundó,
Y nos hizo de no nada?
¿No quiso ni fué contento,
Que ningun hombre estuviese,
En paz con su pensamiento,
Ni tuviese cumplimiento,
De todo lo que quisiese?
¿Si no porque esté dudoso,
Recatado y sospechoso,
Y nunca llegue á pensar,

Que hay en el mundo lugar
De verdadero reposo?
Ni piense jamas tener
En esta mortal morada
Algun perfeto placer,
Pues aun la vida ha de ser
Por poco tiempo prestada.
Si no que todas sus cosas
Esten siempre sospechosas,
Pendientes de las del cielo,
Y de allí espere el consuelo
Quando le son trabajosas.
Y en este sentido van
Las palabras á la clara,
Que se dixéron á Adan,
Comerás de hoy mas tu pan,
En el sudor de tu cara.
Mostrándonos que el cuidado
A trabajos obligado,
Afan, cansancio, dolencia,
Son la natural herencia,
Y lo demas es prestado.
Pero Dios con su largueza,
Con que nos gobierna y sana,
Usó de mayor grandeza,
Conociendo la flaqueza
De la condicion humana.
Y mostrando su clemencia,
Quiso que aun acá en presencia
Hubiese consolaciones,

Para aliviar las pasiones,
Y entretener la paciencia.
Porque el hombre mas dichoso
Y mas bienaventurado,
Sano, sabio, virtuoso,
Bien dispuesto, generoso,
Mancebo, rico, letrado;
Quando bien se mirará
Con queja se hallará,
De cosas que le fallecen,
¿Que harán los que carecen
De todo quanto aquí va?
Y pues por fuerza es haber,
Mil cosas que se deseen:
Es medio, y es menester
Consolarlas á mi ver,
Con otros que se poseen.
Y siguiendo esta razon,
Si interviene discrecion,
Por mano de Dios regida,
Imposible es que la vida
Esté sin consolacion.
Con un honesto recado,
De vida mansa segura
Puede estar aconortado
Un hombre que á mas estado
No le subió su ventura:
Con la virtud de la ciencia
Se consuela y con prudencia,
La falta de juventud,

Y la mengua de salud,
Con ventaja de conciencia.
Bien que el dolor corporal
Mientra punge y atormenta;
En esta vida mortal,
Es de los males el mal
Que mas quebranta y afrenta.
Mas la desesperacion
De que hecistes mencion
Nunca permitais que os venza,
Porque es terrible vergüenza,
Del Christiano corazon.
La falta de habilidad,
Con bondad está pagada:
Y á la generosidad,
La valerosa humildad,
No le queda á deber nada.
Las gracias y gentileza,
Del cuerpo y la fortaleza,
No son de mas cuenta y peso,
Que las del ingenio y seso,
Ni tienen tanta firmeza.
La falta de la esperanza,
Paciencia la recompensa:
Y do riqueza no alcanza,
Moderacion y templanza,
Son suficiente defensa.
Mayormente si miramos
En lo que desperdiciamos,
Y superfluo que se gasta,

Y lo poco que nos basta,
Y lo mucho que buscamos.
  Así que todos los males,
Y faltas por mas que duelan
Con recompensas iguales,
De otros beneficios tales,
Se aconortan y consuelan.
Y la pasada vitoria
Con la presente memoria,
Y la mala y triste suerte
Con el fin de buena muerte,
Y la muerte con la gloria.
  Con ánimo placentero,
Estando gozando yo
De este sueño verdadero,
Despertóme un ballestero
Que de lado me tiró.
Y hálleme sin la dama
En mi solitaria cama
Harto ledo y consolado,
Mas sujeto y obligado,
Al tormento que me llama.

Final.

  No faltes esfuerzo,
Que males y afan
Su fin se ternan.
  Si vos penas mias
Consuelo quereis,
Exemplo teneis

En Job y Tobias.
Los miseros dias
Que vienen y van
Su fin se ternan.

DIALOGO
entre Memoria y Olvido.

Olv. ¿Dime tú, memoria, dí,
Que presumes sin derecho,
Por qué causa el mundo á tí
Loa y precia mas que á mí,
Que le soy de mas provecho?
Tú con tu importunidad
Les causas guerra contina;
Yo paz y tranquilidad,
Eres les enfermedad,
Yo salud y medicina.
Mem. ¿Quién eres tu desastrado
Que hablas tan atrevido?
Olv. Soy un pobre desechado
De todo el mundo olvidado,
Y así me llaman Olvido.
Soy libre de condicion,
Que á penas conozco dueño,
Y contrario á tu opinion,
Porque no tomo pasion
De nada ni pierdo el sueño.
Mem. Siendo pues eso verdad

Que eres quien dices, amigo,
Que locura y liviandad
Es querer tú, en dignidad
Cotejarte aqui conmigo:
Y que por una medida
Pienses tú de ser medido
Con mi valor, en la vida,
Siendo yo virtud sabida,
Y tú vicio conocido.

Olv. Se tú quien tú te quisieres,
Que no me doy una paja,
Pues con todo quanto fueres
En provechos y placeres,
No te conozco ventaja.
No te esfuerces ni te ayudes
De fieros y fantasias,
Vengamos á las saludes,
Saca á plaza tus virtudes,
Yo tambien diré las mias.

Mem. No seas tan insolente
Olvido desvergonzado,
Porque Dios entre la gente,
Potencia mas excelente
Que yo soy, no la ha criado.
Bien sé que la alma por ser
Sempiterna es principal:
Pero yo con mi saber,
Casi llego á parecer
Tambien cosa celestial.

Olv. Si por celestial te tienes,

Memoria subete al cielo,
Donde vas y de do vienes,
Que yo no pido mis bienes,
Sino en este dulce suelo:
Donde sin ningun cuidado,
De cosas mias ni agenas,
De presente ni pasado,
Soy exênto y reservado
De tus congojas y penas.

Mem. No sabes tú que yo soy
Entre las cosas criadas,
La que en toda parte estoy
Y que con mi lumbre doy
Ser y vida á las pasadas.
Mediante lo qual tenemos
Noticia de ellas tan cierta
Como de las que sabemos,
Y con nuestros ojos vemos
Cada dia ante la puerta.

Pues los puntos y primores
De tantas ciencias y artes,
De que tan graves autores,
Y de tan diversas partes
Fuéron y son inventores.
La verdad y autoridad,
De todo quanto pasó
En la vieja antigüedad,
¿Quién las hace en esta edad
Manifiestas sino yo?

¿Quién hace vivir la fama

De los excelentes hombres
Que tan lejos se derrama,
Y á muchos otros inflama
En la invidia de sus nombres?
Sino yo que si durmiese,
Y con virtud y fortuna,
La cuenta se me perdiese,
No habria quien se moviese
A gentileza ninguna.
Pero la gloria mediante
De los exemplos famosos,
Que yo les pongo delante,
Convida á que se levante
El alma á los virtuosos.
Para estar siempre despiertos,
Menospreciando el morir,
Siendo seguros y ciertos,
Que por mi despues de muertos
Comenzarán á vivir.

Olv. Quizá que concederia
Por complacerte memoria,
Y templar nuestra porfia,
Que de esa tu fantasia
Llevases alguna gloria.
Si de los hechos pasados
Acordases solamente,
Los dignos de ser loados,
Excelentes, señalados,
Para exemplo de la gente.
Mas tambien haces mencion,

Y llevas de mano en mano,
Por exemplos y razon,
De Caligula y Néron,
Como de Augusto y Trajano.
Tambien cuentas del ladron
Malo, como del bien quisto,
Y nos das informacion
Tambien, de la condicion
De Judas, como de Christo.

No te hinchas pues los senos
De esos gozos y regalos,
Y si por exemplos buenos
Haceis provecho, no ménos
Haceis daño con los malos.
Porque el mundo pecador
A todo vicio inclinado;
Siempre sigue lo peor,
De manera que es mejor,
Quedar comigo callado.

Mem. Calla miserable olvido,
Hijo de la misma muerte,
No compares tu partido,
Que ser tuyo ó no haber sido,
Todo casi es una suerte.
Y ven en conocimiento,
De mi gracia y excelencia,
Que yo soy de nacimiento,
Hija del entendimiento,
Madre de la providencia.

Mi cuidado y mi saber,

Que no se duermen ni trocan,
Dan aviso en proveer
Todo lo que es menester
De las cosas que nos tocan.
Yo hago que el hombre entienda,
Con vigilancia y cuidado,
En su honra y su hacienda,
Y con cordura defienda,
Lo con fatiga ganado.
Yo doy lumbre á los errores,
Que tú causas y procuras,
Alumbro á los oradores,
Letrados, predicadores,
Que sin mí, quedan á escuras.
Quito los inconvenientes,
Y por medio de testigos
Pongo paz entre las gentes,
Y hago que estén presentes,
En ausencia los amigos.
Olv. Todo eso es la verdad,
Y esta memoria muy claro,
Y sería en calidad
De no poca utilidad,
Sino costasen tan caro,
Pero hagote saber,
Que el que de mucho se acuerda,
Jamas pudo carecer
De algun duelo ó desplacer,
Que le aflija y que le muerda.
Las dulces cosas pasadas

Acordadas dan pasion,
Y las duras y pesadas
Tambien no siendo olvidadas,
Aprietan el corazon.
Y quando nos apartamos
Del lugar do bien quisimos,
Quanto mas nos acordamos,
Tanto mas y mas lloramos,
La soledad que sentimos.
Alegas el buen servicio
Que haces á los humanos,
Pero de este tal oficio,
Poco ó ningun beneficio
Se les sigue de tus manos.
Que á los que vienes y vas
Con avisos singulares,
Y á los que visitas mas,
Por un placer que les das
Les causas treinta pesares.
Por tu medio, son mayores
Qualesquier adversidades,
Penas y angustias de amores,
Y otros qualesquier dolores,
Pérdidas y enfermedades.
Todos los males serían
Menores si tú cesases,
Y los que pena ternian
El descanso que querrían,
Si tú no los atizases.
Enojos, enemistades,

Iras, bravezas y furias,
Bandos y parcialidades,
Y vanas prosperidades,
Odios, afrentas, injurias,
Qüistiones, guerras, batallas,
Y cosas de este tenor,
Tú entiendes en despertallas,
Y yo entiendo en olvidallas:
Mira qual es lo peor.
  Y porque esta competencia
Ya Memoria se concluya,
Yo te digo ten paciencia,
Que hallo gran diferencia
De mi virtud á la tuya.
Porque es muy mas eficaz
Para el cuerpo y para el alma,
Pues durmiendo á su solaz,
Los placeres tienen paz,
Y los pesares en calma.
  Y que al fin soy una cosa,
Sino lo quieres negar,
Que allende de ser sabrosa,
Muchos por ser tan preciosa,
No la pueden alcanzar.
Por lo qual si se hiciese
Mercado de tí y de mí,
No dudo, dama que hubiese
Quien por onza de mí, diese
Mas, que por libra de tí.
  En qualquier cosa perdida

Que no puede ser cobrada
Tú renuevas la herida,
Yo soy solo en esta vida
Medicina señalada.
Por tanto Memoria amiga,
Piensa que estas en error,
Y si no te da fatiga,
Que mi mote te lo diga.
Olvidar es lo mejor.

DIALOGO

y discurso de la vida de Corte.

Interlocutores.

LUCRECIO Y PRUDENCIO.

Lucr. No sé que camino halle
Para tener de comer,
Y conviéneme buscalle
Que á la fin es menester.
Pese á tal,
Que veo que cada qual
Pone todo su cuidado
Por ser rico y principal,
Y no vivir afrentado
Con pobreza,
La qual, aunque no es vileza,
Segun el dicho vulgar,

Es lo al fin, si por pereza
Dexa el hombre de llegar
A ser algo,
Yo pobre gentil hidalgo,
De bienes desguarnecido,
Si por mí mismo no valgo,
Siempre viviré caido
Sin reposo,
Que al mancebo virtuoso,
Obligado á mas valer,
Para vivir deseoso,
Mas le valiera no ser
Entre gentes.
Pues confiar de parientes,
El que no tiene de suyo,
Mas cerca tiene sus dientes,
Y es gran cosa, ave de tuyo.
No hay hermano,
Ni pariente tan cercano,
Ni amigo tan de verdad,
Como el dinero en la mano,
En qualquier necesidad.
Qualquier cosa,
Facil ó dificultosa,
Se alcanza con el dinero,
Y se nos muestra graciosa,
Donde el va por mensagero,
Del deseo,
No hay tan despierto correo,
Ni cosa que haber se pueda,

Aunque venga de voleo
A cumplirse do hay moneda,
Sin que pene,
Por ella aquel á quien viene,
Mas el pobre pena y muere,
Porque quien dineros tiene,
Dicen hace lo que quiere.
Y así va,
El mundo, do nunca habrá
En este caso mudanza;
Que nadie vale mas, ya
De quanto tiene y alcanza,
Como vemos,
En mil ruines que sabemos,
Presumen de caballeros,
De quien gran caso hacemos,
Por solo tener dineros,
Y poder,
Y otros que por carecer
De estos bienes temporales,
Ninguno los quiere ver
Siendo nobles y leales,
De manera,
Que me es fuerza, aunque no quiera
Por no dormir en las pajas,
Buscar camino ó carrera,
De mejorar mis alhajas,
Y salir,
Por el mundo á descubrir
Sin volver la cara atras,

Algun modo de vivir
Para venir á ser mas.
Mas primero,
Segun hace el marinero
Quando sale de arrancada,
Es de ver, á donde quiero
Enderezar mi jornada,
Y mirar,
Desde luego á encaminar
La nave á seguros puertos;
Pues dicen, que al enhornar
Se hacen los panes tuertos,
Que despues,
Que el barco da de traves,
La enmienda suele ser dura,
Y así el bien acertar es,
Do consiste la ventura.
Yo mancebo,
Si agora que el tiempo nuevo
De escoger, me da lugar,
No lo acierto como debo,
Siempre tendré que llorar.
Ocho estados,
Suelen ser los mas usados,
Del vivir entre los buenos,
Los quales aquí notados,
Escogeré por lo ménos
Uno honroso,
A vueltas de provechoso,
Sin lo qual no hay nada hecho,

Cosa que es dificultoso,
Juntar honra con provecho.
Oficial,
No me parece muy mal,
Si el nombre no fuese vicio,
Que aunque es suyo el delantal,
Quien ha oficio, ha beneficio,
Y es seguro,
Como hacienda de juro,
Do quier que el hombre se vea,
Mas la honra que procuro,
Lo excluye por cosa fea.
Mercader,
Es cosa á mi parecer,
Tambien de harta ganancia,
Y que lo puede bien ser,
El que tuviere sustancia
Para ello,
Y así yo no puedo sello,
Ni aun de agujas y albaquias,
Si de orejas y cabello
No hago mercaderías.
Mas no sé,
Si ya que tuviere que
Vender y sacar en tienda,
A á mi verdad y á mi fe
Pornia en tanta contienda,
Y conciencia,
Quanto mas que aquella ciencia
Ya que traiga utilidad,

Tiene á vueltas penitencia,
Y poca seguridad.
Y el sentido,
Vigilante, embebecido,
Con recato y con aviso,
En mil partes repartido,
Y muy poco en parayso.
Pues letrado,
Para vivir de abogado,
O médico principal,
Que demas de ser honrado,
Es oficio interesal,
Bien vernia,
Mas no fué la suerte mia,
Que yo letras aprendiese,
Ni que con tal grangería,
Mi necesidad pudiese
Proveer.
Lejos van de mi saber
Las Leyes y Medicina,
Salvo escribir y leer,
Y mi Latin de cozina.
Pero dado,
Que las hubiera estudiado,
No sé como usara de ellas,
Porque pienso haber pecado,
En la forma de vendellas
A la gente,
Por ser de otras diferente
El uso de estas dos artes,

Vendiéndose comunmente,
Al antojo de las partes,
Sin tasar,
Lo que merecen ganar:
Y así se halla cirujano,
Que ès peor en desollar
Que Falaris el tirano:
El estado,
De la guerra y ser soldado,
Como muchos buenos son,
Es cosa tambien que ha dado
A muchos reputacion
Y dineros.
Señores y caballeros,
Personas de perfecion,
Se precian de ser guerreros,
Y son de esta profesion
Generosa:
Mas veo que es una cosa,
En que anda de pasada
La vida muy peligrosa
Y la horra delicada,
Todo en vano,
Cuyo vivir inhumano
Nunca bien me pareció,
Porque es un pueblo profano,
Que hoy son y mañana no.
Y por via,
De la Iglesia no sería
Mal librado mi partido,

Si de qualquier canongía
Pudiese ser proveido,
Segun veo,
Que lo son á su deseo
Otros de ménos valor,
Que con pompa y con arreo,
Pasan la vida á sabor
Sin cuidado,
Quedándoles reservado
Su derecho so la capa,
De subir de grado en grado,
Hasta llegar á ser Papa.
Qualquier prete,
Mas no se inclina ni mete
A serlo, mi devocion,
Porque loba ni bonete
No son de mi condicion,
Ni me oso,
Tan poco á ser religioso,
Inclinar que bien podria,
Si en ello fuese dichoso
De alcanzar un Abadía:
Mas es larga,
La esperanza y muy amarga
Aquella forma de vida,
Y aun para algunos es carga
Muy pesada y desabrida,
Y el reposo,
Que por defuera es sabroso,
Y convida á tal vivienda,

Para otros achacoso,
Y mezclado de contienda,
Que le atierra.
Pues quien no huelga de guerra,
Ni de oylla, ni de vella,
Fresco está, si se encierra
Do siempre viva con ella
Trabajado,
Despues de todo provado,
Quanto el mundo puede dar,
Y de ello desesperado,
Esto no puede faltar.
Yo si quiero,
Darme como hombre grangero,
Al campo y á la labor,
Y tornarme de escudero
Rico, honrado, labrador.
No haria,
Yerro, pues por esta via,
Los padres del testamento,
Gozaron con alegria,
De grandes bienes sin cuento
Verdaderos.
Pues acá en los ganaderos
Del concejo de la mesta,
De montones de dineros
No se hace mucha fiesta,
Ni caudal:
Mas hay en el hombre un mal,
Que aunque yo quiera hacer

Lo mismo, no hay un real,
Con que por obra poner
Tal afan:
Pues no alcanzo solo un pan,
Casa, ni tierra, ni viña,
(Y como dice el refran)
Ni una roza en la campiña
Que labrar:
Así que cumple pensar
En otra suerte de cosa,
De que yo me pueda honrar,
Y me sea provechosa:
Y no veo,
Para cumplir mi deseo,
Pensando en ello de espacio,
Sin andar por mas rodeo,
Sino acogerme á palacio
De algun Rey,
O Príncipe de mi ley,
Gran Señor, ó gran Prelado,
Sometido como el buey
Mi cabeza á su mandado
Por medrar,
Y en algun tiempo llegar
A ser lo que otros han sido,
Pues hay muchos que notar,
Que por servir han subido,
Dios mediante,
Y su industria vigilante,
A ser grandes de pequeños,

Y algunos tan adelante,
Que son dueños de sus dueños
Y señores,
Con privanzas y favores,
Mas que yo puedo decir,
Y mas riquezas y honores
Que ellos pudieran pedir,
Ni querer,
Ya pues, podrá suceder,
Si mi ventura lo guia,
Que yo tambien llegue á ser
Uno de estos algun dia,
Y así inclino,
A tomar este camino
Mi voluntad sin mas ocio,
Caso que no determino
La execucion del negocio,
Hasta ver,
Cerca della el parecer
De Prudencio mi pariente,
Que con su mucho saber,
Dirá en ello lo que siente
Claro y llano,
Y como fiel hombre anciano,
Me hablará sin engaños,
Quanto mas que es cortesano
De quarenta y tantos años:
Y no siento,
A quien con mas fundamento
Comunique que á este viejo,

Que para mi pensamiento,
Quede con su buen consejo
Descansado,
A la puerta está asentado,
Y es ya despues de comer,
Tomarle he regocijado,
Parlaremos á placer.

Pru. ¿Dónde bueno por acá?
¿Como va señor sobrino?

Lucr. Bien señor Prudencio, va
A ratos y mal contino.

Pru. ¿Cómo así?

Lucr. Porque aunque me veis aquí
Sano y bueno al parecer,
No alcanzo un maravedí,
Ni aun sé de donde lo haber.

Pru. Con salud,
Que teneis y juventud,
No hay riqueza que se iguale.

Lucr. Es verdad, mas la virtud
Sin riqueza poco vale.
Por lo qual,
Como á deudo principal
Vengo á daros señor cuenta
De mi bien y de mi mal,
Para atajar el afrenta
Con que vivo:
Que visto que la recibo
Con lo poco que aquí gano,
He tomado por motivo

De hacerme cortesano,
Y servir,
En palacio por venir
A ser mejor algun dia,
Lo qual pienso conseguir
Mejor por aquella via
Que es honrosa:
Mas porque qualquiera cosa
Que ha de ser bien acertada
Se hace mas ventajosa
Con buen consejo guiada;
Y son raros,
Los buenos consejos claros,
Quiero en esta mi ocurrencia,
Señor Prudencio rogaros,
Que con la mucha prudencia
Que teneis,
Por el bien que me quereis,
Y gran virtud que en vos cabe,
Vuestro parecer me deis,
Como aquel que bien lo sabe.
Pru. Yo Lucrecio,
Bien puedo pecar de necio,
Como otros muchos lo son,
Mas á lo ménos me precio
De verdad y de razon.
Y estas dos,
Quanto al mundo y quanto á Dios,
Allende de lo que os quiero,
Me obligan á ser con vos

Fiel, leal y verdadero.
Claro veo,
Dispuesto vuestro deseo
A la vida de palacio,
Y cosa tan de rodeo
Cumple tomalla de espacio,
Y vagar,
Para podello tratar,
Y pues hay bien que hacer
Debeis os aquí sentar,
Que será bien menester,
Y os prometo,
Y decidme aquí en secreto,
¿Qué es la causa y fundamento,
De aqueste vuestro conceto,
Voluntad y pensamiento
Cortesano?
Porque suele el seso humano
A veces en escoger ,
Errarse y salir en vano
Lo que piensa que ha de ser
Provechoso,
Y lo de léjos hermoso,
Tener de cerca otra vista,
Y engañarse en lo dudoso
Muchas veces por la lista
La opinion.

Lucr. Teneis Prudencio razon,
Yo os confieso ser así:
Pero de esta mi intencion

Yo os diré la causa aquí
Brevemente:
Y es que veo mucha gente
En palacio, que de chicos
Llegan sin inconveniente
A ser muy grandes y ricos
Y dichosos,
Y los veo andar pomposos,
Ufanos y bien vestidos,
Honrados y poderosos,
Privados y favoridos,
Y contentos,
Sin temer los movimientos
De la mar ni de la tierra,
Ni los acontecimientos
Ni peligros de la guerra
Trabajosa:
Y que es la Corte una cosa
Alegre y regocijada,
De provechos abundosa,
Y á vueltas de ellos honrosa,
Y á mi ver,
Aunque dicen no caber
En un saco honra y provecho,
En palacio á su placer
Duermen ámbos en un lecho
Y he pensado,
Que yo que soy inclinado
Al provecho con honor,
No podré en otro estado

Vivir mas á mi sabor.
  Bien me agrada
Esa cuenta, y bien fundada
Va tambien vuestra esperanza,
Si de Dios está ordenada
Vuestra dicha y bien andanza
Sin afan,
Segun el dicho y refran
Que dicen todo es ventura,
Comer en palacio pan
A sabor y con hartura,
Y oxalá,
Señor Lucrecio pues ya
Ser Cortesano quereis,
Os vaya tambien allá,
Como vos lo mereceis
Y acordais,
Aunque á la Corte do vais
(Sea Dios el que os conduce)
No es, no, como pensais,
Todo oro lo que reluce,
Ni es igual,
A todos en general
En palacio la fortuna,
Que á unos es parcial,
Y á otros brava é importuna,
Ruin y escasa,
A unos da muy por tasa
Los bienes muy merecidos
Con otros excede y pasa

De los limites debidos
De favor.
Y porque entendais mejor
Lo que de la Corte pienso,
Y he visto por mi dolor,
Tomemos mas por extenso
La materia:
Vos pensad que es una feria
La Corte de trafagantes,
Donde unos pasan miseria,
Y otros viven triunfantes
Abastados,
Pero bien exâminados
Los demas y los de ménos,
Todos andan de cuidados,
Congojas y riñas llenos,
No es bastante,
Bien ninguno aunque abundante,
A que no pene por mas,
Y por pasar adelante,
O por no volver atras,
Y crecer:
Pero el mas ó ménos ser,
No salva sus corazones
De invidia y de mal querer,
Y despechos y pasiones.
Las riquezas,
Bienes, mandos y grandezas,
Que alegais y encareceis,
Mezclados van de gravezas

Que vos Lucrecio no veis:
De las quales,
Resultan trabajos tales,
Que á las veces es mejor
La cama de cabezales
En que duerme el labrador
Muy sin pena:
Y así nuestro Juan de Mena
Canta por vida segura
La mansa pobreza agena
De los tragos de amargura
Cortesanos,
A donde los mas cercanos
Del favor que los convida,
Andan mas ciegos y vanos
Y mas léjos de la vida
Descansada,
En la qual es todo nada,
Si falta la libertad,
Y ha de andar siempre colgada
De la agena voluntad,
Como el buey,
Del arado, tras la ley
Del dueño que lo posee,
Y así dicen que ese es Rey
El que al Rey jamas no vee,
Ni por ello,
Se mata hasta tenello
Obedeciendo sus pechos,
Pues qualquiera puede sello

Entorno de sus provechos
Y hogar,
Conforme al dicho vulgar
Que dicen cien doblas vale,
Y no hay mas que desar,
Si ya de compas no sale.
Ser merino,
Como dicen, de un molino,
De sabios es aprobado:
Pero no lo es ir contino
Tras los Reyes afanado
Locamente.
Quatro suertes hay de gente,
A quien esta profesion
De palacio se consiente
Por diferente razon.
Los primeros,
Son nobles y caballeros,
Y otros mancebos de Corte,
Que allí gastan sus dineros,
Por su placer y deporte;
Por hallar,
Conversacion y lugar,
Conforme á sus exercicios,
Con libertad de gozar
De sus virtudes ó vicios,
Y deseos,
Galas, y trages y arreos,
Danzas, juegos y primores,
Fiestas, justas y torneos,

Con otros hechos de amores,
En que emplean,
Sus tiempos, y se pasean
Por las Cortes muy pulidos,
Y las adornan y arrean
Como al cuerpo los vestidos.
Y es honor,
Quanto al lustre exterior
En la Corte el tal oficio,
De que el Rey ó gran señor
Recibe mucho servicio,
Y un estado,
En ella bien empleado
Durante la mocedad,
Que la pasa sin enfado
La nueva gentilidad
Mientras dura.
Otros hay, que la ventura
Como madrastra enemiga,
Les dió en Corte sepultura,
Y pobreza con fatiga
Perdurable:
Cuya suerte miserable
De que los mete en miseria,
Nunca les es favorable
Para salir de laceria,
Ni poder,
Llegar jamas á tener
Sino lo que el primer dia,
Ni para se retraer

Tampoco de su porfia
Cortesana;
Y de la esperanza vana
Inducidos y engañados,
Do pensáron sacar lana
Se halláron trasquilados,
Sin ser mas,
Y saliendo de compas
Ya su edad con lo esperado,
No pueden volver atras,
Y quedan mate ahogado,
Como el pece,
Que en el agua al fin perece,
Y segun el refran quiere,
El que en palacio envejece,
En pajas dicen que muere,
De estos tales,
Se pueblan los hospitales,
Que no sabiendo donde ir,
En los palacios reales
Les es forzado morir.
Los terceros,
Son otros mas extrangeros,
Personas extravagantes
Legados y mensageros,
Fatores y negociantes,
Que allí van;
Y en la Corte donde están
Se tienen por peregrinos,
Mas con trabajo y afan

La siguen por los caminos
Y carreras,
Y de burlas y de veras
Por el tiempo que les cabe,
Padecen de mil maneras,
Y prueban bien á que sabe
Ser fatores,
Por servir á los señores,
O negociar de otra suerte,
Sufren duelos y dolores,
Y algunas veces la muerte
Temerosa,
Tras la justicia dudosa
Andando contino en vela:
O como la mariposa
En torno de la candela
Deslumbrados,
Mas los ménos mal librados
Son estos á la verdad,
Pues los pleytos acabados,
Vuelven á su libertad
Ausentada,
La quarta gente granada
Que navega con buen norte,
A quien es licenciada
De la vivienda en la Corte,
Son aquellos,
Que la mandan, y en pos de ellos
Se va la gente golosa,
Y algunos por los cabellos,

Aunque muestran otra cosa.
Estos son,
Los que en la gobernacion
Tienen poder, y con ello
Harto cuidado y pasion;
Pero al fin, con padecello
Se enriquecen:
Estos son los que parecen
Al mundo cosa divina,
Y les sirven y obedecen
Con diligencia contina
Muy crecida,
Y su boca es su medida,
Con sobrado cumplimiento,
De quanto hay en esta vida,
Excepto contentamiento
Y hartura;
Porque quanto su ventura
Y astucia les acarrean,
No basta segun natura
Al sosiego que desean,
Y al sabor,
De la privanza y favor,
Riquezas, mandos y honores,
Créceles mas el ardor
De la Corte y sus amores;
En la qual,
Segun dice Marcial,
Tres ó quatro comunmente
Se gozan lo principal,

Los otros andan á diente.
Estos grados,
Aquí Lucrecio contados,
Son los que á mí parecer
En palacio perdonados
Y admitidos pueden ser
Constreñidos,
Combidados y movidos,
Unos por necesidad,
Y otros por embevecidos
En la tal prosperidad
Y grandeza,
Otros por la gentileza
De la edad en su razon,
Y algunos por la graveza
De accidental ocasion,
Que se ofrece:
A uno porque carece
De otro medio de vivir;
Y á otro porque florece,
Y huelga de se servir
De los buenos,
Los unos por estar llenos,
Y los otros por vacíos,
Por cartas de mas ó ménos,
Se quedan allí estantíos
Aislados.
Mas fuera de estos estados
Que tocan en los extremos,
Hay otros ménos forzados,

A quien mas culpa ponemos.
Y estos son,
Los que en esta profesion
Cortesana, ni son ricos,
Ni hombres de presuncion,
Ni muy grandes, ni muy chicos,
Que podrian,
Apartarse, y vivirian
Sin la Corte ni querella,
Y aparte carecerian
De cien mil trabajos de ella
Que hay allí,
Y no lo haciendo así
Estos son los mas honrados,
Y podeis contarme á mí
Por uno de los culpados.

Lucr. Ya señor Prudencio entiendo
Lo que ántes no sabia:
Y me parece ir sintiendo
Un poco mas que solia
De este cuento.
Ya tomo conocimiento
Que en la Corte hay bueno y malo:
Y que tras su seguimiento
Se da del pan y del palo.
Mas si os place,
Lo que á mi negocio hace,
Mas por menudo se note,
Porque ántes que me enlace,
Mire por do va el virote;

Y me avise,
Porque ninguno me pise,
De arrimarme á lo mas firme,
Para que de esto que quise
No venga á arrepentirme,
Ni lo espero:
Pero suplicoos y quiero,
Que de esos estados todos
Me digais señor primero,
Las condiciones y modos,
Y su vida:
Para que bien entendida,
Aunque sea brevemente,
Sepa buscalle salida,
Y huya de inconveniente,
Si pudiere,
Y mi ventura quisiere;
Pues el hombre apercibido,
Dicen que do quier que fuere
Va ya medio defendido.

Pru. A mi ver,
Bien os será menester
Qualquier apercebimiento,
Lucrecio para hacer
Tal jornada con buen tiento,
Y pensar,
Que la Corte es un gran mar,
Profundo y tempestuoso,
Por do habeis de navegar,
Que suele ser peligroso

De tormentas,
Contrastes y sobrevientas,
Con viento nunca bien cierto,
Do se pasan mil afrentas,
Antes de llegar á puerto,
Y no llegan,
De dos mil que lo navegan,
A los puertos deseados,
Que en el camino se anegan,
Y son manjar de pescados;
Sin sacar,
Con velar y trasnochar,
De su hilado mazorca,
Y ántes de ver el lugar,
Les aparece la horca.
Y así andando,
Con fortuna navegando
Por las ondas de la Corte,
Van con el mar peleando,
Sin mostrarseles el Norte
Jamas claro,
San Telmo, ni Sant Amaro,
Y en lo mas grave del mar,
Ménos socorro y amparo,
Aparejo ni señal
De bonanza:
Y ya que haga mudanza
Sale de contrario calma,
De que ningun bien alcanza
El cuerpo, ménos el alma.

Pues mirados,
Demas de esto los estados
De los que tras Corte guian,
Bien pueden ser comparados
A los peces que se crian
En las mares:
Tantos cuentos y millares,
Formas y suertes de gentes,
De estados particulares,
Y entre sí tan diferentes.
Hay continas,
En las Cortes por vecinas
Como están las mares llenas,
Desde muy chicas sardinas
Hasta muy grandes ballenas,
Mas pensad,
Que aunque son de calidad
Diversos y de figura,
En buscar su utilidad,
Todos son de una natura
Y de una arte:
Y sin que nadie se harte,
Unos á otros se tragan;
Pero por la mayor parte,
Los mas pequeños lo pagan,
Y se ahoga,
El que al remo bien no boga
Por ser de fuerza menguado,
Que segun dicen, la soga
Quiebra por lo mas delgado,

Y en la mar,
Suelen los vientos soplar,
Dando pesar al placer,
Y unas veces ayudar,
Y otras echar á perder.
Y estos son,
En la Corte la ambicion,
Favor, invidia y maldad,
Pobreza y uso ladron,
Viciosa superfluidad,
Y otros tales.
Nordestes y Vendabales,
Que llevan allí de vuelo
Unos á los arenales,
Y otros levantan al cielo.
La primera:
Es viento, que por do quiera
Tiene fuerza principal,
Más en palacio se esmera,
Y muestra mas general,
Y no hay cosa,
Tan ardua, ni peligrosa,
Tan pública ni secreta,
Que la ambicion deseosa
No la emprenda ni acometa.
Este viento,
Con continuo movimiento
Hiere, sacude y altera
Las velas del pensamiento,
A que no pueda ni quiera

Ver reposo;
Y así ningun ambicioso
Puede jamas sosegar,
Porque vive congojoso
Por subir y por mandar,
Y poder,
Por fas ó nefas crecer
En honra y autoridad,
Y por ellas posponer
Qualquier deudo y amistad,
Ley y amor.
El segundo es el favor,
Viento cierzo que cercena,
Y sopla con gran furor,
Hasta romper el entena
De la nave:
Con unos blando suave,
Con mar bonanza y en popa,
Y con otros duro y grave,
Por proa donde les topa,
Y este es,
El que levanta los pies
En la Corte á ruines gentes,
Y hace dar de traves
A otros bien merecientes,
Y desquicia,
Las puertas de la justicia
Vendiéndolas muchas veces,
Porque de nuestra caricia
Allí tuercen los jueces

La balanza;
Y lo que un bueno no alcanza
Con virtud y con razon,
Lo suele dar la privanza
A muchos que no lo son.
Pues pensad,
Que la invidia y la maldad
Son de vientos regañones,
Que aun contra la caridad
Suelen mostrarse leones
Mordedores;
Que delante los señores,
Y do quiera que se hallan,
Sirven de murmuradores,
Y tiran piedras y callan,
Pues pobreza,
Es viento, que en ligereza
Suele entre otros señalarse,
Porque hambre con pereza
No pueden bien concertase,
Ni dexar,
Dia y noche de buscar
De lo que padecen mengua.
Y de aquí vienen á hablar
Las picas nuestra lengua:
Queninguno,
Se huelga de estar ayuno,
Y este viento de codicia,
De:nas de ser importuno,
No carece de malicia,

Por querer,
Por bien y mal proveer,
Con sus dichos y pesares,
Y por tener de comer,
Roballo de los altares.
Sin mas tientò,
El otro terrible viento,
Es la costúmbre de cosas,
Ladron público y exênto,
Que las hace ser forzosas,
Por tal via;
Que tras una boberia,
O locura cortesana,
Se van de noche y de dia
Con solicitud muy vana.
Mil perdidos,
Burlados embevecidos,
Al hilo de la costumbre
De los trages y vestidos,
Siguiendo la muchedumbre,
Que los lleva,
Tras qualquiera cosa nueva,
Sin saber porque se hace,
Sino por que se lo aprueba
El uso que les aplace,
Porque yo,
Solo despues que volvió
El Rey Católico á España,
Y en Burgos se le juntó
De gente nuestra y extraña

Gran gentio,
Creciendo á todos el brio
Con las buenas experiencias)
He visto en el atavio
Mas de treinta diferencias
Palacianas,
Pareciéndoles galanas,
Por ser de tierras agenas,
Aunque algunas harto vanas,
El uso las hace buenas,
Con el qual,
Anda junto y al cabal
Otro viento destemplado,
Que es gasto descomunal,
Superfluo demasiado
En comer,
Vestir, jugar y haçer
Otros excesos costosos,
Con que al fin vienen á ser
De pródigos codiciosos,
Y tiranos,
Asiendo con ámbas manos
Lo que pueden apañar
De Moros y de Christianos
Para tener que gastar.
Suele haber,
Tambien, segun podeis ver,
En la mar peñas y rocas,
Donde se suelen romper
En ellas fustas no pocas,

Y estas son,
En Corte, la indignacion,
Ira, y saña y disfavor,
Con razon ó sin razon
Del privado ó del señor,
Y sospechas,
Derechas ó no derechas,
Y malas informaciones,
Que se tiran como flechas,
Y enclavan los corazones
Y sentidos,
De los mas bien entendidos,
Príncipes y relatados,
A pensar ser ofendidos
De sus mayores privados,
Do el favor,
Se convierte en desamor,
Y se toma en posesion
El mas leal de traydor,
Tanto puede la opinion
Diferente,
Teniendo por delinqüente
Al justo, de allí adelante,
Al bueno por negligente,
Y al sabio por ignorante.
Estos tales,
Accidentes naturales,
Son escollos y baxios
En los palacios reales
Do se pierden los navios,

Quando topa,
En ellos la proa ó popa,
Y quando asi estropieza,
Algunos pierden la ropa,
Y otros pierden la cabeza,
Segun dan,
Exemplo, con su desman,
Dos Condestables á una,
En tiempo del Rey Don Juan,
Avalos, y aquel de Luna
Sin igual;
Y aquel Inglés Cardenal
Que por hacerse tan bravo,
Tratado tan bien y mal
De su Rey Henrique otavo.
Y tras el,
Su sucesor Cramuel,
A quien este Rey nombrado
Al cabo fué tan cruel,
Habiéndolo gobernado
Dulcemente:
Mas dando en el accidente
De su saña sospechosa,
Perdiéron en continente
Honra y vida, y toda cosa
Con afan;
Y al cabo por aquí van
Muchos, como fué Abrain,
A cerca de Soliman,
Con quien hizo amarga fin.

Pues notad,
Que en la mar sin piedad
Demas destas sus tormentas
Tampoco hay seguridad,
De sus peligros y afrentas
Ordinarios:
Y ladrones y cosarios,
Que en palacio es cosa cierta
Ser malsines adversarios,
Metidos en encubierta
Asechanza;
Que aunque vais con mar bonanza
Os saltean en poblado,
Y os atajan la esperanza
Del descanso deseado.
Veis aquí,
Por lo que ántes prometí
Lucrecio, entre estas y estas,
Lo que me parece á mí,
Para en parte de propuestas
Cerca desto:
Lo qual así prosupuesto,
Pues lo entendeis como pienso,
A lo demas estoy presto
De responder por extenso.
Lucr. Señor Prudencio bien veo
Quan por órden y razon,
Y conforme á mi deseo
Llevais esta relacion
Como diestro.

Bien dice el proverbio nuestro,
Que el que las sabe las tañe,
Asi yo con tal maestro
Bien es que me desengañe
Y aperciba,
A subir la cuesta arriba,
Y el trabajo á que me atrevo,
En paciencia lo reciba,
Y no le tenga por nuevo,
Puesto en él:
Que aunque mancebo novel,
Ya sé bien que en esta vida
No suele ser todo miel
Lo que con ella combida,
Ni hay estado,
Tan seguro y descansado
En este mundo traydor,
Que al fin no esté rodeado
De afan, peligro y dolor,
Comunmente.
Y así por el consiguiente
Entiendo bien á la llana,
No faltar inconveniente,
En la vida cortesana,
Tras que voy;
Pero como dixe estoy
Inclinado á dalle un tiento,
Porque para quien yo soy,
Otro mejor no lo siento,
Quanto mas,

Que tornando á los de atras
Que decis de los estados,
Que en el término y compas,
En Corte son aceptados.
Los primeros,
Mancebos, libres solteros,
Y de fresca juventud,
Hidalgos y caballeros,
Inclinados á virtud
Singular;
En ningun otro lugar,
De mas honra y mas de porte,
Pueden tambien emplear
Su tiempo como en la Corte
Triunfando,
Discurriendo y paseando
Por palacios y por salas,
Así, y á su Rey honrando,
Con gentilezas y galas,
Y aprendiendo,
Mil lindezas, que viviendo
Sirven despues cada dia
Al arte que van siguiendo
De proeza y cortesía,
De do salen,
Despues varones que valen
Grandes para gobernar,
Y para que se señalen
En el arte militar,
Y se eligen,

Hombres sabios, que corrigen
A otros con su prudencia,
Y que en paz y guerra rigen
El mundo con la experiencia
Con que van.
Segun el gran Capitan
Por dichos de muchos sé
De cortesano galan,
Salió á ser el que fué,
De manera,
Que desde la edad primera
Parece que en el estado
De palacio, está qualquiera
Hidalgo bien empleado,
Porque allí,
Segun me habeis dicho aquí,
Aprenden gentil crianza,
Y echan cargo al Rey de sí
Para tener esperanza
De medrar.

Pru. No os lo puede eso negar
(Cierto Lucrecio) ninguno,
Ni nadie puede estorbar
Su desinio á cada uno,
Porque son,
De diversa condicion
Los pareceres humanos,
Y qualquiera profesion
Tiene al fin sus parroquianos.
No hay oficio,

De tan civil exercicio,
Ni aun de sucios curtidores,
Que en su uso y su servicio
No tenga sus servidores,
Y oficiales:
Y en los palacios reales
Tambien hay por su natura,
Quien por causas especiales
Vaya á probar su ventura.
Mas si yo,
Al tiempo que me llevó
Allá mi dicha, supiera
Lo que despues me mostró
La experiencia verdadera,
No sin daños,
Y entendiera los engaños,
Creedme Lucrecio á mi,
Que aquellos mis nueve años
No se gastarán así.
Mas yo estando,
So ageno poder y mando,
A la Corte fuí llevado
En tiempo de Don Fernando,
Inclito Rey señalado
En bondad,
Valor y prosperidad,
Entre los Príncipes buenos,
Siendo entonces yo de edad
De quince años, y aun de ménos
No cumplidos,

Los quales doy por servidos,
Antes de venir allí,
Y los demas por perdidos
Despues que á la Corte fui:
Y si fuese,
Posible, que yo pudiese
Tornarlos á recibir,
Daria buen interese
Por tornarlos á vivir,
•Y pasar,
En otra parte y lugar
De mas sosiego y asiento,
De do pudiese sacar
Ménos arrepentimiento
Y manquera;
Y si Dios hijos me diera
En quien esto enmendara
Tan mal padre no les fuera,
Que en Corte los empleara.

Lucr. ¿Cómo no
Señor Prudencio? pues yo
No creia ni pensaba,
Sino aquel que se crió
En Corte se aventajaba
Con servir,
Conversar, ver y oir
Diversas cosas y gentes,
De donde suelen salir
Mas discretos y prudentes,
Avisados,

Valerosos, bien criados.
Pru. Y aun podeis decir pomposos,
Mas muchos desvergonzados,
Deshonestos y viciosos
Baratones,
Jugadores y glotones,
Y otras tales gallardias,
Con otras conversaciones,
Y peores compañías.
Pues llegados,
Mas adelante á los grados
De la edad del alear,
En que son enamorados,
Comienzan á loquear,
Y estirarse,
Suspirar y requebrarse,
Echar ojos á las damas
Y á la causa embarazarse
En muchos pleytos y tramas,
Y honduras,
De simplezas y locuras,
Barajas y competencias,
De do manan travesuras,
Enojos y diferencias,
Y qüistiones,
Discordias y disensiones,
Fruta de la ociosidad,
A que les dan ocasiones
La soberbia y vanidad
Tras que van,

A no pocos tambien dan
Ocasion sus vanidades,
De comer despues su pan,
Con dolor y enemistades
Y cuidados,
Porque quedan obligados
A punto de honra y afrenta,
De donde los afrentados
Viven vida descontenta
Con dolores,
Y si son afrentadores,
Peligrosa y mal segura,
Con recelos y temores
De la venganza futura
Que merecen:
Do se siguen y recrecen,
Desastres y desvarios,
Con que á las veces perecen
En campos y desafios,
Y porfias,
Contiendas y fantasias,
Y sospechas y querellas,
Do viven amargos dias,
Y mueren al fin con ellas
En ruido,
Como creo habeis oido.
Mas (Lucrecio) de una vez,
Que ha en la Corte acaecido
En cosa deste jaez,
Poco ha,

A muchos que sabeis ya,
Y por molestia no nombro
Que les cumple acá y allá
Andar la barba en el hombro
Con pasion,
Y estos trances al fin son
Los que de priesa ó de espacio,
Los mozos por galardon
Pueden sacar de palacio:
Sin lo qual,
Hay entre ellos otro mal,
Que aun los mas cuerdos y holgados
Andan siempre en general
No poco necesitados
Y corridos,
Empeñados, y aun vendidos
Por valerse y sustentar
Las galas y los vestidos
Con que los vereis triunfar
Con arreos,
Ni os venzais de los deseos
De la apariencia hermosa
De sus justas y torneos,
No mirando la tal cosa
Lo que cuesta:
Y como les es molesta,
Porque suele bien que agrada
Ser acabada la fiesta
Y la ropa no pagada,
Y vacia,

La bolsa, lo mas del dia,
Y aun el cofre sin dineros,
Y á su puerta todo el dia
Los sastres y cordoneros:
Lo qual quiero,
Probar con un caballero
De quien no poco se gusta,
Que habiendo sido el primero
Mantenedor de una justa
Bien galana,
Otro dia de mañana,
Con diligencia forzosa,
Le convino sin su gana
Poner pies en polvososa.
Los placeres,
Y servicios de mugeres
De vestir y festejar,
A manos de mercaderes
Al cabo van á parar;
Con los quales,
Los nobles galanes tales
Y mancebos cortesanos
Tienen tratos muy reales,
Y mohatras á dos manos.
Mas ¡qué digo!
De lo qual fué buen testigo
En aquella sazon buena,
Un trapero gran mi amigo,
Y su muger la morena
Que solian,

Quando en la Corte vivian,
Saber destos repiquetes,
Los quales me referian
De uno de los mancebetes
Deste cuento:
Que sobre su juramento
Le pidió ropa fiada,
Dándoles conocimiento
Con que fuese asegurada
De presente,
Prometiendo gentilmente
Demas del justo interese,
De pagarlo incontinente
Que su padre se muriese,
Que aun vivia;
Pero segun él decia,
Y es de creer, deseaba,
Tres años solo pedia
Vivir, y así se obligaba
Que valiese,
Y si por dicha viviese
Mas deste tiempo pasado,
Desde allí adelante fuese
El interese doblado.

Lucr. ¡ O mal hijo,
Que por ningun regocijo,
Fiesta, ni necesidad,
De tan secreto escondrijo
Descubre tal poquedad
Descortes!

Pru. A la verdad así es.
Mas la Corte y sus excesos,
Causa que salgan despues
Los mozos asi traviesos
Y atrevidos,
Pues de verlos ir pulidos,
Invidia tan poco os hagan;
Que si fuera van lucidos,
Dentro de casa lo pagan:
Porque andando
A sus locuras pensando,
Es ley de aquella su empresa
De gallofar, grangeando
La vida de mesa en mesa:
Y agradar,
Al Duque para yantar,
Y al Conde para la cena,
Y á servir y acompañar,
Por comer á costa agena:
Y hacer,
Para aquel negro comer
Zalemas é hipocresías,
Y aun usar si es menester
De algunas lisonjerías
Diestramente,
Y recibir de la gente
A ratos algun baldon,
Y aun beber agua caliente
Los de ménos condicion.
Pues pasadas,

Ya por dicha, y no acertadas
Las horas de comer fuera,
El hacerlo en las posadas
Suele ser á la ligera.
Y es de ver,
Que el remedio suele ser
Acogerse á los pasteles,
Y suplir su menester
A las veces sin manteles:
Porque en casa,
No hay cocina, y ménos brasa,
Olla, sarten, ni caldera,
Síno algun jarro sin asa,
Axuar de la frontera:
De lo qual,
Os puedo sin decir mal,
Dar un exemplo casero
De un galan muy principal,
Y gentil aventurero,
Que tenia,
Otro tal en compañía,
Y ámbos eran á la iguala
La flor de la lozania,
En su gentileza y gala
Señalados,
De las damas estimados,
En las danzas los primeros,
Y los mas regocijados
En hechos de caballeros;
Y traian,

De mozos que les servian,
Harta copia y aparencia,
Iban á Corte y venian,
Vestidos por excelencia:
Yo miraba
En ellos, porque posaba
Alli junto, y siempre via,
A un page que tornaba
De la plaza á medio dia
Muy ligero,
Y apriesa y en un sombrero
Le vi traer muchas veces
Cosas de poco dinero,
Queso, ciruelas y nueces,
Pan y peras,
Y semejantes maneras
De frutas de tal linage,
Que yo pensaba de veras
Ser golosinas del page,
O señal,
De merienda ó cosa tal,
Que algunas veces usamos,
Pero no lo sustancial
De la mesa de sus amos:
Ni creyera,
Segun su rica manera,
Vestidos, galas y arreo,
Que su despensa cupiera
Toda junta en un chapeo:
Hasta que,

Ocasion dada me fué
De visitar su posada,
Y una vez que en ella entré
Por cierta causa privada
Bien honesta,
Con ser en medio la fiesta,
Y la tarde ya vecina,
Ni la mesa estaba puesta,
Ni ahumaba la cocina.
La vaxilla,
Era un peyne y escobilla,
Y los galanes sentados
Tras una pobre mesilla,
En unos bancos quebrados
Suspirando,
Y unas veces solfeando,
Y con un par de vihuelas
De rato en rato tocando,
Comian de sus ciruelas
Muy contentos.
Veis aquí los cumplimientos
Del vivir de los galanes,
Muy altos los pensamientos;
Mas envueltos en afanes.

Lucr. Bien señor Prudencio habria
Sobre eso que replicar;
Mas por escusar porfia
Quiero dexarlo pasar
Adelante:
Y segun dixistes ánte,

La segunda profesion
Es de gente mendicante,
Y de servil condicion,
Que forzados,
De su suerte y de sus hados,
Y hambre que los convida,
Quedan en Corte arrastrados
Como gente ya rendida,
Sin tener,
Para poderse valer
Lugar mas cierto y estable
Do se puedan acoger,
Que á la vida miserable
Cortesana:
La qual por fuerza, ó de gana
Tomada ya por costumbre,
Se quedan allí á la llana
En perpetua servidumbre.
De los quales,
Y sus miserias y males
Os ruego querais contar,
Porque tenga de los tales
Relacion particular,
Qual se espera:
Bien pues que adonde quiera,
Hay trabajos como en Corte,
Sufridos en ella, ó fuera,
Todos en fin por un norte.
Pru. Es verdad
Lucrecio; pero mirad

Que miserias y fatigas,
Sufridas con libertad,
No nos son tan enemigas,
Ni tan duras:
Y que las pobres venturas
Y baxeza de fortuna,
Ménos relucen á escuras
Que al resplandor de la luna:
Y en la vida,
Apartada y retraida
De bullicio cortesano,
No hay tanta ocasion que pida
Al apetito liviano
Gollorias.
Con que en ver las fantasias
Y las ventajas agenas,
Andamos noches y dias,
Combatidos con mil penas
Y pasion,
De invidia y de ambicion,
Porque lo que el ojo vee,
Es fuerza que el corazon
Lo codicie y lo desee,
De tal arte,
Que muchos que en otra parte
Serian hombres templados,
En Corte no hay quien los harte
De deseos excusados,
Sin holganza:
Y en faltando la esperanza,

Que consuela al que padece,
La caridad y templanza
Tambien se acorta y perece;
De manera,
Que al que en otra parte fuera
De su fortuna contento,
En palacio desespera
De su descontentamiento
Sin paciencia:
Y aun hay otra diferencia
Del uno al otro dolor,
Y es, que quanto á la conciencia,
Lo de Corte es muy peor:
Porque acá,
La pobreza al que la ha
A veces es meritoria;
Y el pobre soberbio allá
No tiene parte en la gloria;
Y los dos,
Como al fin los vereis vos,
Son mártires de quien hablo,
Mas el uno lo es de Dios,
Y el de Corte es del diablo.
Porque allí,
No se conocen así,
Y se truecan de tal suerte,
Que lo que es virtud aquí,
En vicio se les convierte.
¿No habeis visto
Entre los siervos de Christo

Aquel padre tan honrado
De su señor tan bien quisto,
Y de sí tan confiado,
Que no habia,
Quatro horas que se ofrecia
A morir por amor del,
Y que con tanta osadia
Combatió por serle fiel:
Y en nonada,
A un no bien mete la espada,
Ni amansa la furia y brio,
De la fiera cuchillada
Que dió en el huerto al Judio;
Y en entrando,
Tras nuestro Dios suspirando
En la Corte de Cayfas,
Luego se fué retirando
De su esfuerzo para atras,
Y el valiente,
Cobarde supitamente
Negó luego á su señor,
Por complacer á la gente
Que allí estaba al rededor
A su lado.
Pues á Judas el malvado.
¿Quien le hizo rebelar
Habiéndole Dios llegado
A sí, y al alto lugar
Donde estaba?
Sino que comunicaba

Con hombres de esta ralea,
Qnando Christo se hallaba
En la Corte de Judea.
Mas dexado
Esto aparte, por probado,
Quiero por obedecer
A lo por vos preguntado
Si supiere responder
Brevemente:
Notad pues, que de presente,
Y en los tiempos que ya fuéron,
Siempre de mísera gente
Los palacios anduviéron
Proveidos:
Unos desfavorecidos,
Otros á quien no les bastan
Los salarios y partidos
Al tercio de lo que gastan,
Y querrian,
Especial quando solian
Usarse en Corte excuderos,
Que lo mas del mes vivian
Excusados de dineros
Y ducados:
Verlos heis muy estirados,
Y ufanos al parecer,
Voceando de enfadados
De esperar para comer
A la una,
Con su pobreza importuna,

Quejosos segun su cuenta
De la contraria fortuna,
Que les fué tan avarienta
De favor:
Con cuidado del señor
Si cabalga ó no cabalga,
Y fuera del corredor
Esperandolo que salga
Noche y dia.
Mil trabajos os podria
Tomándolo de reposo
Contar, que saber solia
Deste pueblo deseoso
De que ois:
Quando usaban borzeguis,
Y era el sueldo un año entero
Cinco mil maravedis:
Y el tablon del despensero,
Do el placer,
Del banquete suele ser
Por ordinario manjar,
Vaca cocida á comer,
Vaca fiambre á cenar;
Y aun helada,
De sobremesa sobrada,
Y escudilla de cocina,
A veces mas apurada
Que caldo de melecina
O cristel,
Y el despensero cruel

Que os dice muy desgraciado,
Habed paciencia con él
Hasta el dia del pescado,
En el qual,
Vuestro pescado cecial
Dará á los mas favoridos,
Y si aquel les haçe mal,
Un par de huevos podridos.
Pues hedor,
De la chusma y tajador
Es pestilencia no poca,
Y algunos que el salvo honor
Hace ventaja á su boca,
Asentados,
Juntos y muy apretados,
Con voces y confusion,
Y los manteles pegados
De muy sucios al tablon
Dios os guarde,
Lucrecio, temprano ó tarde
Destas miserias y duelos,
Y de entrar en el alarde
De despensas y tinelos
De señores,
Y de la hambre y olores
De la mas limpia y mejor,
Quanto mas de los primores
De la del Comendador,
Digo aquel,
Cuya tasa y arancel

Muy por lo delgado yendo,
Diz que una vez vino á él
Su despensero diciendo
Muy paciente,
Toda señor esta gente
De cas de vuesa merced,
Se quexa terriblemente
De la hambre y de la sed,
Y de mí,
Que no se lo mereci,
Y tratanme de mal modo,
Diciendo todos así
Que la causa dello todo
Yo lo soy:
Que han dado mil voces hoy,
Diciendo que el año en peso
A la cena no les doy
Sino rabanos y queso;
Y enojados,
Dicen que están muy cansados
De tal forma de vivir,
Y que de muy enfadados
No lo pueden mas sufrir.
Gran razon,
Dixo él, y aun ocasion
Tienen esos de querella,
Y tu poca discrecion
Es toda la causa della;
Y el enfado,
De que se te han querellado

Nace de causa donosa,
Que es darles demasiado,
Y siempre una misma cosa
A porfia,
Pero dándoles nn dia
Los rabanos solamente,
Y otra el queso, apostaria
Que cada qual se contente,
Hazlo así,
Y el que torciere de allí,
Y se mostrare agraviado,
Yo te doy licencia á tí
Que lo hagas licenciado.
Lucr. No me agrada
Despensa tan estirada,
Y religion tan estrecha,
Ni cena tan apocada,
Ni poquedad tan derecha,
Eso tal,
Mas es cosa de hospital,
Que casa de caballero,
Donde es ménos liberal
El señor que el despensero,
Mas ya que ese,
Tan escaso señor fuese,
Otros mil habra do quiera
Que al miserable interese
No miren de esa manera.
Pru. Yo confieso
Ser así, mas fuera deso

Hay miserias infinitas,
Lucrecio, que en el proceso
De palacio están escritas
Y alegadas,
Por necesarías forzadas,
Que de la gente mezquina
Suelen ser tambien guardadas
Y especial quando camina,
Con sufrir,
En el comer y vestir
Diversas obras y menguas,
Y grabezas, que decir
No pueden cincuenta lenguas
Con jornadas,
Enojosas y pesadas,
Y las posadas, porcunas,
Sucias y desventuradas,
Y muchas veces ningunas,
Por mesones,
Por pajares y rincones,
Con vientos y tempestades,
Y trabajos á montones,
Y mil incomodidades,
Y pasando,
Tras los señores andando
Hambre y sed, calor y frio,
Y otras molestias gustando
Del invierno y del estio,
Y rigores,
Y enojosos sinsabores

De la via, polvo y pasiones,
De chinches y sus hedores,
Pulgas, moscas y ratones,
Y otras tales,
Vexaciones generales,
Al grande como al menor,
Mas el pobre en todos males
Al fin pasa lo peor.
Y aunque todos,
Sufren duelos de mil modos,
Muy gran diferencia hallo
Del que va á pié por los lodos
Al que va en un buen caballo
Cavalgando,
Pero haber de ir arrancando
Los pobres azemileros
En invierno renegando
Por puertos y atolladeros
Como van,
Ver su trabajo y afan,
Con una carga caida,
A dolor os moverán,
Aunque es gente desmedida,
Regañada,
Mayormente en la jornada
Del Rey, por Extremadura,
Hasta ser su fin llegada
En el lugar de aventura
Do salió,
Ya tal, que quando llegó

Con pena á Madrigalejos,
Su santa vida acabó,
Que no valiéron consejos
De Avicena,
Pues la gran fatiga y pena
Que por allí se sufria,
En tierra extraña y agena
De Corte, ¿quién la podria
Referir?
Tierra se puede decir
Por todo extremo fragosa,
Sin camino por do ir,
Pero de aguas abundosa,
Y trampales,
Lagunas y tremedales,
Pocos y tristes lugares,
Arroyos y chapatales,
Dehesas y colmenares
Apartados,
Do vierades atollados
Acemileros caidos,
Mozos de espuelas mojados,
Y los pages ateridos
En la silla,
Que era cierto gran mancilla
Quando allí se caminaba
Ver la pobre gentecilla,
Y el trabajo que pasaba:
Y aun decian,
Algunos que se dolian,

101843

Que las muchas maldiciones
De los que allí padecian,
Diéron priesa á las pasiones
Del Rey bueno,
Tocándole tan en lleno,
Y alcanzándole de suerte,
Que como á extraño y ageno,
Le llegáron á la muerte:
Que os diré,
De cosas que visto he
En la Corte de Castilla,
Y á muchos andar á pié
Sin su gana, por seguilla
Harto en vano,
Que sin ser mas en su mano,
Andan con cuidado eterno
Por el polvo en el verano,
Por el lodo en el invierno,
Con dolor,
Tambien ví muy sin favor
De noble gente pobreta,
De casa de un gran señor
Ir quince en una carreta
Alquilada,
Que por fiesta señalada
Los ibamos á mirar
Al llegar de la posada,
Y á la entrada del lugar
Por reir,
Pues en casos de morir

Farsas he visto donosas
Muy dignas para escribir,
Y de sufrir trabajosas:
Mas de ver,
Y de contar por placer
Si el tiempo fuere bastante:
Y podeismelas creer,
Porque fuí participante,
Y me ví,
La primer noche que fuí
A palacio á ser soldado,
Tal que no me conocí
Entre tantos acostado
Mis iguales,
El número de los quales
Era por nuestros pecados
Sobre cinco cabezales
Once pages estrellados.

Lucr. No hay señor Prudencio duda
Ser esa suerte de vida
Por una parte muy cruda,
Y por otra desabrida:
Y aun estado
Harto desaventurado
De personas abatidas,
Que aunque no lo he probado,
Ya sé algo por oidas,
Y he placer,
Para mejor entender
Que por exemplo se muestre:

Porque eso tal debe ser
Los colchones de él maestre
Que he oido,
Que aunque no lo habia entendido
Por el cabo hasta agora,
Que pienso verse cumplido
En quien en palacio mora
Baxamente,
Mas ya que la pobre gente
Tan mal se siente tratar,
Y que es inconveniente
El luengo perseverar:
Que simpleza,
Es padeciendo pobreza,
Y no teniendo esperanza,
Tener en Corte firmeza
Sin hacer nueva mudanza,
Y buscar,
En otra parte ó lugar,
Otro pan ménos amargo,
Y otros artes de medrar,
Pues es el mundo tan largo,
Y huir,
De palacio, por vivir
Sin sus duelos y querellas
Aparte do sin servir
Carezca dellos y dellas.

Pru. Vos hablais,
Muy bien Lucrecio, y estais
En un parécer conmigo:

Pues en eso os conformais
Con lo mismo que yo digo,
Y querría,
Por ser lo que convernía
A muchos, y oxalá fuese
Tal mi dicha, qual seria
Huir, el que lo pudiese
Bien hacer.
Mas hagoos señor saber,
Que la mayor desventura
De palacio, suele ser
Una constante locura
Con que ando,
La boca abierta mirando
A los otros que mas son;
Y con ellos publicando,
Lo que niega el corazon.
Infinitos,
Son los que suelen dar gritos
Fingidos y verdaderos,
Contra los usos malditos
De la Corte, y vanse en cueros
Empos della,
Que con toda su querella
Jamas pueden olvidarla,
Bien pueden aborrecella,
Mas no del tado dexarla.
Muchos ví,
Comuniqué y conocí
De la Corte descontentos,

Que al fin quedáron allí
Con todos sus pensamientos
Y cuidados,
Que estaban determinados,
De no morir Cortesanos,
Y al cabo los ví enterrados
En Corte por otras manos,
Que esperaban,
Léjos de donde pensaban,
Porque al fin las Cortes tienen,
Mil retrabos. do se traban
Los pies, de los que á ellas vienen
De morada,
Mayormente esta cuitada
Gente pobre, cuya suerte
Fué de ser allí arrastrada,
Y en prision hasta la muerte.
Lucr. Bien está,
Señor Prudencio, pues ya
Habemos desto hablado,
Tratemos, si os placerá.
Del otro tercero estado
Negociante,
Que segun dixistes ánte,
Aunque va por otro norte,
Es tambien participante
De los duelos de la Corte.
Y aunque aquello,
No me toca en un cabello,
Pues no voy á negociar,

Quiero saber algo dello,
Siquiera para avisar.
Pru. Ya os podria,
Si vuestra suerte lo guia,
Ser Lucrecio menester,
Andar en pleyto algun dia,
Trafagar y revolver,
Que no enfada,
Por ser cosa muy usada
En palacio la codicia,
Y asi no se pierde nada
Que tengais dello noticia:
Y sabida,
La condicion desabrida
Del mundo para adelante,
Y la maldicion y vida,
Del cuitado pleiteante
Cortesano,
Que muchas veces en vano,
Y en peligro de perder,
Anda como mal Christiano,
Con deseo de vencer
Y dañar,
Y así lo vereis andar,
Solicito y ocupado,
Y en todo tiempo y lugar
Pensativo y congojado
Sin reposo,
Recatado y sospechoso,
Importuno y desabrido,

Descontento y enfadoso,
Y gastado y aborrido,
Rodeado,
De congojas y cuidado,
Esperanzas y temor,
De casa del abogado
A cas del procurador.

Lucr. Donde quiera,
Suelen ser desa manera
Los pleytos (segun se suena)
Que el que mejor fin espera,
Suéle vivir con mas pena
Congojada,
Porque es guerra guerreada,
Y la sentencia es la lid,
Ahora sea en Granada,
Ahora en Valladolid.

Pru. Asi son,
Lucrecio teneis razon,
Los pleytos de qualquier parte,
Pero dan mayor pasion
En Corte , que en otra parte,
Porque van,
Mas á la larga , y no están
En un lugar de contino,
Y es muy terrible desman
Con pleytos en el camino,
Tener cuentas,
Y aun con las mil y quinientas,
Para la Corte apeladas,

Se pasan cien mil afrentas,
Antes de ser acabadas:
Pues dolores,
Cuidados, priesas, temores,
Y otros males semejantes,
De los solicitadores,
Y qualesquier negociantes
Cortesanos,
No hay Notarios ni Escribanos,
Que los basten á decir,
Ni ellos pueden darse manos
De barbullar y mentir,
Por entrar,
A descubrir y calar
El estado de las cosas,
Y entender y averiguar
Las inciertas y dudosas,
Por saber,
Avisar y proveer
En los casos convenientes,
Y así, les es menester
Ser sabios y diligentes,
Avisados,
Astutos y recatados,
Desenvueltos y sesudos,
Graciosos, disimulados,
Entremetidos, agudos,
Y, discretos,
Para entender los secretos
De quien entra y de quien sale;

Lo qual todo á los pobretos
A las veces no les vale,
A dexar,
De engañarse y engañar,
Y ser ordinariamente
Enfadosos de escuchar,
Y mal quisto de la gente.
Gentil cosa,
Es tambien y muy honrosa
Sèr en Corte Embaxador,
Que con pompa poderosa
Représenta á su señor,
Y un Legado,
Reverendo, autorizado,
Que con debidos honores
Va á palacio acompañado,
De nobles y servidores
Cabe sí.

Lucr. Asi me parece á mí,
Y veo ser cosa honrada
Quando pasan por aquí
De Roma con la embaxada
Que se ofrece,
Y sin duda me parece,
Une gran felicidad,
Y cargo que resplandece,
Con favor y autoridad,
Muy sin pena,
Y que van la bolsa llena
A gozar y ser honrados,

Y comen de bolsa agena
Sin afanes ni cuidados.
Pru. Asi es,
Lucrecio, pero despues
Hay cosas continuamente
En que la haz del envés
Suele ser muy diferente,
Que llegados,
A donde son enviados
A Corte de qualquier Rey,
Han de vivir obligados
A condiciones y ley
Muy estrecha,
Si no van á manderecha
Conforme á su comision
El Rey do esta, se despecha,
Y no escucha su razon
Con placer,
Y aun suele acontecer,
Al que en lo tal estropieza,
Por cumplir con su deber
Dexar allí la cabeza
Por nonada,
Y alguna vez enclavada
Segun lo hizo con rabia,
Y soberbia acelerada,
Un Bayboda de Moldavia
Mal tirano,
Al Orador Veneciano,
Porque no se le humilló

Con el bonete en la mano
Al tiempo que le habló.
Y en autores,
Muy ciertos historiadores
Hallareis desta manera,
Afrentas que á embaxadores
Se hacen por donde quiera
Cada dia.
Con desden y demasia
De que están los libros llenos,
Y aun me dicen que en Turquía,
Los empalan por lo ménos
Que es peor,
Pues el triste embâxador
Desto se descuida y calla,
O quiere andar á sabor
Del Príncipe do se halla,
Con intento,
De darle contentamiento
Mas de lo que le es mandado,
Es culpable atrevimiento
Contra aquel que le ha enviado
Y elegido,
El qual quedando ofendido,
Va en peligro el orador
De ser por ello pugnido,
Por ser mal negociador,
Pero ya,
Que en la Corte donde está,
No declina á los extremos,

Y navega por do va,
Con buenas velas ó remos,
Gobernando,
Sin faltar como ni quando,
Su embaxada, como quiere,
Y al cabo della sacando
El fruto que mereciere.
No penseis,
Lucrecio por lo que veis
De su manera pomposa,
Que aunque vos no lo entendeis
Dexa de ser trabajosa
Y molesta,
Que de mas de lo que cuesta
Aquella forma de vida,
Es una prision honesta,
Despues de bien entendida,
Porque entrados,
Donde son aposentados,
Les es menester estar,
Como dueñas encerrados,
Sin salir á pasear,
Ni tener,
Libertad de complacer
A su misma voluntad,
Por no se descomponer
Y guardar su autoridad,
Y guardada,
No pueden gozar de nada,
Ecepto de ir y volver

De palacio á su posada
Por tornarse á esconder,
Y esperar,
Si se quiere recrear,
Ya que ellos no salen fuera,
Que los vais á visitar
Como á gente prisionera:
Y de allí,
Segun de ellos aprendí,
Su pasatiempo y deporte
Es darse trabajo á sí,
Y guerra á toda la Corte:
Entendiendo,
Trabajando y revolviendo,
Inquiriendo y preguntando,
Y con algunos mintiendo,
Con otros disimulando,
Por calar,
Para saber y avisar
De lo hecho, y lo no hecho,
Y á vueltas dello encaxar
La suya, por su provecho.
Uno habia,
(Dios nos guarde) que escribia
Por exercicio ordinario
Mas cédulas cada dia,
Que hay en cas de un boticario,
Que enviaba,
A diversos, do pensaba
Hacer alguna levada,

Lo qual todo se cargaba,
A cuenta de la embaxada,
Y pedia,
Lo que bien le parecia
Con desvergüenza muy suelta
Y con sus tramas traia
Toda la Corte revuelta.
Bien que son,
Agenos de tal pasion
Otros muchos Oradores,
Y de qualquiera nacion
Suele haber embaxadores
Generosos,
Excelentes, virtuosos,
Y sabios en negociar,
Mas aun los mas oficiosos
No se pueden escusar
De pasiones,
Molestas contradiciones,
Trabajos, dificultades,
De duras negociaciones,
Y otras importunidades
Cortesanas,
Y penas cotidianas
De escribir y cosa tal,
Y otras tambien no livianas
Caseras que pueden mal
Evitarse,
Y que es forzado pasarse
Por posadas y caminos,

Así que pueden llamarse
Cortesanos peregrinos:
Que acabado,
El tiempo determinado
De la Corte, do estuviéron,
Se vuelven á lo pasado,
Y al fin son los que ántes fuéron,
Y el honor,
Aparato y resplandor,
Con que andan en figura
De algun representador,
Con diversa vestidura
Disfrazada,
Que despues de la jornada,
Es como una burlería,
Que la máscara quitada
Vuelve á ser lo que solia.
Uno ví,
Destos una vez que fui
A Venecia, y por mí fe,
Que apenas lo conocí,
Quando acaso le topé,
Que habia sido,
Donde fuí su conocido
Muy solemne embaxador,
Y yo muy su favorido,
Gran amigo y servidor,
Mas venia,
Ved quien lo conocería,
A solas como virote,

Sin mas pompa y compañía,
Que su toca y capirote,
De manera,
Que si no se me riyera,
Y primero me hablara,
Cierto no le conociera,
Y de largo me pasara.
Lucr. Señor Prudencio dexados
Esos á parte, si os place,
Hablemos de los privados,
Y ricos que es lo que hace
Y se asienta,
Mas al caso desta cuenta,
Y materia que tratamos,
Y lo que agrada y contenta
A los que en ella miramos,
Y aunque haya,
Ocasionss con que caya
Alguna vez la privanza,
O que por ventura vaya
En peligro de mudanza,
Y reves,
Que en buen vulgar Cordobés
Se dice rico pinjado,
Porque al fin gran caso es
Mandar, y no ser mandado:
Y hablar,
Contratar y negociar
Con Reyes familiarmente,
Con favor particular

De los otros diferente,
Ser honrado,
Estimado y acatado,
De todos obedecido,
Requerido y grangeado,
Aposentado y servido,
Y alabado,
Seguido y acompañado
De mil buenos á tropel,
De nadie necesitado,
Estándolo todos del
Con mil dones,
Y presentes á montones
Que les dan sin los pedir,
Segun de vuestras razones
Se puede bien colegir.

Pru. No pongais,
En eso que así tratais
Lucrecio duda ninguna,
Que muchos mas que pensais
Suele hacer la fortuna,
Y ventura,
Unas veces por natura,
Otras por merecimiento,
Pero las mas por locura
De ocasion ó acertamiento
Temporal,
Y quando el favor real
A ser de veras acierta,
Y se muestra liberal,

Con privanza descubierta,
Verdadera,
O tambien quando qualquiera
En los palacios reales
Llega, de qualquier manera,
A cargos muy principales,
Y á mandar,
Y comienza á tesorar,
Para poner en el arca,
No se pueden numerar
Lo que junta, lo que abarca,
Lo que allega,
Lo que se le da y entrega,
Lo que apaña y lo que traga,
Y quanto mas se le pega,
Tanto ménos le empalaga,
Ni le enfada,
Porque sin costalle nada
Sobre lo mucho que tiene,
Quanto le place y agrada
Ello mismo se le viene
De voleo,
No les pide su deseo
Cosa, quando en un instante
Ya llega apriesa el correo
A ponerselo delante:
Todos van,
A pecharles y les dan
Hasta henchirles los almarios,
Y aun los que léjos están,

Les son tambien tributarios
Y pecheros,
Príncipes y caballeros,
Los unos les dan baxillas,
Otros joyas y dineros,
Y algunas veces las villas
Y vasallos,
Y forros, armas, caballos,
Y otras cosas peregrinas
Sin cuenta, que por ganallos,
Se les buscan muy continas
Sin cesar,
Al fin no podeis pensar
Lo que amontona un privado
En quien todo va á parar
Como piedras al tablado.
Asi que
Quanto alegais, bien lo sé,
Y lo confieso Lucrecio,
Pero vos por vuestra fe,
No hagais dello gran precio,
Y pensad,
No ser gran felicidad,
Bien entendidas las leyes,
Mucha familiaridad
Con los Príncipes y Reyes:
Que el favor,
Que muestran al servidor
No es siempre de corazon,
Ni lo hacen por amor,

Sino por ostentacion
Halaguera,
Afeytada por defuera
Por qualquier necesidad
Engañosa ó verdadera,
Que mueba la voluntad
Y opinion,
Pero ya que la elecion
Proceda de buen querer,
Y se funde en aficion,
Segun suele acaecer
La privanza,
La gracia, la confianza,
Y humana benevolencia,
Las ménos veces se alcanza
Por méritos, ni por ciencia,
Ni bondad,
Ni aun por grande habilidad,
Sino por cierta ocasion,
Por antojo y liviandad,
Beldad ó disposicion,
Que alcanzada,
Quanto mas está encumbrada,
Encarecida y honrada
Hasta el fin de la jornada
Siempre vive peligrosa
De caida,
Por holgar y estar tenida
A voluntad que no dura,
Del hombre que en esta vida

No hay prenda ménos segura,
Ni durable,
Mas incierta y variable,
Y así lo escriben autores,
No haber cosa mas mudable
Que el favor de los señores,
Lisongero,
Y en un refran extrangero,
Se compara en movimiento
Al temporal del Hebrero,
Y á las hojas con el viento,
De manera,
Que el que en señores espera,
Le cumple siendo privado,
Velar bien hasta que muera,
Por sustentar lo ganado.

Lucr. Todavía,
Si yo pudiese querría,
Con todas esas tormentas
Verme señor algun dia
Metidos en esas afrentas
Y cuidados,
Porque ya que los privados
Abajen de lo que fuéron,
Siempre valen sus salvados
Mas de lo que ántes tuviéron:
Y á mí ver,
Siendo ya fuerza caer,
Muy mejor puede gozar
El que tiene que perder,

Que él que comienza á ganar
Nuevamente,
Y de mil partes de gente,
No hay una que nos confiese
Por ménor inconveniente
El tener si se pusiese
En eleccion.

Pru. No movais esa quistion
Lucrecio, que es odiosa,
Y toda comparacion
Suele ser escandalosa.
Claro está,
Que el que no tiene ni ha
Otra hacienda ni abrigo,
Por tener se meterá
Por puertas del enemigo.
Mas tornando,
A lo que os iba contando
De las personas privadas,
Y á lo que vais apuntando
De sus riquezas sobradas,
Que aunque cayan,
No por eso se desmayan,
No padeciendo pobreza,
Creed Lucrecio, que aunque hayan
Subido de gran baxeza
Hasta el cielo,
Quanto mas alto fué el vuelo,
Si de aquel mando y favor
Les falta despues un pelo,

Tanto mas es el dolor
Y pesar,
Sin poderse conortar
Con todo quanto les queda,
Aunque no sepan contar
Las riquezas y moneda
Que allegáron,
Porque como se llegáron
Con el poder que tuviéron,
No miran lo que ganáron,
Sino aquello que perdiéron,
Que se acuerda,
Mas ya que nada se pierda,
Y les dure el interes,
Es forzado que le muerda
La conciencia al Ginoves,
Si pecó,
Porque vos, no dudeis no,
Y sabed de cierta ciencia,
Que nadie se enriqueció
Mncho con buena conciencia.
De do viene,
Aquel usado y solemne
Dicho, ya no muy moderno,
Que es beato aquel que tiene
A su padre en el infierno.
Donde están
Algunos, que de su afan
Gozan al fin sus parientes,
Pues los que decís que van,

Y son tanto de las gentes
Estimados,
Servidos y aun adorados
Tambien son los doloridos,
De muchos importunados
Y en secreto aborrecidos:
Y han de estar,
Si se quieren conservar,
Ojo alerta de contino
Por no perder su lugar,
Ni apartarse del camino
Del favor,
Que suele con el señor
Durar ordinariamente,
Mientra el caro servidor
Le está delante presente,
Y le adora,
Lisongea y enamora,
Haciendo del ladron fiel,
Mas olvidase á la hora
Que quita los ojos del:
Y apartado,
Aunque haya sido privado
De los íntimos mayores,
Presto se halló trocado
Por otros nuevos amores,
En presencia,
Regia con su prudencia,
La Corte allende y aquende,
Y en poco tiempo de ausencia,

[library stamp]

Quando vuelve no la entiende,
Ni aun la halla,
Aunque solia gobernalla,
Sino en grande diferencia,
De suerte que entra en batalla,
O al ménos en competencia,
Por tornar,
Si ser puede, á reparar
Lo que la ausencia ha dañado,
Y á residir y durar
Mas por fuerza que de grado,
Como preso,
Y cierto que si con seso
Se mira lo que á esto toca,
Puestas ámbas en un peso,
Vereis que no tienen poca
Semejanza,
Porque la misma privanza
Es cárcel de muchas penas,
Y las riquezas que alcanza,
Son los grillos y cadenas
Que los tiran,
Y bien que los que los miran
Defuera , no pueden vellas:
Hay privados que suspiran
Dentro , por verse sin ellas,
Y á mi ver,
Aunque van al parecer,
Altos, lozanos y bravos,
Ellos se pueden tener

Gentilmente por esclavos,
Y lo son,
Y el Turco tiene razon
En que al mas especial hombre,
Baxá, ó de otra condicion,
Llama esclavo por renombre
Positivo,
Pues si yo cuitado vivo,
Sin libertad como el buey,
Que me da mas ser cautivo
Del Turco, que de otro Rey
Pues le adoro,
Y si soy cautivo moro
En cadenas como perro,
Que importa ser mas de oro
La cadena, que de hierro.
Y si queda,
Preso el pez á do se enreda,
¿Qué mas honra se le cata,
Por ser sus redes de seda,
O el anzuelo ser de plata?
Pues juntar,
Bienes para los gozar,
Cosa de cebones es,
Que los dexan engordar
Para comerlos despues:
De los quales,
En los palacios reales
De grandes Emperadores,
No pocos exemplos tales

Nos cuentan los escritores
Verdaderos,
De muy altos consejeros,
Y riquisimos privados,
Que por solo seis dineros
Han sido descabezados
Y proscritos,
Sin haber otros delitos
De que aquí, Lucrecio daros
Puedo exemplos infinitos,
Muy auténticos y claros,
Con verdad,
Mas por ser prolixîdad,
Dexo muchos que pasáron,
Bastenos la autoridad
De dos solos que se ataron,
En favor,
Cerca del Emperador,
Néro, tirano nombrado,
Séneca su juez mayor,
Y Pallanteos su privado,
Que sabida,
Su muerte no merecida,
Ninguno habrá que no entienda,
Haber perdido la vida
Por tener mucha hacienda.
Veis aquí,
Lo que se me ofrece á mí,
Que de privados os cuente,
De los quales muchos ví,

Ensalzados altamente,
Y he sabido,
Maguer que favorecido,
Ser estado congoxoso,
Entricado entremetido,
Y á las veces peligroso:
Comparado,
Al que estaba combatido
Asentado en rica silla,
Proveido y abastado
De manjares y baxilla:
Mas tenia,
Una espada que pendia
Sobre él, de un hilo colgada,
Cuya punta le venia
En la cabeza asentada.

Lucr. Ya señor Prudencio quedo
En esa parte avisado,
Y entiendo bien que no puedo
Yo llegar á tal estado
De valer:
Bien que á buscar de comer
Me levanta mi motivo,
Pero no para tener
Pensamiento tan altivo
De llegar,
En algun tiempo á medrar
Con Reyes tan adelante,
Que tenga que me guardar
De peligro semejante

De caida,
Oxalá que la subida
Estuviese ya en mi mano,
Que para esotra herida
Nunca falta cirujano.
Y pues ya,
De las otras quatro está
Platicado como quiera,
Oyamos si os placerá
La quinta forma y manera
De sirvientes,
En palacio residentes,
A quien mayor culpa distes,
Y de los inconvenientes,
Que al presente propusistes
De vivir.

Pru. Lo mismo torno á decir
Señor Lucrecio aun agora,
Que de muchos que á servir,
Van á Corte cada hora
A montones,
Por diversas ocasiones,
Y por causas especiales
De diversas profesiones,
De que las salas reales
Andan llenas.
Hay unos que pasan penas,
Y molestias en gran copia,
Y andan en casas agenas,
Pudiendo estar en la propia,

Sin pasion,
Mas como los hombres son
No todos de una natura,
Voluntad , ni condicion,
Ni ménos de una ventura,
Si porfian,
Ni quieren quando podrian
Ser de las Cortes exêntos,
Ni pueden quando querrian,
Por muchos impedimentos
Que se ofrecen,
De suerte que permanecen
Entre quieren y no quieren,
Hasta que allí se envejecen,
Y no pocas veces mueren
Mal su grado,
Y de los de tal estado,
Que por vicio ó por virtud,
Anda palacio poblado,
Hallareis gran multitud,
Y mil gentes,
Inclinadas y obedientes
Al servicio y sujecion,
Bien que sean diferentes
En estado y condicion,
Calidades,
Costumbres, habilidades,
Trages y forma de vida,
Deseos y voluntades,
A quien la Corte convida,

A pesares,
Los mas dellos son seglares,
Pero clérigos tambien,
Y religiosos á pares
De aquella Hierusalem
Cortesana,
Los unos de propria gana,
Otros por ser convidados,
Y algunos que van por lana,
Y al fin salen trasquilados.
Hay dotores,
Letrados, predicadores,
Y personas de conciencia,
Maestros y profesores
De toda suerte de ciencia,
Caballeros,
Hay hidalgos y escuderos,
Hombres de paz y de guerra,
Y al fin, de todas maneras,
Y linages de la tierra
Muy costantes,
Discipulos y estudiantes
De aquella devota escuela,
Que andan allí vigilantes
En torno de la candela
De valer,
Por medrar y merecer,
Para lo qual los mas buenos
Han Lucrecio menester
Dios y ayuda por lo ménos,

Y otras ciencias,
Que son odios, competencias,
Y invidias con los iguales,
Lisonjas y reverencias,
Para con los principales
Y privados,
Con quien los mas estirados,
Pretendiendo algun favor,
Cumple ser muy bien criados,
Y con el Rey ó señor
Mucho mas,
Puestos los pies por compas,
Los ojos vivos alertos,
Sin osar mirar atras,
En pié siempre y descubiertos
Con cuidado,
Hablando muy atentado,
Humilde, blando y sabroso,
Todo dulce y requebrado,
Y sobre falso, amoroso,
Estimando,
En mucho, quando alcanzando
Haber con el Rey audiencia,
Le estarán como adorando
Por la tal benevolencia,
Y aficion,
Y con muy grande atencion
A escucharle, y quando acaba
Aprobarle su razon,
Y alabar lo que él alaba:

Aunque sea,
Por ventura cosa fea,
Dandole luego color,
Y caso que no lo sea
Tenerlo por lo mejor
Necesario,
Y si el Rey por el contrario
De alguno dixere mal,
Mostrarse luego adversario
Y enemigo capital,
Contra quien,
El señor muestra desden,
Y ayudalle á que padezca,
Aunque sepa no ser bien,
Ni ningun mal le merezca,
Y acaece,
Que uno á otro al fin empece,
Y le mete la lanceta,
Por la ocasion que se ofrece
De echar una lisonjeta,
Y querer,
Mal hablando, complacer,
Asi, que tiene lugar
El triste de mal hacer,
Aunque no de aprovechar,
Y dañando,
Hace que burla burlando
De la mala relacion,
Al Rey que le está escuchando,
Le queda mala impresion

Permanente,
Y aunque quiera el delinqüente
Remediarla, ya no puede,
Porque no continuamente
El Príncipe le concede
Sus oidos,
Guarde os Dios de los ladridos
De los ocultos testigos,
Do muchos son ofendidos
Aun de sus mismos amigos.
Fuera desto,
El andar siempre de presto
Y á priesa por los señores,
No es poco duro y molesto
A los pobres servidores
Ser forzado,
Aunque mas esteis cansado,
De ir y venir por oficio
A palacio apresurado,
Por no faltar al servicio
Muy ligero,
Y de andar al retortero
De la sala á la capilla,
Tras las voces del portero,
Y al son de la campanilla:
De manera,
Que ni dentro ni defuera
De Corte, ni en la posada,
Se puede tener, ni espera
Hora jamas descansada

Con sosiego,
Sin despecho y sin reniego,
De camino deseoso,
De cosa qué venga luego
A estorbarle su reposo.
Luct. Bien lo creo,
Señor Prudencio, y deseo
Oir deso que decis,
Mas pareceme que veo,
Esos de quien referis
Tantas penas,
Cargados de ropas buenas,
Joyas, aforros preciados,
Y de gentiles cadenas
Y collares adornados,
Que es señal,
De hacienda y de caudal,
Y bienes en abundancia,
Y así no puede haber mal,
Donde bulle la ganancia
Con honor.
Y tambien mirad señor,
Que la noble gente tal,
A quien abriga el calor
De la vivienda Real
Los estiman,
Los ensalzan y subliman
Por ganallos y tenellos,
Y se les pegan y arriman,
Y se favorecen dellos,

Por ganar,
Por su medio y mejorar,
Con el Príncipe presente,
De do les suele quedar
En deuda perpetuamente,
Y he notado,
Que me parece un estado
De calidad gloriosa
Ser el hombre así rogado,
Para tan gloriosa cosa.

Pru. Tal es ella,
Lucrecio, si el conocella,
Las gentes causa no fuesen,
De menosprecio y querella,
Quando falta el interese,
O esperanza,
Que á la hora que se alcanza,
O viene en conocimiento,
Ser el favor ó privanza,
De esos, á las veces viento,
Y en oliendo,
O con el tiempo sabiendo
Que bien no podeis hacelles,
Luego os va desconociendo,
Mas de quanto podeis selles
Provechoso,
Porque es ley y uso vicioso
De las Cortes, do procede
Querer mal al poderoso,
Y mofar al que no puede.

Bien sentis,
Lucrecio, desto que ois,
Que los mas andan vendidos,
Pues esotro que decis
De las ropas y vestidos,
Y cadenas,
Que á las veces son agenas,
Es una vana locura,
De que van las Cortes llenas,
Y lo nota la Escritura,
Si he mirado,
Diciendo el texto sagrado,
Donde habla de San Juan,
Los que visten delicado,
En cas de Reyes están.
Y no son,
De mas grado y condicion
Por ello á mi parecer,
Porque aquella ostentacion,
Una burla suele ser
Muy hermosa,
Que aunque á la vista es graciosa,
Muchos dellos hallareis,
Que no tienen otra cosa,
Mas de aquello que les veis
Sobre sí,
Muchos de los quales ví
Andar arrastrando seda,
Y brocado y carmesí,
Sin saber qué era moneda,

Ni doblon,
Cargados de presuncion
Ir con su rico collar
A comer á un bodegon,
Y á dormir en un pajar.
Ni creais,
Que los oros que mirais,
En algunos Cortesanos,
Sean como vos pensais,
Ganados allí á sus manos,
Ni que crecen,
Todos los que se engrandecen
Por su vida, órden, ni ley,
Ni que todos se enriquecen,
Los que andan cerca del Rey;
Que muy dura,
Es la ganancia y escura
De los que en Cortes afanan,
Y muchos por su ventura
Pierden allí mas que ganan,
Que por ir,
Como deben, á cumplir
Con sus honras á la rasa,
Yendo ricos á servir
Vuelven pobres á su casa,
Y gastados,
Porque sin otros cuidados,
Que Reyes suelen tener,
Siempre están necesitados
De otros, y han menester

Valedores,
Y los pobres servidores,
Sacan dellos poco zumo,
De suerte que los sudores
Se les convierten en humo,
Si no fueren,
Los que tienen mas que quieren,
Por venturas especiales,
O los que á cargo tuvieren
Oficios interesales,
Como ya,
Os he dicho, y así va,
Que á los otros desdichados
Solo el sueldo se les da,
Y aun de aquel no son pagados
Sin ruido,
Que acaece estar comido,
Y el Cortesano empeñado,
Y no haber dél recibido
En dos años un ducado;
Trabajando,
En este medio, y sudando,
Por caminos y carreras,
Hacienda y cuerpo gastando
De mil suertes y maneras,
Y sabido,
Lo que de ello ha merecido,
Y lo que se espera de ello,
Es el hombre andar molido,
Y el Príncipe no sabello.

Y es gran mal,
Siendo el servicio leal,
Y que el señor le reciba,
El galardon no ser tal,
Y navegar agua arriba
Sin favor,
Pero aun suele ser peor,
Que habiendo algunos servido
Gentilmente á su señor,
Y hecho lo que era debido;
En no nada,
Por algo que no le agrada,
O por qualquier sospechuela,
Es la gracia rematada,
Y apagada la candela:
Pues que os diga,
Y hasta el cabo prosiga
Otros duelos no livianos
De congoja y de fatiga
Que pasan los Cortesanos,
Novedades,
Mudanzas, dificultades,
O de asiento ó de camino
Trabajos, necesidades,
Y otros que de contino
Se padecen,
Y especial los que se ofrecen
Al partir de algun lugar,
Y se juntan y recrecen,
Seria nunca acabar:

Porque es vida,
Sin reparo y dolorida;
Sino ved si es harta plaga,
En víspera de partida,
No haber memoria de paga,
Y cuidados,
Infinitos y pesados,
De cosas que hay que hacer
Para estar aparejados,
Segun lo que es menester.
Pues partidos,
Aun los mismos favoridos,
No carecen de dolores,
Y contiendas y ruidos
Con los aposentadores
Trabajando,
Padeciendo, y tolerando
La misma vida inquieta,
Y por fuerza madrugando,
A la voz de la trompeta
Que los llama,
Y á las horas que mas ama
Reposo la voluntad;
Y que de estar en la cama
Tienen gran necesidad.
Caminando,
El noble Rey Don Fernando
Con esa Reyna Germana,
De Toledo, no sé quando
Por Córdoba la llana,

De pasada.
Vi la Corte aposentada
Toda, y sus caballerizas,
En una aldea cuitada
De siete casas pajizas,
Y llovia,
Que el cielo se deshacia
Sobre la Reyna y las damas,
Y por otra parte ardia,
Todo el campo en vivas llamas.
Unos daban,
Voces, porque se quemaban
Como si fueran hereges:
Y por otra parte andaban
Nadando los almofrexes:
Y veian,
No pocos, que no tenian
Mejor posada que el buey,
Y por fuerza se metian
En la cámara del Rey
En manada,
La ropa toda mojada
Dentro y fuera del lugar,
Que aun al fin de la jornada
Tuvimos bien que enxugar
Y escurrir,
De aquí Lucrecio inferir
Podeis, poco mas ó ménos,
Lo que es menester sufrir
En palacio muchos buenos;

Por lo qual,
Dice y digo que esto tal,
Los que pueden escusallo,
Es de tenerselo á mal,
El sufrillo y lacerallo.

Inc. Semejantes ocasiones
De palacio y su vivienda,
Y trabajos y pasiones,
Que manan de su contienda
Y porfia,
Bien creo que cada dia
Son ordinarios allí,
Mas esto no bastaria
A ponerme espanto á mí,
Ni dexar,
Por ello de executar
El propósito tomado,
Si en lo que toca al medrar
No fuese tan estirado:
Ni los dones,
Mercedes y galardones,
Con tanto pleyto y coxijo,
Como de vuestras razones
Señor Prudencio colijo,
Que sufrir,
Trabajos por bien servir
Y servir por merecer,
Y merecer por servir,
Dulce cosa es á mi ver,
De prestado,

Porque el trabajo pasado,
Quedará despues lugar
Para gozar lo ganado,
Y tornarse á retirar.

Pru. ¿Qué sabeis,
Lucrecio, si lo podreis
Hacer como lo pensais?
Y si de Corte saldreis,
Si una vez en ella entrais
A probar,
Lo que sabe su manjar?
Porque segun su natura
No os podreis aconortar,
Ni tolerar por ventura
Buenamente,
Con paciencia suficiente
Las molestias enojosas,
Que allí hay, y mayormente
Viendo ser infrutuosas:
Y si os prende,
Muda, y enlabia, y enciende,
Y trastrueca el pensamiento,
No podeis libraros dende,
Ni dexar su seguimiento,
Segun hace,
Con muchos á quien aplace
Como Circe á gente mucha,
Que la fuerza á que se enlace,
Despues que una vez la escucha.

Lucr. Ya yo sé,

Por lo que entendido he
Hoy de vuestra relacion,
Que carecer no podré
De fatigas y pasion,
Si una vez,
Se me pegare la pez
De palacio ó su pesebre,
Mas quien quiere comer nuez,
Es menester que la quiebre,
Aunque dura.
Pero desa otra locura,
De prendar mi voluntad,
La cosa está muy segura,
Porque es mi libertad
Muy preciada.

Pru. Eso de la nuez me agrada,
Que lo hagais por despedida
La qual despues de quebrada
Suele hallarse podrida
Hecha heces,
Y las verdaderas nueces
Son las costumbres humanas,
Que en palacio muchas veces
Peligran y salen vanas
Y viciosas,
Y aun las de sí virtuosas,
Con algunas ocasiones
Estraga el uso de cosas,
Y malas conversaciones;
De do vino,

Aquel proverbio Latino,
Que *corrumpunt bonus mores*
Colloquia prava, y contino
Se mudan con los honores
Su consorte,
Es otro antiguo deporte,
Que dice y habla con vos,
Que se aparte de la Corte
Quien quiere estar bien con Dios:
Porque allí,
Cumple, segun aprendí,
El que quiere sacar fruto,
Tener alas de neblí,
Y ser doblado y astuto,
Lisonjero,
Disimulado y artero,
Mostrando doblada cara,
Porque no vale un dinero
La verdad desnuda y clara,
Fiel y pura,
Sino usar de la natura
De Prometeo, que podia
Transfigurar su figura
En todas quantas queria;
Y fingir,
Sin gana á veces reir,
Sin gana á veces llorar,
Por agradar y servir,
Complacer y grangear
Los privados,

Y despues de grangeados,
Quando ya pensais tenellos
Con servicios obligados,
Teneis poca parte en ellos;
Nadie osa,
Sin su ayuda peligrosa
Pedir un maravedí,
Daisle aviso de una cosa,
Y tómala para sí
Sin cuidado,
De vos que les habeis dado
El aviso y sin conciencia,
Sobre haberos desollado
Quieren gracia y obediencia,
Con franqueza,
De suerte que su grandeza
De provechos es desnuda,
Para otros es simpleza
En sus palabras, y ayuda
Confiaros,
Porque en lugar de ayudaros,
Si no interviene lo hecho,
Suele mas veces dañaros,
Que no haceros provecho.
Lucr. Ya que sea,
La gente de esa ralea
Sin amor, sin caridad,
Y que en ellos no se vea
Señal cierta de amistad,
Es de creer,

Que debe siempre haber
Otros de otra condicion,
En quien se pueda tener
Confianza y devocion,
Y alegría,
Y así entiendo cada dia
Haber muchos cortesanos,
En muy dulce compañia
Andar juntos como hermanos
Y parientes,
Y parando en ello mientes,
Y pasándolo de espacio,
Creo haber muy excelentes
Amistades en palacio
Por abrigo,
Y así hablando comigo,
Pienso hallar y tener
En la Corte algun amigo,
De quien me favorecer.

Pru. Vos podeis,
Será cierto que hallareis
No solo Lucrecio alguno,
Mas ciento, si los quereis,
Pero qual cumple, ninguno,
A manadas,
Defuera y en sus posadas,
Hallareis mil de contino,
Amigos de bonetadas,
Salve os Dios, taza de vino,
Con malicia,

Porque do reyna codicia,
Es fingida la aficion,
La regla de la amicicia,
Que compuso Ciceron
Falta y yerra,
Que amigo de buena guerra,
Leal, seguro y secreto,
Es ave rara en la tierra,
Semejante á cisne prieto:
Mas notad,
No haber Lucrecio amistad
En ninguna profesion
De ménos sinceridad
Que los de la Corte son:
Que notados,
Uno á uno los estados,
Haciendo dellos testigos,
Aun entre bravos soldados
Suele haber fieles amigos:
Mas acá,
En Corte apenas habrá
Una amistad verdadera,
Porque comunmente va
Interesal, lisonjera,
Y fundada,
En otras cosas de nada,
Liviandades y placeres,
Y en esto es diferenciada
De la de los mercaderes
Solamente,

Que son rica, honrada gente,
Si tambien no pospusiese
Al amigo y al pariente,
Y á qualquier otro interese,
Por ganar,
Así que podeis pensar
Por estas razones llanas,
Haber poco que esperar
De amistades Cortesanas,
Ni aficion,
De sola conversacion:
Que aunque acierta en calidades,
Nunca hay confederacion
De conjuntas voluntades,
Con verdad,
Porque allí la enemistad
Es natural y vecina,
Y la amiga caridad
Extrangera y peregrina,
Y lo bueno,
Es que andando todo lleno
De finezas y malicias,
Se os meterán en el seno
Muchos haciendo caricias
Amorosas,
Con palabras engañosas,
Y fingiendo ofrecimiento,
Por daros á entender cosas
Que no tiene en pensamiento;
Y las calla,

Hasta que camino halla,
Si en hablar no sois discreto,
De descoseros la malla,
Y sacar algun secreto:
Y sacado,
Vos pensad que le habeis dado
Cuchillo con que os degüelle,
Y despues de degollado,
Aun os abra y os desuelle:
Mayormente,
Si del hacello se siente
Algun provecho cercano,
No será mas negligente
En ganaros por la mano,
Y escondella,
Despues de haberos con ella
Tirado la piedra, y hecho
Todo el daño, estorbo y mella
Que puede en vuestro derecho
Y partido:
Cosas han acaecido
A mí mismo en esta parte,
En que no poco ofendido
Me sentí de cruel arte;
Por aquellos,
De quien fiándome de ellos,
Pensaba ser ayudado,
Y me hallé por creellos
Prevenido y salteado.
Es locura,

Y prenda poco segura,
La amistad en confusion
De Corte, porque no dura
Mas de quanto la ocasion:
Que si fuéron,
Amistades que naciéron
Por interese, aunque aplacen,
Como por él se hiciéron,
Por él mismo se deshacen
Y se quitan,
Que los que las solicitan,
Aquellos las desbaratan,
Y los que mas se visitan,
Son los que peor se tratan:
Y el primor,
De hablarse con amor
Son armas con que se hieren,
Que á veces los que mejor
Se hablan, peor se quieren.

Lucr. Bien está,
Señor Prudencio, que ya
Entiendo bien esa cosa,
Y pues con amigos va
En Corte tan achacosa,
No querellos,
Ni perder tiempo tras ellos,
Será la cuenta derecha;
Y así no pienso con ellos
Tener amistad estrecha;
Sino ir,

Determinado á servir
Al señor que Dios me diere,
Hasta medrar ó morir,
Lo mejor que yo pudiere:
Y tener,
Confianza de valer
Por solo mi buen servicio,
Sin de nadie pretender
Socorro ni beneficio
Que haya allí.

Pru. Hacedlo Lucrecio así,
Que al fin la pena es mas leve,
Quando el hombre está de sí
Satisfecho, como debe.
Y aunque en vano,
Yendo por camino llano,
El galardon le suceda,
El se paga de su mano,
Con la virtud que en él queda:
Mas querria,
Avisaros todavía,
Como á quien soy obligado,
Que vais tras vuestra porfia
Algo ménos confiado,
Que mas quiero,
Sea Rey ó Caballero,
O qualquier otro señor,
De quien pretendo y espero
Premio, merced ó favor,
Sola una,

Libra, y onza de fortuna,
Para ser hombre de cuenta,
Que de otra virtud alguna,
Ni de méritos cincuenta:
Porque dado,
Que el servir vaya ordenado
De diligencia y cordura;
Todo al fin es escusado
Quando no tercia ventura.
Demas desto,
Yo sobrino, os amonesto,
Antes de ir esta jornada,
Que mireis en aquel texto
De la Escritura Sagrada,
Que guardar,
Nos manda, y desconfiar
De los Príncipes humanos,
Pues salud y gloria dar
No está en ellos, ni en sus manos;
Y el sentido,
De este texto referido
Es, que los Reyes no dan
A todos por lo servido
Igual precio del afan
Y bondad:
Ni miran la voluntad
Con que el servicio fué hecho,
Ni obra necesidad,
Sino solo su provecho.
¿Qué pensais,

Lucrecio, si como vais
A medrar y ser honrado
Adoleceis, y os hallais
Sin escudo, ni ducado?
O si yendo,
En el servir procediendo,
Sucede guerra ó motivo,
De vuestro deber haciendo
Fuerdes por dicha cautivo?
¿Quien será,
El que allí socorrera
Para vuestra enfermedad,
O el rescate pagará
Para vuestra libertad?

Lucr. Pienso yo,
Que el señor no olvida no,
Siendo la causa tan suya,
Al que por él padeció,
Para que se restituya
Con honor,
Porque como al servidor,
Toca ser constante y fiel,
Así conviene al señor
No ser ingrato con él.

Pru. Con razon,
Mas tras esa devocion,
No os metais en tales leyes,
Que muchos ví de prision
Olvidados por sus Reyes,
Que cumplidos,

Los servicios y partidos
Del ojo los servidores;
Y los muertos y huidos,
Presto son de los señores
Olvidados,
Y pocas veces pagados
Sin grandes dificultades,
Porque tienen mil cuidados
Y cien mil necesidades
Que cumplir,
Pues la causa de haber de ir
A palacio, él que allí va,
Es ambicion de subir,
Donde por subir está.
¡Que simpleza,
Es prometerse riqueza,
Donde tantos la desean,
Y con tanta sutileza
La procuran y grangean!
Y tener,
Animo de pretender
Oficios, cargos, honores,
Donde tantos ha de haber
Hambrientos competidores:
Y pensar,
De conseguir y alcanzar
Potencias, mandos y rentas
En parte que han de costar
Tantos peligros y afrentas!
Lucr. Todas son,

Gran verdad en conclusion
Señor Prudencio esas cosas,
Mas qualquiera profesion
Tiene trechas trabajosas
Bien notadas,
Y todas exâminadas
Las de palacio á mi ver,
Serán las ménos pesadas,
Y mas dignas de escoger
Y seguir,
Y bien que contradecir
No puedo á vuestra sentencia,
Todavía querria ir
A verlas por experiencia:
Salvo si,
Ya de todo punto aquí
Dais por cosa averiguada,
No me convenir á mí
Proseguir esta jornada.

Pru. Yo no quiero
Por esto que aquí profiero
Estorbar vuestro deseño,
Aunque sé, ser verdadero
Lucrecio lo que os enseño;
Que ya sé,
Porque yo tambien pequé,
Que aun en las cosas muy buenas
No se da á las veces fe
A relaciones agenas
Sin probarse,

Y en presencia exâminarse,
Porque hay pocos ó ninguno,
Que quiera desengañarse
Por consejo de otro alguno;
Y es vedado,
En cosas asi de estado
Y eleccion de nueva vida,
Dar consejo averiguado
A ninguno aunque lo pida:
Mas yo os digo,
Como no falso testigo,
Si mi voto se tomase,
Que ni á pariente ni amigo,
Yo nunca le aconsejase
Emplear,
Con codicia de medrar,
En palacio su servicio,
Mientra pudiera ocupar
Su tiempo en otro exercicio
Ménos duro,
Donde sea mas seguro
El bien, y con mas reposo,
Y el galardon mas seguro,
Y el gozar ménos dudoso
Sin dolor,
Y donde siendo menor
Por dicha la utilidad,
El gozo será mayor
Mediante la libertad,
Que no alcanza,

Igual bienaventuranza
Hombre en esta vida humana],
Con todo el bien y privanza
De la vida cortesana;
Que por ser,
Muy sujeta á padecer
Desta tan preciosa prenda,
Se debria posponer
A qualquier otra vivienda:
Y pensar,
Que habiendo campos de arar,
Y molinos de moler,
Huertas, viñas que labrar,
Y do sembrar y coger;
Y pudiendo,
Pasar la vida leyendo,
En estudiar ó escribir,
Es yerro irla perdiendo,
En la Corte por servir,
Y gastalla,
O rompella ó cautivalla
En lo mejor de la edad
Entre la chusma y canalla,
Es desvario y vanidad,
Hinchazon,
Necedad y presuncion,
Y soberbias y locuras,
Agonias y ambicion,
Y otras tales desventuras;
Cosas vanas,

BOMBAY BRANCH ASIATIC
Altaneras y profanas,
Y muchas lisonjerias
Que las gentes cortesanas
Platican noches y dias,
Muy ufanos,
Y entre mancebos livianos
Y caballeros gloriosos,
Galancetes y lozanos,
Estirados y orgullosos:
Que vagando,
Por las calles cabalgando,
A las veces dan y prueban
Ser mas bestias bien mirando,
Que las mismas que los llevan:
Y otros tales,
Hombres, vanos, mundanales,
Y pueblo de poco vaso,
Que de virtudes morales
Se hace muy poco caso:
De manera,
Que pasada la carrera
De la Corte y su costumbre;
Quando al cabo salis fuera,
De la loca servidumbre
Por partido,
Veis que habeis envejecido
Entre injurias y querellas,
Y que habiéndolas sufrido,
Aun distes gracias por ellas.
Lucr. Evidente,

Cosa es que comunmente,
El mundo va deste modo,
Y do hay copia de gente
Es fuerza lo haya de todo.
Mas tambien,
Entiendo hallarse quien
En vejez y juventud,
Sin engaño ni desden,
Use en Corte de virtud
Con los buenos,
Y se hallan por lo menos,
No pocos á lo que siento,
Que aun á los pobres y agenos
Hacen buen acogimiento,
Honra y fiesta,
Y sin llorar lo que cuesta
Reparten de lo que tienen,
Teniendo la mesa puesta
A quantos entran y vienen,
Muy sin pena.

Pru. Cierto Lucrecio muy buena
Es esa costumbre tal,
Pero vos de tabla agena,
No hagais mucho caudal
Ni reparo,
Ni del socorro y amparo
De mesas de caballeros,
Que suelen costar mas caro
Que comprado por dineros
Y es el cuento,

Que en el uso y seguimiento
De este tal pan de dolor,
Ni suele quedar contento
Quien lo come, ni el señor
Que lo da,
El qual ha de estar, y está,
Sin haber por qué, obligado
A cada necio que va
A tenelle aparejado
De comer,
Y el donayre suele ser,
Que de aquellos que á tragar
Van por dos que dan placer,
Doce suelen enfadar
Al patron,
Porque la conversacion
De todos no es de una suerte,
Que unos dan recreacion,
Y otros son la misma muerte
De pesados,
Y á veces los convidados
Faltan quando los querrian,
Y quando están descuidados,
Acuden mas que debrian:
Y el que viene,
Si el dicho señor no tiene
Muy á punto la comida,
Tambien es fuerza que pene
Esperando su venida;
Tras la qual,

Como cosa principal,
Se pierde lo mas del dia,
Que seria menos mal
Pasalla en una hosteria
O meson,
Pues si veis la confusion
De la Corte, vereis luego,
Que el mal con su alteracion,
No tiene menos sosiego:
Distraido,
Anda siempre allí el sentido,
El animo cuidadoso,
En mil partes repartido,
En ninguna con reposo.
Toda cosa,
Aunque parezca sabrosa,
Y próspera en lo presente,
En palacio es trabajosa
De descanso careciente.
No hay lugar,
Ni tiempo tan sin pesar,
Tan libre, tan reservado,
Do quien sirva pueda estar
Sin mella de algun cuidado:
Aun comiendo,
Cenando, y aun durmiendo,
Por respeto de servir,
Se ha de estar siempre diciendo,
Que aun hay algo que cumplir.
De manera,

Que do quiera y como quiera,
La mas dulce servitud
Desasosiega y altera,
Y es causa de inquietud,
Y amargura,
Y el que descanso procura,
En Corte, no piense habello,
Que mientra el servicio dura,
Es imposible tenello,
Ni lo espere,
Quien tras Reyes anduviere,
Porque ellos mismos aquí
Mientra otro mundo no hubiere,
No lo tienen para sí.
Pues pensad,
Que faltando libertad
Al que sirve, y á su dueño,
Qualquiera prosperidad
Debe tenerse por sueño,
Y se olvida,
Pues la libertad perdida
Y el trabajo, aunque se acierte,
Anda en cuenta con la vida,
Y el descanso con la muerte.

Lucr. No creyera,
Señor Prudencio, que huviera
En la vivienda de Corte
Tantos duelos, ni que fuera
Tan sin placer y deporte,
Como entiendo,

De lo que mostrais diciendo,
Que si otro lo dixera,
Menos crédito teniendo,
Que vos, yo no lo creyera
Sin proballo,
Pero como veo y hallo,
Ir tantos aquel camino,
No facilmente á dexallo,
Me persuado, ni inclino.

Pru. Vos podreis,
Hacer lo que bien vereis,
Si de vuestra condicion
Por ventura conoceis
Tan grande moderacion,
Y templanza,
Que en parte que no se alcanza
Descanso, podeis pensar,
Y do falta la esperanza,
Tan caro suele costar;
Porque son,
De diversa inclinacion
Los hombres, y no se emplean,
Unos reciben pasion
Con lo que otros se recrean;
Y así hay tales,
Que tienen por bien los males,
Y otros por malo lo bueno,
Segun veis que hay animales
Que su deleyte es el cieno,
Agua, lodo,

En fin por aquí va todo,
Que de todos es bien quisto
El apetito beodo,
Y yo me acuerdo haber visto
Mas de tres,
Aherrojados los pies,
Deleytarse en la galera,
Pero gran ventaja es
Mirarlos de talanquera
Como van,
Con su miseria y afan,
Muy contentos de engañados,
Y pocas veces están
En un lugar reposados;
Porque andando,
Tras Reyes devaneando
En vivienda peregrina,
Cada dia enfardelando,
Porque siempre se camina
Sin reposo,
Y el que dél es deseoso,
Y quieto de natura,
Ved si le será sabroso,
No tener parte segura
De aposento,
Pero ya que esté de asiento
La Corte en algun lugar,
Tampoco estará contento,
El que piensa descansar:
Porque luego,

Desaparece el sosiego,
Silencio y tranquilidad,
Y suceden en el juego
Estruendos por la ciudad,
Y clamores,
Tras los aposentadores,
Barahundas, turbaciones,
Alborotos y rumores,
Voces, gritos y quistiones,
Y ruidos,
Alharacas, y alaridos,
Y otras molestias y penas,
Y bullicios desabridos,
De que andan las plazas llenas.
Y encontrones,
Por las calles y cantones,
Que no podeis escusallo,
Embarazos y empujónes,
Y aun pernadas de caballo,
Noche y dia,
Y en lugar de policia,
Entre músicas y fiestas,
Desvergüenza y osadía,
Juegos, y otras deshonestas
Alegrías,
Banquetes, borracherías,
Amores, disoluciones,
Tráfagos y burlerías,
Y pecados á montones,
Muy sin cuenta,

Que do la Corte freqüenta,
Suelen hacer residencia,
Porque el vicio se aposenta,
Con muy bastante licencia,
A placer,
Y si mas quereis saber
Del Cortesano exercicio,
Sabed, que el aborrecer
Es el principal oficio,
Hazañar,
Meter mal, y blasfemar,
Holgar, burlar y mentir,
Revolver y trafagar,
Murmurar y maldecir
Muy freqüente,
Por do queda al que esto siente,
Viendo el tiempo malgastarse,
Decir dél mas propriamente
Perderse, que no emplearse:
Pues se va,
Tras solo lo que les da
A entender la voluntad,
Y apenas hay hombre allá,
Sin secreta enemistad:
Y es de ver,
A quien lo sabe entender,
Y desto tiene noticia,
Publicarse el bien querer,
Y encubrirse la malicia,
Componiendo,

Alegre rostro, temiendo,
Con los ojos al hagando,
Con la boca bendiciendo,
Y con el alma tirando
Saetadas,
Crueles enerboladas,
Deseando verse allí,
Las cabezas derribadas
Uno á otro cabe sí
Con rencor,
Mas mirad otro primor
Que al principio aun habrá alguno,
Que os muestre y tenga amor,
Y andando el tiempo ninguno,
Aunque deis
Por ello quanto teneis,
Y lo hayais bien merecido,
Vos tampoco no teneis
Amor á nadie cumplido,
Ni de veras,
Que las artes y maneras
De Corte, quando se entienden,
Van descubriendo manqueras
Con que los hombres se ofenden
Y aborrecen,
Y asi los que permanecen
En palacio luengamente,
Mas estudian que enriquecen,
En huir de inconveniente;
Y mirar,

De quien se deben guardar,
Sabiendo haber enemigos
Con quien han de conversar,
Y que aquellos son testigos
Avisados,
Que andan dellos rodeados,
Y que el tiempo y seso apenas
Bastan, para estar guardados,
De las maldades agenas:
Pues verdad,
Verdadera caridad,
En pocos ví que cupiese,
Salvo con necesidad,
O con polvo de interese:
De lo qual,
La causa mas esencial
Es la falta de virtud,
Pero tambien sale el mal
De sobra de ingratitud,
Que buscada,
Será do quiera hallada,
Pero la Corte á mi ver,
Es la mas cierta posada
Que se le puede saber:
Do vereis,
No pocos, á quien habreis
Hecho servicios sin cuento,
En quien despues hallareis
Muy poco agradecimiento,
O ninguno.

Ya diria yo de alguno,
Y aun de muchos que allí vi,
Especialmente de uno
A quien fielmente serví,
Y ayudé,
Mas yo lo que del saqué
Al cabo de la jornada,
Fué, mal querencia sin fe,
Y enemistad de callada.

Lucr. Siendo eso
Verdad, segun del proceso
De vuestra relacion siento,
Yo conozco y lo confieso
Ser necio mi pensamiento:
Mayormente,
Pues se usa y se consiente
Que ingratitud prevalezca,
Que no hay vicio entre la gente
Que mas á Dios aborrezca;
Ni pecado,
Claramente castigado
En el viejo Testamento,
Con mas rigor y cuydado,
Que desagradecimiento.

Pru. Con razon,
Pues demas desa pasion
Del estilo, órden y trato
De la Corte, hay un monton
De otras cosas buen barato:
Do quien vive,

Es causa que se cautive
En ellas muy á la clara,
Como en sus cartas lo escribe
Fray Antonio de Guevara;
Que á su cuenta,
Son ocho que andan en venta,
En Corte do se platican,
Y sin empacho y afrenta
Se pregonan y predican,
Por verdades,
Mentiras y falsedades,
Nuevas vanas y fingidas,
Engañosas amistades,
Hombres y hembras perdidas,
Y muy finas,
Invidias allí continas,
Y malicias redobladas,
Palabras locas malinas,
Y esperanzas engañadas:
Y con estas,
Andan tambien muy compuestas
Otras dolencias y males,
Unas pesadas molestas,
Y mas espirituales
Y perfetas,
Iras, cizañas secretas,
Odios, bandos, competencias,
Que enclavan como saetas,
Las almas y las conciencias,
Y sentidos,

Con que muchos doloridos
Traen los bazos hinchados,
Y los livianos podridos,
Y los hígados dañados.

Lucr. Tantas cosas me decis,
Señor Prudencio por ciertas,
Que no solo me rendis
A meterme por las puertas
Del creer,
Pero para aborrecer
Toda vida Cortesana,
Y serle, sin la saber,
Como á religion profana
Enemigo.

Pru. Pues creedme por testigo
Lucrecio sin duda alguna,
Que todo quanto aqui digo,
No es de treinta partes una
De los males,
Continuos y generales,
Que á cada paso se ofrecen,
Y trabajos desiguales
Que en la Corte se padecen
Con dolor,
La qual sin duda es mejor
Para de lejos oilla
Por via de relator,
Que para vella y seguilla,
Ni gustalla,
Y sin entrar en batalla

Saber lo que pasa en ella,
Que para experimentalla
Con engaños y querella,
En la qual,
El que no tiene caudal,
Ni favor, está obligado:
Y el que vale, es por lo tal
Perseguido y odiado,
Sin poder,
Escusallo, y viene á ser
Que ni el pobre mantenerse,
Ni alcanzar para comer,
Ni el rico puede valerse,
Con tormentos,
Que les dan los pensamientos:
Y asi viven afligidos,
Y son pocos los contentos,
Y muchos los aborridos
Con pasion,
Y es la causa la ambicion
Con que todos van á dar
A enderezar su intencion
De privanzas y medrar.
Y asi es,
Que muchos mueven los pies,
Por ganar de qualquier modo,
Y al fin uno, ó dos ó tres,
Lo vienen á mandar todo
En monton,
Por do digo en conclusion,

Que la Corte y sus cuidados,
No es buena de condicion,
Sino para los privados
Favoridos,
Que con los brazos tendidos
Recogen los frutos della,
Y mancebos atordidos,
Que no saben entendella:
Ni entendida,
Saben tomalle medida,
Ni tiento en ninguna cosa;
Es verdad pues que la vida
De palacio es muy sabrosa,
Descansada,
Apacible, y concertada,
Teniendo della noticia,
Para que siendo gastada
Nos pongan mucha codicia
Sus extremos,
Sino que alli padecemos
Hambre, sed, cansancio y frio,
Y duelos mas que podemos
Del invierno y del estio;
Y pobrezas,
Pesadumbres y gravezas,
Odios y persecuciones,
Disfavores y tristezas,
Enojos y tentaciones:
Y otros tales,
Inconvenientes y males

Que sin fin contar podria,
De que las Cortes Reales,
Andan llenas todavía:
Mas notad,
Que muchos á la verdad
Sufren miseria importuna,
So color de libertad,
No teniendo allí ninguna
Conocida,
Y porque no hay quien les pida
Cuenta de la vida ociosa,
Ocupada y consumida
En holganza trabajosa;
De do mana,
Otra costumbre muy vana,
Que es darse á conversaciones
Livianas, do no se gana
Sino inutiles pasiones
Muy pesadas,
Y aficiones escusadas,
Para mayor perdimiento,
Por accidente tomadas,
Y fundadas en el viento.
Lucr. Desa suerte,
Peor que la misma muerte
Es la vida Cortesana,
Pues al cabo se convierte
En una locura vana;
Y seria,
Aun mas locura la mia,

Si lo que ántes que os oyese,
Como ignorante queria,
A sabiendas lo hiciese;
Sin estar,
Muy seguro de ganar,
Y tengo por dicha buena
El poder escarmentar
Con tiempo en cabeza agena;
Bien que veo,
Cosas que pide el deseo,
No yendo por otras vias
Sin grandísimo rodeo,
Como vengan á ser mias.

Pru. Mucho importa,
Al hombre, si se aconorta
De con poco contentarse:
Porque en esta vida corta
No puede todo gozarse
A la larga,
Antes á veces la carga
De bienes es desabrida,
Y se siente mas amarga
Al tiempo de la partida.

Lucr. Pues ¿por qué
Con tanto cuidado y fe
Buscan los hombres riqueza?

Pru. Por Dios Lucrecio no sé,
Sino por una simpleza
De gozar,
En este mundo, y dexar

A los hijos quando mueren,
Por lo qual suelen llegar
A no saber lo que quieren;
Y sufrir,
Trabajos hasta morir
Tras los Reyes y señores,
Por alcanzar con servir
Sus mercedes y favores;
Señoríos,
Y bienes con que valdios
Sus hijos tomen placer.

Lucr. Yo por dexar á los mios
No querria padecer
Un mal dia:
Mas por propia causa mia,
Y mejorar mi partido,
Qualquier afan tomaria,
Por ser del Rey bien querido
Y privado.

Pru. Ya os he dicho ser estado.
Por una parte pomposo,
Rico, soberbio y honrado,
Y por otra peligroso:
Por lo qual,
Yo para mí en especial,
No querria, ántes me temo
Que el Rey me quisiese mal,
Pero ni bien en extremo:
Porque Amor,
Es muy grave engañador,

Y así lo son, so sus leyes,
Las privanzas y favor
De los Príncipes y Reyes;
Y el saber,
Es pudiendo no los ver,
Honrarlos sin conocellos,
Y teniendo de comer,
No tener parte con ellos:
Porque al precio,
Que lo dan pensad ser necio
El que mucho lo porfia;
Y si me creeis Lucrecio,
Buscaldo por otra via
Qual quisierdes,
Que siendo los años verdes
Podeis hallarlo de espacio;
Y huid, mientras pudierdes,
De la prision de palacio.
Lucr. Asi espero,
Hacerlo señor, mas quiero
Avisar, que esta consulta
Quede, quanto á lo primero
Entre nosotros oculta,
Solos dos,
Y el tercero será Dios;
Porque la gente no entienda
El mal que me decis vos
De la Corte y su vivienda;
Ni do quiera,
Sepan la triste manera

Del proceder y vivir;
Que no habrá despues quien quiera
Ir á palacio á servir
De su grado,
Y vos quedareis culpado
De los Príncipes por ello.

Pru. Careced deste cuidado,
Que no hay porque tenello;
Ni pensar,
Que mientras durare el mar,
Los peces han de ser pocos,
Ni en tierra podrá faltar
Copia de necios y locos
De opinion,
Que con codicia y pasion
Se van tras el apetito,
De que, segun Salomon,
Es el número infinito,
Que por ver,
Y por probar y saber,
Buscan la Corte de veras,
En quien pueden escoger
Los Príncipes como en peras.

Lucr. Pues así,
Es, y no me cumple á mí
La tal profesion de vida,
Segun habeis dicho aquí,
Y yo la tengo entendida
Como veis;
Suplico os señor mireis

Por otra que mas convenga,
Y cerca de ella me deis
Buen consejo á que me atenga.

Pru. A la llana,
Harélo de buena gana
Lucrecio, por complaceros,
Volvereis acá mañana,
Y habré de satisfaceros.

CONSILIATORIA
al Rey de Romanos Don Fernando.

S. C. R. M.

De muchas trobas que en diversos tiempos he hecho, ninguna he presentado á V. M., por ser exercicio de tan poca estima, y no digno de hacerse cuenta dél; agora por emendar lo pasado, me ha parecido ofrecer á V. M. la presente obrecilla que aquí va, hecha despues que entró el año nuevo con el regocijo dél. Suplico á V. M. la reciba con su acostumbrada gracia y benignidad: y no juzgue ni condene mi seso por hacer coplas; que ántes de industria le ocupo en ellas, por no acabarle de perder con el enhado de tan larga enfermedad y ocio trabajoso. Y si V. M. mientra este dura, quisiere emplearme en semejante exercicio, aunque sea poco á propósito de sus cuidados, mándeme dar el argu-

gumento de su intencion, porque sirva de algo durante el tiempo desta prision en que estoy, donde no puedo ser de provecho para otra cosa, y junto con esto, me dé V. M. por libre y desculpado de la liviandad de hacer esto, en tanto que no lo estoy de la persona para ocuparme en otro oficio de mas importancia en servicio de V. M. cuya muy alta y esclarecida persona, &c. De Viena á ocho de Enero, de quinientos y quarenta y un años.

Consiliatoria.

Mientras voy en seguimiento
Desta salud fugitiva,
Por desmentir mi tormento,
Busca el triste pensamiento
Alguna cosa que escriba.
Mas la memoria grosera,
Y el juicio está ya tal,
Que de la pobre minera,
Por falta de buen metal,
No sale sino fruslera.
De la qual, qual es ó fuere,
Vuestra Real Magestad
Tomará si le pluguiere,
No lo que yo mal dixere,
Mas mi buena voluntad.
Y con ella le suplico
Me dé favor, porque quiero

Ser, por lo que aquí público,
Mas pobre y no lisonjero,
Que no lisonjero y rico.
  Tachas de Príncipes son
Comunes, qual mas, qual ménos,
Guiarse por aficion,
En la paga y galardon
De los malos y los buenos.
Y tambien no se doler
De mal ageno de alguno,
De quien quiera carecer,
Ni acordarse de ninguno,
No le habiendo menester.
  Otras faltas hallaria
Segun este mundo es,
De que decir se podria;
Mas para la intencion mia
Bastan solas estas tres.
Y de ellas á los presentes
Príncipes, y á los que fuéron
En el trato de las gentes
Se siguen y se siguiéron
Muy grandes inconvenientes.
  Porque ya por la primera,
Que es el dar sin discrecion
A qualquiera y como quiera,
Es que ofende en gran manera
La justicia y la razon.
Allende que es cosa fea
Ante Dios y muy gran vicio,

Que donde el hombre se emplea,
Siendo igual el buen servicio,
El galardon no lo sea.
  Mas los Reyes sin mirar
A unos dan quanto quieren,
O se lo dexan tomar,
Y á otros dexan estar
Hasta que de hambre mueren.
Y en este tan mal partido
Queda el Príncipe engañado
De ámbas partes ofendido,
Del rico menospreciado,
Y del pobre aborrecido.
  Y desta desigualdad
Viene el servicio á ser duro,
Hecho sin fidelidad,
Que es por la necesidad,
Y por interese puro.
Y los buenos servidores
Se convierten en tirános,
Viendo que con sus señores
Les han de valer las manos,
Mas que virtud y primores.
  La qual falta de cordura
A muchos Reyes pasados,
Cansó vida mal segura,
Y les puso en aventura
Las honras y los estados.
Segun se puede probar
Por exemplos evidentes,

Mas que podemos contar
De Príncipes excelentes,
Y muy dignos de notar.
Pero baste el Rey Don Juan,
Que es persona conocida,
El qual por este desman,
En contiendas y en afan
Consumió toda la vida.
Y Don Henrique el postrero
Su hijo que sucedió,
Que por dador mal grangero,
Como necio se perdió,
Siendo Rey sabio primero.
Demas desto, ¿quién exênta
A ningun Rey y señor
De haber de dar á Dios cuenta
De su casa y de su renta,
Como qualquier labrador?
Y de los cinco talentos
Que el Evangelio les carga,
¿Quién allá los hara exêntos
De dar la cuenta tan larga,
Como los mas avarientos?
Acá por ser descuidados
En cosa que tanto va,
Son del mundo importunados,
Y serán despues juzgados
Por ello mismo acullá.
A donde como pecado
No digno de perdonar,

Ha de ser lo aquí mal dado,
Y lo dexado de dar,
Igualmente exâminado.
¡O gran bien, si se ordenase,
Que ningun Príncipe diese,
Para que dando ganase
Al que se lo demandase,
Sino al que lo mereciese!
Porque la liberalidad
No hecha, segun justicia,
No es franqueza, ni bondad,
Sino causa de avaricia,
Y muestra de liviandad.
De donde se sigue y viene
El otro hierro segundo,
Que el tal Príncipe no tiene,
Si acaso no le conviene,
Compasion de hombre del mundo.
Ni usa de caridad
Con aquel que la merece,
Ni sabe que es piedad,
Y siendo humano, carece
De la misma humanidad.
De suerte, que el mas pulido
Y sabio servidor fiel,
De su presencia partido,
Luego se pone en olvido,
Y no hay mas memoria dél.
¿Pues qué, si muere el cuitado?
Que no se espera ver mas,

Aunque haya sido privado,
Ya para siempre jamas
Queda del libro borrado.
  Y en este caso á mi ver,
Por no perder el favor,
Por ventaja tengo ser
El hombre quizá muger,
O truhan ó cazador.
Caballo, perro ó halcon,
Y otros tales extremos,
Segun fuere la aficion
Del Principe que tenemos,
Y segun su inclinacion.
  Mas no por eso las gentes
Deben culpar á los Reyes,
Que en esto son negligentes,
Pues con sus mismos parientes
Usan de las mismas leyes.
Con los quales par á par,
Tienen la memoria muerta,
Para nunca se acordar,
Si acaso no los despierta
O casion particular.
  Y mirando estos errores
El vulgo como testigo,
Dice bien, que los mayores
Reyes y grandes señores
No tienen deudo ni amigo.
Ni apenas hombre de quien
Se fien seguramente

Sin lisonja, ni desden,
Aunque sea su pariente,
Porque á nadie quieren bien.
  Mas en esto tambien ellos
No viven muy engañados
Con quien sabe conocellos,
Lo mismo hacen aquellos
De quien van mas rodeados.
Y por el mismo rasero
Son medidos en Medina,
Do precian mas al trapero,
A fuer de la Florentina,
Las botas que el escudero.
  Por tanto, si bien queremos
Considerar nuestro estado,
Los que baxo lo tenemos,
En algo le halláremos
De Reyes aventajado.
Porque á lo menos gozamos
De los frutos de amistad
De aquellos á quien amamos,
Y del amor y verdad
De los con quien lo tratamos.
  Mas todo nuestro gozar,
Y toda nuestra ventaja,
La ceguedad del reynar,
Y dulzura de mandar,
No lo estima en una paja.
Que quando bien lo buscares,
Por do quiera que quisieres,

Será mucho si hallares
Rey que por nuestros placeres,
Quiera trocar sus pesares.
De do nace que cercados
De mil trabajos, y llenos
De sus duelos y cuidados,
Los vemos tan apartados
De pensar en los agenos.
Y así se les endurece
El corazon de metal,
Y el sentido se adormece
Para no sentir el mal
Del próximo que padece.
Y la caridad preciosa,
Paciente, benigna y rica,
Que suele de piadosa
Sufrir, y dar toda cosa,
Como San Pablo predica,
Está dellos tan agena,
Que aunque quieran esforzarse,
Y tener la intencion buena,
No pueden apiadarse
De ageno daño ni pena.
Escríbese de un señor
Desto que quiero decir,
Que habiéndole un servidor
Servido con mucho amor,
Un gran tiempo sin pedir,
Por una merced ligera
Que le pidió finalmente,

Como si nunca le viera,
Con turbado continente,
Le preguntó cuyo era.
  Ved que memoria tan fina
La de Claudio Emperador,
Que habiendo por Agripina
Hecho matar con rigor
A su muger Mesalina,
Asentándose otro dia
Segun costumbre á comer,
Sin mirar lo que decia,
Preguntó por su muger
Como otras veces solia.
  Al reves de tal olvido,
Entra el tercero pecado,
Que es por contrario partido
Con otros que habreis oido,
Acuerdo demasiado.
Quando por utilidad
Como hombres interesales,
Por antojo ó voluntad,
Tienen los Príncipes tales
De alguno necesidad.
  Mediante la qual se miden
Con él en todo lugar,
Y le buscan y le piden,
Y aunque él quiera que le olviden,
No le quieren olvidar.
Antes á fuer de quien ama,
No le dexan hora cierta,

Ni en la mesa, ni en la cama,
Que ya luego está á la puerta
El portero que los llama.
  Mas esta buena ventura
Que á muchos hombres aplace,
No es de juro, ni segura,
Pues no dura mas que dura
La causa por que se hace.
Que en aquel mismo momento
Qus esta pasa, va con ella
Aquel soplillo de viento,
Y se vuelve en mas querella
El mayor contentamiento.
  Por lo qual los servidores
Que saben destos ñublàdos,
Procuran por sus primores,
De tener á sus señores
Contino necesitados,
Y huelgan de su pobreza,
Porque aquella es su abundancia,
Su baxeza es su grandeza,
Su pérdida es su ganancia,
Y su falta es su riqueza.
  Esto es tras lo que van
Estos lobos tragadores,
Porque segun el refran,
A rio vuelto ternán
Ganancia los pescadores.
Y á esta causa el Rey debria
Por huir tal embarazo,

No dar por ninguna via
Jamas á torcer el brazo,
Sino do virtud le guia.

Gran baxeza y poquedad
Es de un Rey ó Emperador,
Por propia comodidad,
Abatir su autoridad
A ningun otro señor:
Quanto mas á los menores
Personas viles, soeces,
Perversos y robadores,
Segun vemos muchas veces
Hacerse con mil traydores.

Y darse grandes estados,
Oficios, grandes mercedes,
Dignidades, Obispados,
A hombres falsos malvados,
Mas dignos de dos paredes.

Y hacerse en conclusion,
Por la privada salud,
Lo que nunca por razon,
Por méritos ni virtud
Vernia en execucion.

Mas puede ya tanto el vicio
Con esto, que aunque del daño
Tengan los Reyes indicio
Lo reciben por servicio,
Aunque es manifiesto engaño.

Y así se dexan vencer,
Que aunque saben que son malos,

Se les quieren someter,
Y les hacen mil regalos
Quando los han menester.
Dióse la muerte Caton,
Por no mostrar que tenia
Necesidad de perdon,
Ni venir en posesion
De Cesar que lo seguia.
Y Cleopatra muger
Tambien usó de su mano,
Por no dexarse torcer
De Cesar Octaviano,
Ni meterse en su poder.
A la persona Real
Cosa parece muy fea,
No ser con todos igual,
Y mostrarse interesal,
Por ningun cuento que sea.
Y su muy gran dignidad
Les debe poner vergüenza
De que en magnanimidad
Otro ninguno los venza
De no tanta calidad.
Que á veces entre estos tales,
So las ropas de labores,
Se hallán viles metales,
Y debaxo de sayales
Animos de Emperadores.
Que la gracia y gentileza
Del ánimo liberal

No consiste en la grandeza
Del estado temporal,
Sino en la propia proeza.
  Lo qual si quieren tener
Los Reyes do debe estar,
Debrian no anteponer
Su provecho y su placer
Al bien comun y guardar.
Que no se ofenda ó condene
El nombre que Dios les dió,
Y si necesidad viene,
No mirar la suya, no,
Mas la que dellos se tiene.
  Y no consentir entrar
Avaricia en sus confines,
Ni por su particular
Interese alhagar,
Ni someterse á ruines.
Y huir del lisonjero,
Y no gustar de su miel,
Y abrazar al verdadero,
Aunque no pretenda dél
Utilidad ni dinero.
  Contra los tres que aquí reza
Esta troba á lo que alcanza,
Hay quatro de mas firmeza,
Justicia con fortaleza,
Y prudencia con templanza.
Y estas pueden dar vitoria
Al Rey que las llega á sí,

Con que, de dulce memoria,
Le quede derecho aquí,
Y acullá de eterna gloria.
Ya no sé mas que decir,
Mas dixera si supiera,
Lo dicho podrá servir
De dar causa de reir
A quien dello burlar quiera.
A lo qual hechando el sello,
Pongo silencio á la boca,
Y si de lo que querello,
A alguno algo le toca
No dexe de ver en ello.

A la Cortesia.

Al sonido de la fama
De oidas enamorado,
Puse todo mi cuidado
En la busca de una dama
De valia,
Que se llama Cortesia,
De todo el mundo bien quista,
Pero de ninguno vista
Jamas de noche ni dia.
He la buscado en España,
Francia, Italia, Esclavonia,
Flandes, Polonia y Hungria,
Inglaterra y Alemaña.
No he dexado,

Finalmente en lo poblado,
Desde el uno al otro norte,
Reyno, Palacio, ni Corte
Donde no la haya buscado.
Con diligencia sagaz
He dado vuelta á la tierra,
Entre la gente de guerra,
Y entre la gente de paz.
Un correo,
Soy hecho en este deseo
Por la tierra y por la mar,
Oyola en cada lugar,
Mas en ninguno la veo.
Búscola por los caminos,
Por las calles y cantones,
En las casas y mesones,
Entre amigos y vecinos
Y parientes,
Por las plazas, por las puentes,
En las Iglesias y altares,
Y por todos los lugares
Donde hay concurso de gentes.
Las mesas tambien busqué
Do suele ser convidada,
Y tampoco hallé nada
A que pueda darse fe,
Ni pensallo,
Búscola á pié y á caballo,
Pregunto acá y allá,
Todos dicen aquí está,

Mas en fin yo no lo hallo.
  Fuime á Roma en conclusion,
Por estár allí la silla,
Remitiéronme á Castilla,
Do tiene su habitacion
Natural:
Hice allí muy principal
Pesquisa desta doncella,
Y no pude saber della
Mas de la voz general.
  Viendo pues que no hallaba
Por agena relacion
Ninguna cierta razon,
De quien tanto deseaba
Conocer:
Tomé nuevo parecer,
A dar voces en el viento
En demanda y seguimiento
Desta tan linda muger.
  Y dixe: ¿á do os habeis ido
Cortesia á retirar?
Que os oye el hombre chillar,
Y no os hallamos el nido,
No se os cree,
Y pienso, segun se lee,
(Perdonad, si en ello peco)
Que vos sois la voz del Eco,
Qué se oye y no se vee.
  Si es así, que no se puede
Ver vuestra cara hermosa,

Respondedme alguna cosa.
Con que mi corazon quede
En sosiego.
Respondióme una voz luego,
Que me dixo: amigo mio,
Pues decis tal desvario,
Por cierto venis muy ciego.
Ciego de vuestros antojos,
Pues preguntais y no veis
Lo que contino teneis
Delante de vuestros ojos.
Igualar,
Os podreis y comparar,
Al que yendo cabalgando
En la mula, no mirando,
Diz que la andaba á buscar.
Semejante boberia
Gran vergüenza os es hermano,
Que siendo vos Cortesano,
No sepais que es Cortesia.
Pues do estais,
Y por do quiera que vais
Os es fuerza simpre verme,
Y dexar de conocerme
No es posible, aunque querais.
Vos me habeis visto mil veces
Entre Reyes y Señores,
Y Papas y Emperadores,
Y Prelados y Jueces
Palacianos:

Soldados y Ciudadanos,
Hidalgos y Caballeros,
Aunque por serme groseros.
No me curo de villanos.
  Siempre me teneis presente
Por testigo y por exemplo,
En la calle y en el templo,
Y en palacio especialmente.
Paniaguada,
Soy de muchos y criada:
Y vos me habeis conocido
En mil partes do he servido,
Y dentro en vuestra posada.
  Suelo ser familiar,
De personas principales,
Y acerca de Cardenales
Tengo infinito lugar.
Mis primores,
A Nuncios y Embaxadores
Hacen siempre compañia;
Y la Santa Clerecia
Se huelga con mis amores.
  Soy amorosa y afable,
Dulce, blanca, alhagüeña,
Alegre, mansa, risueña,
Apacible y amigable.
Las entradas,
Con esto tengo ganadas
Aun en casas de tiranos,
Muchas veces beso manos

Que querria ver cortadas.
Encubriendo la malicia
Usó de benevolencia,
De requiebro y reverencia,
De regalo y de caricia
Y humildad.
Por ganar la voluntad
Agena, fuerzo la mia,
Muestro gesto de alegria,
Y Dios sabe la verdad.
Saludo por cumplimiento
Al que encuentro acá y allá,
Y acompaño al que se va,
Por dexar su pensamiento
Sin querella.
Soy una simple doncella
Al parecer y muy llana,
Ríome de buena gana,
Y algunas veces sin ella.
Uso mucho de alabanza
En mis palabras compuestas,
Y siempre van mis respuestas
Llenas de buena crianza
Y de amor.
A todos presto favor,
Y procuro de agradar,
Hacer honra y contentar
Al pequeño y al mayor.
Bien que hago diferencia
De las personas y estados:

Que á los ricos y privados,
Trato con mas aparencia
De aficion,
Y segun la condicion,
Del estado de las gentes,
Tengo bocas diferentes
Con que doy satisfacion.
Soy natural de Medina,
Criada en Valladolid,
He platicado en Madrid,
Y en Toledo á la contina:
De pasada,
Tengo tratos en Granada,
Y en toda la Andalucia:
Mas fuime por mejoría
A Roma á ser coronada.
De morada permanente
No tengo cierto lugar,
Porque me conviene estar
En todos continuamente:
Mas diría,
Que resido todavía
Mas en la Corte Romana:
Y por ser tan Cortesana,
Soy llamada Cortesia.
Sea mucho en hora buena,
Dixe yo, señora dama,
Pero quien tal nombre os llama
Sería digno de pena
Por errado;

Y segun lo confesado
Por vuestra boca, señora,
Yo quedo burlado agora,
Y vengo descaminado.
  Mi congoja de buscaros
Muy peor está que estaba,
Porque mientra no os hallaba,
Esperaba de hallaros.
Mas hallada,
He hallado no ser nada
Lo que de vos esperé;
Sé que no conseguiré
El fin desta mi jornada.
  No sois vos la que queria,
Engañado estaba yo,
Por el nombre se engañó
Mi simpleza y fantasia.
Mal recado,
Hallo de lo deseado,
Con tanto fervor y gana,
Yo venia acá por lana,
Y volveré trasquilado.
  Por las señas que me dais
De vos misma, no sois vos
Lo que busco: ó vos sois dos,
Que dos figuras tomais
Cautelosas:
Porque todas esas cosas
Con que pensais alabaros,
Efetos tienen muy claros

De pesadas y enojosas.
  Las quales á mi no son
Cosa nueva, ni escondida,
Pues he pasado la vida
Entre su conversacion
Importuna,
Y de todas, una á una,
Si su nombre *les poneis*,
Con el vuestro *hallareis*
No conformarse *ninguna*.
  Pues *siendo el efeto manco*,
Cosa de risa *es el nombre*,
Como quando suele el hombre
Llamar al negro, Juan blanco.
Y pensad,
Que asi el vuestro á la verdad
Por cierta etimologia
Con mas razon se podria
Llamar importunidad.
  Embarazo, pesadumbre,
Estorbo, burla, graveza,
Necedad y gran simpleza,
Especie de servidumbre,
Y de enhado:
Molestia, loco cuidado,
Obligacion enojosa,
Y licencia trabajosa,
Trabajo bien escusado.
  Yo pensé que Cortesia
Era una cosa real,

Cortes, prudente, leal,
Y sabrosa en demasia,
Y excelente,
Pero viendo claramente
Que vos con vuestros errores
A todos dais sinsabores,
Hallo que el nombre nos miente.
No niego que alguna vez
Quando vais bien corregida,
No merezcais ser tenida
En mucho valor y prez
Por tal don,
Mas suele vuestra razon
Perderse, porque tropieza,
Descubriendo la cabeza,
Y cubriendo el corazon.
Porque por la mayor parte,
Son vuestras mercaderias,
Trampas y lisonjerías,
Por necesidad, ó arte
Fabricadas,
Las mas dellas aforradas
De simpleza y de engaño
De do resulta mas daño
Que de quedarse calladas.
Mas ya que engaño ninguno
En vuestro trato no haya,
No hay ninguno que no caya
En pecado de importuno
Y pesado;

Porque no siendo templado
A saber tener templanza,
Sobra de buena crianza
Le hace ser mal criado.
  Deseando ser cumplida
No teneis en ello tiento,
Y en lugar de cumplimiento
Soleis ser descomedida
Y sobrada.
Si me topais de pasada,
Quereis sin necesidad
Y contra mi voluntad
Ir comigo á mi posada.
  Voy por mi calle seguro,
Salisme vos al atajo
A darme nuevo trabajo
Quando ménos lo procuro
Ni lo digo,
En parte me sois testigo
Do no son menester dos;
Y yo por cumplir con vos,
Dexo de cumplir comigo.
  Visitais á quien no os llama,
Y aun á quien con vos le pesa,
Dais molestias en la mesa,
Y aun á veces en la cama.
No hay lugar,
Donde dexando os entrar,
Si comenzais á argüir,
No huelgen veros salir,

O á lo menos acabar.
  Llegais en nombre de paz,
Y sois della estorbadora,
Y entre algunos á deshora
Muy gran derrama solaz
Y placer,
Donde tengo en que entender
Allí vais á embarazarme,
A molerme y molestarme,
Que no me puedo valer.
  Quando solo estar deseo,
Me matais con compañía,
Y quando yo la querría,
No os hallo dama, ni os veo.
Quando os quiero
Por algun caso ligero,
Jamas os puedo hallar,
Y venisme á importunar
Quando ménos os deseo.
  Vuestras obras bien miradas,
Locuras son á mi ver,
Que sé fundan en hacer
Cerimonias escusadas.
¿Qué mas vano
Uso y estilo profano
Que sin haber para que,
Me hagais estar en pié
Con el bonete en la mano?
  Y que muriendo de frio
Quando he menester pellejas,

Desabrigue mis orejas
Por cumplir un desvario
Inventado,
Por algun desvariado,
Quando primero se usó,
O que el tiempo lo mostró,
Que es tambien desvariado.
  Mas ya que sois curiosa
De cerimonias loquillas,
Fuera bien constituillas
En otra suerte de cosa
Sin despecho:
Poner la mano en el pecho,
O hacer otra señal,
Do no nos viniese mal,
Pues no nos viene provecho.
  Pecais, en que vanamente
El tiempo haceis perder,
En hablar y responder;
Y sembrais entre la gente
Liviandades.
Quitaisnos las libertades
Con vuestros pesados modos;
Y manan de vos á todos
Cien mil incomodidades.
  Buscad quien os aconseje,
Porque os vais mucho de boca,
Y sobre tocar en loca,
Tocais tambien en herege
Y pagana:

Adorais cada mañana
Al hombre, que es criatura:
Y no os curais por ventura
De Dios en una semana.
A todos haceis favores
Como muger del partido,
Por lo qual habeis venido
En manos de robadores;
Por tal via,
Que quando su robería
Ya vienen á executar,
Al que van á saltear
Dicen, haced cortesía.
Del mismo modo se mide
Tambien lo de las mugeres:
Pues lo que toca á placeres,
Por vuestro nombre se pide
Y platica,
Y pidiendo el que suplica
Cortesía á la señora,
Se entiende luego á la hora
Lo que aquello significa.
Sois doblada y mentirosa,
Sobre vana y lisonjera,
Sobre enhadosa grosera,
Sobre necia maliciosa,
Burladora,
Y así el título, señora,
Que ya las gentes os dan,
Es traeros por refran

O

De falsa y engañadora.
Sois de casta de raposa
En la disimulacion,
Madre de la adulacion,
Natural de la Ventosa,
Y Llerena,
Edificio sobre arena,
Engaño bien manifiesto:
Y por eso dice el texto,
Cortesía, Juan de Mena.
Sois locura en que pecamos,
Amasada con falsía,
Por donde al que tras vos guia
Falso cortés le llamamos,
Qual él es,
Dos haces con un envés
Mostrais, y así no sois nada:
Y si sois, sereis llamada
Cortesía descortés.
Haveis sido la inventora
De titulos escusados,
Superfluos, demasiados
Que crecen mas cada hora,
Noveleros,
Tan altos, bravos y fieros,
Que no bastan los lenguages
A hablar tantos linages
De vocablos lisonjeros.
Entónces Roma reynaba
En tiempo de su Senado,

Quando al Consul mas honrado
Tú solamente llamaba;
Mas despues,
Que vos metistes los pies
En vuestros títulos vanos,
Fuistes rencor de Romanos,
Y todo dió de través.
  En el grado positivo
Era costumbre hablar,
Ya no podemos usar
Sino del superlativo
Con qualquiera.
Estais ya tan altanera
En el hablar y escribir,
Que la forma del decir
Va mil leguas del que era.
  Con vuestra nueva hablilla
Haveis del todo tirado
El estilo, y desterrado
Ya la virtud de Castilla
Sin honor,
Por afrenta y disfavor,
Ya se tiene y se recibe,
Si uno á otro acaso escribe
Muy virtuoso señor.
  Por engrandeceros vos,
Ensanchais fueros y leyes,
A los grandes haceis Reyes,
Y á los Reyes llamais Dios.
Sois dolencia,

Que quando estais en presencia
De quien engañar quereis,
Todos los miembros meteis
En negocio y en prudencia.
La cabeza se menea
Inclinando las sus manos,
Los ojos hacen caricias,
Y la boca lisonjea.
Ocupadas,
Van en risa las quijadas,
Las manos en el bonete,
Los pies en el repiquete
De reverencias sobradas.
Toda teneis usurpada
La tierra con tirania,
Y mi consejo sería
Que fuésedes desterrada;
Y que os vais,
A los montes que buscais,
Hiperbóreos y Rifeos,
Con vuestros locos deseos,
Y nunca jámas volvais.

DIALOGO

entre la Verdad y la Lisonja.

Interlocutores.

ADULACION Y VERDAD.

Adu. Si la lanza no me miente,
En estas mis romerías,
Yo haré que en pocos dias
Se mejore y acreciente
Mi partido,
Muy bien tengo conocido
Este mundo y sus embeses,
Y sé que á mis entremeses
Está todo sometido
Y sujeto,
Yo alcanzo bien el secreto
De los Príncipes y Reyes,
Y entre sus fueros y leyes
Tambien pongo y entremeto
Yo las mias,
Mis blandas filosofias,
Cubiertas con humildad,
A qualquiera voluntad
Hallan senderos y vias
Para entrar,
A ganar, y levantar

El corazon mas seguro,
Y hacerle de muy duro
Muy blando para gozar
De mi miel,
Yo sé tocar en el fiel
Del sentido mas exênto,
Y darle contentamiento
Quando bien se imprime en él
Mi dulzura,
Ya sé que de su natura,
Qualquier hombre es ambicioso
De alabanza, y deseoso
De regalo y de blandura,
Y obediencia,
Ya sé que tengo licencia
Donde quiera de hablar,
Al favor del paladar,
Quando me hallo en presencia
De qualquiera,
Yo alcanzo bien la manera
De procurarme favor,
Benevolencia y amor,
Con mi dulce y placentera
Relacion,
Y con disimulacion,
Dar á entender á quien toca,
Que lo que dice mi boca
Procede del corazon,
Con lo qual,
Hallo siempre en general,

No solamente las puertas,
Mas las entrañas abiertas
Del mas rico y principal
Por do voy,
Y tan agradable soy,
Que todo el mundo me quiere,
Se huelga conmigo, y muere,
Por estár á do yo estoy;
Y me ama,
Admite allega, y llama,
Oye, y escucha de grado,
Y da lugar á su lado
En su casa, y en su cama,
Y en su mesa,
Y me abraza y aun me besa,
Pareciéndole hermosa,
Porque nunca digo cosa
De las que á ninguno pesa:
Guardo y sigo,
En quanto respondo y digo,
Sin cubrirlo con silencio,
Lo que nos mandó Terencio
Del obsequio del amigo,
Al qual pago,
Con caricia y con alhago,
Porque segun se refiere
Qual palabra te dixere,
Un tal corazon te hago;
Sin tener,
Otro fin ni parecer

Sino que vayan guiadas,
Compuestas, y fabricadas
A agradar y complacer
Mis canciones,
Y así con dulces razones,
Sin saber contradecir,
Sé mejor persuadir,
Que cincuenta Cicerones
Lo que quiero,
Y por estilo ligero
Do quiera que es menester,
Dar á todos á entender
Lo falso por verdadero.
De do mana,
Que todos tienen por sana
La voluntad que publico,
Y á los que la comunico,
Me miran de buena gana:
Mas aunque,
Ya sepan como yo sé,
Ser lo que digo compuesto,
Huelgan dello, aunque en el gesto
Den muestras de no dar fe
A mi ciencia,
La qual tiene esta excelencia,
Que sabe, y puede forzar
A que se dexe engañar,
Quien gusta de mi eloqüencia.
Amorosa,
Mas hay tambien otra cosa

Que no solo con hablar,
Pero á tiempos con callar,
Me sé mostrar oficiosa;
Quando veo,
Que con el que lisonjeo,
Es bien ir temporizando,
Salgo tras él, y callando
Otorgo con su deseo;
Y lo apruebo,
Si él se mueve, yo me muevo,
Y párome si se para,
Mírole siempre á la cara,
Para saber lo que debo
De hacer,
Lo que le veo querer,
Es la ley por do me guio,
Si él se rie yo me rio,
Y muestro mucho placer
Sin tenello,
Lo dicho sin entendello,
Hago que lo entiendo y creo,
Y con alegre meneo
Me regocijo con ello
Dulcemente,
Y así por el cousiguiente,
Si le veo triste y mustio,
Yo me entristezco y angustio
Como quien recibe y siente
Gran tormento,
De su descontentamiento

Dice, digo, niega, niego,
Quiere, quiero, ruega, ruego,
Y en todo con él consiento;
Muy pagada,
Y del todo descuidada,
De disputar ni argüir,
Sino de solo seguir
Lo que le place y agrada,
Malo ó bueno,
Desta suerte tengo lleno
El mundo con mis amores,
Y Papas y Emperadores,
Me dan lugar en su seno:
Con razon,
Porque sigo la opinion
Del Filósofo Epicuro,
Y de Cenon no me curo,
Ni del áspero Caton
Su sequaz,
Huelgo de vivir en paz,
Y no tener competencia,
Ni de estar en diferencia
Por rebelde y pertinaz:
Como aquella,
Loca y áspera doncella
Desgraciada que allí viene,
Con quien todo el mundo tiene
Guerra, pesar y querella.
Verd. En santo lugar nacida,
Y en virtudes la primera,

Segura voy por do quiera,
Al menos de ser vencida.
Maltratada puedo ser,
Y metida al parecer
En prision,
Pero no mi corazon,
Que no se puede vencer.

Presa no pocas veces
Soy de los bravos tiranos,
De ignorantes y livianos,
Malos y falsos jueces.
Desdichada y perseguida,
De algunos aborrecida
Por lo menos,
Solamente de los buenos
Abrazada y conocida.

David canta que salí
De la tierra en este suelo,
Y que miro desde el cielo
La justicia sobre mí.
De donde se da á entender,
Que se debe anteponer
La justicia,
A todo el bien y codicia
Que en el mundo puede haber.

Yo siguiendo este partido
Y mandamiento divino,
Procedo por el camino
Enseñado y cometido.
No siempre por el mas llano,

Ni por el mas á la mano
Del provecho,
Sino por el mas derecho,
Y á justicia mas cercano.
  Levante la mar sus olas,
La tierra sus bravos vientos,
Muévanse los elementos
Contra mis fuerzas á solas.
Amenaze disfavor
De qualquier Rey ó señor
Poderoso,
Esté todo peligroso
Y cubierto de temor.
No haya esperanza de bien,
Merced, galardon, ni pago
De caricia, ni alhago,
Sino desprecio y desden.
Desespere el esperar,
Truéquese por el pesar
El placer,
Aventúrese á perder,
Lo que se puede ganar.
  Hundase el cielo si quiera,
Que yo no curo de nada,
Porque estoy determinada
De no torcer mi carrera.
Ni dexar abiertamente
De decir lo que consiente
La razon,
Sin temer persecucion,

Ni hallar inconviniente.
  No pretendo, ni demando
Intereses, ni favores,
Ni á los grandes ni menores,
Voy por ellos grangeando.
Porque mi fin principal
Es sentir del bien y el mal
Lo que debo,
Para lo qual no me muevo
Por ganancia temporal.
  Yo conozco mi valor,
Aunque de humilde lo callo,
Lo bueno y lo malo hallo,
Mas uso de lo mejor.
Por premio ni galardon
Doy mi brazo á la pasion
A torcer,
Tengo nombre de muger,
Y los hechos de varon.
  Soy como el oro enterrado
So la tierra como muerto,
Que al fin siendo descubierto,
Se halla limpio apurado.
Como la perla preciada
Entre el cieno sepultada
Y perdida,
Que sale clara y pulida,
Quando viene á ser hallada.
  Tal es la virtud Real
De mi natura divina,

Que al fin se muestra mas fina
En su precioso metal.
Y aunque á tiempos esté escura,
Con doblada hermosura
Resplandece,
Quando despues aparece
En su perfeta figura.
  Bien, que como en esta vida
Es muy varia toda cosa,
Aunque á unos soy sabrosa,
A otros soy desabrida.
Unos se huelgan conmigo,
Y me toman por abrigo
Cabe sí,
Otros no curan de mí,
Ni me quieren por testigo.
  Mil hay que quieren que huya
Lejos de su compañia,
No por culpa y falta mia,
Sino por malicia suya.
Como enfermo que aparece,
Y pide lo que le empece,
Y es vedado;
Y su estómago dañado
Lo que le sana aborrece.
  Así mi sana dotrina
Los apetitos embarga,
Y á las veces es amarga
Como toda medicina.
Mas á la fin el doliente,

Pasado aquel accidente
Que le ataja,
Reconoce la ventaja
De mi virtud excelente.
  La qual tiene tanta fuerza
Do quiera que acuesta y mira,
Que destuerce la mentira
Por mucho que ella se tuerza.
Porque lo que esta gobierna
No puede ser cosa eterna
Ni secreta,
Sola yo soy la perfeta,
Immortal y sempiterna.
  Por prueba de la qual cosa,
Como el Rey Dario quisiese,
Saber qual de todas fuese
La mas fuerte y poderosa.
Sus grandes sabios juntó,
Y juntos les preguntó,
Quatro cosas,
Las mas fuertes y forzosas
Que entre las otras halló.
  La primera dellas fué
El vino con sus efetos,
Que á los necios indiscretos,
Fuerza y torna de su fe.
La segunda, tras la qual,
Fué la potencia Real
Soberana,
A quien toda fuerza humana

Se humilla por principal.
  En el término tercero
Fué propuesta la muger,
Cuyo valor y poder
Trae el hombre al retortero.
La quarta luego fui yo,
Que á quien bien me conoció
Le parece,
Que todo al cabo perece
Lo que á mí no se arrimó.
  Juntos pues á disputar
Sobre las quatro opiniones,
Hubo puntos y razones
Excelentes que notar.
Mas al fin Zorobabel,
Varon fuerte, sabio y fiel,
Yo por guia,
Respondió por parte mia,
Y el campo quedó por él.
  Entrar puedo pues en lid
Contra la contraria gente,
Y así mi nombre es freqüente
En los Salmos de David.
Y los que los leerán
Con justicia me verán
En concordia,
Y paz y misericordia,
Que siempre cabe mi están.
  De donde por el contrario
La mentira y el engaño,

Tienen temiendo su daño
Mi nombre por adversario:
Sin mí, do quiera que estoy,
No hay bien, porque yo lo soy
Esencial,
Y voy segura del mal
Por donde quiera que voy.

Adu. A mí se viene derecha
Esta loca maliciosa,
Quiero dármele sabrosa,
Por desmentir la sospecha
De su pecho,
Por camino muy estrecho
Va contino y por nivel,
Mas haré del ladron fiel,
Como otras veces he hecho,
Y no en vano,
Ganar quiero por la mano,
Hablándole yo primero,
Pues no me cuesta dinero,
Antes con ello lo gano,
Donde está.
¿A qué vienes por acá,
Dí hermosa virgen?

Verd. Vengo á ver que haces tú,
Peligrosa muger.

Adu. ¿Peligrosa?

Verd. Peligrosa y muy dañosa
Serpiente disimulada,
Por defuera muy pintada,

Y de dentro ponzoñosa,
Falsa, infiel,
Publicadora de miel,
Vendedora de venino;
Donde pregonas buen vino,
Vendes vinagre con hiel.

Adu. Tal ó qual,
Ninguno me quiere mal,
Sino tú, que sin razon
Tomas comigo quistion,
Y te muestras criminal,
Impaciente,
Persona tan excelente
Como tú, no es bien ser brava
Contra mí, que soy tu esclava,
Y te he de ser obediente.

Verd. Buenas son,
Si tal fuese el corazon,
Tus palabras coloradas,
Y no fuesen desviadas
Tan léjos de tu intencion
Y conciencia.

Adu. Tú, señora, ten paciencia,
Pues mis palabras y modos
Sabes que son para todos
Señal de benevolencia.
Y aun diria,
Que por ley de cortesia
Debo ser cortés y blanda,
Por una regla que manda

Saludar con alegria,
Ser afable,
Dulce, mansa y amigable,
Mostrando gracioso gesto,
Y que en todo el mundo es esto
Natural y razonable,
Y alabado.

Verd. Y yo no llamo pecado,
Ni culpo la gentileza,
Quando va con la limpieza
Que conviene, y no aforrado
De falsia.

Adu. La culpa de eso no es mia,
Sino de la misma gente,
Que se huelga extrañamente
Con la tal hipocresía
Y humildad,
Yo viendo su voluntad
A mis caricias tan presta,
Huyo de lo que amonesta
U grave severidad,
Enconada,
Que por ser tan limitada
Con todos en esta vida,
Eres simpre aborrecida
De quien yo soy adorada.

Verd. Quien te adora,
Está claro que te ignora,
Y come tu rejalgar,
O que se dexa engañar

De tu lengua encantadora
Alquilada.
Pero dime si te agrada,
Eso con que al mundo aplaces,
Si como dices lo haces
De cortes y bien criada
Liberal,
Y con gentil natural
Tales dulzuras platicas,
¿Por qué no las comunicas
A todos en general
Igualmente?
¿Por qué vas tan diferente
En tus tratos importunos?
Con otros muy negligente,
Deseal,
Inconstante parcial,
Hoy aquí, mañana allí,
¿Por qué no miras á mi?
Que con todos soy igual
En amor.
Con todos guardo un tenor
De vivir por una ley:
Tanto me doy por el Rey,
Como por el labrador.
Adu. Muy gran yerro
Es, y digno de destierro
Estrechar nuestra licencia,
Y no hacer diferencia
Entre la plata y el hierro:

Y tratar,
A qualquiera en su lugar
Con caricias diferentes:
Y á los grandes y potentes
Con honra particular
Y gran zelo,
Pues sabemos que en el cielo
Se guardan diversos grados
De méritos y de estados:
Quanto mas acá en el suelo,
Do conviene,
Al que de suyo no tiene
Arrimarse al que es mas rico,
Y valerse por su pico,
Porque de hambre no pene,
Y hacer,
Por el fin de mas valer,
Cerimonias y regalos
A los buenos y á los malos,
Quando los han menester.
De los quales,
Como sean principales
En linage, estado y renta,
Se debe hacer gran cuenta,
Y obedecerlos por tales.

Verd. Yo no siento,
En contrario de ese cuento,
Ni digo que los mayores
Se priven de sus honores
Y debido acatamiento,

Pues es dada,
De Dios y muy encargada
La honra y autoridad
De la superioridad,
Y debe ser acatada:
¿Pero dí,
Ya que lo haces así,
Y los sirves y acompañas,
¿Por qué los burlas y engañas,
No les diciendo de mí
La mitad:
Pagando con falsedad
El bien que de ellos procuras,
Y dexándolos á escuras
Por negarles la verdad,
Y servir,
De solamente mentir?
Adu. Como quieres que la diga:
Que les es muy enemiga,
Y no la quieren oir
Ni escuchar:
Y debriaste de acordar,
Por no andar comigo en puntas
Que nos hemos visto juntas
Ante Reyes á la par.
Y bien sabes,
Aunque mas me desalabes,
Que mientras mi voz les dura,
Ninguno de tí se cura,
Y en ninguna parte cabes

De mal quista,
Y has visto que con mi vista
Cantan gloria y aleluya:
Y en asomando la tuya,
El mas sabio se constrita
Y enmudece,
El placer desaparece
Y se convierte en enojo,
Hácia mí se vuelve el ojo,
Y se alegra y favorece
Con mis cuentos.
Bien has visto quan atentos
Están á quanto les digo:
Como me abrazan consigo,
Y quedan de mí contentos
Con amores;
Ora hable en sus loores,
O cosas de su provecho,
Luego verás por su pecho
Correr diversos sabores
De alegria,
Oyendo mi melodia
Con voluntad muy despierta,
Y se están la boca abierta,
Mirandome á mí la mia,
Muy pagados,
Mas llegando tus enhados,
Luego el gesto se les troca:
Y en abriendo tú la boca,
Quedan mustios y añublados

Sin placer.
De mí se dexan querer,
Mostrando rostro risueño,
A tí te ponen el ceño,
Que apenas te pueden ver
Ni mirar.
Habrásme de perdonar,
Si me desmando á quien eres,
Porque veo que me quieres
Hacer hoy con tu hablar
Demasia:
Y tambien me da osadia
Ver pobre á quien te platica,
Que si fueses franca y rica,
Quizá no me atreveria.

Verd. ¿Aun comigo,
Que con razon te persigo,
Como si quien soy no fuese,
Pretendes el interese
Que tengo por enemigo
Natural,
Como tu fin principal
Con quanto te has alabado,
Vaya siempre enderezado
A provecho interesal
Importuno:
Andando con cada uno
De falso, por engañarle,
O al ménos por enlabiarle,
Sin confesar á ninguno

Sus pecados:
Antes le son alabados
De tí, por embebecellos;
Congraciándote con ellos
Los traes envaucados
Y vendidos,
Trastrocados los sentidos,
Por no conocerte á tí,
Se desconocen á sí
Dexándolos adormidos
Tu brevage.
Eres del mismo linage
De Morfeo, señor del sueño,
Que representa á su dueño
En muy diverso visage
Y visiones,
Los dineros que á montones
Se tocan con mano abierta,
Quando del sueño despierta
Se le vuelven en carbones:
Y asi en sueños,
Con tus dichos alhagüeños
Das á muchos á entender
Que es bien deberse tener
Por grande siendo pequeños,
Y de astrosos,
Se sueñan ser valerosos:
Y de necios ignorantes
Sabios y muy elegantes,
De crueles piadosos,

Y de viles,
Generosos y gentiles,
Y de torpes negligentes,
Oficiosos y prudentes,
Y de Tersites, Achiles
Principales,
Se suenan los comunales,
Y de malos y viciosos
Se piensan ser virtuosos,
Y de escasos liberales
Aprobados:
De cobardes esforzados,
Muy honrados, de muy ruines:
Lebreles, siendo mastines,
De tus dichos confiados
Y dolientes.
Andas de gentes en gentes,
Como pública muger
Para venderte y vender
Los que te son obedientes,
Y te creen,
Oyente, mas no te ven,
Ni conocen á la clara,
Porque te afeytas la cara,
Para que mas te deseen
Con su daño:
La falsa color del paño
Les encubre tu malicia,
Y faltando la noticia,
Crece muy mas el engaño

De creerte.
No los dexas conocerte
Con tus astucias malditas:
Porque jamas no te quitas
La máscara, para verte
Descubierta.
Defuera parece cierta
Tu figura que convida,
Pero dentro está escondida
La ponzoña tras la puerta:
Y en tu seno,
Que de abispas anda lleno,
En vez de dulce panar
Se halla al fin rejalgar,
Y por miel venden veneno
Tus colmenas.
Tus canciones de amor llenas
En desamor las acabas:
Al que con la boca alabas
Con el alma le condenas
Y sentencias.
En solas las aparencias
Consiste tu devocion,
Y así tus ardides son
Risicas y reverencias
Escusadas,
Requiebros y bonetadas,
Por mostrarte muy cortés,
Besando manos y pies,
Que querrias ver cortadas

Muy de veras.
Con tus formas lisonjeras
Turbas el entendimiento,
Quitas el conocimiento,
Los pensamientos alteras:
Que se van,
Tras tí, y en lugar de pan
Comen paja en tu pesebre,
Vendes el gato por liebre
A los que orejas te dan,
De tal son,
Que de tu conversacion
Mana al mundo ceguedad,
Eres dél enfermedad,
Y de Reyes perdicion.
De los quales,
Y de los muy principales,
Muchos por tu causa han sido
Los que daño han recibido
En sus estados reales,
Y en su vida.
Tambien has sido homicida
De algunos Emperadores,
Y Príncipes y señores,
Por ser dellos admitida
Tu razon.
De su muy gran perficion
Derribaste el padre Adan,
Tu robaste á Roboan,
Hijo del Rey Salomon

De una vez,
Lo mas del estado y prez
Que su padre le dexó,
Por tu consejo perdió
De doce partes las diez.
Tu mataste,
A Alexandro y le burlaste
Quando en Persia le dixiste
Que era Dios y le vendiste,
Quando por Dios le adoraste.
Y así á Nero,
Gentil Príncipe, primero,
Antes que te conociese,
Tú le hiciste que fuese
Despues lobo carnicero.
A Christianos,
Con tus deportes livianos
Tambien has hecho la guerra,
Muchos están so la tierra
Que muriéron á tus manos
Sin abrigo,
Por tomarte por testigo,
Y creer tus embarazos,
Quedó sin armas y brazos,
Y se perdió el Rey Rodrigo:
Y otros ciento,
Que por abreviar no cuento:
Y en fin todos ó los mas
Príncipes, donde tú estás,
Reciben gran detrimento

Y vayvenes,
En vidas, honras y bienes,
Con tus trampas y finezas,
Falsedades y vilezas,
Con que vas y con que vienes
A tentallos,
Movellos y alhagallos,
Sirviendo muy diligente
De pelillo solamente,
No mas de por engañallos
Por mil vias,
Usando chocarrerias,
Y abatiéndote á mil cosas
Muy torpes y vergonzosas,
Que tienes por grangerías:
Y sufriendo,
Algunas veces queriendo
Vituperios y baldones,
Bofetadas, repelones,
Y otras injurias riendo
Muy contenta:
No teniendo por afrenta
Humillarte á poquedades,
Baxezas y suciedades,
Y fealdades cincuenta
Cada dia.
Dime, ¿cómo te sabia
Entre tus lisonjerias,
La saliva que comias
Que Dionisio escupia

Gran tiráno?
Y Quando á Galba Romano
Le mandabas que hiciese
Otro tanto, y que dixese
Hallarse con ello sano,
Y mezclada,
Con miel y confacionada
La saliva de Agripina,
Decia ser medicina
Excelente y delicada?
Siempre empleas
En obras torpes y feas
Tu cuidado, y las procuras,
Del que en secreto murmuras,
Delante le lisonjeas,
Y engrandeces:
Por su servicio te ofreces
Con la boca á mil trabajos,
Y al que roes los zancajos
Levantas y favoreces,
Y le allegas:
A los que burlas y niegas,
Y detras dellos blasfemas,
Haces delante zalemas,
Y les suplicas y reugas,
Por mostrar,
Al que quieres adular,
O por ventura vender,
Que deseas su placer,
Y le tienes singular

Aficion:
Y eres de la condicion
De las que á sus namorados
Desean ver despojados
Del dinero y discrecion.
Adu. Muy esquiva,
Te muestras, y muy altiva
Con quien culpa no te tiene:
Y estás brava, de do viene
Estar tan executiva
Contra mí:
Y principalmente aquí
Tú señora me condenas
Que hallo en bolsas agenas,
Lo que te niegan á tí
Justamente:
Porque eres tan impaciente,
Tan amarga y enojosa,
Que no te metes en cosa,
Do no se enhade la gente
De mirarte.
Yo apenas me allego á parte
Donde no quepa y acierte,
Ni tú do huelguen de verte,
Y ménos de acariciarte:
Ni sé puerta,
Que para mi no esté abierta,
Mas á ti y á tus antojos
Os dan con ella en los ojos,
Por verte tan rostrituerta,

Desabrida,
En fin soy reprehendida
De tí con harto despecho:
Porque busco mi provecho
Do tú quedas excluida:
Y grangeo,
Lo que me pide el deseo;
Y no te canses en eso,
Porque yo te lo confieso
Ser así, y en ello empleo
Yo mis dias,
Y tú con tus braverias
Si un poco las olvidases,
Y una vez desto gustases,
Las manos te comerias
Tras la fiesta,
Pero por mostrarte honesta,
Con todos tienes baraja:
Y si piensas ser ventaja,
No me hagas otra que esta:
Que la gloria,
Yo te la dexo notoria
De guardar tu autoridad,
Y que de la utilidad
Me lleve yo la vitoria:
Quanto mas,
Que en la honra en que tú estás
Tan constante, y tan fundada
De muchos me es á mí dada,
Que á tí te dexan atras:

Y he ganado,
Con mi seso y mi cuidado,
No solamente riquezas,
Mas honores y grandezas,
A que tú nunca has llegado
Con mil partes,
Y con mis agudas artes
Que tú tanto vituperas,
Escalo yo las barreras,
Y rompo los baluartes
De tres suertes,
Y por mas que desconciertes,
Mis ardides y conciertos,
Hallo los pasos abiertos,
Y entradas de muchas suertes
Por do quiera,
Pues me llamas lisonjera,
Quiero serlo en mi favor:
Y pues siento mi valor,
Bien es ser yo pregonera
De mi ciencia,
Poder tanto mi prudencia,
Valer tanto mi razon,
Me confirma la opinion
Que tengo de mi excelencia,
Que florece,
Por el mundo, y siempre crece
Con fruto de mil maneras;
Lo qual, aunque tú no quieras,
Es claro que no carece

De misterios,
Yo gobierno los Imperios,
Y á tiempo los hago mios,
Los Reynos y señoríos,
Iglesias, y monasterios,
Y ciudades,
Muevo las comunidades,
Y en las Repúblicas ando,
Y tengo voto y aun mando
Entre sus parcialidades.
No hay estado,
Ni lugar tan encerrado,
Donde hombres puedan entrar,
Que á mi virtud singular
Le pueda ser reservado,
Ni linage,
De personas, ni lenguage
Tan extraño y Vizcaino,
A quien sea peregrino
Mi reporte y mi mensage;
Mis primores,
A Reyes y Emperadores,
Papas, Obispos, Prelados,
Y en fin á todos estados
Inclinan á sus favores
Naturales,
Mas aunque son generales
Mis grandes prerogativas,
Andan mas listas y vivas
En los palacios Reales;

Do me es dada,
Propia natural morada,
Como á la trucha en el agua,
Y do está la forja y fragua
De mi oficio colocada
Principal,
No me interpretes á mal
Tampoco, ni me baldones,
Porque mis gracias y dones
Comunico en general
A quien puedo,
Al que tú matas de miedo,
Yo lo esfuerzo y aseguro,
Hago claro de lo escuro,
Y del triste alegre y ledo,
Y gozoso,
Del frio hago donoso,
Del ignorante letrado,
Y del feo y maltratado
Muy bien dispuesto y hermoso,
Y polido,
Al viejo y al consumido
Y á la vieja mucho mas
Los hago volver atras
Remozando en su sentido
Sus intentos,
Levanto los pensamientos,
Y pongo orgullo á los hombres,
Para que precien sus nombres,
Y vivan de sí contentos

Sin cuidado,
Si esto llamas tú pecado,
Yo lo tengo por virtud;
Porque en falta de salud
El consuelo es aprobado:
Y es sentencia,
Loada que en la dolencia
Sola la imaginacion
Engendra consolacion,
Obrando con su aparencia
Mejoria,
Y así yo por esta via
Cumplo con todas edades,
Y hago sus voluntades
Muy conformes á la mia;
Y de fieros,
Leones torno corderos:
Y todas suertes de gentes
Me son al fin obedientes,
Excepto los mesoneros:
Con los quales,
Ya sé tú quan poco vales,
Con tus asperezas duras;
Mas ni yo con mis blanduras
Los hallo mas liberales,
Finalmente,
Dices que soy diligente
Con las gentes poderosas,
Y me les humillo á cosas
Que la bondad no consiente,

Algo hay dello,
Yo lo confieso y querello,
Porque á veces va sin gana:
Más la condicion humana
Me fuerza para hacello:
Porque trato,
Con pueblo, bravo é ingrato,
Prelados, Príncipes, Reyes,
Con quien guardando mis leyes
Es menester gran recato
Y razones,
Alhagos, inclinaciones
Humildes para ganallos,
Atraellos y amansallos,
Como á tigres y leones
No domados,
Y pueden ser comparados
A qualquier bravo animal,
Quando de su natural
No son acaso inclinados
A bondad,
Su locura y su maldad
Es menester alaballa,
O al menos disimulalla:
Y seguir su voluntad
Tal qual fuere,
Y traer quien los siguiere
En palmas siempre su yerro,
Y la mano por el cerro
Al que contentar quisiere.

Por aquí,
Van los mas de quantos ví,
Bien que hay otros diferentes
De pasados y presentes
Que hacen cuenta de tí,
Y té miran,
Mas al fin por mí suspiran
Los mas dellos sin cesar;
Y á mí vienen á parar,
Quando de tí se retiran.
Es verdad,
Que aunque mi sagacidad
Les tira de sus cabellos,
Puede mas que yo con ellos
La gentil necesidad
Valedera,
Que en poder es la primera
Con qualquier Rey y señor;
Yo la segunda en favor,
Y tú apenas la tercera.
Verd. Si no gano,
Con ese pueblo mundano
Lo que tú, ni soy mirada;
Yo quedo mejor pagada,
Pues me pago de mi mano:
Y no espero,
Que el Rey, ni el caballero
Me paguen como les place,
Que pocas veces se hace
Con respeto verdadero.

Siempre va,
Lo mas de lo que se da
Por los Reyes y señores,
Mas por via de favores,
Que do la virtud está:
Y enríquecen,
A muchos que no merecen
Parecer entre las gentes;
Y á otros bien merecientes
Dexan y desfavorecen:
Y aun mas digo,
Lo qual probaré contigo,
Que creyendo á lisonjeros,
A veces dan sus dineros
A quien les es enemigo,
Y tú aquí,
No te ensalces por ahí,
Ni glorifiques por eso:
Porque yo te lo confieso,
Y sé muy bien ser así
Segun quieres,
Mas no por ello te alteres,
Ni vistas de presuncion:
Pues ni por esa ocasion
Dexas tú de ser quien eres
Amenguada,
Como mosca que asentada
En una mesa Real,
No pierde su natural
De sucia desventurada;

Ni aunque crezcas,
En honras, te ensoberbezcas,
Pues te viene la ventura
Mas por agena locura,
Que porque tú la merezcas,
Siendo tal,
Ni hagas mucho caudal
Tampoco de ver tendida
Tu privanza y tu cabida
Por el mundo en general.
No se dora,
Con esto, ni se mejora
Tu ruindad, antes ofende:
Porque quanto mas se extiende,
Tanto mas es pecadora.
Tú te engañas,
Si piensas en lo que dañas
Honrarte de tus cautelas,
Que tiendes como las telas
Que fabrican las arañas
Asquerosas,
Cuyas artes cautelosas
Son henchir de sucias redes
Los campos y las paredes,
Y toda suerte de cosas
No guardada,
No hay parte tan apartada
Hoja, ramo, ni rincon,
Do no tome posesion,
Y quiera tener posada,

Por prender,
En seguro á su placer
Los animales cuitados
Que hallan descaminados,
Como tú sueles hacer
De engañosa,
Doblada, falsa, raposa,
Deslavada, novelera,
En público chocarrera,
Y en secreto maliciosa:
¿Qué sentias
Me dí, quando porque vias
Que los otros se reian,
Sin oir lo que decian,
Tú de lejos te reias?
Charlatana,
Que haces de la truhana
Delante del que escarneces:
Y de aquello que aborreces
Muestra tener mucha gana
Sin razon,
Peor es tu condicion
Que robar por los caminos:
Por oprobrio los Latinos
Te llaman Adulacion,
Cosa fea,
Y de la misma librea
Aceptacion, blandimento,
Expalpacio, y otros ciento
Vocablos de esta ralea

Vergonzosos,
Los Españoles honrosos
Otro mas propio buscaron,
Y lisonja te llamaron
Como hombres mas curiosos;
Y hicieron,
Pintarte, segun sintieron
Convenir á tal vasija:
Y en figura de estornija
Con dos puntas te pusieron
Ahusadas,
Desde el medio derribadas
Y agudas, dando á sentir
Que pueden ambas herir
Como lanzas amoladas;
A quien cree,
Lo que en tu libro se lee,
Y que eres quando mas places
Falsa cara con dos haces
Que una á otra no se vee
Sin traves,
Cuyo medio entre ambas es
Ancho, con que significan
Tu maldad, á quien se aplican
Por la parte de los pies
Para mal,
Eres en fin terrenal,
Y toda sabes al suelo:
Yo como salí del cielo,
Gusto de lo celestial.

Adu. Tú si quieres,
Gusta de lo que quisieres,
Súbete siquiera allá,
Déxame á mí andar acá
Gozando de mis placeres
Terrenales,
Que con esas cosas tales,
Y por seguir tus extremos,
Sueles andar, como vemos,
Poblando los hospitales,
De perdidos,
Que tus quebrados partidos
Siguen acá como locos:
Y aunque dellos hay bien pocos,
Esos que hay, andan vendidos
En la tierra,
Do tienen continua guerra
Activa y pasiblemente,
Con toda suerte de gente
Que las orejas les cierra
Con razon,
Porque á todos dan pasion
Con sus importunidades,
Y no puede haber verdades
Do no intervenga quistion
Mucha ó poca,
No puedes abrir la boca,
Sin ser causa de contienda
Con que alguno al fin se ofenda,
O á tí te tengan por loca

Sin sentido,
Continuamente has metido
Este mundo en disensiones
Con mil leyes y opiniones,
Que por tí tienen ruido
Y pendencias,
Todas las artes y ciencias
Que á ciegas tras tí se van,
A tu causa siempre están
En terribles diferencias
Por hallarte,
Y tú por no declararte
Les causas guerra importuna,
Pareciendo á cada una
Que te tienen de su parte.
Engañados,
Anduiveron y burlados
Empos de tu seguimiento
Haciendo torres de viento
Los Filósofos pasados;
Preguntando,
Por tí, y en sueños hablando:
Y tú con tùs fantasias
Siempre te les escondias,
Porque yéndote buscando
Se acabasen,
Y agenos de tí quedasen,
Como al cabo lo hicieron:
Y así todos se perdieron
Antes que á tí te hallasen.

Y hallada,
Despues de muy deseada,
Christo que al fin te mostró
Muerte por tí padeció
Al cabo de la jornada.
Y despues,
A Pedro, Paulo y Andres,
Y otros tales, cuya fuiste,
Mira que pago les diste,
Por armarse de tu arnes,
Y creerte,
Mira las formas de muerte
De los mártires sin cuento,
Que por tu conocimiento
Les cupieron en tu suerte
Lo que dán,
Tus favores á quien van,
Bien lo dixo aquellos dias
La sierra de Hieremias,
Y la espada de San Juan
Que aguzaste,
Contra ambos, y los mataste,
Abrazándose contigo,
Pues á Sócrates tu amigo,
Ya sabes qual le paraste
Por oirte,
Ya podria aqui decirte
De otros mas que han padecido
Por sostener tu partido,
Obedecerte y seguirte

Con constancia,
Si esto pues es la sustancia
Que me alegas de tu paga,
Muy buen provecho te haga,
No te arriendo la ganancia
Del loor,
Tómate todo el honor
Que se gana con morir,
Que yo mas quiero vivir
Y gozar á mi sabor
Desta vida,
Do ando favorecida,
Harta, abundosa, contenta,
Tú vives pobre hambrienta,
Desechada y abatida;
Y perdona,
Que quien como tú baldona
A otro qualquier que fuere
No se ha de quejar si oyere
Las faltas de su persona,
A que has dado,
Causa, habiendome afrentado,
Y con tus hipocresias,
Nuevas etimologias
Contra mi nombre buscado
Harto dignas,
De reirse por malignas,
Y en parte tambien por necias,
Pues de loca me desprecias
Y de mi letra exâminas

La razon,
Cuya significacion
Si la mas digna no fuera,
No estaria en cabecera
De nuestra pronunciacion
Y alfabeto,
Por donde qualquier discreto
Solo en ver mi precedencia,
Verá la gran diferencia,
Y lo poco que al respeto
De mí vales,
Y que no hay porque te iguales
Conmigo que soy primera,
Y tú última y postrera
De todas cinco vocales;
De mas que,
Por partirte de la B,
Con dos cuernos te pintaron,
Y por ruin te aposentaron
Al cabo del A B C
Sin bondad,
Tú por darte autoridad,
Mudaste como arrogante
La vocal en consonante,
Y llamástete Verdad
Mentirosa,
Tan escura y tan dudosa,
Y tan mala de entender,
Que con los mas sueles ser
Engañada ó engañosa,

Hoy ligera,
Mañana grave y severa,
Con quien no te lo merece,
En lo que bien te parece,
Muchas veces sales fuera
De compas,
Con todo el mundo te vas,
Y con nadie te declaras,
De suerte que las dos caras
Que me achacas, tú las has;
Y el que cree,
Mejor verte, no te vee
Con dudas que contravienen,
Todos piensan que te tienen,
Y ninguno te posee
Con muralla,
Eres guerra con batalla,
Rebusca sobre vendimia,
Y la ciencia del alquimia,
Que nadie jamas la halla
De perdida,
Nueva de léjos oida,
Cuerpo fantástico vano,
Nombre compuesto profano,
Ave jamas conocida
Ni hallada,
Fama de cosa encantada,
Nunca vista en su figura,
Y sí vista grave y dura,
Y á todo el mundo pesada,

Verd. De las tales,
Perversas y deseales,
Como tú falsa muger,
Mal puedo yo vista ser
Con esos ojos carnales
Sin sosiego,
Mal puede juzgar el ciego
La gracia de las colores,
Ni el doliente de sabores,
Ni el hielo sentir que el fuego
Le caliente,
No sufre constantemente
Al flaco mirar humano
El resplandor soberano
Del rayo del Sol fulgente,
Bien así,
Los que se llegan á ti
Cegados de tu malicia,
Carecen de la noticia
Y vista cierta de mí,
Y sin guia,
Noche se les hace el dia,
Y el Sol tinieblas escuras,
Por culpa de sus locuras,
Pero no por falta mia;
Que soy llana,
Mansa, amigable y humana,
Humilde, dulce, leal,
Y clara como el cristal
A quien me mira de gana.

Adu. Yo Verdad,
No te quito tu bondad,
Si la tienes, ó lo eres,
Pero déxame si quieres
Gozar de mi libertad
Sin pasion,
Que mas quiero ser Gnaton,
Y andarme tras mis ganancias,
Que todas las elegancias
Y virtudes de Platon,
Ni de Zeno.

Verd. O como tienes muy lleno
El seso y el corazon,
De vileza y ambicion,
Y toda sabes al cieno
De avaricia,
Llena estás de la nequicia
Deste siglo temporal,
Sin tener del celestial
Un tantico de codicia,
Ni cuidado.

Adu. Téngolo por excusado,
Porque acá me sé valer,
Y tomar todo placer
Que puede ser deseado
Lo de allá,
En su tiempo se verná,
Como toda cosa viene,
Que quien bolsa y lengua tiene,
A Roma dicen que va:

Y aun te aviso,
Que quien bienes acá quiso,
Para el cielo se aventaja,
Porque son parte y alhaja
De ganar el paraiso
Sin ruido,
Y aun segun habrás oido
En esta sentencia mesma,
La carcel y la quaresma
Y el infierno dolorido,
Y otros males,
Y tambien los hospitales
Fuéron hechos por dos fines,
Para pobres y ruines,
Y servidores leales;
Y do quiera.
La pobreza es gran manquera,
Por lo qual el Aleman,
En su proverbio ó refran,
Le suele llamar ramera.

Verd. Reprobada,
Es esa razon malvada,
Por la sagrada dotrina,
Que á la gente peregrina
Y pobre necesitada
Deste suelo,
Les da, y dice por consuelo,
Bienaventurados son
Los pobres de corazon,
Porque dellos es el cielo.

Adu. Gran verdad
Es eso, y gran piedad
Que Dios en el pobre emplea,
Mas yo no sé quien lo sea
De espiritu y voluntad;
Y tú hermana,
Pues lo quieres ser de gana,
Busca el galardon allí,
Y no lo esperes aquí
Entre la gente mundana;
Do no tienes,
Sino ceños y desdenes,
Desgrados y desamor,
Careciendo de favor,
Y toda suerte de bienes
Y placeres,
Lo qual si saber quisieres
Por experiencia algun dia,
Yo te haré compañia
Y seguiré por do fueres:
No riñamos,
Mas sobre ello ántes nos vamos
Mano á mano á pasear
Por el mundo, y á probar
Esto que aqui litigamos
Por demas,
Que en breve tiempo verás,
Si en paciencia lo recibes,
Quan burlada andas y vives
Por donde quiera que vas.

Verd. Soy contenta,
Aunque se me sigue afrenta
De hacer la tal jornada,
Por dexar averiguada
Con tus mentiras la cuenta.
Adu. Caminemos,
Sus pues luego averiguemos
Lo que toca á esta materia,
Todo el mundo es una feria
Para mí, donde podemos
Bien proballo.
Si en Asia quieres tentallo,
Mancilla tengo de tí,
Porque me sirven á mí,
Los de pié y los de á caballo
En monton,
Todos siguen mí opinion,
Y allí tengo mis tesoros,
Porque los Turcos y Moros
Son desta mi profesion
Alhaguera,
Y Africa su compañera,
Con la misma ley se doma,
Despues que la de Mahoma,
Sucedió por heredera,
En la qual,
Yo soy parte principal,
Y aquellas inclinaciones
Humildes y oraciones
Son desta mi ley Real

Buena pieza,
Todo aquello se endereza
A mí misma y á mí toca,
Donde abriendo tú la boca,
Te derriban la cabeza.

Verd. Calla ya,
Dexa estar lo de acullá,
Que otra vez lo trataremos,
Y de Europa platiquemos
Pues nos hallamos acá
Al presente,
Y entremos primeramente
Por España de rondon,
Do soberbia y presuncion
Reyna mas que en otra gente;
Y pasemos,
A Francia donde veremos
La mentira triunfante,
Y á Italia pueblo inconstante,
Y á Hungría, do hallaremos
So maldad,
De toda infidelidad,
Crueldad y tirania,
Y á Grecia que ser solia,
Quando tuvo autoridad
Palabrera,
Y á Moscovia la grosera,
Y á Polonia y á Rusia,
Donde la glotoneria
Tiene puesta la bandera;

Y volvamos,
Sobre el norte, y decendamos
A Alemaña populosa,
Pero ingrata y codiciosa
Sobre quantas hoy hallamos;
Y baxemos,
A Flandes, donde veremos
La miseria y la avaricia,
A Inglaterra y su malicia
Tras esto visitaremos
De pasada.

Adu. Bien me place la jornada
Por esas provincias bellas,
Mas poner la lengua en ellas
Como pones, no me agrada
Ni consiente,
La razon debidamente,
Que tú por tu gravedad,
So color de ser verdad
Te piques de maldiciente
General:
Y siendo perjudicial
Contra todos de tal arte,
No debes maravillarte
Que todos te quieran mal;
Pero vamos,
Mas adelante, y veamos
En que Corte ó que lugar
Debemos primero entrar,
Que la experiencia hagamos;

Porque veas,
Que aun en las pobres aldeas
Te hago mucha ventaja,
Y cese nuestra baraja
Por mas soberbia que seas.
Verd. Donde quiera,
Es mi virtud valedera
Llegando á ser conocida,
Y tú despues de entendida
Quedarás por chocarrera
Desleal:
Mas por término final
Do mas noticia se toma,
Vamonos derecho á Roma
Que es la patria universal:
Adu. No pudiera,
Aunque yo te lo pidiera
Con toda fidelidad,
Nombrarse Corte ó Ciudad
Que mas á mi gusto fuera,
Que aunque en todas,
Do tú te pierdes y enlodas,
Yo acreciento mi caudal.
Pero en esa en especial
Hago mis fiestas y bodas
Principales,
Con Papas y Cardenales,
Legados y Embaxadores
Negociantes y Señores,
Y gentes interesales

De gran cuento,
Y mucho merecimiento
Que allí acuden y allí van,
Y me hacen donde están
Gran favor y acogimiento.
Pero andemos,
Porque con tiempo lleguemos,
Y de camino hablando
Iremos algo contando
Con que el cansancio pasemos.
Quan perdido,
Va quien sigue tu partido,
Y es ya cosa muy notoria,
Segun un cuento de historia,
Que por dicha habrás oido
Como yo.
Una nao que partió
A buscar sus desventuras,
Dando en unas peñas duras,
Cabe un puerto se perdió
Peregrino:
Y de aquel pueblo mezquino
Que allí quedáron sin luz,
Diz que solo un Andaluz
Se salvó y un Vizcaíno
Que nadaron,
Hasta que á tierra llegáron,
Y como solos se viesen,
Sin saber donde estuviesen
A caminar comenzáron

Por la tierra,
Andando de sierra en sierra
Con trabajo y desatino,
Sin saber si su camino
Fuese de paz á de guerra,
Ni do andaban,
O que gentes habitaban
En provincia tan extraña,
Ni ver casa ni cabaña
En todo quanto miraban,
Y así andando,
Discurriendo y rodeando,
Sobre un valle al fin llegáron,
Do gran multitud halláron
De monazas retozando
Por un prado,
Y en medio dellas sentado
Como persona Real,
Un monazo desigual
Muy compuesto y mesurado;
Y llegados,
Los dos pobretos cuitados,
Fuéron vistos y sentidos,
Y de los monos asidos
Delante del Rey llevados
Mano á mano:
El qual muy ledo y ufano
Con la presa semejante,
Habló con gentil semblante,
Como Príncipe lozano

De corona,
Y sin mirar que era mona
Preguntó con lozania,
Que cosa les parecia
De su gente y su persona
Singular,
A lo qual sin dilatar
El Andaluz avisado,
Respondió disimulado
Segun el tiempo y lugar
Convenia,
Diciendo que nunca habia
Visto Corte mas pomposa
Ni persona mas hermosa,
Ni tan bella compañía,
Ni creyera,
Que en el mundo todo hubiera
Tan perfeta criatura,
Ni que la sabia natura
Tal cosa hacer supiera;
Muy pagado,
El mono desvergonzado,
Levantóse y hizo el buz
Al buen gentil Andaluz,
Y sentóle á su costado
Por vecino:
Y volviendo al Vizcaino
Con el gozo que tomó,
Lo mismo le preguntó,
Pensando que el mismo vino

Venderia.
El Vizcaino que via
La fiesta del compañero,
Como simple verdadero,
Entre sí mismo decia,
Bien está,
Si á quien miente así le va
Con esta bestia enemiga,
Con quien la verdad le diga
Mucho mejor lo hará?
Y volviendo,
La cara al mono, riendo
Le dixo, monazo amigo,
Perdóname si te digo
La verdad de lo que entiendo;
Y esta sea,
Que eres la cosa mas fea,
Y mas sucia, otro que si,
De quantas yo jamas vi,
Ni se hallan en Guinea
Monstruosas,
Con tus nalgas asquerosas,
Y tus vergüenzas de fuera,
Que es una vision mas fiera
Que todas las espantosas
Ab æterno.
Animal de mal gobierno,
Mono viejo por vocablo,
Por delante eres diablo,
Y por detras el infierno

Bruto y feo.
Luego aquel pueblo Guineo
Esto oyendo, asieron dél,
Y con ánimo cruel
Le mordieron á deseo
Bravamente.
De suerte que el inocente
Vizcaíno desdichado
Quedó allí despedazado
Por mostrarse tu pariente.

Verd. Qual tú eres,
Y lo que buscas y quieres
Con tus baxos pensamientos,
Tales al fin son los cuentos
Que por exemplo refieres
Fabuloso,
Al qual por ser enojoso,
No hay respuesta que te dar,
Sino dexarlo pasar
Por reporte mentiroso
Novelero,
Mas que fuese verdadero,
Y pudiese ser así,
Mejor me parece á mí
El muerto que el chocarrero
Que á tí mira,
Porque do virtud inspira
Muy mayor felicidad
Es morir por la verdad,
Que vivir por la mentira.

Adu. Buena vas,
Siempre en tus trece te estás
Locamente apasionada,
De que al fin de la jornada
Poco fruto sacarás.
Pues do imos,
Pocos oimos ni vimos,
Que sobre tí paren mientes,
Yo tengo cien mil parientes,
Tios, hermanos y primos
Naturales:
Muy pocos de los mortales
Me salen de parentesco,
Porque yo los busco y crezco
Con mis artes liberales
Y valor;
Y el linage me da honor,
Que al tiempo tengo por padre
Y á la fortuna por madre,
Y por marido al favor:
Y tenemos,
Una hija, que queremos
Mas que á la lumbre del dia,
Que se llama Cortesia,*
Hermosa en todos extremos
De doncella,
Tú te precias de muy bella,
Y de virgen en cabello,
Y no voy en contra dello,
Pero no lo es ménos ella.

Pues cuitada,
¿Que harás desventurada
Aquí en Roma, do no tienes
Otra ventaja ni bienes,
Excepto no ser casada
Como yo?
Pero aguardate, que no
Te desmandes á argüir,
Ni puedas despues decir,
Que ninguno te avisó
Del pecado,
Que ya casi hemos llegado
Nuestro poco á poco á Roma,
Y se nos muestra y asoma
Encima de su collado;
Y de hoy mas,
Echa por donde verás,
Que es bien que nos apartemos,
Con que despues nos tornemos
A juntar quando querrás,
Por aquí,
A donde dirá de sí
Cada una lo que ha sido
Tú de como te habrá ido
Yo de lo que toca á mí.

Verd. Mucho puede la maldad
En esta vida mezquina,
Lo mas del mundo se inclina
A la propia voluntad.
Esta lisonja traydora,

Vil esclava enlabiadora
De las gentes,
Con engaños evidentes
Se quiere hacer señora.
Lastimera cosa es ver
Lo que puede la malicia,
La desvergüenza y codicia
Desta maldita muger.
Es un cebo general,
Que entre la gente carnal
Se platica,
Cuyo dulzor do se aplica
No se conoce su mal.

A muchos hace gran daño
Su afeytada razon bella,
Porque debaxo de aquella
Se dice estar el engaño.
Es yerba de buen sabor,
Quanto al gusto exterior,
Mas comida,
La ponzoña allí escondida
Despues engendra dolor.

De lo qual su culpa está
Bien conocida y probada,
Pero tienela doblada
El que la causa le da.
Los Reyes y los Señores
Son deste mal causadores
Que olvidados
De mí, son mal inclinados

A falsos aduladores.
Con lo qual dan ocasion
A que esta loca engreida
Se me muestre así atrevida
Con sobra de presuncion.
Porque los humanos brios,
Siguiendo sus desvarios,
Mas, estiman
La locura en que se arriman,
Que no los consejos mios.
Los quales dentro del fiel
Y sincero corazon,
Dulces y sabrosos son
Mas que panales de miel.
Mas do llega y solicita
Esta lisonja maldita
Es veneno,
Con que el gusto de lo bueno
O se menoscaba ó quita.
Bien que desto no me quiero
Quejar por lo que á mi va,
Pues el mismo Dios acá
Pasó por este rasero.
Que en este mundo venido,
Del qual no fué conocido
Se quejaba,
Que en la verdad que hablaba,
De pocos era creido.
Esta falsa fementida,
Nunca diciendo verdad,

Tiene tanta autoridad,
Que de todos es oida.
Hela va muy confiada,
Diligente, apresurada,
Sin temor
De carecer de favor
Adonde fuere escuchada.

Tras ella se van los mas
Juzgando por el semblante,
Es hermosa por delante,
Y disforme por detras.
Yo por contraria figura
Aspera parezco y dura
A los ojos,
Mas pasados los antojos,
Se conoce mi dulzura.

En esfuerzo de la qual
No he temor entrando en Roma,
Que su mal zelo me coma,
Pues me come el celestial;
Debaxo de esta bandera
No temo en esta carrera
Peligrar,
Quanto mas que no hay lugar
Do falte quien bien me quiera.

Siempre hallo alguno y veo
Que me muestre alegre cara,
Bien que por ser cosa rara
La virtud dase á deseo.
Mas ya que falte en el suelo

La claridad y consuelo
Que procuro,
Tengo ganado de juro
Aquel recurso del cielo.
Y con tal seguridad
Quiero entrar con diligencia
A hacer de mí experiencia
En esta santa ciudad.
No me puede suceder,
Con ganar y con perder,
Cosa nueva,
Ni desastre que no deba
Recebirse por placer.
Adu. El tiempo que me detengo
En esta Corte Romana,
No lo pierdo, pues se gana
Aquello tras que yo vengo,
Facilmente;
Pueblo es muy conveniente
Para mis recreaciones,
Porque de todas naciones
Hay gran concurso de gente
De lenguages
Diferentes y linages,
Suertes, costumbres, edades,
Profesiones, calidades,
Estados, formas y trages
Y opiniones.
Yo segun las aficiones
A que qualquiera se inclina,

Aplico mi medicina,
Conforme á las condiciones
Y maneras,
De las gentes extrangeras;
Y las de aquí naturales
De mi ley , entre las quales
Escojo yo como en peras
Los mejores,
Como en yerbas de sabores
Busca su pasto la oveja,
O como hace la aveja
En campo de muchas flores.
Aquí hallo,
Sin ir léjos á buscallo
Por entre estos cortesanos
Quanto me bastan las manos,
Que nadie sabe negallo;
Todos son,
Casi de mi profesion,
Y Españoles mayormente,
Como pueblo inteligente
Me tiene gran devocion;
Y se dan,
A mi ciencia tras que van,
Tanta priesa y buena maña,
Que ya pasan á Alemaña,
Y á Italia donde están
De prestado.
Qualquier hombre trasladado
A esta Roma gran señora,

Se renueva y se mejora,
Y queda mas avisado,
En mis artes:
Bien que hallo en todas partes
Quien me cumple mis deseos
Y aun los Indios y Guineos
Siguen tras mis estandartes;
Mas aquí,
Es en fin adonde á mí
Me sucede todo á punto,
Porque lo tengo aquí junto
Quanto en muchas partes ví.
¿Qué mas quiero,
Yo ni pido, ni aun espero
Sino que en tan pocos dias
Tengo ya dos canongías,
Plata, ropas y dinero,
Y favores,
De Prelados y Señores,
Gracias y prerogativas,
Oficios y espectativas
Para mis demandadores
Y queridos;
Viendo andar aquí perdidos
No pocos hombres honrados,
Del mundo menospreciados,
De todos aborrecidos
Sin ventura,
Por seguir tras la locura
De aquella mi compañera,

Qué por ser tan altanera
No tiene plaza segura?
Y yo sé,
Que despues que la dexé
Por aquí con su querella.
Habrá pasado por ella
Cosas de que reiré
Quando venga,
Que caso que no es muy luenga
La ausencia hecha despues,
Habrá visto segun es
Algun duelo de que tenga
Que contar:
Quiero un poco aqui esperar,
Por cumplir lo concertado,
Que segun lo platicado
No puede mucho tardar
De venir,
A reñir y debatir,
Como por oficio tiene,
Mas hela donde ya viene,
No faltará que gruñir.
En buena hora
Vengas ya, Verdad señora,
Si vienes arrepentida,
Tambien soy recien venida
Yo, y mas contenta agora
Que jamas:
Tú no sé lo que dirás
De tus sucesos honrosos

Los mios son gloriosos
Cada dia mas y mas.
Vesme aquí,
Que despues que me partí
De contigo el otro dia,
Tengo tanta mejoria
Que puedo comprarte á tí
Y á tus fieros.
Príncipes y Caballeros,
Y otras mil personas buenas,
Me han dado las manos llenas
De vestidos y dineros,
Y otros bienes,
Tú me parece que vienes
Rostrituerta y maltratada,
Y encima descalabrada
Y cargada de desdenes
Como sueles:
Pues cumple que te consueles
Y aconortes de sufrir,
Que no lo puedes huir
Por mucho que te desveles.
Y pues eres,
Espejo de las mugeres
En honra y autoridad,
Y llamándote Verdad,
La profesas y la quieres.
Se contenta,
De confesar sin afrenta
Como te fué en esta feria,

Y la mengua y la miseria
Que en tu casa se aposenta
Por alhaja;
Y conoce la ventaja
Que en este mundo te llevo,
Y que segun él, no debo
Estimarte en una paja;
Pues te veo,
Tan sin lustre y sin arreo,
Y venir tan destrozada
Al cabo desta jornada
Hecha con tanto deseo
Para prueba.

Verd. Ya tú sabes no ser nueva
Desorden en esta vida,
Que por ley descomedida
Lo mas del mundo se mueva;
Y que en ella,
Si bien quieres entendella
No produce la natura
Cosa quieta y segura
Sin qüestion y sin querella:
Diferente,
Es lo frio y lo caliente:
Lo blando contra lo duro,
Lo claro contra lo escuro,
Pelean continuamente
Mal contento:
Los vientos contra los vientos
Son muy bravos adversarios,

Y en fin son en sí contrarios
Todos los quatro elementos
Naturales.
Cómense los animales
Uno á otro con sus dientes,
Las gentes contra las gentes,
Con desamores mortales
Se levantan,
Con el hierro se quebrantan
Las piedras y las mineras;
Y las infernales fieras
De los del cielo se espantan
Sin enmienda.
El vicio tiene contienda
Con la virtud por oficio,
Y la virtud contra el vicio
Busca con que se defienda,
Su mal seno,
Trae de ponzoña lleno
Contra lo bueno lo malo,
Y las manos en el palo
Contra lo malo lo bueno.
Y así digo,
Que tu contiendes conmigo,
Como el mal con la salud,
Y yo por ley de virtud
Hago lo mismo contigo,
Sin poder,
Entre nosotras haber
En mi presencia concordia,

Tregua ni misericordia,
Sino morir ó vencer.
Mas mirada,
Tu pregunta mal criada,
Digo que en Roma me ha ido
Mas que bien, pues he cumplido
Con los que soy obligada
A quien soy;
Y lo mismo ternás hoy
Que siempre de nuestras lides:
Mas la ventaja que pides
Para mal, yo te la doy
Y concedo,
Sin tener invidia ó miedo
De tus bienes y favores,
Ni de esos tus valedores,
En quien fundas tu denuedo:
Lo qual todo,
Estimo y tengo por lodo,
Como cosa valadi
Del mundo que va tras tí
De tu brebage beodo;
Y del qual,
Yo hago poco caudal,
Porque no hallando en él
Morada cierta ni fiel,
Me vuelvo á la celestial
Sin error;
Que segun David, cantor
De los divinos renombres,

La tierra se dió á los hombres,
Y el Cielo para el Señor,
Que soy yo.
Adu. No me pesa deso, no,
Antes me huelgo de oillo:
Mas dime, ese golpecillo
Del ojo ¿quién te lo dió?
¿Por qué via
Sufriste tal demasia?
Verd. Dexa, que es un cardenal,
Porque dixe quiera mal
Ir en máscara de dia.
Adu. Todo es nada,
Mas di tambien, si te agrada,
Pues nunca para atras caes,
¿Qué cosa ha sido? qué traes
Detras la cofia rasgada
Sin provecho?
Verd. Eso tambien me fué hecho
En casa de un abogado,
Porque dixe ser pecado
De entrambas partes á hecho
Tomar dones:
Luego ciertos baladrones
Contra mí se levantáron,
Y la cofia me rasgáron
Por daros de repelones
Con pesar.
Mas si hubiese de contar
Yo semejantes levadas

De cosas por mí pasadas,
Seria nunca acabar
En un año.

Adu. En eso yo no te engaño,
Pues ántes que te apartases,
Te apercebí que callases,
Y sí hablaste, tu daño,

Verd. Y aun por eso,
Conociendo quan avieso
Va de mí sinceridad
El mundo con su maldad,
Por no escuchar tu proceso,
Determino,
De tomar otro camino:
Y levantando mi vuelo,
Dar la vuelta para el Cielo,
Do tengo cierta contino
La morada:
Y tú Lisonja malvada,
Pues me voy; reyna sin guerra
Sobre la haz de la tierra,
Para que fuiste criada.

OBRAS DE DEVOCION.

A LAS PINTURAS DE UNA IGLESIA.

A la Salutacion.

Todo el mundo está esperando
Virgen santa vuestro sí,
No detengais mas ahí
Al mensagero dudando.
Dad presto consentimiento,
Sabed que está tan contento
De vuestra persona Dios,
Que no demanda de vos
Otra cosa en casamiento.

Al Nacimiento.

Para estar tan bien parida,
Y tan bien acompañada,
Mal estais aposentada
Virgen, y mal proveida.
Yo no sé, ni nadie sabe
De qué manera os alabe;

Que sin sentir embarazo,
Teneis en vuestro regazo
Al que en el Cielo no cabe.

A la Circuncision.

Para darnos á entender
Que no venis á holgar,
Quereis luego comenzar
Rey de gloria á padecer:
Y poneis en amargura
Vuestra carne tierna y pura,
Para mostrarnos, Señor,
Lo que siendo criador,
Sufris por la criatura.

A los Reyes.

¿En qué conoceis que es Rey,
Reyes, este que adorais?
Pues lo mas que le hallais,
Es un asna con un buey.
Mas vuestro conocimiento
No es de humano acertamiento:
La estrella os muestra el camino,
Y el Espíritu Divino
Alumbra el entendimiento.

A la huida de Egypto.

Aunque muy cansado vais,
Viejo bienaventurado,
Mayor es vuestro cuidado
Que el cansancio que llevais.
Seguro vais de mesones,
Joseph, mas no de ladrones;
Y con corazon sereno
Pasais por el hijo ageno
Por estas persecuciones.

A los Santos Inocentes.

Tirano, no tengas duelo,
Que esos que matas temprano
Plantas son, que de tu mano
Se trasponen en el Cielo.
Y el que buscas sin reposo,
Sabe, que es tan poderoso,
Que estos muriendo por él,
Ganan en ser tú cruel,
Mas que siendo piadoso.

A la Purificacion.

Publicais con humildad
En vos Señora, defeto,
Por encubrir el secreto

De vuestra virginidad.
Mas no engaña á Simeon
Vuestra disimulacion:
Que cumplirse su esperanza,
Por obra de Dios alcanza
Ser hecho, no de varon.

En una aldea para cantar la noche de Navidad.

Juicio será fuerte,
Aspero y cruel de muerte.

Tened memoria mortales
Del juicio que vendrá,
Adonde se os tomará
La cuenta de vuestros males.
Una Sibila Pagana
Que á Christo no conoció,
Antes lo profetizó
Que él tomase carne humana.
Del Cielo decenderá,
Y en carne será presente
A juzgar toda la gente
El Rey que siempre sera.
El incrédulo y el fiel
Verán á Dios poderoso
Con sus santos glorioso,
Desde el siglo en el fin dél.
Las almas serán juntadas
En su carne, como fueron

Quando en el mundo vivieron,
Para ser allí juzgadas.
Las hembras y los varones
Sus riquezas dexarán, .
Las quales se tornarán
Con mar y tierra carbones.
  Al infierno porná espantos,
Y las puertas quebrará
Por fuerza, pero será
Luz libre para los santos.
Los malos padecerán
Quemados de eterna llama:
Y lo que calló la fama,
Ellos lo descubrirán.
  Y Dios manifestará
Los secretos corazones:
Habrá lloros á montones;
Y el malo regañará.
Perderá su claridad
El sol, y luna, y estrellas,
Y el resplandor del y dellas
Se tornará escuridad.
  Los Cielos se desharán,
Y abaxarse han los collados,
Y los valles abaxados,
Con ellos se igualaran.
No habrá cosa alta en la tierra
Que puedan ver los humanos:
Igual á los campos llanos
Serán los montes y sierra.

La verde color del mar
Con sus ondas presurosas,
Y todas las otras cosas
Entónces han de cesar.
La tierra perecerá,
Los rios secará el fuego,
Triste son sonará luego,
Que de lo alto se oirá.
Entónces la tierra dura
Abriéndose, mostrará
El infierno donde está
En su confusion escura:
Al Señor obedeciendo
Todos los Reyes del suelo
Caerá fuego del Cielo,
Y piedra azufre hirviendo.

PROFETAS.

ISAIAS.

Yo el Profeta Isaias
Digo que concebirá
En su vientre, y parirá
Una Virgen al Mesías.
Y aqueste será llamado
Emanuel, que es Dios con nos:
Para nos el niño Dios
Es nacido y encarnado.

JEREMIAS.

Este es nuestro Dios eterno,
Y otro no será estimado,
Que es solo quien ha hallado
Todo el saber verdadero.
Y á Jacob siervo lo dio,
Y en nuestras tierras fué visto
Dios y hombre Jesuchristo,
Que con hombres conversó.

DANIEL.

Al tiempo que verná aquel
Que es santo sobre los santos:
Cesará la uncion de quantos
Reyes hay en Israel.
Porque es justo que en el suelo
No reconozca la gente
Otro Rey siendo presente
El Rey muy alto del Cielo,

HABACUC.

Oi, Señor, tu sonido,
Y temeroso quedé,
Tus obras considéré,
Y quedé despavorido.
Porque oyendo la grandeza

De la tu Divinidad,
Espantóme la humildad
Que escogiste, y la baxeza.

NABUCODONOSOR.

Hoy metimos tres varones
En el horno aprisionados;
Y ahora siendo mirados,
Veo quatro sin prisiones.
Y el fuego no les empece,
Ni les toca en los cabellos:
La vista del quarto dellos
Hijo de Dios me parece.

Villancico á la misma noche.

Pues hacemos alegrias
Quando nace uno de nos,
¿Quánto mas naciendo Dios?

Grandes huéspedes tenemos,
Hagamos gran regocijo,
Pues pare la madre al hijo
Por quien todos hoy nacemos.
Nunca vimos ni veremos
Juntos otros tales dos
El hijo, y madre de Dios.

Cancion á nuestra Señora, viniendo en la mar.

Clara estrella de la mar,
Dichosa puerta del Cielo,
Madre de nuestro consuelo,
Virgen nacida sin par.

Reyna bienaventurada,
De todos consolacion,
En todo tiempo y sazon
Sed, pues sois nuestra abogada.
Mas por gracia singular
Las rodillas por el suelo,
Pedimos vuestro consuelo
Mientra estamos en la mar.
Guardad la fusta en que vamos,
Que es nuestro cuerpo vicioso,
Deste mar tempestuoso,
Mundo por do navegamos.
La quilla del sustentar,
Que es la carne peligrosa,
Vaya siempre temerosa
Adonde podrá topar.
La proa, que es el deseo,
No se empache en lo que topa,
La voluntad, que es la popa,
No la hiera devaneo.
Y el piloto gobernar
Que es el flaco seso humano,

Lleve tal tiento en la mano,
Que la sepa encaminar.
  El mástil, que es la razon,
De tantas cuerdas asido,
Vaya enhiesto, no torcido,
No le doblegue pasion.
Para atar y desatar
Suban y baxen ligeros
Otros que son marineros,
Puestos para executar.
  Las velas por do se guia,
Que son los cinco sentidos,
Sean de vientos heridos
Que vengan sin travesía.
Y si no pudiere andar
Nuestra flaqueza mezquina,
Viento en popa á la bolina,
Sepa al menos navegar.

A nuestra Señora de Monserrate.

  Pues no alcanzo á contemplaros,
Madre de Dios gloriosa,
Excusado es alabaros,
Pero quiero suplicaros
Que me digais una cosa.
Que aqui se debe encerrar
Algun misterio profundo:
¿Cómo quisistes morar,
Siendo señora del mundo,

En tan aspero lugar?
Tambien haceis vuestra estancia
En Guadalupe en las breñas,
Y así en la Peña de Francia:
Yo no siento que ganancia
Sacais de andar por las peñas.
Mas lo que de ello sospecho,
Es, que salis al atajo
A tomar contra derecho
Para vos este trabajo
A fin de nuestro provecho.
Por los llanos de la tierra
Los méritos son contados,
Por los montes y la sierra
Donde nos viene la guerra,
Nuestros vicios y pecados.
Si por llano caminamos,
Ningun peligro tenemos,
En la sierra nos perdemos,
Y allí Señora, os hallamos,
Para que no peligremos.

HIMNO A NUESTRA SEÑORA.

Ave maris Stella.

Pues navegais, alma mia,
Por el mar de pensamientos,
Do sois de contrarios vientos
Combatida cada dia;

Para no temer fortuna
Mirar siempre aquella estrella
Del Norte, porque sin ella
No habreis bonanza ninguna.
Y para mas la obligar,
Decilde por oracion
Esta devota cancion,
Ave, estrella de la mar;
Madre de Dios criadora,
Pero Virgen de contino,
Dichosa puerta y camino
Del Cielo, y Emperadora.
Oyendo aquel dulce ave
De la boca de Gabriel,
Con que vos Señora, y él
Al Cielo hicistes llave;
Fundadnos en paz segura,
Mudando el nombre de Eva,
Porque no se nos atreva
Quien nuestro daño procura.
Soltadnos de las prisiones
De nuestros viciosos fuegos,
Dad lumbre á los que están ciegos
De sus propias aficiones.
Nuestros males apartad,
Nuestros bienes procurando,
Para que queden de un bando
La razon y voluntad.
Mostraos, Virgen, ser madre
A los tristes que padecen,

Sumat per te nostram precem
El que siendo vuestro padre,
Por nosotros quiso ser
Vuestro hijo, y siendo Dios,
Se hizo dentro de vos
Hombre, para padecer.

Singular Virgen sagrada,
Entre todas la mas mansa,
Y tan mansa, que descansa
Dios dentro en vuestra morada:
Limpiadnos, que estamos llenos
De las culpas que criamos,
Y hacednos que seamos
Muy mansos, castos y buenos.

Dadnos vida concertada,
Y asegurad los caminos,
Porque nos hallemos dinos
Al cabo de la jornada.

Y en tal estado acabemos,
Que do vamos deseando,
A Jesuchristo mirando,
Siempre con él nos gocemos.

Sea alabanza por tanto
A Dios Padre criador,
Y á Christo muy gran señor
Con el Espíritu Santo:
Una honra á todos tres,
Sin dar ventaja á ninguno,
Que así es lo que es de uno,
Que de todos ellos es.

La visitacion de Santa Isabel, á instancia de una Señora.

Decid, Reyna esclarecida,
¿Dónde vais á pie cansada,
Por el monte apresurada,
Siendo por madre escogida
De Dios, y estando preñada?
Siendo señora del Cielo,
¿Cómo vais por este suelo
Con tan poca autoridad,
Cómo en tanta soledad
No habeis miedo ni recelo?
  Mal parece á las doncellas
Andar fuera de poblado,
Y tanto mas es notado,
Quanto mayores son ellas
En linage, y en estado.
¿Qué negocio puede haber
En que sea menester
Por fuerza vuestra presencia,
Y hacer la diligencia
Tan excelente muger?
  Entre los grandes señores
Si cosas se han de tratar,
Es costumbre de enviar
Legados ó embaxadores
Que vayan á negociar.
Exemplo desto nos dió

El Angel que decendió
Por mensagero de Dios,
Quando entre él, Señora y vos,
El casamiento trató.
Pues si bien sé conoceros,
O Princesa celestial,
Vos sois de sangre Real,
Y la con quien vais á veros
Persona muy principal:
Fuera pues mas cierta cuenta,
Por no recibir afrenta
Que un gran señor ó prelado
Llevara vuestro mandado
A cas de vuestra parienta.
Pero ya que caminais,
Hermosa dama excelente,
Sin mirar inconveniente,
¿Decid, cómo no llevais
De camino algun presente?
Parece descortesía
Ser con otros cada dia
Tan franca, tan liberal,
Y á vuestra prima carnal
Visitar mano vacía.
Tambien quiero deseoso
Saber de vuestra excelencia,
Por eso tened paciencia,
Pues teneis, Señora, esposo:
Si venis con su licencia,
Que no la debió dar él,

Siendo sabio y tan fiel,
Para ir sola una doncella,
Y ya que vengais con ella,
¿como venistes sin él?

Respuesta.

Mas con amor que con vicio
He preguntado, Señora;
Quiero responder agora,
Pues sereis de mi servicio
Muy abonada deudora.
Segura vais de cansaros;
A lo menos de enojaros
Por cansada que os veais,
Que el cuidado que llevais
Basta para descuidaros.
La priesa no la condeno,
Pues no se sufre tardanza,
Quando corre la esperanza
A gozar de algun fin bueno
Que nuevamente se alcanza.
Y así vos siendo avisada
De nueva tan señalada,
Con la gana que en vos mora,
De llegar no veis la hora
Y acabar vuestra jornada.
Por do puede bien creerse
Que el misterio que os ha sido
Por seis meses escondido,

Si antes viniera á saberse,
Antes hubiérades ido:
Mas no sin causa se ordena,
Que del caso esteis agena
Hasta el necesario punto,
Porque vais á cumplir junto
El servicio y norabuena.
Ni se sufre embaxador,
Legado ni mensagero,
Vos lo debeis ser primero,
Porque los gozos de amor
No se gozan por tercero.
Y el despacho que en vos va
Que se ha de mostrar allá,
Sola vos podeis traello,
Pues que para merecello
Sola nacistes acá.
Rodeada en rededor
De celestiales compañas,
Con Dios dentro en las entrañas
No hay afrenta ni pavor
Que temer por las montañas.
Entre los robles y pinos
No careceis de vecinos,
Porque á sus ángeles Dios
Tiene mandado de vos
Que os guarden por los caminos,
Yendo vos, llevar presente
Con presencia tan hermosa,
Parece superflua cosa,

Pues da gloria á toda gente
Vuestra cara tan gloriosa,
Quanto mas que vuestra prima
Es muger de mucha estima,
Y afrentarse ha siendo rica,
Tomar de la pobrecica
Dones ni joyas encima.
Si Joseph os dió licencia,
Yo no me meto á sabello,
Mas sé que debo creello,
Que vuestra gran obediencia
Me da testimonio dello.
Si vais con él ó con ella,
La Escritura no lo sella,
Pero yo lo juraré,
Que si él con vos no fué,
Que vos no fuistes sin ella.
Agora pues caminad
A vuestra visitacion,
Que do llega el aficion,
La razon y voluntad
Una misma cosa son.
Para vos está guardada
Esta tan gran embaxada,
Despues de la de Gabriel,
Por la qual será Isabel
Del caso certificada.
Por eso no trabajeis
De disimular lo hecho,
Que sereis puesta en estrecho,

Que por fuerza confeseís
Lo que llevais en el pecho.
Yo quiero tras vos correr
Por gozar deste placer,
Que tan excelentes vistas
De personas tan bien quistas
Cosa será para ver.
Mas porque es atrevimiento
Que vaya mi torpedad
Cabe tanta magestad,
Haré pies del pensamiento,
Y ojos de la voluntad.
Y si no pudiere andando,
Seguiros he contemplando,
Reyna nuestra, como vais,
Y al aposento llegais
Desta que vais deseando.
Y llegada á su presencia,
Con dulce rostro riendo,
La gravedad no perdiendo,
Con amor y reverencia
La saludastes, diciendo.
Dios os salve, madre mia,
La gracia del que me envia
Tanta parte os dé de sí,
Quanta gloria me da á mi
Con miraros este dia.
Tan penada por vos vengo;
Tan vencida de deseo
Tan llena de lo que veo,

Que ante mis ojos os tengo,
Y de gozo no lo creo.
Gran ventura fué la vuestra,
Gran dicha será la nuestra,
O señora prima, en quien
Dios para fin de gran bien
Tan gran maravilla muestra.
  Verdadera relacion
Hirió las orejas mias,
Que en vuestros ancianos dias
Oyó Dios la peticion
De vos y de Zacarias,
Y en fin os ha consolado
Con el fruto deseado
Otorgado en senetud,
Que os ha sido en juventud
No sin misterio negado.
  Y aunque de vuestro zelarme
Tantos meses esta cosa
Podria ser querellosa,
No quiero de ello acordarme,
Ni lo sufro de gozosa.
Con el cuerpo me he tardado,
Pero no con el cuidado,
Que es mayor que sé deciros,
De gozaros y serviros
En tiempo tan señalado.
  Con ojos baxos y graves
La matrona generosa,
Algun tanto vergonzosa,

Con palabras muy suaves,
Con voz honda y poderosa,
De Espiritu Santo llena,
Dixo con cara serena:
O hija y señora mia,
Mensagero de alegria
Vos vengais en hora buena.
  Bendita vos y loada
Entre todas las mugeres,
Pues pueden vuestros poderes
Abrir la puerta cerrada
De los eternos placeres.
Y bendito tambien sea
El fruto que se desea
De vuestro vientre bendito;
El qual siendo en sí infinito,
Se viste nuestra librea.
  Bendito el vientre que os traxo,
Y las tetas que mamastes,
Pues que tan alto volastes,
Que distes con Dios abaxo,
La hora que lo encarnastes,
Tan gran merced y favor:
¿Tal linage de loor
De donde me viene á mí
Que me venga á ver aquí
La madre de mi Señor?
  Madre sois de vuestro padre,
No disimuleis Maria,
Que Dios quando os escogia,

A vos os tomó por madre,
Y á mí me quiso por tia.
Gloria de vuestro linage,
Vestida de nuestro trage,
A Dios vestis por aforro,
Con él andais en el corro,
Y hablais nuestro lenguage.
  En llegando á mis oidos
La voz y dulce cancion
De vuestra salutacion,
Concibieron mis sentidos
Divina revelacion.
Y el infante aun no criado
Que en mi vientre está encerrado
Delante su criador,
Lleno de gozo y de amor
Todo está regocijado.
  ¡O quan bienaventurada
Sois prima, porque creistes
Lo que del Angel oistes,
Pues mediante su embaxada
Hijo de Dios concebistes!
Y las grandezas oidas
Por el Angel prometidas
Que por humilde se os dan,
En vos y por vos serán
Perfetamente cumplidas.
  Ya no es tiempo de callar
Virgen bienaventurada,
Con el hurto sois tomada,

Venistes á saludar,
Y quedastes saludada.
Descubierto es el secreto,
Hombre parirá perfeto
Isabel, vos hombre y Dios,
Que en vos sola caben dos
Contrarios en un sujeto.
Mas no cabe presuncion,
En toda vuestra morada,
Que aunque os veis ya declarada
De tan alta condicion,
No sois por eso mudada.
Si os alteran los favores
De los divinos amores,
Por la respuesta parece,
La mi ánima engrandece
Al señor de los señores.
Y gozoso de verdad
El mi espiritu y memoria,
En Dios mi salud y gloria,
Porque miró la humildad
Desta su sierva notoria,
Por la qual me llamarán
Bendita, y acertarán
Todas las generaciones,
Quantas hembras y varones
En el siglo nacerán.
Porque hizo el que serví,
Que es muy alto y poderoso,
Y su nombre glorioso

Muy grandes cosas por mí,
Pues se me dió por esposo
Y en edades venideras
Para siempre duraderas,
Será su misericordia,
Que gozarán en concordia
Los que le temen de veras.

Su gran potencia mostró
En brazo de vencimiento,
Y como polvo con viento
Los sobervios esparció
Lejos de su pensamiento
Los grandes y poderosos,
Altivos y desdeñosos,
De sus sillas abaxó,
Y los baxos ensalzó
En estados gloriosos.

Los probecillos hambrientos
Hinchó con sus largas manos
De los bienes soberanos,
Y á los ricos avarientos
Dexó desiertos y vanos.
Israel que triste estaba,
Porque tanto se tardaba
La vista de su Mesias,
Recibió ya en nuestros dias
El niño que deseaba.

Y Dios no puso en olvido
Su misericordia pia
Como desde el primer dia

Por su boca prometido
A nuestros padres lo havia.
A Abraham su sirviente
Y despues á su simiente
En los siglos venideros,
Habiendo siempre herederos
De padre tan excelente.
¡O quan bien habeis cantado,
Virgen y madre bendita
Con un tiple que nos quita
Quanto tormento y cuidado
Nos daba la ley escrita!
Con lengua dulce y discreta
Nos mostrais que sois eleta
De la luz que viene ya,
Por la qual se nos dará
La ley de gracia perfeta.
Y con toda esta grandeza
Que por vos se comunica,
Siendo tan grande y tan rica
Quiere tomar vuesa alteza
Oficio de pobre y chica.
Y con trabajo y afan
Quereis comer vuestro pan,
Sin popar ninguna pena,
Y servir en casa agena
Hasta que nazca San Juan.

Final.

Si yo tan gran servidor
De vuesa merced no fuera,
Harto mejor estuviera
Por hacer esta labor.
Y si no supe hacella
Tal que no vaya confusa,
Vuestro mandado me excusa
De las faltas que hay en ella.
Mas pues es visitacion,
Vuesa merced la visite,
Y á mí me descargue y quite
De tan grande obligacion.
Si fuere merecedora
Del fuego, pague el papel,
Que yo salvo quedo dél,
Pues cumplo con mi señora.

HIMNO Á LA CRUZ.

Vexilla regis prodeunt.

Las banderas de la luz
Del Rey que por nos padece,
Salen fuera y resplandece
El misterio de la Cruz.
Por el qual el hacedor
De la carne en carne humana;

Fué puesto de propia gana
En el palo del dolor.
Y encima desto llagado
Con hierro de cruda lanza,
Abrió fuente de esperanza
En su divino costado.
De do para nos salvar
Del pecado que reynó,
Agua con sangre manó
Por remedio singular.
Cumplióse lo que cantó
David el Profeta santo
En versos de dulce canto
Que en testimonio dexó:
Pregonando á boca llena
Por el mundo en general
Que Dios reyna sin igual
Desde el madero de pena.
¡O arbol bello, hermoso,
Resplandeciente, sagrado,
De la purpura adornado
De nuestro Rey glorioso!
Escogido por señales
De tronco digno sin par
Que mereciste tocar
Tan santos miembros y tales.
Arbol bienaventrado
De cuyos brazos colgó
El precio que se nos dió
Del siglo, por él comprado.

Y hecho balanza y peso
Del cuerpo precioso tierno,
Traxo el robo del infierno,
Tantos tiempos allí preso.
  O Cruz de consolacion,
Unica esperanza nuestra,
Dios te salve, pues te muestra
En tiempo de tal pasion.
Acrecienta la justicia
A los justos sin pecados,
Y á los míseros culpados
Da perdon de su malicia.
  A tí solo Dios y trino,
Trinidad en union,
Quantos espíritus son
Dan alabanza contino.
Pues tan caro nos compraste,
Gobierna perpetuamente
Los que por el excelente
Misterio de Cruz salvaste.

LA INVENCION DE LA CRUZ,

A instancia de una señora.

PROEMIO.

Vuesa merced me mandó,
Si dello tiene memoria,
Que le trovase la historia

De la Cruz que nos salvó,
De cuya causa han estado
En batalla y diferencia
De un cabo mi insuficiencia,
Y de otro vuestro mandado.
  El uno dice que sí,
El otro dice que no:
Y quedé por juez yo
Para serlo contra mí.
Y dí por vuestro servicio
Contra mí mismo sentencia,
Porque dicen que obediencia
Vale mas que sacrificio.
  Pienso que fué la intencion
De vuesa merced, señora,
Tentar de saber agora
Do llega mi devocion.
La qual de vos se querella,
Porque tuvistes por bueno
Darle oficio tan ageno
Del que suele tener ella.
  Que mis vanos pensamientos
Que paz no saben hallar,
Mejor supieran trovar
La invencion de mis tormentos.
La de la Cruz de alegría
Mal parece en mi poder,
Porque yo no sé traer
Acuestas sino la mia.
  Mas donde tantos peones

Ha de haber para cavar,
Serviré yo de llevar
En brazos los azadones.
Y seré desta manera
Otro Simon Cireneo,
Tocando con el deseo
El cabo della siquiera.
Y en el Dios que en ella muere
Tomando esfuerzo y aliento,
Haré vuestro mandamiento
Lo menos mal que supiere.
Y pues Christoval me llamo,
Valme Christo, y se comigo,
Que aunque sé que no te sigo,
Sabes que no te desamo.

Contemplacion.

¿Qué cavais en este suelo,
Gran Reyna tan deseosa?
Busco la Cruz gloriosa
En que el alto Rey del Cielo
Vertió su sangre preciosa.
Y con ansia de amor quiero
Que cojan polvo mis haldas,
Por sacar aquel madero
En que el divino cordero
Tuvo puestas sus espaldas.
Busco el palo vencedor,
Que siendo de su natura

Insensible criatura,
Sostuvo á su Criador
Hasta dalle sepultura.
Busco el arbol venturoso
Que la doliente manzana
Que Adam comio de goloso
Con fruto dulce y sabroso
Del todo la hizo sana.
  Y quando Christo murió
Por la general querella,
So la tierra se entró ella
Porque en ella no halló
Manos dignas de tenella.
Y hase estado así enterrada
Doscientos y tantos años,
Por no ser menospreciada,
Ni verse mal empleada
En poder de sus extraños.
  Pues en empresa tan alta,
Y el galardon tan crecido
No descansa mi sentido
Hasta que vea sin falta
Lo que busco y lo que pido.
Y en cosa tal qual es esta,
Es justo perder el sueño,
Pues á Dios tanto le custa:
Que el trabajo en su requsta
Amor le hace pequeño.
  Y si Dios quiere que halle,
Y por ser mas diligente

Tesoro tan excelente,
Seré hecha por buscalle
Gloria de toda mi gente:
Y si por no ser yo tal,
Siendo viva, no lo veo,
El alma que es inmortal,
Quedará por principal
Heredera en mi deseo.
  Mas tengo gran confianza
En el que esta devocion
Me puso en el corazon,
Que cumplirá mi esperanza,
Y mi final intencion.
Y mi seso determina
De cavar en esta hoya:
Confiando que aunque indina
Verán mis ojos aína
Esta riquisima joya.
  La qual, segun he sabido,
No fué hecha de madera
Ofrecido como quiera:
Sino de palo escogido
Plantado para lo que era.
Que Adam, segun supe yo,
En grande vejez venido,
En enfermedad cayó,
De la qual al fin murió
Por escotar lo comido.
  Pues viéndole ya mortal
Su hijo Seth: con cuidado

De executar su mandado
Fué corriendo al terrenal
Paraiso ya cerrado.
Y con voz apresurado
Como en casa conocida,
Pidió que le fuese dado
Del aceyte deseado
Del gran arbol de la vida.
San Miguel le respondió
Que aquello ser no podia:
Porque Adam perdido habia
La graçia quando pecó,
Que de no morir tenia.
Y que conviene que muera,
Y se parta deste mundo
Sin el remedio que espera:
Pues por la fruta primera
Perdió el remedio segundo.
Pero dióle todavia
Un ramo que se llevase,
Y en el monte le plantase,
Porque ya que Adam moria,
En su memoria durase.
Y dixo: no te adolezca
Ni desmaye el mal de Adam,
Aunque grave te parezca:
Que quando este arbol florezca
El y muchos sanarán.
Habiendo Seth este aviso,
Consolóse en gran manera:

Y aunque era larga la espera,
Partióse del Paraiso
Con cara mas placentera;
Pero quando ya llegó,
Aunque se dio mucha priesa,
El padre muerto halló;
Y en su memoria plantó
El ramo sobre la huesa
  El qual se hizo plantando
Arbol de gran presuncion;
Y desde aquella sazon
Duró hasta ser cortado
En tiempo de Salomon,
Que á vueltas del muy precioso
Cedro que allí se cortaba,
Fué traido este dichoso
Para el templo muy famoso,
Que á la sazon se labraba.
  Viendo los maestros dél
Palo tan hermoso y neto,
Liso, derecho y perfeto,
Ponen luego mano en él,
No sabiendo su secreto,
Mas muy burlados se vian,
Que mil veces lo probaban
En la parte que querian,
Y en quanto el ojo volvian,
Corto ó largo lo hallaban.
Los maestros de la obra
Con enojo y con despecho,

Como palo sin provecho,
Por su falta y por su sobra
Desecháronlo de hecho.
Y por darle el galardon
De su burlada porfia,
De general opinion
Le pusieron por ponton
De un arroyo que allí habia,
¡O madero de salud,
Por el qual es figurado
Christo en tí crucificado,
Pues declaras tu virtud
Quando estás mas desechado!
De humildad me das exemplo,
Quando puesto en aquel suelo
Hecho paso te comtemplo
Entónces allí del templo,
Como agora eres del Cielo.
Y por eso levantaste,
Como del Salmista oyo,
Tu cabeza en este hoyo,
Porque bebiste y gustaste
De camino en el arroyo:
Mas la Reyna de Sabá
Luego vió, llegando allí,
El misterio que en tí está,
Pues por el agua se va,
Por no pasar sobre tí.
La qual visto este madero,
Y alcanzada su excelencia,

*Por divina inteligencia,
Adorándole primero,
Le hizo gran reverencia.
Y despues que visitó
Al muy gran Rey Salomon,
De su tierra le escribió
Deste misterio que vió
Muy cumplida relacion.
Y que por los poderios
Deste madero preciado
Seria por su pecado
El Reyno de los Judios
Destruido y asolado.
Y con don de profecia
Alumbrado su sentido,
Dixo que en él se pondria
Un hombre por quien seria
Todo el mundo remediado.
Este Rey y gran Señor
Avisado deste hecho,
Hallóse puesto en estrecho,
Porque temor con amor
Batallaban en su pecho:
Y hizo luego buscar
Este palo, y enterrólo
En un honesto lugar,
El misterio singular
Guardando para sí solo.
Pero la virtud divina,
Que ociosa estar no consiente,

Hizo encima allí por fuente
La probatica picina,
Salud del pueblo doliente.
Y aunque soterrado estaba
Do ninguno lo sabia,
Sus maravillas obraba,
Que los enfermos sanaba
Quando el agua se movia.
  Mas de ciento que llegaban
Uno no mas iba sano;
Porque aquel pueblo villano
No sentia ni gustaba
Este dulzor soberano.
Que con su conocimiento
No queda enfermo ninguno;
Entónces con este ungüento
Uno sanaba de ciento,
Y ahora ciento por uno.
  Pues quando el tiempo llegó
De padecer Jesuchristo,
El árbol de Dios bien quisto,
Sobre el agua se salió
Y nuevamente fué visto.
Y el que en el Templo no fué
Hábil para el edificio,
Aquí le sobra la fe,
Pues se ofrece para que
Le manden hacer su oficio. *
  Pues andándose buscando
Madero de que labralle,

Cruz para crucificalle
Halláron este nadando,
Hechizo para su talle.
Y pareciéndoles tal
Qual pedia su malicia,
Labran dél el principal
Tronco de la Cruz Real,
Executor de justicia.
Que la Cruz del Rey divino
De quatro maderos es:
En oliva están los pies,
El mástil de cedro fino,
Y el título de á cipres.
Los brazos de palma fuéron
Do las manos se claváron:
Los que en la Cruz entendiéron,
Cruz de gloria la hiciéron,
Cruz de pena la pensáron.
Piedad y paz notoria
La oliva nos representa,
En la qual sus pies asienta:
Y la palma la vitoria,
Do sus brazos aposenta.
Pompa del Rey se figura
Por el cedro do se arrima:
Por el cipres el altura
De la divina natura,
Que se levanta por cima.
Y segun lo que se alcanza,
Quatro veces fue mostrada

La Cruz bienaventurada
En diversa semejanza
Antes de santificada.
A Seth en ramo se da,
Y en árbol á Salomon
En el Libano do está:
Y á la Reyna de Sabá
En palo hecho ponton.
  En la laguna la miran
En madero los Judios:
Pero con sus desvarios
Aunque la sacan y tiran,
No sienten sus señoríos.
Y aunque sin forma la viéron
Quantos ojos la miráron:
Dichosos diré que fuéron,
Pues en la fuente bebiéron
Do tantos bienes manáron.
  ¿Pues de quanta diferencia
Mi bien andanza seria?
¿Quán sin igual mi alegria?
¿Quán rica mi diligencia?
¿Quán gran ventura la mia?
¿Quién como la Reyna Helena?
¿Quién tan digna de memoria?
¿Quién de tales gozos llena?
¿Quién tan extraña de pena?
¿Quién tan vecina de gloria?
  Si la Cruz ya consagrada
En el divino Sagrario

Hecha ya su relicario,
Hoy fuese por mí hallada
En este monte Calvario:
Y saliese este gran don
Por las mis manos á luz:
Y que por esta razon
Esta fuese la invencion
Verdadera de la Cruz.
Y será, segun confio,
Hoy descubierta por mí;
Que no dudo estar aquí,
Porque el espiritu mio
Me está diciendo que si.
Mas porque el propio loor
Parece desmesurado
En la boca del autor,
Será otro el relator
De este hecho señalado.

Prosigue la Invencion de la Cruz.

Imperando Constantino,
Emperador justo y fiel,
Levántose contra él
Maxencio, varon malino
Y tirano muy cruel.
Y como fuese señor
En maldades poderoso,
Púsole tanto temor,
Que este noble Emperador
Carecia de reposo.

Y aplazada la batalla
Entre ellos muy temerosa,
Constantino no reposa:
Porque en su pecho la halla
Muy terrible y peligrosa.
No sabiendo que hacer,
Guerreaba en su sentido,
Con miedo de se perder
El deseo de vencer,
Y el temor de ser vencido.

Y estando en esta agonia
Congojado y con recelo,
Alzó sus ojos al Cielo
A hora de medio dia,
Por buscar algun consuelo.
Y cebó supitamente
Su vista de novedad,
Viendo á la parte de Oriente
Una Cruz resplandeciente
De extremada claridad,

Al rededor de la qual
Muy claras letras habia,
Cuya sentencia decia:
En esta sola señal
Vencerás esta porfia.
El no pudiendo hartarse
Despues que la vió, de ella
Comenzó á maravillarse,
Sin saber determinarse
Que figura fuese aquella.

Pero la noche venida
Constantino se acostó,
No para domirla no,
Sino para dar salida
Al nuevo caso que vió.
Del qual estando ignorante
Admirado de lo visto,
Apreciósle delante
Con otra Cruz semejante
El Redentor Jesuchristo.
Y dixo: no tengas duda
Rey en lo que visto has,
Ni del trance temas mas,
Porque yo seré en tu ayuda,
Y con esta vencerás.
Arma con ella tu frente
Para travar la pelea,
Y rompe seguramente,
Por Maxencio y por su gente,
Por mas que valiente sea.
El dichoso Emperador
Quedando muy confiado,
Muy seguro y esforzado,
Con el divino favor
Perdió temor y cuidado.
Y mandó luego quitar
De la bandera Romana
Su divisa militar,
Y solamente pintar
La de la Cruz soberana.

La qual puesta en su pendon,
Y él llevando otra en la mano,
Muy alegre y muy ufano
Entró con gran corazon
Contra el soberbio tirano.
Y tal ventura le dió
El que llevaba en el alma,
Que sin sangre le venció,
Y por su muerte ganó
Rica corona de palma.

Pues quedando vencedor
Vuelto su temor en gloria,
No perdió de su memoria
La Cruz, por cuyo favor
Hubo tan alta vitoria.
Y sabida la verdad
Del misterio que hay en ella,
Propuso en su voluntad
De poner su autoridad
Por buscalla y por habella.

Y tomando quien le muestre
La fe, porque era Pagano,
Tornóse luego Christiano
Por mano de San Silvestre,
Gran Pontífice Romano.
Y queriendo caminar
A cumplir su romeria,
El tiempo no dió lugar,
Mas procuró de enviar
Persona qual convenia.

No se contenta ni ordena
Que vaya Rey ni señor,
Mas que sea embaxador
Su madre la Reyna Helena,
Que no halló otro mejor.
Sin dilacon ni tardanza
Por cartas le certifica
Su ventura y buena andanza,
Y que cumpla su esperanza
Con humildad le suplica.

Ella contemplando bien
Milagro tan excelente,
Partió luego incontinente
La via de Hierusalem
Con voluntad diligente,
Caso que quando llegó
Con esta nueva el correo,
A Bitinia do partió
Inflamada la halló
Deste divino deseo.

De cuyos amores presa,
Encendida y alumbrada,
Y del hijo suplicada,
Emprendió tan alta empresa
Con diligencia doblada.
Y por gran señora que es
Camina tan sin pasion,
Sin guardar año ni mes,
Que un paso da con los pies,
Y mil con el corazon.

Con trabajo y diligencia
Llegada donde desea,
En mandar luego se emplea
Que vengan en su presencia
Los letrados de Judea.
Entre los quales se llega
Un sabio llamado Judas,
Que aunque á los Príncipes niega
Lo que la Reyna le ruega,
Al fin declara las dudas.
Este á los otros avisa,
Sabed que nos ha juntado
La Reyna por su mandado
Para sacar la pesquisa
De Christo crucificado.
Todos negar como yo,
Que la Cruz tras que ella anda
En que Christo padeció,
Yo sé do está, pero no
Conseguirá su demanda.
Ante la Reyna venidos,
Por ella son preguntados,
La primera vez rogados,
La segunda requeridos,
La tercera amenazados,
Que digan sin dilatar
Si oyéron, saben ó han visto
Lo que ella viene á buscar,
Y le muestren el lugar
Do padeció Jesuchristo.

Todos responden callando,
Por mostrar que no sabian,
Mas con miedo que tenian,
Están entre sí dudando
Si se lo descubririan.
No dan respuesta ninguna,
Porque en su boca no cabe,
Mas ella siendo importuna
Todos responden á una
Que solo Judas lo sabe.
El qual por ella rogado,
Dixo: Señora no sé
Yo nada de eso, porque
Lo que nos has preguntado,
Ha muy gran tiempo que fué.
Y estando yo por nacer,
En ese tiempo y sazon,
Mal testigo puedo ser
De lo que no ví hacer,
Ni darte de ello razon.
Ella visto que á su gozo
Tan contrario le hallaba,
De mansa tornada brava,
Mandólo echar en un pozo
Seco y hondo que allí estaba.
Y mandó que no le diese
De comer hombre ninguno,
Porque de hambre muriese,
O que la verdad confiese
Con la fuerza del ayuno.

El no pudiendo sufrir
Tan dura carceleria,
Dió voces al sexto dia,
Que le saquen á decir
Lo que cubierto tenia.
Pero ya quando salió
Hombre nuevo y bien hecho,
Muy otro del que allá entró,
Porque dentro le inspiró
Dios la verdad en su pecho.

Este Judas fué despues
Obispo muy señalado,
San Quiriaco llamado,
De Christo gran feligres,
Y por él martirizado.
De cuyo convertimiento
Quedó segun parecia
El diablo mal contento,
Que volando por el viento
Daba voces y decia.

O Judas falso, traydor,
Enemigo de tu nombre,
Digno que de tí me asombre,
Pues partes de tu favor
A mí Judas tan gran hombre.
Confiesas al que él negó,
Y la Cruz en que fué muerto,
Comprar hoy al que él vendió,
La muerte que él encubrió,
Tú cruel la has descubierto.

Sabida pues la verdad
Por la Reyna generosa,
Muy alegre y muy gozosa,
Salió con solemnidad
A buscar la Cruz preciosa.
Y despues de haber llegado
Al lugar de la justicia,
Mostró Judas el collado
Donde fué crucificado
El justo por la malicia.

Mas no hallando do fué puesta
La Cruz del Rey soberano,
Porque hizo allí Adriano
A Venus la deshonesta
Un muy gran templo profano.
A fin que quando llegaban
Christianos en romeria,
Pareciese que adoraban,
No lo que ellos deseaban,
Mas la imágen que se via.

Mandó la Reyna, zelosa
De Dios y de su servicio,
Derribar este edificio
Y la imagen de la Diosa,
Tienda pública de vicio.
Y mandó que se quemase
Lo que de madera fuese,
Y la piedra se apartase,
Y que la tierra se arase,
Porque todo pereciese.

Hincados pues los hinojos,
Judas el santo varon
Con muy limpia devocion
Puestos en tierra los ojos,
Y en el cielo el corazon:
Muy contrito y humillado,
A Dios demandó con lloro
Que le fuese revelado
El lugar do está enterrado
Aquel divino tesoro.

Y levantado de allí,
Con la merced que pedia
Dixo con gran osadia:
Caven, caven por aquí
Sin temor ni cobardia.
No bien dichas ni formadas
Estas palabras serian,
Quando están aparejadas
Tantas espuertas y azadas,
Que en el campo no cabian.

La Reyna santa y bendita
Llena de gozos ufanos,
Rodeada de Christianos
Los peones solicita,
Que no se daban á manos.
O venturosos peones,
Que tan santo suelo cavan,
Dichosos los azadones,
Las espuertas y serones
Que de tal tierra gozaban.

Entre los hombres al sol
Andaba con alegria.
Dando priesa todavía,
El polvo le es alcohol,
Y las piedras pedreria.
Y aunque es larga la labor,
No le estorba la tardanza,
Porque la fuerza de amor
Pone esfuerzo al amador
Quando va tras la esperanza.
Ya de cansados y lasos
Los peones desfallecen:
Quando tres cruces se ofrecen
Acabo de veinte pasos,
Que juntas les aparecen.
Las quales con diligencia
Sacadas muy limpiamente,
Subidas con reverencia,
Fuéron puestas en presencia
De la Reyna y de la gente.
Y puestas asi á la par,
Una gran duda causaban,
Porque quantos allí estaban,
No saben determinar
Qual era la que buscaban.
Caso que quando las vió
Esta señora de estima
Y la de Christo miró,
Dicen que la conoció
Por el título de encima.

Mas por mas certificarse,
Y salir de diferencia,
Hiciéron una experiencia,
En que pudo bien mostrase
Su ventaja y excelencia.
Un cuerpo muerto traxéron,
Que de las andas tomáron,
Encima del qual pusiéron
Una Cruz la que quisiéron
De aquellas tres que sacáron.

El cuerpo se quedó entero
Sin hacer nueva mudanza,
Porque no llega ni alcanza
La virtud de aquel madero
Para mas larga probanza.
Y quitando la primera,
La segunda ponen luego,
Mas el cuerpo no se altera,
Quedando muerto qual era,
Y en aquel mismo sosiego.

La tercera Cruz se pone,
La segunda removida,
La qual del muerto sentida,
Al instante se dispone
A recibir nueva vida.
Y sin que le den la mano,
Por sí se levanta en pié
Mas alegre y mas lozano,
Mas hermoso, recio y sano,
Que jamas nunca lo fué.

ROYAL ASIATIC SOCIETY BOMBAY BRANCH LIBRARY

¡O venturosa muger,
Reyna Helena Emperadora!
¿Qué sentis, decid, Señora?
¿A dónde llega el placer
De que gozais esta hora?
Especial que en aquel punto
Por mas os certificar,
Prueban la Cruz allí junto,
Encima de otro difunto,
Que llevavan á enterrar.

El qual fuerza virtud tanta
Sobre su cuerpo sintiendo,
Con vida muerte venciendo
Ante todos se levanta,
Vino alegre y riendo.
¿Santa Elena qué hará,
Viendo tales maravillas?
A mi parecer dirá
Con el pueblo que alli está,
Por el suelo las rodillas.

¡O Cruz de mi Redentor,
Que sin mostrar embarazos,
Abrazaste con tus brazos
El cuerpo de tal Señor,
Rompido y hecho pedazos.
Tú que mereciste ser
Escaño do se arrimase,
Y serviste de doser,
Y te supiste hacer
Cama donde se acostase.

Hazme que de compasion
Se crucifique este dia
La cruel ánima mia,
Porque sienta la pasion
Del que tal la recibia.
Y la crueldad esquiva
De sus penas tan extrañas,
En mi corazon se escriba,
Y quede con sangre viva
Imprimida en mis entrañas.
Toda memoria y cuidado
Huya de mi pensamiento,
Sino solo aquel tormento
De Christo crucificado,
Llagado, muerto, sangriento.
Nunca plega á Dios, ni quiera
Que yo en nada tome gloria,
Sino en la Cruz de madera,
Que sirviendo de bandera
Me dió parte en la vitoria.
Habiendo ganado asi
La Reyna tan alto prez,
Congojada está otra vez,
Porque le faltan alli
Los clavos deste jaez.
Pero fué Judas corriendo
A donde la Cruz halláron,
Y á Dios oracion haciendo,
Viólos estar reluciendo
So la tierra do quedáron.

Y despues que los adora
A la Reyna los presenta,
La qual del todo contenta,
Se halla en verse señora
De quien por sierva se cuenta.
Así que la Cruz sagrada,
Tantos tiempos escondida,
En el desta fué hallada,
Y en tan buen punto ganada
Que nunca será perdida.

En manos está de quien
No la comerá carcoma,
Que la mitad della toma
Para sí á Hierusalem,
Y la mitad para Roma.
Do por la Reyna traida,
No se maltrata ni quiebra,
Y por su santa venida
La Iglesia fiesta cumplida
A tres de Mayo celebra.

Final.

Lo que esta mi trova reza,
No fué, señora, excusado,
Pues sirve de haber mostrado
A do llega mi simpleza.
Ya no dexará de ser
Invencion de alguna cosa,
Pues os será nueva glosa
De mi poquito saber.

Y pues ámbos lo pecamos,
Porque la mengua excusemos,
Será bien que lo rasguemos
Antes que lo descubramos.
Vuesa merced no le duela,
Darle un tajo y un reves,
Pero mas seguro es
Arrimarle una candela.

CONQUISTA DE LA BÉTICA:

POEMA HEROYCO

DE JUAN DE LA CUEVA.

TOMO XIV.

MADRID, EN LA IMPRENTA REAL,

AÑO DE 1795.

PRÓLOGO.

Sumite materiam vestris, qui scribitis, aequam viribus.............

Al ver la muchedumbre de Poemas épicos que escribiéron nuestros Poetas á fines del siglo XVI y en todo el siguiente, y la facilidad y osadia con que qualquiera de ellos se aventuraba á una empresa tan ardua; se hace verisimil que no tuviese una idea bien exâcta de lo que es la Epopeya. ¿A quál de los Poemas heroycos que entónces se publicáron se le podrá dar justamente ese nombre? Muchos de ellos no son otra cosa que historias en octavas frias, y algunos una cadena de delirios sin término ni concierto: el Poeta que sabia inventar no sabia escribir, y el que sabia escribir estaba desnudo de juicio y de gusto. Así todas aquellas obras, producidas las mas por la temeridad y la ignorancia, yacen justamente sepultadas en el olvido que se merecen: y si algun otro Poema como el *Bernardo* ó la *Jerusalem* llaman todavía la atencion de los eruditos, es mas por la

belleza de algunos trozos, que por la regularidad y la excelencia del todo. Ninguno de ellos ha traspasado los límites del pais y logrado celebridad por los extrangeros, si se exceptua la *Araucana*, obra que mirada sin prevencion, no es la mas á propósito para dar una idea de la elevacion y grandeza de nuestra Poesía.

A la verdad que formar un quadro donde se represente noblemente ó la caida ó la fundacion de un Imperio producida por la superioridad de un hombre extraordinario, donde se vean grandes caracteres, grandes pasiones, y grandes obstáculos; donde se consignen á la posteridad los ritos, leyes y costumbres de las naciones; hacer que en este quadro todo sea grande y noble sin ser hinchado ni gigantesco, que reynen en todas sus partes la variedad y la armonia, que todo sea nuevo ó presentado con novedad, y que sin valerse de delirios todo produzca la admiracion en el alma de quien lo contempla; finalmente executarle con una diccion pura y noblemente sostenida, una versificacion bella y armoniosa, y un es-

tilo animado y vivo que haga ver todos los objetos con los colores que les pertenecen; esta obra digo, es acaso la mas difícil que puede emprender el entendimiento humano, y no debe sorprehender que desde el nacimiento de las Artes hayan sido tan pocos los que han acertado á executarla. Dos cuenta la antigüedad, y en los siglos modernos solo Torquato Taso á pesar de sus defectos, es el que se ha acercado mas que otro alguno á la belleza del delicado Virgilio, y á la fuerza y actividad del impetuoso Homero.

Juan de la Cueva, Poeta Sevillano, que floreció á fines del siglo XVI, quiso tambien entrar en esta carrera, y compuso el Poema que ahora se publica, dado á luz por la primera vez en Sevilla el año de 1603. Dedicóse como era costumbre en casi todos los Poetas de aquel tiempo á todo género de Poesía. Sus versos líricos y pastoriles están ya olvidados: él alteró la simplicidad que tenian nuestras farsas, y fué el primero que mezcló en el teatro los Reyes y los Príncipes con las personas ordinarias: hizo unas quantas tragedias que solo tienen de tales el nom-

bre el argumento y los personages: y finalmente trabajó un Arte poética, donde se encuentran á veces sabiduría y precision en los preceptos, y se echan de ménos el calor y la imaginacion en la Poesía. Mas volvamos á la *Bética.*

Desde luego se advierte en este Poema que la accion es grande é interesante. Vengar las injurias que los Sarracenos habian hecho á este pais, arrojarlos de lo mejor de Andalucía, ganarles á Sevilla, su principal emporio, y dexar asentado en ella el Imperio de los Christianos, tal era la empresa que el Poeta se proponia cantar, y que en las manos de un gran genio hubiera producido bellezas admirables. El héroe de la expedicion era el mas completo que presentaban aquellos siglos. La ambicion de ganar terreno, que en los demas conquistadores es un frenesí, era en los Reyes de España una obligacion, una virtud, y se tenia por mas zeloso del bien público á aquel, que se mostraba mas ardiente en arrojar á los bárbaros de las tierras usurpadas. Son bien notorios el zelo, el esfuerzo y la fortuna de Fernando III: se sabe que á estas prendas co-

munes en aquellos tiempos, supo unir una prudencia consumada, una magnanimidad heroyca, una humanidad tierna y una inocencia de costumbres sin igual. Las dos naciones rivales que tenian dividido entre sí el Imperio de la Península, estaban entónces en la crisis mas importante: los Christianos ostentaban sus virtudes guerreras, sus costumbres sencillas, el fanatismo de la caballería en su mas alto punto, y fieros con el orgullo que les daban tantos años de victoria, se prometian enseñorearse brevemente de las tierras que restaban fuera de su poder; pero los Moros, aunque ya decayendo, ricos con sus artes y su poblacion inmensa, se veian todavía señores de la mejor parte de España, á donde fácilmente aportaban los socorros que continuamente pedian al Africa. En esta posicion el genio de un hombre grande era el que habia de dar á una de las dos naciones una superioridad decisiva: este hombre fué Fernando, el qual con sus grandes qualidades hizo inclinar la balanza hácia los Christianos, y los Moros jamas pudiéron despues levantarse de su caida.

He aquí los objetos que la Historia presentaba al pincel del Poeta; y las virtudes que debian ser puestas en accion, y en su punto de vista el mas bello. Pero es preciso confesarlo: Juan de la Cueva se ha quedado muy inferior á su argumento. Su héroe frio, sin actividad, ni energía, jamas obra, jamas se anima, y es de las primeras figuras la que está dibuxada con ménos fuerza, siendo así que todas ellas son bien débiles. Diráse acaso que Cueva, á manera del Taso, quiso darle magestad y decoro, sacrificando la vivacidad y la accion. Pero prescindiendo de que hay mucha distancia de Fernando á Gofredo, el Poeta Italiano ha sabido compensar la falta de fuego de su héroe, con el que derramó en los bellísimos personages de Rinaldo y Tancredo. ¿Y dónde encontraremos en la *Bética* un Tancredo y un Rinaldo? El Español ademas no ha hecho resaltar el heroismo de sus guerreros, oponiéndoles dificultades dignas de ellos, ó pasiones que los combatan. Los Moros son siempre muy desiguales á los Christianos, y estos lo superan todo con una facilidad cansada y

muy poco interesante: en todo el Poema no se encuentra una desgracia, un peligro que avive y despierte la curiosidad; y los episodios son generalmente infelices, y alguna vez indecorosos.

Hemos dicho que los caracteres están dibuxados con mucha debilidad, ó mas bien es preciso decir que no los hay. Botalhá y Tarfira, en quienes se conoce que el Poeta se esmeró, ofrecen defectos capitales. Botalhá libra á la Infanta Alguadayra de las manos de los Christianos, gana su aficion, la seduce, el Rey padre de ella los sorprehende durmiendo juntos, y toda esta ventura mas cómica que épica viene á parar en que los dos amantes huyan de Sevilla, y se ponen baxo el amparo del Santo Rey: el qual por esta vez no hizo una cosa bien digna de la magestad de su carácter, abrigando á un infame que ha dexado abandonada á su esposa en Africa, que ha violado la hospitalidad del Rey de Sevilla, corrompiéndole y robándole su hija, y pérfido á su ley y á su nacion quando combate contra ella. Tarfira en quien quiso dar un traslado de la Clorinda

del Taso, está muy léjos de la bella gallardía de su modelo: nadie sino Tancredo puede rendir á Clorinda, casi todos en la *Bética* atropellan á la desdichada Tarfira.

¿Para qué detenernos en aquella mezquina ermita tan poco digna de un Poema heroyco, en aquellos Consejos de guerra tan poco nobles, y en aquellas visiones tan poco maravillosas? ¿Cómo no reirse de la discordia levantada en el campo Christiano por las alabanzas que se dan los unos Caballeros á los otros? Jamas disension mas miserable nació de motivo mas vano: ella es tan pronto apagada como encendida, sin que produzca efecto alguno mas que la risa ó el fastidio.

Lo que se piensa mal se executa regularmente peor: en el citado pasage es donde se encuentra á propósito del honrar aquella octava, que avergonzaria el mas miserable versificador.

Honrar es gran virtud, y es tener honra;
Dexar de honrar es bárbara torpeza;
Aquel es mas honrado que mas honra,
Y de honrar se donota la nobleza:

Y aquel que de dar honra se deshonra
Da claro indicio de servil baxeza;
Baxo es aquel que por honrarse huye
De honrar, y baxa condicion arguye.

¡Qué diccion tan arrastrada y tan baxa! ¡qué absurdos tan ridículos! Así si la invencion de la *Bética* es poco recomendable, el estilo y la versificacion lo son mucho ménos. Esta siempre es una falta imperdonable en un Poeta: porque la primera obligacion del que escribe es escribir bien, y con mas razon del que escribe para agradar. Una versificacion bella, y un estilo ardiente, animado y fluido, ¡quánto realce no dan á las bellezas, y qué de faltas no encubren! El inmortal autor de la Eneyda no gozaria de la gloria que le sigue, ni fuera la delicia de todos los hombres de gusto sin la admirable pureza del suyo, y sin la indecible belleza de su estilo. Vergüenza da ver en la *Bética* llenas las octavas de ripios, de frases triviales, de transiciones forzadas, y de giros tan baxos que la prosa mas humilde se desdeñaria de admitirlos. Su diccion ya dura, ya violenta, ya pobre se arrastra casi siempre desnuda de vigor y

de Poesía. Este Poeta que habia querido dictar las reglas de su arte ¿ignoraba que es preciso embellecer las cosas con las palabras? ¿Cómo disimular la falta de elegancia, el poco nervio, y la continua sequedad y dureza á un escritor que maneja la lengua castellana? Otra cosa que contribuye á hacer mala la diccion de la *Bética* es la eleccion de los nombres propios: jamas Poeta alguno fué mas infeliz en esta parte; y *Axartaf*, *Abenjafon*, *Abdalac*, *Lope Diaz de Alfaro*, *D. Lorenzo Suarez*, *Garciperez*, *Gil Manrique*, *Arias Quixada* endurecen los versos con su escabroso sonido, ó los envilecen con su baxeza.

Pero ya que hemos reconocido los vicios de este Poema, digamos tambien algo de sus bellezas, porque las tiene sin duda. Y primeramente es digno de notarse que el plan, aunque concebido sin elevacion y sin genio, está pensado sin embargo con madurez y simplicidad. La accion principal tiene su grandeza proporcionada, y su movimiento aunque lento es continuo: ella camina hácia su fin libre y desembarazadamente, sin perderse

en episodios eternos que la ofusquen ó la ahoguen. Algunos trozos estan muy bien escritos; y generalmente las batallas se ven pintadas con mas viveza que lo demas. Tales son entre otras la batalla naval del lib. 10, la alegría del Betis al ver á los Christianos sobre sus ondas, todo el lib. 12, y algunos pasages de los dos últimos libros quando los Moros se ven precisados á abandonar á Sevilla. Diximos que el colorido estaba escaso de fuerza de vivacidad y de nobleza: pero á veces presenta comparaciones excelentes como estas.

No el soberbio leon con igual ira
Revuelve lleno de cruel despecho
Al ginete Masilio que le tira
La gruesa lanza, y le atraviesa el pecho,
Que estimulado á la venganza aspira,
Y arremetiendo al ofensor derecho
Paró, impedido de vengar su saña,
Y de bramidos hinche la montaña.

. . . .

Con la presteza que el ayrado viento
En el tendido Occeano revuelve
La fragil onda, y con furor violento
A la parte que quiere allí la vuelve &c.

Su estilo á veces es enérgico, como aquí:

La memoria, que nunca esta quieta,
Cuchillo fiero del mortal reposo.....

fluido en estos versos que dice el Betis:

Llegada es ya la gloria que esperamos;
Ya el varon Santo prometido vemos;
Ya la opresion del Bárbaro en que estamos
Trocada en dulce libertad tenemos.

gracioso y tierno en esta octava, donde habla de Tarfira:

Tal vez se determina á la venganza
Resuelta con la espada ya en la mano,
Y en sí volviendo dice, ¡ay que no alcanza
Mi corta diestra á donde está el tirano!
Huyó, y con él mi gloria y mi esperanza,
Que con su fe las lleva el ayre vano:
Siendo perjuro en su promesa al cielo,
Aleve infame en su palabra al suelo.

resuelto y desembarazado, quando la misma dice á dos guerreros que la siguen:

Si á buscarme venis, ya estoy presente,
Si á probaros conmigo, ya os aguardo....

Estos y otros lugares que facilmente se pudieran señalar, prueban evidentemente que el autor de la *Bética* no estaba enteramente escaso de ingenio poético: pero

estas mismas bellezas hacen por otra parte mas desabrido lo demas. Juan de la Cueva no habia meditado bien sobre la naturaleza de la obra que emprendia; no conoció que sus fuerzas eran muy pocas, y que jamas podria elevarse á la perfeccion y grandeza que ella requeria. Así la *Bética*, sin hacerla la injusticia de igualarla con los *Macabeos* y los *Pelayos*, jamas saldrá de la clase de un Poema mediano, donde lo malo es casi siempre superior á lo bueno.

Pero se preguntará y con razon que si es así ¿por qué se le imprime ahora? A lo qual solo puede responderse, que siendo estimada esta obra por su rareza, como sucede á otras muchas, se creyó al principio que se hacia un servicio al público en volver á darla á luz, y que despues ya era tarde para suspenderlo. Quizas tambien á muchos les agradará tal como es, y aprobarán su publicacion, porque en el mundo hay variedad infinita de paladares. Aun hay quien gusta de los Autos de Calderon y de la prosa de Gracian, y la *Bética* vale mas que ellos. Finalmente estando ya en la prensa un *Cancionero* y

un *Romancero* sacados de los antiguos, ofrecemos no omitir esmero alguno para que esta Coleccion se haga cada dia mas digna del público, en cuya utilidad se publica.

CONQUISTA

DE LA BÉTICA.

LIBRO PRIMERO.

Cante el Griego furor y el Frigio llanto
La docta Musa y la sagrada Lira
De Smirna y Mantua, que pudiéron tanto
Que templáron del Júpiter la ira.
Que yo las armas y la gloria canto
Del santo Rey, á quien el cielo inspira
A conquistar la Bética famosa,
Y hacer suya á Hispalis gloriosa.

O tú, eterna deidad de quien procede
Quanto tuvo principio, y tiene hoy nombre,
A quien el veloz tiempo no precede,
Ni privar puede el inmortal renombre.
Tú le aspira á mi Musa, y le concede
Que en tan dificil paso no se asombre
Y cumpla su promesa, con que solo
A Lino seré igual, á Orfeo y Apolo.

Cantaré los varones excelentes
Restauradores del honor de España,
Sus claros hechos, las rendidas gentes
Al furor justo de su ardiente saña.
Sin que lisonja obligue á los oyentes,

Ni la invencion que la verdad engaña,
Pues sin que della el paso mio desvie,
En el sugeto hay tanto que me guie.
  Vos, á quien se consagra el claro asiento
Donde de Apolo está el divino coro,
De Marte gloria, lustre y ornamento
Don Antonio, de España honra y tesoro.
Recebid con piadoso acogimiento
El don humilde que desprecia el oro
De la Musa, que en sangre de paganos
Tinta en ella, se ofresce á vuestras manos.
  Oireis de la guerrera gente nuestra
Donde los vuestros su valor mostráron,
Y el vuestro, lo que fuéron ellos muestra
Quando con mas hazañas se ilustráron.
Los que siguiendo la invencible diestra
Del santo Rey, la santa Fe ensalzáron,
Y en honor della al paganismo fiero
Lanzáron del opreso reyno Ibero.
  Despues que el poderoso Rey Fernando
Puso en sosiego su alterada tierra,
Los tres rebeldes Condes desterrando
Que la inquietaban y movian á guerra.
En paz segura, en su dominio y mando,
Quanto en sí el reyno de Leon encierra
Poseia, por muerte de su padre,
Y por la industria de la sabia madre.
  Viendo en estrecha sujecion á España
Del Libico Agareno poseida,
Sujeta al duro fuero y ley extraña,

En triste infamia á su querer rendida.
Que ni la fuerza, ni prudente maña
Restauraban la mísera caida,
Causada por el loco amor, que pudo
De libre atarla á tan estrecho nudo.
  El fuerte pecho de temor vacío,
De celestes espíritus asiento,
No pudiendo sufrir que el señorío
Bárbaro así triunfase tan contento.
De horror lleno, al vil ocio dió desvio,
A la bélica trompa y caxa aliento,
De Christo enarbolando el estandarte
Contra el soberbio Moro el santo Marte.
  Del riguroso hibierno el aspereza
Mientras duró estuviéron recogidos
Donde los dos hermanos con crueza
Y falsa acusacion fuéron punidos.
Sin que de Marte la hórrida fiereza
Se administrase, y siendo consumidos
Los húmidos vapores, con ardiente
Presteza, apresta el esquadron valiente.
  Resuelto de ir á renovar la guerra
Que por el tiempo pluvioso habia
Cesado, y libertar la opresa tierra
Que el vencedor contrario poseia.
Y el distrito ensanchar que los encierra,
Deshaciendo la horrible tirania
Del paganismo, con su brazo fuerte,
Temido dél como la propia muerte.
  Ya cubria el pecho el fulminante acero

Del defensor de Esperia glorioso,
Para seguir su exército, y al fiero
Bárbaro dar castigo riguroso.
Quando llegó á visalle un escudero
Que de Murcia volvia vitorioso
Don Pelayo Correa, y á este punto
Llegó la nueva, y el Maestre junto.

Fuele al Infante Don Alonso dada
Para conquista de Murcia, y fuele dado
La que con la toga y con la espada
Fuese deste varon administrado.
Y habiéndole servido en la jornada
Que con felice efecto habia acabado,
Ante el Rey puesto, dice desta suerte
El Nestor sabio, y el Achíles fuerte. (fante

La conquista, ó gran Rey, que al fuerte In-
Don Alonso tu hijo cometiste,
Queda hecha, y tu exército triunfante
La vitoria alcanzó que á Dios pediste.
Murcia la frente no alzará arrogante,
Que por tuya qual verla pretendiste
Queda, y tu gente ya alojada en ella,
Sin que poder pudiese defendella.

De nuevo puso en tierra las rodillas
Don Pelayo, y las cartas en la mano
Del Rey, que quando quiso recebillas
Lo levantó, mostrándosele humano.
Y empezando á leer las maravillas
Que su exército hizo en el pagano,
Las muertes, los destrozos, la vitoria

Habida dél, y los trofeos de gloria.
Juntó las palmas, levantando al cielo
Los ojos, del contento enternecidos,
Y el deificado espíritu su vuelo
Trascendió los alcázares subidos.
De donde procederle aquel consuelo
Conoció, y los mas premios recebidos,
El Rey invicto en esta fe resuelto,
Dixo en voz alta, así á los suyos vuelto.
Claro nos muestra ó fuertes defensores
De la christiana religion, su amparo
El eterno Señor de los señores,
Cuyo imperio desprecia el tiempo avaro.
Que estas vitórias grandes son favores
Suyos, en que decirnos quiere claro
Que en virtud suya siempre venceremos,
Y el reyno amancillado limpiaremos.
Visto habeis que mi hijo y vuestro Infante
A Murcia fué, y teniéndola cercada
Con la gente invencible, que bastante
Era, para que fuese conquistada:
Abenhuc (Rey de Ecija) arrogante,
Confiado en su fuerza aventajada
Y en su esfuerzo, partió en socorro della,
Seguro que pudiera defendella.
Mas la clemencia eterna del divino
Protector nuestro quiso refrenallo
Qual hizo á Faraon, y en el camino
Le dió la justa muerte un su vasallo.
A su soberbia fué el castigo dino

Con que quiso el Señor, con estorballo
Traer Abenhudi á nuestra obediencia,
Y de Murcia entregarnos la tenencia.
Bien conocidamente deste hecho
Dexa entenderse el bien que nos procura
El celeste retor, que en nuestro estrecho
Nos acude, y los riesgos asegura.
¿Quién hay, que no esté desto satisfecho?
Pues en los casos desta guerra dura
Habeis visto milagros conocidos,
Y los Moros por ellos ser vencidos.
Así, ó amparo mio, á quien ha dado
El General supremo la conquista
Contra la horrible gente del malvado
Profeta, que tenemos á la vista;
Decidme, ¿dónde irá nuestro formado
Campo? y de darme nadie se desista
Su parecer, y vos Maestre quiero
Que vuestro acuerdo en esto sea el primero.
Que estos fuertes varones, que á la fiera
Parcialidad de Agar el yugo han puesto,
Están en pareceres de manera
Contrarios, que no sé á qual siga en esto.
Unos dicen, que el ir á la frontera
Conviene, otros condenan lo propuesto,
Y piden que á Granada, otros que vamos
A Jaen, y en aquesta duda estamos.
Yo, sus acuerdos viendo diferentes,
Y que ni conformaban, ni acudian
Con mi deseo, que pide á sus valientes

Animos ocupar do el mio impedian:
Mandé marchar, y siéndome obedientes
Del ocio regalado se desvian
Para seguir el órden que les diere,
Y el estandarte mio á donde fuere.
Esto fué con intento, que en estando
Aprestados, del modo que los veo
En órden puestos ya para ir marchando,
Decir qual es en esto mi deseo.
Mi acuerdo con aquellos conformando
Que aspiran de Jaen hacer trofeo,
Porque despues de sernos de importancia,
A nuestro honor ofende su arrogancia.
Ved Don Pelayo vos lo que os paresce
En este caso, y digan los varones
Que contradicen, que se les ofresce
Que variar los hace en opiniones.
En mí por horas y momentos cresce
Este cuidado, y hallo en él razones
Tan precisas, que es yerro conocido
Lo que en esto nos hemos detenido.
Cesó el caudillo y defensor de España,
Dando lugar que fuese respondiendo
A su proposicion su fiel compaña,
En la qual un murmúreo fué cresciendo;
Qual suele el blando aliento en la montaña
Los árboles hojosos removiendo
A una y á otra parte mansamente,
Que solo un sordo son se oye y siente.
Asi los invencibles caballeros

Del Rey oyendo el parecer, alzáron
Un confuso clamor, que los ligeros
Ayres, en torno llenos dél quedáron.
Y aquellos que á Granada pedian fieros,
Y los que á la frontera demandáron,
Con bastantes razones defendian
La empresa, que sirviendo al Rey pedian.
Viendo el Maestre Don Pelayo el bando
De la valía Christiana desta suerte,
Puesto en confusa duda deseando
Que en un acuerdo todo se concierte:
Al Rey miró, y la voz y el brazo alzando,
Y en él la espada de enemigos muerte,
La punta señalando á donde estaba
Jaen, así al Rey dice que aguardaba:
Si no estuviera el mundo satisfecho,
O Príncipe invencible de tu gloria,
De los tuyos contando el menor hecho,
Bastante fuera para ser notoria.
Quanto mas donde hay tantos, que á despecho
Del tiempo, y de la invidia su memoria
Vivirá lo que el sol en su viage,
Sin que le haga el ciego olvido ultrage.
Esta alabanza no hay para que sea
De mi razon agora encarecida,
Ni tu heroica grandeza la desea
Para en el mundo hacerla conocida.
Mas por decir que ya parece fea
La remision de aquesta esclarecida
Y leal gente, á quien tu esfuerzo y arte

De uno y otro ha dado tanta parte.
Bien, que su duda ha sido deseando
Acertar á servirte, y la experiencia
De su virtud lo van manifestando,
Y los hechos que ensanchan tu potencia.
Mas conociendo (ó excelso Rey Fernando)
Que en la milicia alcanza tu prudencia
Tanto, que Baco y Marte á deprendella
Pueden venir de tí para sabella.
Por esto digo, que la ciega duda
Cese, si alguna en nuestros pechos cabe,
Y al parecer de nuestro Rey se acuda,
Pues es quien puede mas, y el que mas sabe.
No entienda ese lugar que el Rey se muda
De conquistallo, y porque no se alabe
Digo, que donde aquesta punta apunta
Que es á Jaen, la gente marche junta.
Tendió la espada fiero y desdeñoso
El Maestre, mostrando en su denuedo
Contra Jaen el brazo poderoso,
De ponerla en pavor, y al mundo en miedo.
Y al conmovido exército animoso
(Que solia mirar con rostro ledo)
Desdeñoso miró, y así le manda
Que del Rey se obedezca la demanda.
Quedó suspenso todo, concluyendo
Su razon el de Eucles y los valientes
Guerreros, sus acuerdos remitiendo
Al silencio, temiendo inconvenientes.
Los unos el deseo conociendo

Del Rey, otros callaban de prudentes,
Que voluntad de Rey de ningun modo
Puede dexar de obedecerse en todo.

Algunos, á quien mas les obligaba
Y podian hablar con preeminencia,
Viendo que el Rey queria y demandaba
Que de Jaen rindiesen la potencia:
(Aunque segun su acuerdo se engañaba)
Callando confirmaban su sentencia,
No queriendo en contrario señalarse,
Ni con los de aquel voto conformarse.

Desta dudosa (aunque leal) fatiga
Los unos y los otros conmovidos,
Los unos por hacer que el Rey se siga,
Los otros por no verse preferidos,
Aunque lo uno y otro les obliga,
Y todos son de fe y lealtad regidos,
Sancho Lopez de Avalos se pone
En pié, y con grave voz al Rey propone:

Bien conoces, señor, bien sabes claro
De tu leal gente la virtud constante,
Pues le da siempre tu grandeza amparo
Con que se aumenta y siempre va delante.
Y sé tambien, que no serás avaro
En permitir que sus proezas cante
Testigo dellas, cuya voz resuena
En gloria tuya, y del contrario en pena.

Con el seguro desto, habiendo sido
De parecer, y el que voté el primero
Que sirviéndote fuese el campo unido

A buscar en frontera el Moro fiero,
De algunos caballeros fué seguido.
Otros dixéron que erà mal guerrero
Si estorbase que fuese la jornada
A Jaen, ó la vuelta de Granada:
En tanta variedad de pareceres
Reponer hacen en confusa duda
El mio, y sin saber qual cumple ó quieres,
Casi de su propósito se muda.
Mas digo, que si tú servido fueres
Que el campo nuestro á la frontera acuda,
Haces en hacer esto muchas cosas
Al designio que llevas provechosas.
Ya sabes por avisos que te han dado
Quan fértil está ogaño, y bastecida
De los frutos que Ceres, y el sagrado
Baco y Palas la han hecho enriquecida.
Yendo (qual digo allá) será estorbado
Que sea esta cosecha apercebida
Contra tí, ni con ella te den guerra,
Ni della puedan bastecer su tierra.
Impides (yendo allá) que no se mude
El Africano de guardar su estancia,
Que de pasar el fiero Alarbe dude,
Y tenga el no venir por mas ganancia.
Que el vagante Numidio que á esto acude,
El furor temple é indomita arrogancia,
Y temiendo encontrarte se detenga,
Y la frontera á socorrer no venga.
Desde allí puedes acudir á todo

Con mas comodidad que de otra parte,
De allí á tu gusto, desde allí á tu modo
Correr la tierra, y della asegurarte.
De allí ganar el pueblo que al Rey Godo
Vendió, en sí rescatando el estandarte
De la Africana liga, y el que ha sido
Del Infante tu hijo combatido.
Desde allí puedes (siendo conveniente)
Ir á Granada, y á Jaen dar vuelta,
Esto se entiende habiendo causa urgente,
Que no habiéndola, está la duda absuelta.
De allí refrenarás la feroz gente
Que libre anda, sin dominio y suelta,
Harás que no se acuda el Celtiberio
Y Vándalo, el Andaluz y el Eliberio.
Otras mil cosas que á mi intento ayudan,
Traer sobre el própósito pudiera,
Aspiradas de muchos que no dudan
De pedir la jornada á la frontera.
Mas si las que has oido no te mudan,
Y constante tu intento persevera,
Todos sin discrepar te obedecemos,
Y á tu solo querer nos disponemos.
Esto diciendo el fuerte, el justo, el sabio
Sancho Lopez, volvió á tomar su asiento,
Seguro que pudiese hacerle agravio
A su razon contrario pensamiento.
El uno sella con el otro labio,
Y á oir se pone á Don Ramiro atento,
Hombre lenguaz, altivo y sedicioso,

Por sus costumbres y linage odioso.
  Tuvo el Conde Don Alvaro una hermana
Que casó con Don Jayme de Toledo,
Hombre rico, aunque ya de edad anciana,
Noble, y de los mas nobles de Laredo.
Este siguió la voluntad tirana
Del aleve cuñado, y puso en miedo
El reyno de Castilla, por la muerte
De Don Henrique de infelice suerte.
  De la hermana del Conde Doña Sancha,
Y del traydor Don Jayme nació el fiero
Don Ramiro, esmaltado con la mancha
Que vivirá lo que el renombre Ibero.
Y él por su parte la maldad ensancha
Con tal disolucion, que honor, ni fuero
Jamas le constriñéron ni obligáron,
Ni de su horrible inclinacion mudáron.
  Y despues que en prisiones y en destierro,
Murió Don Jayme, el Conde y sus hermanos,
Y se enxugó el sangriento y mortal hierro
Entre Leoneses y entre Castellanos.
Sin acordarse del infame yerro
Del título afrentoso de tiranos
Que á su padre le daban y á sus tíos,
Decia y hacia insolentes desvarios.
  Siguió la guerra, siempre acompañando
Del santo defensor el estandarte,
No con gloriosos hechos procurando
De adquirir nuevo nombre por su parte.
Mas la discordia y cisma administrando,

Mas que la honrosa profesion de Marte,
De su maldad siguiendo en todo el uso
Puesto en pié, vuelto al Rey así propuso.
Pareceme, ó gran Rey, habiendo estado
Atento al proceder del noble viejo,
Que su discurso todo ha encaminado
A su gusto, y no á darte buen consejo.
Esto aprueba á una voz tu real Senado,
De quien eres señor y claro espejo,
Esto dirá el que solo procurare
Servirte, y á este fin solo aspirare.
Así yo, deste firme y leal deseo
Estimulada el alma y conmovida,
Sin que me mueva mas que ver qual veo
Tu duda y tu leal gente dividida.
Del parecer oido dudo y creo
Una sospecha clara y conocida,
Que si se advierte bien y considera,
Gran daño, y poco bien della se espera.
La ida donde dice ese hidalgo
Es de los mismos Moros deseada,
Y por esta razon me opongo, y salgo
A pedirte Señor, que sea excusada.
Solo del bien comun me amparo y valgo,
En él va toda mi intencion fundada,
No en mi particular, no en mi interece,
Qual de mi justo proceder parece.
Si está (qual dice) bastecida y llena
De frutos la frontera, eso que dice
Da indicio á no sé qué, que le condena,

Y la lealtad que vende contradice,
Y recélando la debida pena,
Porque su intento á nadie escandalice
Alaba tu leal gente, y deste modo
Da fuerza á su discurso falso en todo.
Dice, que algunos caballeros siguen
Su acuerdo, ménos cuerdo que dañoso,
No sé yo quales hay, que á tal se obliguen,
Y en duda estoy remiso y sospechoso.
Y quando hubiese algunos que se liguen
Con él, será algun bando sedicioso,
Alguna esquadra de hombres bandoleros,
Que ni ley guardan, ni obedecen fueros.
A esta razon en pié se puso ayrado
Don Gil Manrique, y dixo: no prosigas
Don Ramiro, que vas desacordado,
Y á responderte de otro modo obligas.
Que yo soy uno de los que han votado
Que á la frontera vamos, y no digas
Que sediciosos bandoleros fuéron
(Que no es así) los que este voto diéron.
Y el parecer del venerable viejo
Sancho Lopez de Avalos, ha sido
Tan bueno, qual fué simpre su consejo,
Tan leal, qual su nombre esclarecido.
El Rey se mira en él como en espejo,
Del reyno es adorado, y es tenido
No por traydor ni descendiente dellos,
Mas por cuchillo, que cortó sus cuellos.
Si dura aun la pasion, si el odio aun dura,

Si te estimula el vil rencor el pecho
De quando fué juez, mira y procura
Si el deber hizo, ó si torció el derecho.
Y si guardó justicia, mas cordura
Será que encubras el aleve hecho
Que el castigó, y no quieras por tus brios
Se acuerden de tu padre y de tus tios.

Furioso y lleno de rabiosa saña,
A responder revuelve Don Ramiro,
Instigado del odio que lo ensaña
Se le trabó la lengua y dió un suspiro.
Don Lorenzo mirando al Rey de España,
La voz levanta y dice: yo me admiro
(O gran Señor) que Don Ramiro quiera
Que dél se entienda lo que no se espera.

¿Quándo ha sido llamado á tus conciones?
¿Quándo el acuerdo suyo demandáron?
¿Quándo en las dudas nuestras y opiniones
Su parecer se oyó, ni lo acetáron?
¿Quándo ante tí, y tan célebres varones
Sus palabras lugar, ni puerta halláron?
¿O quando de un varon tan excelente
(Que es nuestro honor) se habló tan libremente?

Cierto, que es temerario desatino
Que Don Ramiro hable en este puesto
Con tanta libertad, donde el mas dino,
Y el mas alto, ha de andar justo y modesto.
El no ve, que si pide este camino
Sancho Lopez, que fué siguiendo en esto
A Don Domingo Obispo de Palencia,

¿A quien para elegir diste licencia?
Don Pedro Ponce de Leon demanda
Que á la frontera vamos, y no excede
De su deber, ni en nada se desmanda,
Ni como aleve ó desleal procede:
Lo mismo sigue y procurando anda
Don Pedro de Guzman, y no concede
Lo que el Rey pide, y el Señor de Lara
En parecer contrario se declara.
Don Lope de Quevedo y Don Garcia
Su hermano, y Don Fernando de la Cerda,
Don Tello Alvar Ruiz, Don Juan Mexia,
De por sí en esto cada qual concuerda.
Pide el valiente en toda valentia
Diego Perez, que el tiempo no se pierda,
Y á la frontera sea la jornada;
Que está qual dicen rica y descuidada.
Iba así Don Lorenzo prosiguiendo
En su discurso y varias opiniones,
La voluntad y votos refiriendo
De aquellos y otros ínclitos varones.
Don Ramiro que atento estaba oyendo
De los unos y otros las razones
Loables, con soberbio y cruel despecho
La horrible voz lanzó del fiero pecho.
No sé, ó Don Lorenzo, como diga
Lo que deseo mostrar como lo siento,
Lo que lealtad y fe y razon me obliga
A decir, sin ningun impedimento.
Mas dame solo una mortal fatiga

Que es entender que tomo atrevimiento
A replicarte; mas en caso justo
El dexar de hacerlo será injusto.
  Testigo hago desta causa al cielo
Y al mismo Dios, que entiende el pecho mio,
Que sabe mi lealtad, mi fe y mi zelo,
Y el fin á donde con mi acuerdo guio,
Que es solo (ay noble Rey) porque recelo,
Y en pensarlo me vuelvo un mármol frio,
Que en tanta variedad de pareceres
Alguna fuerza estorbe lo que quieres.
  Estaba entre estos nobles caballeros
Que en tan varios acuerdos conferian
Gomez Ruiz, de padres jornaleros
Nacido, en quien mil glorias florecian.
Los habitos humildes y groseros
Dexó, porque á su ánimo ofendian,
Y el corvo arado y trabajosa azada
Trocó por el arnes y por la espada.
  Siguió el campo de Marte y duro oficio,
Sirviendo en él al protector de España,
Dando en sus altos hechos claro indicio
De su valor y su virtud extraña.
Y en este acto, conociendo el vicio
De Don Ramiro y la mortal cizaña
Que intentaba encender, desaviniendo
Al Rey y su leal gente revolviendo.
  Gomez Ruiz, que el falso pensamiento
Del cauteloso Don Ramiro entiende,
Y á donde encaminado iba su intento

Con que á todos agravia y al Rey vende:
Con la reportacion dexó el asiento,
El alma en ira y en furor ardiendo,
Junto al traydor se puso, y por la mano
Le asió, diciendo el Marte castellano.
No tiene el mundo fuerza poderosa,
Que impedir pueda el mando de su Alteza,
Ni hay uno entre su gente belicosa
Quien se atreva á pensar tan gran baxeza.
De tí si pueden sospechar tal cosa,
De tí si y de tu vil naturaleza,
Que es la suerte, ó traydor, que ha profesado,
Y eres hombre de todo honor privado.
Esto diciendo, la cabeza inclina
Al pecho, y las rodillas puso en tierra,
Miró al contrario, y sin hablar camina,
Con que lo llama y lo provoca á guerra.
Don Ramiro, aunque muestra que se indina,
Descubre el miedo que en su pecho encierra
Diciendo: yo saliera á darte muerte,
Si igual conmigo fueras en la suerte.
Yo soy (qual saben todos) caballero,
De abuelos y de padres hijosdalgo,
De dos casas de grandes heredero,
Y yo por mí lo que ellos valen valgo.
Y así con un humilde hombre pechero
No debe hacer campo el que es hidalgo,
Porque le da en qualquiera acaecimiento
Honor, aunque no alcance el vencimiento.
No el soberbio leon, con igual ira

Revuelve lleno de cruel despecho
Al ginete Masilio, que le tira
La gruesa lanza y le atraviesa el pecho.
Que estimulado á la venganza aspira,
Y arremetiendo al ofensor derecho
Paró, impedido de vengar su saña,
Y de bramidos hinche la montaña.
Qual de fiereza lleno el invencible
Gomez Ruiz, revuelve furioso
A Don Ramiro, y el denuedo horrible
Refrena, y un gemido dió espantoso;
Diciendo al Rey, Señor, ¿cómo es posible
Que así quede afrentado y vergonzoso
Gomez Ruiz en la presencia tuya?
Pues no hay vivo que triunfe de honra suya.
Suplícote Señor, pues ves mi ultrage
Y lo vén todos, hecho por un hombre
Que negocia mejor con buen lenguage,
Que con hazañas dignas de renombre:
Que el defeto que pone á mi linage,
El nombre humilde y de pechero el nombre
Suplas, habilitando en este dia
La humilde suerte y la baxeza mia.
Que no es justo que sirva á tu persona
Hombre ofendido, ni con tal defeto
Viva, viviendo aqueste que blasona,
Siendo á quantas infamias hay sujeto.
Sin advertir quien faltas mias pregona,
Que si no fui en alta silla eleto
Que á mi naturaleza avara en darme

Mis hazañas la enmiendan para honrarme.
  Proceder quiso y se quedó mirando
Al Rey, la voz asida á la garganta,
Los unos dientes con los otros dando,
Con vista horrible y con horror que espanta.
Don Ramiro temiendo y recelando
El clamor que en su daño se levanta,
Quiso hablar, y el defensor Christiano
Que no hable mandó, y tomó la mano.
  Dime (le dice) ó Don Ramiro ahora,
¿Qué razon hay, ó que ocasion te mueve?
Qué odio, que interés, que vengadora
Furia te irrita el ánimo y conmueve?
Si en tu cruel pecho esa cizaña mora,
Y tu soberbia inclinacion se atreve
A decir mal de lo que en todo es bueno,
Ni te admito, ni creo, y te condeno.
  Y dexando prolixas dilaciones
Que satisfagan tu intencion dañada,
Contra las cavilosas objeciones
Que has puesto aquí, sin que hayas dicho nada;
Digo, y no respondiendo á tus razones,
Que en eso la respuesta es excusada,
Y no hallo ninguna que convenga
Que envuelta en sangre y deshonor no venga.
  Que quanto sin razon, ni buen gobierno,
Y sin guardar decoro de prudente,
Ese pecho sin Dios, hecho un infierno,
Lanzó contra varon tan excelente.
Si merece su nombre nombre eterno,

Ser su virtud cantada eternamente,
Sus hechos lauro, su lealtad corona,
¿Qué le falta, Ramiro, á tal persona?
Nada le falta, y esa humilde falta
Suple la gran nobleza de sus hechos,
Y es de sus alabanzas la mas alta,
Y es la que tiene á todos satisfechos.
Y porque nadie diga que le falta
Nada, ni sus loores sean deshechos,
Le hago caballero hijodalgo,
Y le doy el renombre de hidalgo.
Inclinó las rodillas, y á este punto
Resonó el ayre dando mil loores
Al Rey, al nuevo hidalgo que ya á punto
Lo tenian los grandes y señores.
A la real silla lo allegaron junto
El de Eucles, Don Lorenzo, Alfonso Flores,
El de Vizcaya, y el señor de Lara, (para.
Que el noble al noble, y el bueno al bueno am-
El Rey lo armó allí luego caballero,
Con grande aplauso y general contento,
Sino de solo su enemigo fiero
Que se fué con notorio sentimiento.
Cortando el ayre con volar ligero,
Baxó á este punto del celeste asiento
El ave, que fué insignia del Romano
Blason, y sirvió á Jove soberano.
Traia en las garras un cordero asido,
Que por el ayre mil balidos daba,
Que del Christiano exército era oido,

Que en torno dél con baxo vuelo andaba.
Y quando vió que atento y conmovido,
Aguardando el dudoso fin estaba,
Largó la presa, y en llegando al suelo
Volvió á cogella y levantó su vuelo.

Levantóse un clamor, un espantable
Tumulto, un alarido y vocería
En todas partes con furor notable,
Que ni el Rey puede, ni su voz se oia.
Qual suele en un conflicto miserable
Donde del mar y bientos la porfia
Alteran con horror los pasageros,
Confunden al piloto y marineros.

Así, sin alcanzar que fuese aquello,
Las voces iban y el rumor creciendo,
Que ni daban lugar para entendello,
Ni podia nadie en el confuso estruendo.
Estando así, sin que pudiesen vello
En quietud, salió una voz diciendo,
A Jaen vamos, á Jaen cerquemos,
Que el cielo nos la da, si lo entendemos.

Como esta voz se fuese reforzando
Sin discrepar, acuden los guerreros
A quien estaba cometido el mando
De reducir los Españoles fieros.
Hace señal la caxa, y resonando
La trompa, por los ayres van ligeros
Avisos al ausente y ocupado,
Que acudan luego al fin determinado.

A esta sazon la luz del claro dia

Con las tinieblas peleando estaba
Porque no entrasen, ni hallasen via
Para hacer la noche que llegaba.
El de Eucles, recogió la Infantería,
Y á los abanderados avisaba
De la disposicion, del arte y modo,
Y el Rey se retiró á ordenallo todo.

LIBRO SEGUNDO.

Ardiendo en ira y vengativa saña,
Confuso, melancólico, furioso
Contra el Rey, contra sí, y contra España,
Colérico, impaciente, desdeñoso;
De la ciega pasion que le acompaña
Acompañado triste, congojoso,
Don Ramiro su estado considera,
Su horrible injuria y su deshonra fiera.
Dice (hablando consigo) ay dura suerte
Que con tanta constancia me persigues,
Con tanto odio y desamor tan fuerte,
Con tantas causas que á morir me obligues.
Cánsate ya, ó acaba con mi muerte
Las deshonras y muertes con que sigues
Mi vida, y no me acabes, sin que acabe
Esta espada, á quien tú, y mi pecho sabe.
El tiempo es este en que veré si puedo
Venganza de la ofensa que me han hecho,

Que al villano hidalgo tiene ledo,
Y á mí gimiendo en vergonzoso estrecho.
Honor, ni deshonor me ponen miedo,
Privanzas, ni favor templan mi pecho,
Que dentro dél está un infierno junto,
Que á la venganza se me ofrece á punto.
Sin recibir aliento, ni sosiego,
Frenético, impaciente, á priesa llama
A Ibañez, que en amor de Marte ciego
Siempre discordias sediciosas ama.
Que si templara el vil desasosiego
Segun su esfuerzo, el libro de la fama
Sus admirables hechos ocuparan
Que lugar libre á pocos le dexaran.
Cercado de cien mil facinerosos
De vida suelta y de costumbres malas,
Que teniendo los vicios por honrosos
Libres por ellos descogian sus alas:
Con esta compañia de hombres dañosos
Que eran de Ibañez las preseas y galas,
A Ramiro llegó, que en sus pasiones
Envolvió en un suspiro estas razones.
O amigo Ibañez, rayo del Dios Marte,
Y honor suyo, y del siglo nuestro gloria,
Por quien de España el bélico estandarte
Hace eterna con triunfos su memoria.
Si mis desdichas suelen apiadarte,
Oye con atencion mi triste historia,
Mi doloroso caso, mi deshonra,
Y la amarga tragedia de mi honra.

Presente al caso miserable fuiste,
A las libres razones que ofendiéron
A mis padres, y claro al Rey oiste
Las suyas que en deshonra mia naciéron.
Hacer hidalgo al vil pechero viste
Con que á mí de mi honor me decindiéron,
Y de mi estimacion me despojaron,
Y á obscura infamia y llanto condenaron.

Esto, como es razon, pide venganza
No solo (ay crudo cielo) del villano
Que hoy de hidalgo el claro nombre alcanza,
Mas del que ilustrar quiso hombre tan llano.
Y pues no llega á tanto mi pujanza,
Llegue á donde no salga el golpe en vano,
Y en el nuevo hidalgo y caballero
Emplee mi brazo su vigor y acero.

A esta ocasion te obliga el fiel deseo
De mi amistad, y en confianza della
Me pongo á que me veas qual me veo
Sin honra, y sin poder satisfacella.
Ayúdame á alcanzar este trofeo,
Ayúdame á que viva sin querella,
Que no es justo que siendo yo tu amigo
Viva afrentado, y viva mi enemigo.

Tentó la espada con feroz denuedo
El indignado Don Ramiro, y queda
Mirando á Ibañez si con rostro ledo
Le oye, ó si le da respuesta aceda.
El soberbio Español, á quien el miedo
No refrenó jamás, sin que hablar pueda

Quedó, y de ira el alma estimulada,
Movió la lengua y empuñó la espada.
Bien sabes (que sé yo) que tu no ignoras
Las razones que tengo de excusarme
De acudir (ó Ramiro) á eso que doras
Con nombre de amistad para obligarme.
Si á la venganza aspiras, y si doras
Tu honor, no será bien deshonorarme
En acudir contra el que el Rey ha hecho
Hidalgo con tan justo y buen derecho.
No solo en él tu temerario intento
La mira pone de vengar su saña,
Mas va tan adelante, que no siento
(Si no es furia infernal) quien te acompaña.
El Rey me hace honroso acogimiento,
Gomez Ruiz me ampara en toda España,
Faltar á mi señor, negar mi amigo,
¿Dime tú si es razon por ir contigo?
Dices que tu amistad y fiel deseo
Me pone obligacion de acompañarte,
Tambien te obliga á tí en caso tan feo
Que no te acuerdes que podré ayudarte.
Desta amistad que pones por trofeo
Entre tí, y entre mí, vuelta á mi parte,
Si eres mi amigo y la lealtad mi amiga,
Destas dos cosas dime ¿qual me obliga?
Dime ¿destas dos cosas no me fuerza
La mas urgente y de mayor estima?
Luego razon tendré que no me tuerza
A aquello que al glorioso honor lastima.

Lo uno es voluntario, y lo otro es fuerza,
Y tanta fuerza, que aunque cayga encima
El orbe celestial, no ha de moverse,
Ni ha de faltar, ni punto ha de torcerse.
  Con esto he concluido á tu demanda,
Y porque en amistad su fuerza pones
Te quiero aconsejar que se desmanda
Tu horrible intento en tales pretensiones.
Venza á la furia que en tu pecho manda
La razon, la lealtad y obligaciones,
Y si contigo aquesto vale poco,
Busca quien siga tu desorden loco.
  Habiendo Ibañez tal respuesta dado
Se fué y tras él su libre compañia,
Sin ser parte el vivir desbaratado
Que en la lealtad faltase que debia.
Don Ramiro corrido y alterado
En furia, en saña y en corage ardia,
Y revuelto en su fiero encendimiento,
Solo se entró gimiendo á su aposento.
  Ya de la noche la tiniebla obscura
La redondez dexaba de la tierra,
Las estrellas caian de su altura,
Lanzándose en el mar que las encierra.
Coronada de rosas y luz pura
A los principes daba de la guerra
La bella aurora aviso que venia
Tras ella el carro de la luz del dia.
  Fué sacudido el blando refrigerio
Restaurador de espiritus vitales,

Del prevenido y fuerte campo Esperio,
No descuidado en ocasiones tales.
Cada qual acudia á su ministerio
Aprestando las cosas esenciales,
La trompa da señal, la caxa llama,
Y los ánimos uno y otro inflama.

Echan bando que apriesa se aprestasen
Para volver sobre Jaen al punto,
Sin que mas la jornada dilatásen,
Ni la vitoria á que se vian tan junto.
Protestando que ántes que dexasen
De conseguirla, y de cumplir su asunto,
Sobre el cerco las vidas perderian
Todos, y della el campo no alzarian.

Arde el furor en los heroycos pechos
De la invencible y belicosa gente,
Aunque en dura opresion se vian estrechos,
No faltos de su esfuerzo y brio valiente.
Prometiendo mostrar en altos hechos
De su clara virtud resplandeciente,
El valor conocido del Romano,
Y temido del áspero Africano.

Crece con el deseo la diligencia
En aprestar lo que á la empresa importa,
El ingenio da ayuda, y la experiencia
La dilacion del largo tiempo acorta.
Renuevan armas fiera pestilencia
De los hombres, que así el vivir les corta
Despachan carros, marchan municiones,
Salen escoltas, forman esquadrones.

La solícita priesa no concede
Reposo, y la ocasion no da sosiego,
La diligencia á la tardanza excede,
Metiendo espuelas, y encendiendo el fuego.
Viendo el Rey esto, y que aprestado puede
El esquadron Christiano marchar luego,
De Martos parte con su campo, y llega
Sobre Jaen y ocupa dél su vega.

Un fértil llano espacioso tiende
Su verde falda que en el foso toca,
Donde se corta, y desde allí desciende
Otro prado que está en distancia poca
Hasta llegar al muro, que defiende
La Ciudad, que está puesta en una roca
La mitad, y la otra baxa al llano,
Del alto muro confiada en vano.

Luego que vido el Rey su fuerte gente
Donde aspiraba, considera el puesto
De la Ciudad, y mira el eminente
Castillo en lo alto de la cumbre puesto;
Donde llegar dificultosamente
De la vista aun podia el vuelo presto,
Así por la distancia de la tierra,
Como por la aspereza de la sierra.

De aquel divino espíritu inspirado,
Que su invencible corazon regia,
Siendo dél visto, y bien considerado
Quanto al presente caso convenia:
En quatro partes dividió el formado
Campo, y en torno la Ciudad ceñia,

De modo que de fuera nadie entrase,
Ni de dentro salir ninguno osase.
Con esta division tenia cercada
Por todas partes la Ciudad famosa,
No rendida, aunque siempre conquistada,
Ni por largos asedios temerosa.
Antes rebelde en su porfia obstinada
La servitud huyendo trabajosa,
Solo acudia á su inmortal defensa,
Con ánimo invencible y fuerza inmensa.
No les menguaba el ánimo la saña
Violenta del exército Christiano
Que alojado via estar en la campaña
Lleno de gloria, y de su afrenta ufano.
Ni la custodia y vigilancia extraña
Que se ponia en guardar el monte y llano,
Que no le socorriese el Rey de Arjona
Como á lugar sujeto á su corona.
Esto traia en un cuidado eterno
Al Católico exército, apartando
Que en él pudiese entrar el ocio tierno,
Ni cabida tuviese el sueño blando.
El militar trabajo era el gobierno
Suyo, de dia y noche procurando
Al enemigo, que el cerrado muro
Y la eminente fuerza hacian seguro.
Viendo el glorioso Rey la resistencia
Que el obstinado pueblo le hacia,
El poco espanto que su real presencia
Con tenerla presente le ponia:

Mandó de los combates la violencia
Renovar cada punto todo el dia,
Ya al fuerte muro, ya al castillo alto,
Que se alcanzaba el uno al otro asalto.
Igualmente crecia el furor violento
Con la obra, el cuidado y la fatiga,
Por ver llegar al cabo el justo intento,
Asolando la gente su enemiga.
Perseverando en este pensamiento
Heroyco, en que su intento se consiga,
Los Christianos ginetes cautiváron
Un Moro, y ante el Rey lo presentáron.
Traia el rostro en alto levantado,
Sin mostrar confusion, ni darle pena
El verse de Christianos rodeado,
Ni en cautiverio puesto en su cadena.
Antes así como venia amarrado,
Entre la gente de su ley agena,
Aunque temer pudiera algun castigo,
Miraba á todos con semblante amigo.
Ambas rodillas en el suelo inclina
Luego que la real presencia vido,
Y la tierra besó como divina
Que el pie del Rey tocaba esclarecido.
Que de ver esto, el ánima benigna
Siguió su natural, y el escondido
Cordel dentro en los brazos mandó al punto
Quitalle, y mas á sí llegarlo junto.
En torno de la tienda real estaban
Los caballeros que lo habian preso,

Y al Rey el modo y forma le contaban
Del caso, y quanto hubo en el suceso.
Como huyéron dos que le guardaban
Valiéndose del alto monte espeso,
Aunque el uno en mitad de la subida
Hecho piezas quedó de una caida.

Quando á esto llegáron, con semblante
Triste puso los ojos en el suelo
El bárbaro cautivo, con bastante
Muestra de su congoja y desconsuelo.
Por los ojos lanzando una abundante
Vena, mirando enternecido al cielo,
De quando en quando dándole un abrazo,
Cruzando el uno con el otro brazo.

Suspiraba y gemia amargamente,
Sin decir cosa que entendida fuese,
Mas que mostrar que su ánimo doliente
Aquello le forzaba que hiciese.
El Rey se admira, y de su pena ardiente
Lastimado, y queriendo que dixese
La causa cierta de su angustia extraña,
Así le dice el protector de España.

Tan contrarios efectos estoy viendo
En tí, que la extrañeza me da espanto,
Y en un deseo de saber me enciendo
Lo que decirnos quiere tu quebranto.
Quando llegaste aquí venias riendo,
Y ahora veo deshacerte en llanto,
Dinos ¿qué es esto? porque yo imagino
Que no siendo pasion es desatino.

Oyendo al Rey el bárbaro lloroso
Refrenó el llanto que su angustia fiera
Le causaba, y con ménos congojoso
Semblante respondió desta manera:
De mi suceso amargo y doloroso
Quando decirte alguna cosa quiera,
O esclarecido Rey, será cansarte,
Y no decirte dèl la menor parte.

Mas pues mandado soy de tu grandeza
(Y no puedo dexar de obedecerte)
Que de mi risa cuente y mi tristeza
El diferente efecto en esta suerte.
Si dèl dolor me otorga la graveza
Tratar en él, podré satisfacerte,
Mas si me aqueja, qual me está aquejando,
La muerte impedirá el cumplir tu mando.

Sabrás, ó gran Señor del Reyno Esperio,
Que fué de amor mi alma poseida
De una Mora, que el cielo por misterio
Hizo de su belleza enriquecida.
Sufria de amor el duro cautiverio,
En confianza que era agradecida,
Mi pasion, y mis ansias y dolores
Remunerados della con favores.

En aquesta quietud los dos vivimos,
Aguardando que el tiempo nos dixese
Y la necesidad en que nos vimos
Lo que en el caso á entrambos conviniese.
Finalmente los dos nos dispusimos
Que de nuestro deseo concluyese

El fin, que era casarnos, y con esto
Satisfacer mi fe y su amor honesto.
De las casas del padre hizo ausencia,
Eligiendo la mia en lugar dellas,
Confiando su guardia en la presencia
De la noche, y su guia en las estrellas.
Y apenas se ausentó (ay inclemencia
Del crudo hado, sordo á mis querellas)
Quando sentida fué, y sabido todo,
Como si yo les descubriera el modo.
El padre, que es Alcayde de la fuerza
De Arjona, y deste reyno el que mas puede,
Y el que le hace al Rey que mueva ó tuerza
Su gusto, y quanto pide le concede;
Diciendo ser traycion lo que era fuerza
De amor, que es el que á toda fuerza excede,
Tomó las armas, y á buscarme vino
Ardiendo en furioso desatino.
La casa nos cerró en llegando luego,
Arrebatado de rabiosa ira,
Sin dar á su soberbio ardor sosiego
Dentro mil teas encendidas tira.
De oir plegarias mi piadoso ruego
El indignado Alcayde se retira,
Protestando vengar la honrosa injuria
(En hija y yerno) su implacable furia.
Yo acudí á las armas conociendo
Nuestro peligro, y que ellas solamente
Nos podian librar del trance horrendo,
Del fiero fuego y enemiga gente.

Mi amada esposa mi denuedo viendo,
Que á arrojarme llevaba al fuego ardiente,
Colgada de mi cuello con sus brazos
Me detenia con lágrimas y abrazos.

No con voz mas llorosa le impedia
La bella esposa al Príncipe Troyano
Volver á la batalla que pedia,
A vengarse ó morir en ella ufano;
Que á mí viendo mi ciego ardor la mia,
Su muerte cierta, y mi peligro llano,
Con llanto, abrazos, voces y gemidos
Conmover hizo el alma mia y sentidos.

Pudo su ruego mas que el furor mio,
Mas su razon que mi alterado pecho,
Pues de mi desatiento enfrenó el brio
Que me llevaba así á morir derecho.
Detuve el paso, viendo el desvario
Que hacia en dexarla en tal estrecho
Sola, aunque iba solo á defendella,
Y de aquel riesgo en libertad ponella.

A esta sazon (ó miserable punto)
Iba creciendo el fuego y los clamores,
Y mi padre acudió, y con él junto
Mi madre, y dos hermanos mios menores.
De una flecha á mis pies cayó difunto
Mi padre, que entre todos los mayores
Consejeros del Rey fué en mas tenido,
Y del Rey mas aceto y mas querido.

La triste vieja, viendo á sus pies muerto
El amado marido, pavorosa

Huyó, poniendo su remedio incierto
En la huida, entónces peligrosa.
Porque siguiendo el mismo desconcierto
Los hijos, y compaña temerosa
De mugeres y mozos que acudiéron
En las manos contrarias ciegos diéron.

Qual suele en noche obscura el lobo fiero
El encerrado aprisco rodeando
Ahullar, que vaporoso huye el carnero,
Y la oveja tras él sigue balando.
Y sin saber á donde con ligero
Curso, el remedio yendo procurando
Dan entre la manada de homicidas
Lobos, donde los privan de las vidas.

Así (ay de mí) siguiéron mis hermanos
Tras la afligida madre, que turbada
De su casa huyendo dió en las manos
De la gente en su daño conjurada.
Usáron la crueza de tiranos,
Que sin hacelles, ni á ellos illes nada,
La madre, hijos, mozas y criados
Dellos fuéron allí despedazados.

De su crueza andando así la horrible
Furia, ya el fuego y llamas se esparcia
Por los sublimes techos con terrible
Son, y la casa al suelo se hundia.
Qualquier remedio parecia imposible
Segun la rabia y crueldad crecia,
Y quando mas su furia ardia y violencia,
Hizo del mundo el claro dia ausencia.

Este solo remedio ordenó el cielo,
Para que lo tuviese el trabajoso
Estado nuestro en tanto desconsuelo,
En tanto afan y riesgo peligroso.
Una pared mostró venir al suelo
Rindiéndose al asalto riguroso,
Que era remate de un jardin, y daba
Vuelta á otra calle, que apartada estaba.

Tomé un grueso madero, y por la parte
Donde mostraba la caida cierta,
Con fuerza la impelí, y fué de tal arte
Que en ella hice una pequeña puerta.
Mi esposa, un page y yo del fiero Marte
Que nos cercaba, en siendo al punto abierta
Por ella envueltos en la sombra obscura
Huir pudimos de la muerte dura.

Con el trabajo que será imposible
Poder contarte, á este lugar llegamos,
Donde hospedage hallar creí apacible,
Y no con la impiedad que lo hallamos.
Fuénos mandado luego con terrible
Apremio de los mismos que esperamos
Favor que de la tierra nos saliésemos,
Y en ella punto mas nos detuviésemos.

Esta crueza, que se usó conmigo
Disculpaban diciendo, que si estaba
En su Ciudad, hacian su enemigo
A mi suegro, á quien tanto el Rey amaba.
Que al punto por vengarse haria contigo
Liga, de la qual cierto se esperaba

Su perdicion, así en dexar su parte,
Como en seguir la tuya en ayudarte.
Sin este es el temor que mas los tiene
Pavorosos, no sea descubierto
Por donde el agua ocultamente viene
A la Ciudad, que tanto se ha encubierto.
Y si en su pertinacia se sostiene
Ese rebelde pueblo, entiende cierto
Gran Rey, que esta es la causa, y que el verano
Nos dexa, y viene ya el invierno cano.
En esto tienen todos su esperanza
Diciendo, que en soplando los ayrados
Vientos, con furia y fiera destemplanza
De la obscura caverna desatados.
Has de hacer de este lugar mudanza,
Porque será imposible á tus soldados
Sufrir del frio invierno los molestos
Yelos en este largo asedio puestos.
No sé, para que alargo mis razones,
Ni te suspendo con prolixos cuentos,
O Rey excelso, y tengo á estos varones
A mi discurso doloroso atentos.
Pues de estar escuchando mis pasiones
Dexan de poner fin á tus intentos,
El yugo echando á esa rebelde tierra,
Que á mi me pone en esta mortal guerra.
Mas concluyendo con la triste historia
En que reir me viste y llorar junto,
Que me acaba la vida su memoria,
Porque viviendo en mí, no estoy difunto.

Ya dixe que el amor me dió vitoria,
Mi deseo llegando al dulce punto,
A mi Ardalaxa en mi poder poniendo,
Con la qual vine aquí á Jaen huyendo.
  Como me fué mandado que saliese
Del lugar, disfracé á mi Mora bella,
En hábito, en que nadie aunque la viese
Y hablase, pudiese conocella.
Aguardé que en el mar de Atlante fuese
Ascondida la luz, y que tras ella
La obscuridad profunda se mostrase,
A quien la guarda nuestra encomendase.
  Luego que dió señal la primer vela,
Con el silencio al caso conveniente
Salimos, yendo yo por centinela
Delante al riesgo que se via presente.
Y el hado, que en seguirme se desvela
Nos llevó á dar en manos de tu gente,
De tal suerte, que quando lo advertimos,
Cercarnos de una y otra parte vimos.
  Volví despavorido conociendo
Las enemigas armas rodearnos,
Por todas partes el peligro viendo,
Y que imposible ya seria el salvarnos.
Díxela que huyese, y revolviendo
A detener á los que via cercarnos,
La dexé ir, y un page en compañia,
Por ese enhiesto monte haciendo via.
  Fué la desdicha fiera que me sigue
Tan poderosa como siempre ha sido,

Porque de nuevo á nuevo mal me obligue,
Y en llanto amargo muera consumido.
Y el Alcayde cruel que me persigue,
Venganza vea del yerro cometido
De su hija, la qual en su huida
De ese monte cayó, y perdió la vida.
Yo vine preso á la presencia tuya,
Y aunque lloroso, me holgué entendiendo
Que me haria la muerte presa suya,
Mi desdicha con esto redimiendo.
Y deseando, ó Rey, que se concluya
El mal, que por vivir estoy sufriendo,
Me reí entendiendo que en llegando
La muerte me darias que te demando.
Puso el Moro los ojos en el suelo
Quando llegó á esta razon postrera,
Demostrando bien claro el desconsuelo
Que le causaba su congoja fiera.
Mas el santo caudillo, que del cielo
Defiende la fe santa y verdadera,
Al congojoso Moro arrodillado
Delante dél esta respuesta ha dado.
De tu ardiente pasion ha dado muestra
Tu triste y doloroso sentimiento,
Que aunque de ley contraria de la nuestra
Sentimos con piedad tu acaecimiento.
Que si en poder real, ó en fuerte diestra
Estuviera volberte á tu contento,
La fe te doy, que yo acudiera á darte
Mi favor contra el mundo y contra Marte.

Mas ya que el cielo así ordenó que fuese
Tu libertad perdida y gloria muerta,
Que tu bien y esperanza concluyese,
Cerrando á todo en tu favor la puerta.
Y para lo que él sabe, te truxese
Al estado en que estás de suerte incierta;
Quiero que por mí hagas una cosa,
Que te será en tu estado provechosa.

Tu me dixiste que este pueblo tiene
Temor, que el agua no le sea quitada,
Y que por partes encubierta viene
A la Ciudad, en esto confiada.
Si tu acudiendo á lo que á tí conviene,
Y á que tu ofensa sea por mí vengada,
De este caso descúbreme el secreto
Si lo sabes, que el premio te prometo.

El Moro respondió: Rey poderoso,
?Con qué premio podrás jamas premiarme,
Que importe mas, ni sea tan forzoso
Como servirte, y tu querer mandarme?
Este solo es el premio mas glorioso
Que Alá pudo del alto cielo darme,
Esta es la suerte de mayor alteza
Que sucederme pudo en mi baxeza.

Verdad es, que yo dixe que vivian
Recelosos los Moros de esta tierra
Que el agua les faltase, en que tenian
La confianza toda de la guerra.
Y si así se resisten, y porfian
Contra tí, y la puerta se te cierra,

No es otra la ocasion, ni otro seguro
Los asegura en su trabajo duro.
Esto en que tienen su esperanza puesta,
El fin de toda su mortal fatiga,
El reparo de ver su muerte presta,
Y que el intento tuyo se consiga:
Esto quiero con prueba manifiesta
Que no es el odio solo el que me obliga,
Ni la venganza que me está incitando,
Sino el deseo de hacer tu mando.
Ibamos, que mi fe doy de ponerte
En donde el agua nace, y en la parte
Que se asconde, y en esto, ó Rey, hacerte
El servicio que mandas sin faltarte.
Holgóse de esto el invencible y fuerte
Defensor de la fe, y siguiendo el arte
Militar, escogió de sus guerreros
Quatrocientos valientes caballeros.
Los demás como estaban en sus puestos
Mandó que al arma luego se pusiesen
En sus alojamientos, y dispuestos
Por quarteles y en órden estuviesen.
Hizo salir los adalides prestos,
Que la tierra mirasen y corriesen,
Junto los gastadores aprestados
De escodas y de picos acerados.
Ya del hermoso dia la luz ardiente
Faltaba al mundo, y la tiniebla obscura
Envuelta en sueño á la cansada gente
De su trabajo concedia soltura.

Proserpina con vuelta diligente
El paso á ver al Cerbero apresura,
Febo el carro al Zodiaco llegaba,
Y en profundo silencio todo estaba.
Por el órden que á todos habia dado,
(Dispuesto el campo) se aprestó al camino
El fuerte Rey, del bárbaro guiado,
Y su deseo del motor divino.
Yendo marchando en esquadron formado
A la falda llegáron del vecino
Monte, donde dexáron los caballos,
Que la aspereza les forzó á dexallos.
Iban subiendo la fragosa cumbre
Los Christianos guerreros, trabajando
Por llegar ántes que la alegre lumbre
Viniese el mundo con su luz dorando.
De su valor siguiendo la costumbre,
En los trabajos mas vigor mostrando,
Qual tocando en la lucha Anteo la tierra
Volvia con nuevas fuerzas á la guerra.
Tal en la enhiesta y áspera subida
Los Christianos (aunque era trabajosa
De matas y de riscos impedida)
Mostraban su virtud maravillosa.
Que en los heroycos pechos que se anida
Hace fácil la mas dificultosa,
Porque como al temor no dan entrada,
Resiste á todo sin rendirse á nada.
Por todo con igual valor rompian
Poco á poco su empresa consiguiendo,

Y á la elevada cumbre se subian
Trabajos y peligros resistiendo.
Y quanto mas del llano se desvian
Mas el rigor del viento iba creciendo,
Que Bóreas ya con soplos diferentes
Volvia en cristal las líquidas corrientes.
El invencible Rey de los primeros
Iba subiendo el áspero camino,
Imitado de todos sus guerreros
En el cuidado y caminar contino.
El Moro iba entre algunos caballeros
Delante, el qual ya viéndose vecino
Al castillo, mostrando el fuerte asiento
Paró, y al Rey le dixo muy contento.
Aquí acaba Señor, nuestro viage,
Ves aquí los cimientos de esta fuerte
Alcazava, que niega el homenage
A tu invencible diestra y sacra suerte.
Y porque su arrogancia y brio se ataje
Cumpliendo mi palabra de ponerte
Donde el agua le quites, te he traido
A donde estás, con que te la he cumplido.
El agua es esta, y por aquesta parte
Una oculta y secreta cañería
Va rompiendo la tierra con tal arte,
Que encubre á todos su secreta via.
Desde aqui es de donde se reparte,
Por estos atanores se desvia
De la madre, y entrando en el castillo.
Lo hace inexpugnable al combatillo.

Silencio puso el Moro á sus razones
Que el gran propagador de España estaba
Oyendo, en torno puestos sus varones,
En órden que la cima alta ocupaba.
Y sin mas detenerse en dilaciones,
Por el lugar que el Moro señalaba
Los atanores manda que rompiesen,
Y nueva via al agua oculta diesen.

Comienzan con hervor y brio valiente
Los robustos y fuertes gastadores
Con ánimo y con priesa diligente
A buscar los guardados atanores.
Qual con la gruesa barra y fuerza ardiente
Hiere la tierra, y mueve yerba y flores,
Qual la doblada escoda levantando,
Qual el pico acerado va aplicando.

Unos por otra parte recogian
La tierra, y con azadas la juntaban
En montones, y otros que acudian
De la zanja en espuertas la sacaban.
La apretada argamasa removian
Con la fornida escoda, y la quebraban
Los fuertes picos, que con ambos brazos
Descargaban haciéndola pedazos.

Con la obra el trabajo iba creciendo,
Y el cuidado en abrir el suelo duro,
Por una parte y otra removiendo
Quanto á estar fixo le hacia seguro.
En su labor los unos, y otros yendo
Cubiertos del silencio y manto obscuro

De la húmida noche, que ya en vuelo
Iba baxando la mitad del cielo.
A unos y á otros acudia cuidoso
El magnánimo Rey, á todos dando
Esfuerzo en su exercicio trabajoso,
Con entender que los está mirando,
Ellos con brio ardiente y codicioso,
Que del Rey fuese ya cumplido el mando
Les era el afan dulce, y daba aliento
Para emprender el fin del justo intento.
Gran parte habian la zanja descubierto
Sin que el agua les fuese manifiesta,
Ni por do iba el atanor cubierto
Que tal fatiga y tal afan les cuesta.
Y estando asi dudosos de lo cierto
Rompen la acequia, y sale el agua presta,
A borbollones por la zanja alzándose,
Por una y otra banda derramándose.
No fué con igual gozo recibida
La fuente que en la Lybia calurosa
Halló la gente que restó con vida
De la mano de Cesar vitoriosa;
Ni la que fué de Jove concedida
A Baco, en su fatiga trabajosa,
Que de esta merced dando testimonio
Le consagró el famoso templo Amonio.
De este favor del cielo agradecidos
La voz á una todos levantáron,
De un general contento conmovidos,
Y el agua en torno alegres rodeáron.

Como estaban calzados y vestidos
Dexarse tocar de ella no esquiváron,
Porque al que ménos le tocaba piensa
Que á la merced del cielo hace ofensa.
Al punto mandó el Rey que atravesasen
El corte que derecho habian seguido,
Y por la sierra abaxo encaminasen
La suelta presa al fin que ha pretendido.
Acuden sin que punto dilatasen
Rompen á fuerza el risco endurecido,
Hacen camino nuevo, danle paso
Por donde baxe con violento paso.
Hizo asimismo toda á la redonda
Deshacer la trabada cañería,
Sin que el un caño al otro corresponda,
Ni se conozca la encubierta via.
Cercóla en torno de una zanja honda
Y ancha, que la ataja y la desvia,
Con que la aseguró que no pudiese
El Moro reparalla si quisiese.
Todo puesto en razon, y en órden puesto
El esquadron de la invencible gente,
Dexó el fragoso y levantando puesto,
De la cumbre baxándose eminente.
Comenzaba á hacerse manifiesto
El nuevo dia con la luz de oriente,
Trayendo á priesa la Menonia aurora
En su rosado carro el áurea ora.
A este punto llegó á hallarse en medio
Del Castellano exército, que estaba

ROYAL ASIATIC SOCIETY BOMBAY BRANCH

Puesto al arma en custodia del asedio,
Y su venida con deseo aguardaba.
Certificó que todo humano medio
Con lo hecho al contrario le faltaba,
Que fuesen y al reposo se entregasen,
Y para la vitoria se aprestasen.

LIBRO TERCERO.

Del fiero ardor de Marte el fuerte pecho
Del santo Marte, á su gloriosa empresa
Instigado, teniendo en este hecho
Inmóvil la alma, y la memoria impresa.
Resuelto que primero sea deshecho
Con bélico rigor, y hecha presa
Del rebelde lugar, quel cerco dexe,
Y con asaltos, fuego y hierro aqueje.
  Firme en este propósito, dispone
Por nueva órden todo lo importante
Al fin que aspira, y con cuidado pone
En lugares dispuestos lo restante.
Ingenios, mantas, máquinas opone
Al muro, que soberbio y arrogante
Se levantaba, dando á los de dentro
Animo al daño y peligroso encuentro.
  Tenia el Rey á un lado de la sierra,
Que se decia la peña, en una fuente
Su alojamiento; y desde allí la tierra

Salia á correr, y requeria su gente.
Por aquí el paso al enemigo cierra;
Y á la parte que está puesta al poniente
Los instrumentos bélicos allega,
Al muro quanto puede mas los pega.

Por esta banda iba corriendo el muro
Hasta juntarse al que cerraba el fuerte
Castillo inexpugnable, que seguro
Hacia al pueblo, y no temer la suerte,
Y en los asaltos donde Marte duro
Amenazaba con horrible muerte,
Por aquí á los de arriba bastecian,
Y los de arriba abaxo descendian.

Advirtiendo el magnánimo caudillo
De la christiana fe, quanto importaba
Evitar aquel paso del castillo
A la Ciudad, á quien batiendo estaba.
Pues de quedar en pié sin dividillo,
Inconveniente y riesgo resultaba,
Que la pequeña fuerza estando unida,
Es mayor que la grande dividida.

Esto entendido, y dado á entender esto
Del Rey á sus valientes caballeros
Qual fué mandado, se cumplió tan presto,
Y á executarlo se presentan fieros.
Rodean de gente y máquinas el puesto,
Con hierro, fuego y fuerza los guerreros,
A combatir comienzan el seguro
Y hasta allí intratable y fuerte muro.

Los bárbaros de dentro á la defensa

Con no ménos corage y brio acudian,
Ni resistiendo el muro hacian ofensa
A los que entrallo á fuerza pretendian.
De arriba echaban peñas con inmensa
Furia, y de abaxo el golpe recibian
Cubiertos con las mantas, de clavados
Pinos, de cuero y planchas aforrados.

Aquí el valor hacia de su parte
Resistencia al cobarde y torpe miedo,
Y por las armas del sangriento Marte
Rompia el Christiano con feroz denuedo.
De arriba el Moro con esfuerzo y arte,
Y con presteza mas que decir puedo
Lanzas y teas lanzaban encendidas
Con que las mantas fuesen consumidas.

De nerviosas rodelas muy cubiertos
Unos subian sufriendo golpes crudos,
Otros llegaban las escalas ciertos
Que los defenderian planchas y escudos.
Los unos de pedradas caian muertos,
Otros ya casi arriba, los agudos
Y arrojadizos dardos los volvian,
Y otros de flechas el vivir perdian.

Crecian las voces, el clamor y estruendo
De entrambas partes, de la mesma suerte
Que el esquadron de grullas, que huyendo
El agua, ó recelando el tiempo fuerte:
Por los ayres confuso son haciendo
A los pigmeos descienden á dar muerte,
Que revueltos en áspera contienda,

Solo un rumor confuso hay que se entienda.
La muchedumbre bárbara acudia
Con algazara, y el Christiano bando
Alzaba la confusa voceria,
Que por los ayres iba resonando.
De entrambas partes crece la porfia,
Los enemigos el subir vedando
A los Christianos, los Christianos fuertes
Por subir recibiendo y dando muertes.
En aquesta trabada lid horrible
Era el Christiano exército ofendido
Del enemigo con furor terrible,
Con ánimo y violencia resistido.
Por otra parte el tiempo era insufrible,
Que nunca un dia el claro sol se vido
Sino de obscuras nubes ofuscado,
De vientos, agua y frio acompañado.
Recebia el exército Christiano
(Que sin reparo estaba en la campaña)
Mas daño que del áspero pagano
Del tiempo frio y destemplanza extraña,
Sin que el valor heroyco y soberano
Menguase, ni en la lid la ardiente saña,
Resistiendo al ayrado viento y frio,
Y del contrario el animoso brio.
Libre iba el furor del duro acero,
De la inhumana Alecto acompañado,
Encendiéndose mas, y con mas fiero
Destrozo en el asalto comenzado,
Quando de oriente se mostró el lucero

Que trae la noche de humidad cercado,
Faltando el bello resplandor del dia,
El mundo envuelve en la tiniebla fria.
  Hizo á este punto desde un lugar alto
Señal la trompa bélica, que fuese
Por entonces dexado el cruel asalto,
Y al reposo y quietud se remitiese.
Y aunque de luz el mundo estaba falto,
Y el trabajo obligaba á que pusiese
Tregua, no fué posible que el sangriento
Furor perdiese el crudo encendimiento.
  Sobre un caballo el fuerte Rey se puso,
Y á la parte que vió mas encendido
El sangriento combate y mas confuso,
De heridos y muertos impedido:
Por allí rompe, y de apartar propuso
La porfiada lid, pues el sonido
Del sonoro metal no refrenaba
De su animosa gente la ira brava.
  Llegó, y al punto que del alto muro
Por las insignias cierto conociéron
Ser la real persona, aunque de duro
Y fuerte acero estar cubierto viéron:
Un bárbaro teniendo por seguro
Hablar con él, á voces que le oyéron
Dixo, entre dos almenas de pies puesto,
Con desdeñoso ceño y feroz gesto.
  No sé, quien te aconseja, ó Rey Fernando,
Que con tan ciego porfiar intentes
Conquistar á Jaen, menospreciando

El poder suyo, y fuerzas eminentes:
¿No ves, que vas en valde contrastando
A los que por seis veces tus valientes
Guerreros han cercado, y no han habido
La vitoria que han dellos pretendido?
¿Piensas tú que contiendes con aquellos
Que en el primer reencuentro se te diéron?
¿O con los otros, que en llegando á vellos
En tu poder rendidos se pusiéron?
Diferente valor verás que en ellos,
Por que si ellos el morir temiéron,
A nosotros nos da esfuerzo la muerte,
Y pelearemos hasta ver tal suerte.
Aunque entendido y puesto bien en cuenta,
Desde el dia que el cerco nos pusiste
Para tí ha sido confusion y afrenta,
Pues el mal sufres que hacer quisiste.
Tu Dios se desagrada y descontenta
Desta guerra, pues desde que veniste
Te castiga con tiempos tempestuosos,
Mas que la guerra para tí dañosos.
Esto nos hace estar aquí encerrados,
Y no el temor de verte á tí presente,
Que con seguro estamos confiados
Que es tu trabajo todo impertinente.
Que los hádos, los vientos frios y ayrados
Han de vengarnos, y apocar tu gente,
Y como estamos satisfechos desto,
No salimos á echaros de ese puesto.
Dixo el Moro arrogante, y con denuedo

Desde el muro vibró una gruesa lanza
Hácia el Rey, que con rostro firme y quedo
Se estuvo quedo sin hacer mudanza.
A este punto Don Lope de Quevedo
A resistir el tiro se abalanza,
Poniéndose ante el Rey quan presto pudo,
Y el golpe recibió en su firme escudo.
  Quedó el asta blandiéndose hincada
En el escudo, que pegado al pecho
Estuvo sin poder moverlo nada
Sino fué á ira el atrevido hecho.
Y de ardiente furor arrebatada
El alma, apaña un dardo, y va derecho
Al Moro, que subido en su alto muro
De haber peligro se reia seguro.
  Pone la aguda vista en él, alzando
El fuerte brazo, al pecho el golpe apunta,
Ya adelante el brazo, ya tornando
Atras, el hierro casi al rostro ajunta.
Puesto en el punto arrojalo, y volando
Por las entrañas se le entró la punta,
Dando al alma lugar que huya en vuelo,
El cuerpo vino atravesado al suelo.
  No cayó con ruido semejante
(Del hijo de Saturno poderoso
Derribado al infierno) el cruel gigante
Que movió guerra al cielo glorioso;
Ni de la cumbre excelsa de Atlante
Herido el duro risco del fogoso
Rayo, que removiéndose y cayendo

Hace un horrible y admirable estruendo.
Así el Moro soberbio en su caida
Con espantable estruendo al suelo vino,
Lanzando sangre la mortal herida
Que á la fiera alma al Huerco dió camino.
Regó los pies con ella al homicida,
Que le dió el premio á su osadia condino,
El qual de un pié lo arrastra, y se lo lleva
Al Rey, testigo de la heroyca prueba.
Viendo los Moros muerto el que ponia
Con soberbia arrogancia y cruel denuedo
Animo á su flaqueza ó valentia,
Y él solo dellos desviaba el miedo:
Alzan una confusa vocería,
Y lanzas, flechas, dardos á Quevedo
Desde el muro furiosos arrojaban,
Sin saber donde á bulto las tiraban.
La obscuridad, las voces y alaridos,
Mezclados de la una y otra parte
Con horrísono son y con gemidos
En el ciego furor del crudo Marte:
Hizo al Rey que mandase á sus temidos
Caballeros de Christo y su estandarte,
Que no aguarden mas tiros, ni los tiren,
Y en órden á sus puestos se retiren.
Pasó la voz en vuelo presuroso
Avisando que el Rey á todos manda
Que el combate dexasen furioso,
Y el puesto á la enemiga gente infanda.
Obedecen el mando poderoso

Del Rey, y el que mas fiero se desmanda
En combatir al Moro, se retira
Poniendo freno á la impaciente ira.
De Marte los ingenios y potencias
A la guarda quedáron sometidos
De Don Domigo, Obispo de Palencia
Con trescientos guerreros escogidos.
Los demas, esquivando la violencia
De la noche, en sus sombras ascondidos
A dar reposo á sus cansancios fuéron,
Y á los Cymmerios Dioses se ofreciéron.
Hizo el valiente Obispo encender fuego
En torno de las máquinas que estaban
Pegadas con el muro, y cercar luego
De postas todo el puesto adonde estaban.
Los demas se entregáron al sosiego,
En confianza de los que velaban
Por sus quartos, y él iba requiriendo
Los que velando estaban y durmiendo.
Algun espacio habian reposado
Los bárbaros despues que con su gente
El Rey dexó aquel puesto, encomendado
Al Obispo, por sabio y por valiente.
El qual, siempre á las máquinas pegado,
En torno de las guardas diligente
Solicitando andaba que hiciesen
Los que velaban vela, y no durmiesen.
Un Alfaqui los bárbaros tenian
Llamado Abetanzu, grande adivino,
Al qual quando algun daño ó mal temian,

Iban como á un oráculo divino.
Deste por sus encantos entendian
Lo que ordenaba dellos el destino,
Acudiendo al remedio que les daba
En que la pobre gente confiaba.
  Como su daño viesen ir creciendo
Cada dia, y menguarles su esperanza,
Al contrario el efecto sucediendo
De aquello en que vivia su confianza:
Acudiéron al Mágico, pidiendo
Que les dixese si haria mudanza
Aquella desventura que sufrian,
En que de hambre y sed morir se vian.
  El Moro encantador en medio puesto
Del temeroso pueblo y miserable,
Despues de haber con demudado gesto
Con ronca voz horrible y espantable,
Consultado las furias del infesto
Rio, y al Rey del Reyno inexorable,
Lavándose tres veces rostro y manos,
Esto dió por respuesta á los paganos.
  Si no es vana la ciencia en que mis años
He con prolixo estudio consumido,
Con que os he revelado tantos daños,
Y os he de tantos riesgos guarecido:
En los presentes, donde tan extraños
Males sufris, qual nunca habeis sufrido,
Hay un remedio solo, que aquel fuego
De los Christianos apaguemos luego.
  Esto ha de ser del modo que conmigo

Concertó la deidad, que me revela
El órden de librar el pueblo amigo
Del Rey, que en perseguirlo se desvela.
Será cumplido qual prometo y digo,
Sin que la fuerte guardia ó presta vela
Impida el fiel designio que me llama,
Con que á vos daré vida, y á mi fama.

Solo habeis de advertir, que quando echare
Dentro del fuego lo que el cielo manda,
Que si con ello el fuego se apagare,
Libres sereis de la opresion infanda.
Mas si con nuevo aliento se esforzare
Ondeándose á una y á otra banda,
No tengais confianza, y sabed cierto
Que este pueblo será cautivo ó muerto.

Del no entendido proceder quedáron
Llenos de espanto, y todos le pidiéron
Que lo que en profecía le reveláron
Cumpla, sin exceder qual le dixéron.
Y para que abaxase traer mandáron
Una escala, que al fuerte muro asiéron,
Y con seis Moros descendió escogidos,
Y á los fuegos caminan encendidos.

Puestos los siete Moros en camino,
Cubiertos de armas, y ánimo dispuesto
De morir ó poner á su adivino
Donde el habia señalado el puesto:
El bárbaro Alfaqui, de blanco lino
Vestido, y de hojas de cipres funesto
Coronado, y un libro en la una mano

Del Alcoran de su profeta vano.
Con el menor ruido que podian
Al fuego poco á poco se acercaban
Los temerarios Moros, que confian
En el encantador, que acompañaban.
Y puestos donde estar las guardias vian
Que en torno de las máquinas velaban,
Abetanzu, el rostro á oriente vuelto
Dice, el cabello por los hombros suelto.
O tú deidad, que á tan heroyco hecho
El ánimo quieto me espoleas,
Y á que apague aquel fuego traes derecho,
Para el fin que tú ocultas ó deseas:
Suplicote que deste duro estrecho
En que Jaen está, servido seas
Que salga, sin que alcance el cruel Christiano
La vitoria que tiene ya en la mano.
Esto diciendo, á todos abrazando
Les dixo, que en el punto que apagase
El fuego, ellos la vuelta apresurando,
Cada qual con huida se librase.
Que hasta allí le venian acompañando,
Porque si alguno el paso le estorbase
Resistiéndolo ellos, él pudiese
Llegar al fuego, y su intencion cumpliese.
Todas estas razones escuchaba
El invencible Obispo, y quando vido
Al Moro, que de esotros se apartaba,
Arremetió á los seis enfurecido.
Mézclase entre ellos, y en batalla brava

Hiere en ellos, y de ellos es herido:
Resuena el cavernoso monte, y vuela
El son horrible á donde está la vela.
  Toca al arma, de léjos divisando
Las armas, y los golpes claro oyendo,
Dexan el sueño los que en ocio blando
Están, y corren do se oia el estruendo,
Con la priesa las armas apañando
Que delante ponia el furor horrendo,
Cercan los Moros, que en sangrienta guerra
Tenia el Obispo muertos tres en tierra.
  Los demas, pavorosos y turbados,
Del camino seguido que truxéron
Por diferente senda desviados
Qual mas podia todos tres huyéron.
Y siendo á pocos pasos alcanzados
En un instante hechos piezas fuéron,
Qual si en rebaño flaco de corderos
Diera una esquadra de leones fieros.
  El Obispo siguió los pasos luego
Del Alfaqui, que en vuelo presuroso
Puesto se habia junto al vivo fuego
Por órden del oráculo engañoso.
En torno dél hablaba sin sosiego
En ronca voz y acento congojoso,
Y habiendo por tres veces dado vuelta
La guirnalda arrojó, y la ropa suelta.
  Revuelve el rostro al que en su alcance vido
Que con sangrienta espada le seguia,
Diciéndole: Christiano, no te pido

Mas de que aguardes una razon mia.
El Obispo, aunque en cólera encendido,
El curso suspendio á oir qué decia
El Moro, el qual saltó en la llama ardiente,
Y puesto en ella, dixo así impaciente.
  Con esta fatal muerte á que me ofrezco
Queda libre Jaen, que el cielo ordena
Que yo su Sacerdote, que padezco,
La libré con sufrir aquesta pena.
La gloria que promete Alá merezco,
Ya me veo puesto en la region serena,
Segun me reveló, quedando en vano
El intento cruel del Rey Christiano.
  La llama, que ya en él se iba emprendien- (do
Lo derribó cubriéndolo, y alzándose
En retorcidas puntas, que volviendo
Abaxo, se esparcian ondeándose.
Los que atentos del muro estaban viendo
Si se apagaba el fuego en él echándose,
Lo que les habia dicho el adivino
Que echar mandó el oráculo divino.
  Y al adivino viendo que animoso
Con temerario osar en la inclemente
Llama se habia arrojado furioso,
Sin que aplacase su furor ardiente.
Despues de haber el brazo poderoso
De la Christiana y vitoriosa gente
Muerto los que llevaba por seguro,
Y hechos piezas verlos junto al muro,
  Un frio pavor en ellos entró luego

Viendo que del oráculo faltaba
La promesa en que el vulgo duro y ciego
Tan confiado y tan seguro estaba.
En llanto y en cruel desasosiego
Se convirtió el esfuerzo que mostraba,
Que la necesidad es insufrible,
Y mas donde la habia tan terrible.
  De la guardia del muro se quitáron
Tristes y con mortal desconfianza
Los que en todas las velas se halláron
A defenderlo con espada y lanza.
Renuevan postas, y un clamor alzáron
Confuso, que al real Christiano alcanza,
Y fué el primero á quien tocó el oido
Al Rey, el qual saltó despavorido.
  Tomó la espada, y embrazó el escudo,
Y á la entrada se puso de la tienda,
Como en la cama se halló desnudo,
A ver que fuese, ó que del caso entienda.
Un grande espacio alli aguardó, y no pudo
Entender la ocasion de aquella horrenda
Y mal formada vocería, que el bando
Bárbaro alzó su fin pronosticando.
  El Rey invicto estando desta suerte
Al rigor puesto del helado aliento,
Cuidoso por saber de aquella suerte
Qual fuese la ocasion y fundamento:
Ante él llegó el invencible y fuerte
Don Pelayo Correa, que el propio acento
De los llorosos Moros le alteráron,

Y del reposo apriesa lo sacáron.
Don Alvar Perez acudió el valiente,
Don Gil Manrique tras sus pasos vino,
Tello Alfonso, y tras él el excelente
Rui Gonzalez, del Rey mayor Merino:
Diego Perez, aquel que justamente
De Machuca heredó el renombre digno
A la hazaña, y su contrario fiero
Gomez Ruiz, en valentia el primero.
Al firme pecho puesto el fuerte escudo,
Y en la vitoriosa y diestra mano
El fulminante acero, que desnudo
En la segur fatal del Africano;
Con la presteza que decirse pudo
Ante el invicto protector Christiano
Llegó Don Pedro Ponce, á quien siguiéron
Muchos que el llanto y alboroto oyéron.
Siguiendo esta Nestoria compañía
De Scipiones, que ante el Rey estaba
Tratando de la estraña vocería
Que resonó del muro y alcazava;
Acudió la marcial infantería
Aunque con el reposo reparaba
El trabajo pasado, al congojoso
Clamor cada qual sale presuroso.
El Rey se retiró á tomar vestido,
Dexándolos á todos confiriendo
Sin concluir la causa, que habia sido
Del lloroso rumor y ronco estruendo.
En esta duda estaba confundido

El invencible exército, acudiendo
Al reparo, quando la sombra obscura
Al Erebo huyó de la luz pura.
  Comenzóse á adornar de la belleza
Del oriental planeta el monte y llano,
A verse de las cumbres el alteza
Y al rio tender su fértil falda ufano.
A las armas acuden con fiereza
Todos, pidiendo al protector Christiano
Que la duda se aclare, con que al punto
Suban donde el clamor oyéron junto.
  Quedó desta demanda el glorioso
Y deificado espíritu contento
Del defensor de Esperia vitorioso,
Viendo acudir á su invencible intento.
Y sin aguardar mas, por el fragoso
Monte el camino enderezó al momento,
Diciendo que por obra se pusiese,
Sin que en cumplirlo mas se difiriese.
  Imitando á su Rey los excelentes
Varones, suben la fragosa sierra,
Dispuestos de rendir las eminentes
Fuerzas, y la ciudad poner por tierra.
Si en contrastar sus ánimos valientes
Mas porfiase la rebelde tierra,
Este intento hacia á los que subian
Menos grave el trabajo que sufrian.
  Pudo el cuidado y presta diligencia
En los heroycos Españoles tanto,
Que al trabajo haciendo resistencia

Y el ocio perdonando al cruel quebranto:
Llegó la gente y la real presencia
Donde se oyó el no entendido llanto,
Y donde el glorioso Obispo estaba
Los ingenios mirando que guardaba.

Tenia los muertos que en la lid pasada
Las vidas junto al muro habian perdido,
Del lugar apartados que la espada
Contraria habia su vivir rompido.
Y para serles sepultura dada
Al puesto suyo los habia traido
Contra el querer del enemigo fiero,
Que impedia hacerles este bien postrero.

Enternecióse el Rey de ver en esto
Ocupado el Obispo, y con semblante
Que de dolor dió indicio manifiesto,
Y de piedad exemplo fué bastante.
Y á todos los que al triste honor funesto
Asistian, él puesto de delante
Los animaba, y daba aliento á priesa
Qual á romper, qual á hondar la huesa.

Los unos cargan al amigo muerto
Sobre sus hombros, mil gemidos dando,
Y llévanlo á que dellos sea cubierto
De la tierra que estaban conquistando.
El otro halla al caro hermano abierto
El fuerte pecho, y sobre sí cargando
El dulce peso á darle sepultura
Lo lleva y llora de congoja pura.

A esto solo todos acudian,

Y en esto estaban todos ocupados,
Los unos de piedad se conmovian,
Los otros eran de amistad forzados.
De la enemiga tierra los cubrian,
Y eran con ella de sus pies pisados,
Que era lo que podian hacer por ellos
Para de fieras y aves defendellos.

Administrando este piadoso oficio
Con diligencia todos igualmente,
Al muerto haciendo bien, y á Dios servicio,
Con cuidado solícito y ardiente.
Qual en Liquicio suele en su exercicio
Acudir de mancebos la valiente
Esquadra á derribar las levantadas
Encinas al gran Jove consagradas.

No de otra suerte en hervoroso aliento
Los Christianos guerreros á la tierra
Los cuerpos daban que el furor violento
Privó de vida en la discorde guerra.
Cumpliendo el justo y piadoso intento
Qual al amigo, y qual al deudo entierra,
Sin que á ninguno en premio de su muerte
Se le negase la piadosa suerte.

Siendo á la antigua madre en poder dados
Los cuerpos todos que de la enemiga
Espada fuéron del vivir privados,
Y en libertad de la mortal fatiga.
Los muertos como á muertos ya dexados,
Los vivos porque el Rey su fin consiga,
Acuden todos á las armas luego

Pidiendo guerra, ardiendo en furor ciego.
El fuerte Rey caudillo soberano,
Lleno de gloria el invencible pecho,
Delante viendo á su esquadron Christiano
Que defendia el celestial derecho:
Con rostro alegre y con semblante ufano,
De su valor y esfuerzo satisfecho,
En medio dél se pone y en voz alta
Dice, y la gloria de su gente exâlta.
Invencibles leones de Castilla
Por quien de España el nombre será eterno,
Y en su antiguo lugar la real silla
Que perdió el Godo por su mal gobierno:
Esta infamia, esta pérdida y mancilla,
Que á toda España tuvo en llanto tierno
Tantos años, con vuestra fuerte espada
La mayor parte ha sido restaurada.
No quiero en alabanza vuestra y gloria
Detenerme, pues quando yo os alabe
Y de vosotros haga larga historia,
Diré lo menos que en vosotros cabe.
Los hechos dignos de inmortal memoria,
Los triunfos que la fama eterna sabe
Y celebra en el mundo, son conmigo
En decir lo que yo callando digo.
Todas las tierras que Pisuerga baña,
Y las que son sujetas á su fuero,
Son por vuestro valor y fuerte saña
Reducidas al yugo de mi impero.
Al Africano se le estrecha á España,

Pues quanto riega el Tajo, y cerca Duero
Por todas partes al contrario bando
Le habeis ganado, y le venis ganando.
  Agora resta que por esta parte
Que vuestra espada conquistando viene,
De que habemos ganado tanta parte,
Que ya el contrario es poca la que tiene:
Que con aquel valor, esfuerzo y arte,
Que vuestros fuertes ánimos sostiene,
No dexemos lugar que no someta
A nuestro fuero su maldita seta.
  Y este que con altiva confianza
Tanto tiempo ha negado su obediencia,
Y con rebelde y bárbara esperanza,
Se ha puesto, haciendoos tanta resistencia:
Pues ha abierto la puerta á la venganza,
Y por su justo mal á la clemencia
La cierra, no será el castigo injusto
Al que está pertinaz contra lo justo.
  Resuelto estoy que por el suelo venga
Hoy ese muro, y vean quan bastantes
Sois, porque el ciego bárbaro no tenga
Confianza en acuerdos de ignorantes.
Esto importa y que mas no se detenga,
Que los negocios graves é importantes
Piden maduro acuerdo á contemplallos,
Y diligencia grande á executallos.
  Dixo el divino Rey, y en el momento
Al muro sus valientes caballeros
A cumplir de su Rey el mandamiento

A una todos arremeten fieros.
Ni máquina, ni bélico instrumento
Quedó, ni tiros graves, ni ligeros
Que no aprestasen al cruel recuentro,
Ni hombre que rehusase de entrar dentro.
Negándoles la entrada á la defensa
Se puso el bando bárbaro en el muro,
Y al que arrima la escala ó subir piensa,
Lo desvia cruel dardo ó golpe duro.
Desde abaxo hacian mortal defensa
A los que el baluarte alto y seguro
Guardaban, porque apenas descubrian
Blanco, quando los tiros los herian.
Diego Perez de Vargas el primero
(Siguiendo su alto esfuerzo) al muro allega
Una doblada escala, y sube fiero
Por ella al bando que subir le niega.
Otra arrimó, y por ella va ligero
Ruiz Gonzalez ardiendo en ira ciega,
Don Gil Manrique y Tello Alfonso hiciéron
Lo propio, y ser primeros pretendiéron.
Los Moros dando gritos espantosos
A aquella parte acuden con fiereza,
Y con tiros resisten rigurosos
La subida á ganar su fortaleza.
Los caballeros suben animosos,
Lanzan sobre ellos piedras de grandeza
Desmesurada, suben reparándose ;
Cubiertos, por los pasos agarrándose.
De abaxo á los que al muro iban subiendo

Ayudaban con tiros, que impedian
Con durá muerte y espantable estruendo
A pararse á herir los que subian.
Crecia en todos el furor horrendo
Del crudo Marte, y quanto mas podian
Los Christianos á lo alto se acercaban,
Y los Moros de dentro lo estorbaban.

Iba lo alto ya del muro echando
El diestro brazo Diego Perez fuerte,
Y un Moro vino encima dél lanzando
Un gran peñasco á darle con él muerte.
Sobre el escudo el golpe descargando
En contraria volvió su buena suerte,
Que la escala, el peñasco y él viniéron
Juntos al suelo que tremer hiciéron.

Aqui, ó varon fortísimo, acabara
Tu justa vida, si el piadoso cielo
(De quien eres amado) no guardara
Para defensa de su fe en el suelo.
Y contrastando á la fortuna avara,
Del duro risco á un lado torció el vuelo
Dando contigo donde el golpe crudo
Sin riesgo de la vida escapar pudo.

Quedó del duro golpe sin sentido,
Sin mover pie, ni mano, y al momento
Fué llevado á que fuese guarecido
(Como el Rey lo mandó) á su alojamiento.
Encendióse el furor embravecido
De entrambas partes con horror violento,
La tierra hunde el alboroto horrible

Con ronco ruido, y resonar terrible.
  Viendo Gomez Ruiz á su enemigo
Diego Perez así, lleno de ira,
No del suceso, mas por dar castigo
A los que el Rey con fiero ceño mira:
De sí queriendo al Rey hacer testigo
Contra los Moros furioso tira
Una lanza que presta el ayre pasa,
Y el pecho á un Moro y un pavés traspasa.
  La mortal asta se quedó blandiendo
Fuera del muro en el pavés hincada,
Y en el pecho del Moro, que gimiendo
Despidió el alma al fuego condenada.
El peso de la lanza sosteniendo
Aquella parte que tenia clavada
Del cuerpo, la agravaba de manera
Que ni iba dentro, ni caia á fuera.
  Tomó (viéndolo estar como en balanza
Meciéndose hácia afuera y hácia dentro,
Hácia fuera traido de la lanza,
Hácia dentro á buscar yendo su centro)
La escala y sube arriba sin tardanza,
Y al muerto apaña que halló al encuentro,
Y dél tirando, lo sacó del muro
Por fuerza, y con él dió en el suelo duro.
  Qual de la cumbre de Ida cae furioso
El árbol á Cibeles consagrado,
Que Bóreas fiero arranca y desdeñoso
Lo impele con furor desenfrenado.
Ni Jove de su alcázar luminoso

Arrojó al esquadron contra él armado
El fulminante rayo con estruendo
Igual, ni son qual hizo el Moro horrendo.
  Así arrojado desde el muro alto
El bárbaro á la tierra vino en vuelo,
Donde en llegando el cuerpo de alma falto
Lo estremeció, y de sangre regó el suelo.
Arriba acuden fieros al asalto
Los enemigos llenos de recelo,
A Gomez Ruiz viendo que apartando
Á unos y á otros iba el muro entrando.
  Tenia el muro por aquella parte
De los ingenios un portillo abierto,
Que por derecho lo divide y parte,
Y puesto en lo alto estaba descubierto.
Esta entrada tomó este fiero Marte,
Y por ella ganar tenia por cierto
El muro, en el qual puesto resistia
El bando Moro que sobre él venia.
  Conociendo los bárbaros su daño,
Acuden al remedio con presteza
Despavoridos con temor extraño,
No confiando ya en su fortaleza.
Y un pino ardiendo de grosor tamaño
Que seis hombres movian su graveza,
Le ponen al portillo á donde estaba,
Que el entrar humo y llama le estorbaba.
  Sobre la llama echaban pez ardiente
Que la espesaba en humo, y la encendia,
Que por el hueco andaban igualmente

Ondeándose y todo se henchia.
Forzado desto el Español valiente
Para dexar el puesto se salia,
Que las pavesas, humo y llama suelta
Le hacian atras forzado dar la vuelta.
Un Moro estaba en asechanza puesto
Sobre el muro en la parte descubierta,
Con un alfange y ánimo dispuesto
De á la salida darle muerte cierta.
Y al punto que el Christiano dexó el puesto
(Porque la suerte no le fuese incierta)
Alargó el brazo el Moro quanto pudo,
Y un golpe le dió encima del escudo.
Lleno de saña el rostro levantando
Gomez Ruiz, sintiendo así herirse,
Del Moro el brazo y cuerpo vió colgando,
Que no pudo aunque quiso reducirse.
Que como fué el cruel golpe descargando,
Brazo y cuerpo dexó detras dél irse,
El Christiano largó el escudo al punto,
Y asió del brazo que halló tan junto.
Por fuerza, aunque de allá lo resistian,
Del muro lo arrancó y lo puso encima
De sus hombros que aquello y mas sufrian,
Sin que tan poco peso los oprima.
Los Christianos que el hecho extraño vian
Admirados les daba horrible grima
Verle baxar al fuerte caballero
Por la escala, y encima el prisionero.
Presentó al Rey el Moro, que espantado

Sin pensar se halló en su acatamiento,
De las Christianas armas rodeado,
Mirando á todos sin valor, ni aliento.
Queriendo el fuerte Rey ser informado
Del rebelde lugar el vano intento,
Le preguntó, y á la razon primera
Lo interrumpió una algazara fiera.

Y fue que los valientes caballeros
Que al muro las escalas arrimáron,
Casi lo habian ganado, mas los fieros
Bárbaros acudiendo lo estorbaron.
Y á los que estaban al subir primeros
Con fuego y armas á volver forzáron
Atras, aunque su invicta valentia
Llamas, armas y Moros resistia.

Viendo el Rey el peligro conocido
De sus valientes caballeros, luego
Mandó que el ronco son hiera su oido
Antes que lo hiciese el crudo fuego.
Y andando en el combate enfurecido
De entrambas partes suelto el furor ciego,
Hizo la seña el bélico instrumento,
Y volvió á los guerreros de su intento.

Como cesase el áspero combate,
Y las escalas viese desviadas
Del muro, que defiende que no ate
Las cervices rebeldes y obstinadas:
Que ni tenga temor, ni se recate
Al Moro dixo el Rey, que vió cruzadas
Las manos, y los ojos en el suelo,

Que él lo asegura del presente duelo.
Solo quiero (le dice) que me diga
¿Cómo ese pueblo se resiste tanto?
¿Cómo la sed, la hambre y las fatigas
No le rinden, ni el bélico quebranto?
¿Cómo las armas sobre sí enemigas
Sufren tan largo tiempo, si el espanto
Dellas los hace estar dentro de un muro,
Y ese ya á su defensa mal seguro?
Que me des razon desto es lo que quiero,
Sin que me informes cosa que se aparte
De la verdad que hoy saber espero,
Y si excedes, prometo castigarte.
Con humilde semblante el prisionero
Inclinado á los pies del santo Marte,
Los dos brazos cruzando sobre el pecho,
Lo dexa así del caso satisfecho.
No dudes, ó Rey alto y poderoso,
Que en decirte verdad un punto exceda,
Sin que el discurso largo y fabuloso
En esto mas que el verdadero pueda.
Que á mi patria sea ingrato, que alevoso,
Que tal renombre el que la vende hereda,
El cielo de mi pura fe es testigo
Que no es venderla en la verdad que digo.
Mas siendo como es justo que sea odiosa
La mentira, que huyo y aborrezco,
Aunque á mi patria ofenda, y sea dañosa
La verdad que me pides, y te ofrezco:
Ni la muerte espantable y rigurosa

Que por dañar á mi nacion merezco,
Ni el premio de la vida serán parte
Que de decirte la verdad me aparte.
  Yo soy de tu grandeza preguntado
Como este pueblo tanto se resiste,
Siendo de hambre y sed necesitado,
Despues que el largo cerco le pusiste.
Como siendo por horas asaltado
Con tan grande rigor, no se desiste
De la defensa, y con soberbia fiera
En su rebelde intento persevéra.
  Sabrás, señor del sacro reyno Esperio,
Que viendo este lugar que le apretaba
El importuno cerco, y que á misterio
Se tendria si en él no se arruinaba;
Temiendo el miserable cautiverio,
Que era el daño menor que se esperaba,
Segun iba la hambre y sed creciendo,
Las fuerzas y salud enflaqueciendo;
  A nuestro Rey de Arjona le escribimos
El miserable estado, y la insufrible
Necesidad, y qual mejor supimos
Representamos nuestro mal terrible.
Y al punto por respuesta dél tuvimos
Que se aprestaba contra tu invencible
Poder, y que él vendria á socorrernos
Luego que no cesase el defendernos.
  Con esto el mas cobarde en un furioso
Ardor de Marte fué encendido luego,

Y á las armas acude con rabioso
Denuedo, en ira y en corage ciego.
Despiden el cobarde y vergonzoso
Temor, y todos en honroso fuego
Apellidando libertad acuden,
Y el miedo, hambre y sed fieros sacuden.
Esta sola esperanza nos sustenta
Y en tan largos trabajos pone aliento,
Para que menos el afan se sienta,
Y mejor se defienda el patrio asiento.
El tiempo ante los ojos nos presenta
Que tarda y que vendrá cada momento,
Porque seis veces se ha de luz vestido
El mundo, y seis la noche lo ha escondido.
Despues que de la última embaxada
Cartas del Rey que ya venia tuvimos,
Y antes de ayer nos fué otra nueva dada
Que no con poco aplauso recebimos.
Que de Arjona marchaba á la jornada,
Con la gente y socorro que pedimos,
Que ayer estaria aquí, y así pensamos
Que hoy ocupará el puesto que ocupamos.
Puso el Moro silencio á sus razones,
Y sobre el pecho la cabeza inclina,
Significando en sus demostraciones
Que á su daño el remedio se avecina.
Esto encendió á los bélicos varones
A desear de nuevo la ruina
De la ciudad, y vueltos á ella fieros

En voz confusa dicen los guerreros:
  No hay que aguardar que ya este pueblo venga
A conocer la cometida culpa,
Ni que reduzca su porfia tan luenga
A términos que se oiga su disculpa.
Muera en su yerro, muera, y no se tenga
Piedad de aquel á quien el cielo culpa,
Venguen la ofensa que se hace á España
Armas, fuego, furor, rabia, ira y saña.
  Todos, qual suele el fiero torbellino
De los ayrados vientos levantarse
Del ancho mar, y en corvo remolino
Al mas cercano monte abalanzarse:
Que ni la antigua encina, ni alto pino,
Ni el fuerte roble puede sustentarse
Del ímpetu y furor de su violencia,
Ni el duro risco le hace resistencia.
  Así los defensores gloriosos
De la valía de España arrebatados
De sus brios y esfuerzos valerosos,
A los muros se arrojan denodados.
Mas del sol viendo el Rey que los fogosos
Rayos al mar atlántico llegados
Con las bordadas nubes se envolvian,
Y las crecidas sombras se volvian.
  Hizo señal á recoger, y luego
En medio puesto de su invicta gente
Dixo, que aquel corage y furor ciego
Guardasen todos para el dia siguiente.

Y sin dar á su obra algun sosiego,
Recorre con cuidado diligente
Máquinas, fosos, fuegos, postas, velas,
Y á Arjona envia sueltas centinelas.

LIBRO QUARTO.

Puestos en arma, en órden de pelea
Las armas puestas, y velando en puestos,
Aguardando la bella luz Febea
Los guerreros de Christo estaban pretos.
Solo un deseo rige y señorea
Sus invencibles ánimos dispuestos
A morir por la fe que defendian,
Y ganar la ciudad| que combatian.
El santo y glorioso Rey Fernando
Con los héroes del feurte ayuntamiento
Andaba disponiendo y ordenando
La hueste, para el fin de su alto intento:
Las máquinas é ingenios aprestando,
Sin dexar tiro ó bélico instrumento
Que no estuviese aparejado á punto,
Para en llegando del asalto el punto.
No habia parte en todo el campo á donde
Cabida al ocio inútil fuese dada,*
Que el un trabajo al otro corresponde,

Y una vigilia de otra era alcanzada.
Todo era igual, ninguno el rostro asconde
A la obra que le era encomendada,
Sin haber diferencia de persona
Desde el mas baxo á la Real corona.
  Todo estaba dispuesto y ordenado,
Segun el caso y la ocasion pedia,
Allí el ginete en su caballo armado
Tascando el freno, acá la infantería.
Un ala que ceñia el diestro lado
Del Rey, y por el muro discurria,
Los ingenios y máquinas cercando,
Y el muro y ellas por allí cerrando.
  Con no ménos cuidado y diligencia
Sobre el muro los Moros aguardaban
El suceso, y con armas y advertencia
Por velas y quarteles se guardaban:
Deseando del dia la presencia,
Por ver de Arjona el Rey que deseaban
Con el socorro, que en su gran quebranto
Les importaba á su remedio tanto.
  En tanto la hermosa luz de oriente
Con claros rayos descubrió la tierra,
Dando lugar á una y á otra gente
A defenderse, y á encender la guerra.
El Christiano esquadron con saña ardiente
Al muro arremetió, que guarda y cierra
La ciudad que los bárbaros tenian,
Y con valor y esfuerzo defendian.
  Los baluartes bélicos llegáron

Quanto posible fué al cerrado muro
Los Christianos guerreros, y empezáron
Por todas partes el combate duro.
Gomez Ruiz llegó, y vió que arrimáron
Una máquina á un cabo mal seguro,
Donde heridos eran de lo alto,
Y ella en nada ayudar podia al asalto.
Contra los tiros el doblado escudo
Puso encima de sí, y asiendo della
Con sus hercúleas fuerzas solo pudo
Arrancalla, y del puesto removella.
Sin que del muro el golpe ó tiro agudo
Le hiciesen parar, hasta ponella
En el lugar por donde habia subido
Al muro, y roto el ancho lienzo vido.
El Maestre de Eucles, y el invencible
Y fuerte Obispo Don Domingo acuden
Aquella parte, y con furor terrible
Los Moros los desvian y sacuden.
La máquina con son y golpe horrible
Hace tremer la tierra, y que se muden
Los trabados cimientos, y rendirse
El muro todo, y de alto abaxo abrirse.
Vino desmoronándose, y cayendo
Todo aquel lienzo á donde estaba puesta
La máquina, y con son y horrible estruendo
Fué en la caida su graveza presta.
Resonó el monte con ruido horrendo
Qual si cayera de la cumbre enhiesta
Su levantado alcázar, ó se abriera

La tierra, y dentro en sí el monte ascondiera.
El confuso clamor del temeroso
Pueblo á impedir la entrada acudió presto
Oponiéndose contra el vitorioso,
Que trabajaba de ganarle el puesto.
Trábase un espantable y riguroso
Combate, y todos trabajando en esto,
Procurando la entrada los Christianos,
Y estorbando que entrasen los Paganos.
Los de dentro herian á los de fuera,
La entrada resistiéndoles, y usando
En su defensa de la saña fiera
Que siempre, el paso con furor guardando.
El Christiano en su intento persevera
Rompiendo quanto se lo va estorbando,
Tiembla la dura tierra del terrible
Ruido, que retruena en son horrible.
Iba con el deseo la fiereza
En el Christiano exército creciendo,
Las voces, el ruido y la braveza
Por todas partes con furor rompiendo.
Sube el clamor al cielo con presteza,
Qual llama y viento horrible son haciendo,
Resuena por el monte y la campaña
Del confuso rumor la furia extraña.
No del ayrado viento la inconstante
Onda, del hondo asiento removida,
Suena hiriendo el monte con pujante
Fuerza, y porfia de soplos impelida:
Ni con ruido resuena semejante

El fuego abrasador en la encendida
Montaña, ni hiriendo el fiero viento
Los árboles con recio movimiento.
  Tal andaba el furor y el clamor alto
De entrambas partes en la lid sangrienta,
En el mavorcio y riguroso asalto,
En que el Christiano la vitoria intenta.
Y no saliera su designio falto,
Segun iba creciendo la violenta
Furia, que sosegó porque venia
Al Rey dándole voces una espia.
  Las dos rodillas ante el Rey inclina
Diciendo: ó gran señor, el Rey de Arjona
Con un crecido exército camina
Acá, y buscando viene tu persona.
A nuestro campo el suyo se avecina,
Y su arrogancia bárbara pregona
Que te viene á hacer que el cerco dexes,
Y con tu campo de Jaen te alejes.
  La veladora espia prosiguiera
En su razon, si el Rey no le atajara
Con mandarle callar y salir fuera,
La saña oyendo y bárbara algazara.
Juntó el Consejo ardiendo en ira fiera,
Y puesto en medio dice: ya veis clara
La suerte en que el honor su punto tiene,
Pues á buscarnos el contrario viene.
  Solo quiero, pues ya venir le vémos
Con la priesa que veis y diligencia,
Que con la misma aquí determinemos

Como será impedida su potencia.
Si á la ciudad llegar le dexarémos,
O si le será hecha resistencia,
Si habemos de acudir á los cercados
A estorbar que no sean ayudados.
  Resueltamente diga cada uno
Su parecer, pues la razon no pide
Usar aquí de término importuno,
Que el largo acuerdo esta ocasion impide.
Y dando el mio primero que ninguno
Digo, que pues se aparta y se divide
El campo del contrario, que juntemos
El nuestro aquí, y el muro no dexemos.
  Por esta parte deste muro estamos
Seguros, y guardando este arruinado
Portillo, al enemigo le estorbamos
Poder herirnos por aqueste lado.
Demas desto la entrada les vedamos
A los que vienen, y de aquí el formado
Campo puede asaltar y estar seguro,
Dar la batalla, sin que dexe el muro.
  Mi parecer es este, el vuestro espero,
Para que sea el acuerdo concluido,
Pues nos instiga el son de Marte fiero,
Y del contrario el bárbaro alarido.
Cesó el caudillo del Esperio impero,
Y entre todos creciendo fué un ruido
Pidiendo unos que al contrario fuesen,
Y otros que de allí el campo no moviesen.
  Trabáronse en acuerdos diferentes

Diciendo unos que á guardar quedasen
El derribado muro cien valientes
Hombres, y en órden los demas marchasen.
Otros daban razones concluyentes
Contradiciendo que de alli mudasen
El exército, y otros se apartaban
Desto, y al primer voto se llegaban.

De los Nestóreos Príncipes la duda
El de Eucles viendo, y tanta diferencia,
Sin haber quien á lo que importa acuda
Resueltamente dando la sentencia:
De donde estaba junto al Rey se muda,
Y haciéndole humilde reverencia,
En medio dice del Senado puesto,
Con elegante voz y grave gesto.

No sé qué es lo que estorba el justo intento
De vuestros invencibles corazones,
Ni qué os perturba, y causa un movimiento
Tan diferente, ó célebres varones.
Si el largo tiempo y gran conocimiento,
Que tenemos en tantas ocasiones
Quantas habemos visto en nuestro invito
Rey, iguales al mas de que hay escrito.

Y que os avisan todas, que dél solo
El parecer se siga que os demanda,
Con poder darlo, qual su luz Apolo,
De Marte en esta profesion que anda.
Y en la distancia que hay de polo á polo
Por esta nuestra y por la otra banda
Ya sabeis que ninguno hay mas valiente,

Ni en los casos de guerra mas prudente.
¿Y con saberlo como yo lo digo,
Pues lo habeis visto qual lo voy diciendo,
Y que lo propio dice el enemigo
Bando, que tiembla el nombre suyo oyendo,
Estais dudando? y no seguis qual sigo
Su parecer, que aspira y va siguiendo
A que la gloria vuestra y claros nombres
Viva en el mundo lo que en él los hombres.
De todos fué con un clamor subido
Lo que el Maestre dixo confirmado,
Y cada qual acude apercibido
A lo que está á su cargo encomendado.
Júntase el campo ántes dividido,
Pónese en torno al muro derribado,
Los de dentro ignorando el fin de aquello,
Acuden á morir, ó á defendello.
Comenzara á trabarse una espantable
Lid, si del muro un Moro no baxara
Diciendo: ya nos viene el saludable
Remedio, ya acabó la suerte avara.
Paráron todos con horror notable,
Y él el brazo alargó, y volvió la cara
A la parte que alzó la polvareda,
Y oia las voces, y via la gente queda:
Conocen cierto ser el Rey de Arjona,
Que á dar socorro á su afliccion venia,
Y á librar el lugar que á su corona
Con tanta fe y lealtad obedecia.
Divisan claro su real persona

La insignia viendo que ante sí traia,
Dan voces animando á sus paganos,
Con ellas ultrajando á los Christianos.
Aguardaban de Christo los guerreros
Aprestadas las armas su venida,
Los oprobrios oyendo y desafueros
De la gente sin Dios enfurecida.
Iba creciendo el algazara y fieros,
Quando viéron al viento descogida
Una blanca bandera tremolando,
Que al Christiano real venia marchando.
Doce Moros sin armas, y á caballo
La pacífica insignia acompañaban,
Que un camino seguian sin dexallo,
Ni ellos de en torno della se apartaban.
El término llegáron á caballo
Donde la voz se oia, y divisaban
Las personas, parando la bandera
Salió un Moro, y habló desta manera.
De nuestro Rey de Arjona y de Granada
Al santo y poderoso Rey Fernando
Venimos á traerle una embaxada,
Y así su audiencia por mi Rey demando.
Del protector de España fué escuchada
La demanda del Moro, y levantando
El grave rostro, dió á entender que fuesen
Por él, y á su presencia lo truxesen.
Don Pedro Ponce de Leon al punto
A darle al Moro por el Rey licencia
De poder donde estaba llegar junto,

Y á traerlo en su nombre á su presencia.
El campo todo como estaba á punto
De executar de Marte la violencia
Quedó suspenso, y dió camino abierto,
Por donde llegue con seguro cierto.

Luego que vido el bárbaro apartarse
Al valiente Christiano en su demanda,
La rienda alarga, y pica adelantarse,
Y quanto puede mas sin parar anda.
Llegando á punto de poder hablarse
El de Leon le dixo, que el Rey manda
Llevarlo ante él á dar su legacia,
Y asi para guiarlo ante él venia.

Cruzó los brazos, y firmó en el pecho
La barba, dando el Moro clara muestra
Quedar agradecido y satisfecho,
Y serle en esto su fortuna diestra.
Mientras que su camino trae derecho
Al Rey, tras de Don Pedro que lo adiestra,
Buyarruz, ante el santo Rey se pone
De rodillas, y humilde así propone.

Quando fui preso, y puesto en tu presencia
Donde conté la historia de mi vida,
Y de aquella, que en llanto y triste ausencia
La que me resta tiene consumida:
Me dixiste, sintiendo con clemencia
Mi suerte miserable y dolorida,
Que si en poder humano el remediarme
Estuviera, que no podias faltarme.

Desta merced, qual debo estar seguro,

En mis trabajos el vivir sustenta;
Teniendo cierto que en mi estado duro
Ha de ser el remedio y en mi afrenta.
Pues esto solo es lo que mas procuro,
Suplico á tu grandeza, que ahora sienta
Ese Moro que viene, que me ampara
Tu diestra invicta y tu clemencia rara.

Ese es el Alcayde, ese es el fiero
Hamet Golut, á quien qual he contado
Saqué la hija, y temo dél y espero
No te demande en dándote el recado,
Que me entregues á él por prisionero,
O que del Rey te sea demandado,
Para vengarse, no dexando pieza
En mí desde los pies á la cabeza.

Si este deseo lo trae, y si esto quiere
Que hagas, solo quiero suplicarte
Que quanto en este caso te pidiere
Le otorgues, demandando por mi parte:
Que me pondré en el campo, y si él pudiere
Me lleve, reduciendo al crudo Marte
La potencia real, en que confia
Tanto y mas que en su esfuerzo y valentia.

Quedó en esta razon, porque á este punto
Que Buyarruz pasar queria delante,
El Alcayde ante el Rey llegaba junto
Sobre el negocio á que venia importante.
Perdió el color, quedó como difunto
Mirando á su enemigo, y con semblante
Horrible acometió á hablar, y para,

De su fiereza dando muestra clara.
Mas viendo la presencia poderosa
Del fuerte muro y defensor de España,
Las rodillas inclina, y la furiosa
Ira refrena y concebida saña.
Y del pecho que aspira la rabiosa
Esquadra, que en los odios acompaña,
Esta voz mal formada salir fuera
Dexó, y al Rey decir desta manera.
Si al recaudo á que vengo me faltare
La eloqüencia que pide su graveza,
Y con términos rudos lo tratare,
Supla el defeto tu real grandeza.
Que no es mucho que aquí me desampare
Ingenio y lengua, y venga á tal baxeza
Que no pueda explicar el pensamiento
De mi Rey en tu alto acatamiento.
Serás servido en esto, ó Rey potente,
De absolver la rudeza y falta mia,
Mi recaudo admitiendo humanamente
Qual la intencion del Rey que á ti me envia:
A suplicarte porque aquesta ardiente
Guerra se acabe y su mortal porfia,
Le concedas llegar á tu presencia
Como á Rey suyo á darte su obediencia.
A este fin solo encaminado viene
Con la gente que está en el campo puesta,
Que en nombre tuyo y tu servicio tiene
Para ayudarte en tu conquista presta.
Tu voluntad es sola quien detiene

Que no haga la obra manifiesta
Lo que rige á mi Rey, que solo quiere
Hacer aquello que servirte fuere.
  El Moro paró aquí, y quedó aguardando
Que el general de Christo respondiese,
Lleno de ira, con horror mirando
A su enemigo, porque no se fuese.
El santo Rey el caso consultando,
Dió por respuesta, que á su Rey dixese
Que él le otorgaba qual pedia licencia
Para poder venir á su presencia.
  Levantóse en pié luego el Moro, y fiero
Dixo: agora propongo un caso mio,
En que, ó gran Rey, haber justicia espero,
Qual de tu eterna rectitud confio.
Ese pagano y baxo caballero,
Ese, que á tu Christiano señorío
Siendo aleve, se viene á ser guardado,
Es de quien me querello injuriado.
  Yo soy Hamet Golut, de tus valientes
Guerreros en mil pruebas conocido,
Soy de Arjona y sus fuerzas eminentes
Alcayde, y deste reyno el mas valido.
Tuve (para que vean en mi las gentes
Un exemplo de un caso dolorido)
Una hija, que nunca permitiera
El cielo que en mi casa ella naciera.
  Y este traydor con título de amigo,
La fe quebrando al amistad segura,
Me la robó, llevándola consigo,

Donde mi honor padece ofensa dura.
Porque conforme al yerro haya el castigo,
Y el castigo igual sea á mi desventura,
Te suplico, señor, que me lo entregues,
Y á tí un traydor sin fe y sin Dios no allegues.
  No fué posible, no encenderse en ira
El Moro, que traydor oyó llamarse,
De corage y dolor gime y suspira,
No pudiendo de oprobrio tal vengarse,
Con ceño horrible á su enemigo mira,
Y ante el Rey viene humilde á arrodillarse,
Quiere hablar, la voz se le detiene,
Y al cabo como pudo á decir viene.
  ¿Qué razon hay, que estando en la presencia
Del glorioso Rey que ves presente,
Digas con libertad y sin prudencia
Lo que no harás bueno eternamente?
Y así te pido, ó gran señor, licencia
Para satisfacer este insolente,
De suerte que le haga que él conceda
Que no hay ofensa que ofenderme pueda.
  Fué la razon del Moro recebida
De la Christiana union con levantado
Aplauso, y del piadoso Rey oida,
Qual la humildad con que se habia mostrado.
Tratan si le seria concedida
La licencia que habia demandado,
Hay varios pareceres y respetos,
Y todos ellos á razon sujetos.
  Los unos dicen que le sea dada

Facultad de hablar en su disculpa
A Buyarruz, de otros es negada,
Conociendo el valor del que lo culpa.
Otros dicen que quede reservada
Para otra ocasion oir la culpa,
Y que el Alcayde lleve la respuesta
Del Rey que aguarda, y tanto va en ser presta.
Sin conformarse conferian en esto,
Voces los unos y los otros dando,
Los dos paganos ocupando el puesto
Que los Christianos iban conquistando.
Mas el Rey viendo el yerro manifiesto
De todos los que estaban porfiando,
En una duda que tan poco importa,
Con tal razon las muchas dellos corta.
Todo el discurso sé, y acaecimiento
De tu hija, y sé, Alcayde, que robada
Te fué de aqueste Moro, y que en discuento
Fué su generacion casi asolada.
Y no harto tu fiero pensamiento
De la sangre que tienes derramada,
Este solo que resta en su linage
Me pides, en quien vengues tu corage.
Yo quiero hacer por solo darte gusto
Una cosa en que á entrambos satisfaga,
A tí, y á él, por parecerme justo
Que del insulto se le dé la paga.
El es cautivo mio, y será injusto
Permitir yo que ofensa se le haga,
Y así lo hago libre, él te responda,

O salga al campo, ó huya, ó se te asconda.
  A su voluntad queda cometido,
Haga lo que mejor le pareciere,
Síguelo tú, defienda él su partido
Por el camino que mejor pudiere.
El Alcayde con rostro agradecido
Dió á entender que aquello es lo que él quiere:
Buyarruz las rodillas inclinando,
Alegre dice al santo Rey Fernando.
  No podia venirme de tu mano,
O gran restaurador del reyno Ibero,
Ménos merced que darme á este pagano,
Que es lo que pido, y mas que el vivir quiero.
Yo entre el campo Moro y el Christiano
Me pondré en campo como estoy, y espero
Satisfacerte, tú podrás llevarme
Preso de allí, ó allí despedazarme.
  Si haré, respondió el Alcayde, y parte
A dar respuesta al Rey que lo aguardaba,
En tanto el glorioso y santo Marte
Su gente puso en órden como estaba:
Y mandó que por una y otra parte
De la suerte que el muro rodeaba
Doblasen postas, y estuviesen puestos
Al punto con las armas en sus puestos.
  Fué obedecido, y todos acudiéron
A lo que por el Rey les fué mandado,
Y en órden desde allí se reduxéron,
Quedando el campo qual se vió formado.
Llegar al furioso Alcayde viéron

Ante su Rey, y en dándole el recado
Pífanos, caxas, trompas resonáron,
Y el estandarte blanco tremoláron.
  Luego el bárbaro Rey subió á caballo,
Y una esquadra de fuerte infantería
Con insignias de paz á acompañallo
(Y no por guardia) en torno dél venia.
Del Christiano real salió á aguardallo
Para que entrase en él, y serle guia
A la tienda real, el sin segundo
Don Pedro Ponce, horror y honor del mundo.
  En seguimiento suyo fué el valiente
Don Lope de Quevedo, y Ruiz Gonzales,
Tello Alfonso, y la mas florida gente
Del campo, y de varones principales.
Llegan todos ante él, y humildemente
Le saludan, y el Moro con señales
De amistad los recibe, y rodeado
Dellos al santo Rey se lo han llevado.
  El bárbaro humillado en su presencia
Para besar le demandó la mano,
Con amigable rostro y apariencia,
Que satisfizo al general Christiano:
Y acudiendo á su humilde reverencia
Lo levantó, y con semblante humano
Junto al suyo le dió un honrado asiento,
Que es la humildad de gran merecimiento.
  A sus corteses pláticas poniendo
Fin los dos Reyes, el Señor de Arjona
Y de Granada al santo Rey pidiendo

Licencia de hablar, así razona:
De oir la causa con que vengo, entiendo
Que entenderás que sirvo á tu persona,
O magnánimo Rey, cuya alabanza
Excede á quanto ingenio humano alcanza.

Viendo el deseo que en tu heroyco pecho
Tan sin cesar eternamente arde
Por echar á Jaen el yugo estrecho,
Sin que tiempo, ni riego te acobarde:
Perseverando en este solo hecho,
No te impide que sea temprano ó tarde,
Con parecer resuelto de batilla,
Sin dexalla hasta habella, ó destruilla.

Sobre esto vengo, y lo primero á darme
Por tu vasallo, y someterme al fuero
De tu jurisdicion, y el yugo echarme
Como tu mas humilde prisionero.
Deste modo, señor, puedes mandarme,
Y á mi reyno que ofrezco á tu alto impero,
Para que sea amparado como tuyo,
Y asi en él por señor te constituyo.

Dexó el asiento en que sentado estaba,
Y en el suelo hincando el Rey pagano
Las dos rodillas, dixo que él besaba
Por señor suyo al santo Rey la mano.
El qual, con la piedad que siempre usaba
El espíritu suyo soberano,
Lo recibió, mirando que en su estado
Era Rey como él propio coronado.

Y lleno de santísima clemencia,

La humildad viendo del humilde Moro
Postrado ante él, rendirle la obediencia,
Y ofrecerle su reyno y su tesoro:
No dando á la codicia vil licencia,
Y á la piedad guardándole el decoro,
Al Moro levantándolo del suelo,
Así responde el defensor del cielo.
Para que haga al gusto y querer mio
Tú libertad me ofreces, y tu tierra,
Dándome sobre todo señorio
Quanto tu mando y tu potencia encierra.
De aceptar lo que ofreces me desvio,
Gózalo tú, haz dello paz ó guerra,
Solo quiero que quedes de cumplirme
Lo que dixere aquí para servirme.
Tú lo primero tienes de firmarme
Que serás mi vasallo, y darás cierto
Cada un año el tributo sin faltarme,
Que asentado será en nuestro concierto.
Que á mis Cortes vendrás á acompañarme,
Hasta que seas por larga vejez muerto,
Y con esto te queda libremente
Con tierras, señorios, tesoro y gente.
Solo á Jaen deste concierto exceto,
Porque la tengo qual la ves ganada,
Y me ha tenido y puesto en tal aprieto
El largo tiempo y la estacion helada.
El Moro respondió: todo eso aceto,
Jaen al punto te será entregada;
Y á su Alcayde envió, que luego abriesen

Las puertas, y las llaves al Rey diesen.
  Un clamor se alzó luego en siendo oida
Esta razon, qual el agreste bando
En Mesia suele la sazon venida
A Ceres ir del fruto despojando:
Que la voz por los ayres esparcida,
Van de la Diosa el nombre celebrando
En himnos, de la suerte que al glorioso
Rey su exército exâlta vitorioso.
  Abren las puertas hasta allí cerradas
Que resistido habian al osado
Furor Christiano, y siendo incontrastadas,
Le habian la eutrada en su ciudad negado.
Viene el anciano Alcayde, y las guardadas
Llaves que recibió juramentado
De su Rey, y ante él puesto de rodillas
Se las entrega, y dice al recebillas.
  Tres cosas son las que me dan licencia,
Y el temor hacen que de mí se aparte
Para hablar sin miedo en tu presencia,
Pues sin él osé siempre aconsejarte:
La lealtad, el amor y la experiencia
Que tengo en esta profesion de Marte,
En que tan largos años te he servido,
Y tantos daños he por tí sufrido.
  Yo te hice, señor, pleyto homenage
De guardarte á Jaen y defendella,
De morir ó sufrir qualquier ultrage,
Antes que pie Christiano entrase en ella.
Y ha servido esta fe y este corage,

Los riesgos, hambres, y el morir por vella
En poder tuyo, en que á los tuyos niegues,
Y al Rey las llaves por tu mano entregues.
  Estas son las que en guarda me entregaste,
Y á tí que me las diste las entrego,
Para que tú al que siempre las negaste
Las des, y la ciudad le entregues luego.
Entren en ella libres de contraste,
Maten, roben, cautiven, pongan fuego,
Que pues en tí no hallan mas defensa,
Sufran los tuyos esta injusta ofensa.
  Demudó el rostro el fiero Rey pagano,
Y á su Alcayde miró con espantosa
Vista, y las llaves dándole en su mano,
Le mandó ir sin responderle cosa.
Conoció el Moro el ánimo inhumano
De su Rey, y con vuelta presurosa
Pavoroso á Jaen dexó, y camina
A guarecerse en Hispalis divina.
  Quedó en silencio todo sosegado,
Sin que ninguno de los Reyes diese
Principio de hablar en lo tratado,
Y el fin que pretendian se concluyese.
Mas el Moro así viendo estar parado
Al santo Rey, le dixo que hiciese
La gente entrar en la ciudad, que estaba
Para que entrase abierta, y lo esperaba.
  Pareció á este punto una bandera
Sobre el muro, y un Moro que decia:
Ven, Rey Fernando, ven, que ya te espera

Tu ciudad, goza el fin de tu porfia:
Echa á los tristes naturales fuera,
A quien llegó de su opresion el dia,
Triunfe tu diestra vencedora agora
De la ciudad de tantas vencedora.
Levantóse un clamor alto y confuso
Dentro del muro con lloroso acento,
Fuera de todo razonable uso,
Y límite de humano sufrimiento.
La gente del Christiano Rey se puso
A oir el triste y mísero lamento
Que iba creciendo mas, quanto mas iba
Creciendo la ocasion de su ansia esquiva.
No fué igual llanto en la ciudad oido,
Que el furor destruyó del bando Griego,
Ni en la que edificó la casta Dido,
Que el Romano rigor entregó al fuego.
Ni en quejas, ni en dolor, ansia y gemido,
En muertes, ni en cruel desasosiego
Mostrar pudiéron su desdicha tanto,
Quanto Jaen en su ruina el llanto.
Viendo suspenso el Rey de Arjona en esto
Al santo Rey, le dixo: ó Rey divino,
¿Qué es lo que te detiene en este puesto,
Pues te llama tu próspero destino?
Ven, no tardemos, entra en Jaen presto,
Toma la posesion, pon en camino
A los que della tu invencible lanza,
Tu diestra y vitoriosa espada lanza.
Fué la invencible gente que aprestada

Estaba, en órden militar entrando
En la ciudad en llantos ocupada,
Que ántes un punto ardia en furor infando.
Junta la Clerecia y ordenada,
Una solemne procesion formando,
A la inmunda mezquita, los Christianos
A limpiar fuéron de sus ritos vanos.
Donde el honor del pérfido Mahoma
(Que tantos ciegos y engañados tiene)
Se guardaba de aquellos á quien doma
La ley, que con las armas se mantiene.
Mas la gente á quien da la sacra Roma
La verdadera gracia, con solene
Ceremonia dexó el lugar sagrado
De la Virgen Christifera llamado.
Mientras esto en la Iglesia se hacia,
El Rey Moro con priesa diligente
Por las calles y plazas discurria,
Salir mandando á todos igualmente:
Y la ciudad dexársela vacía
Al santo Rey y á su Christiana gente,
Que puesta al arma estaban aguardando
Verlos salir, y la ciudad guardando.
Obedecido el bárbaro Rey Moro,
La ciudad de sus Moros defendida
Dexan llena de armas y tesoro
A los que nunca fué jamas rendida.
Con suspiros hiriendo el alto coro;
Con lágrimas regando la querida
Patria, de todos fué desamparada,

Y del Christiano exército ocupada.
Fuéron las calles y las casas luego
Llenas de gente, que sin órden iba
Corriendo con veloz desasosiego,
Ardiendo en ansia y en codicia viva:
Qual llama fiera de encendido fuego
A quien el Austro el rapto soplo aviva,
Que allana quanto coge por delante,
Sin que á impedirle nada sea bastante.
Tal la guerrera gente libre y suelta
Del órden militar, con diligencia
Quanto hallaba, sin que cosa absuelta
Fuese, arruinaba su feroz violencia.
Toda siguiendo el saco iba revuelta,
Usando de la libre preeminencia
De la milicia, que en llegando á efeto
Ni guardar ley sabe, ni tener respeto.
Andando desta suerte los guerreros
Tocó la caxa á recoger, y al punto
Los infantes y sueltos escuderos
La presa dexan por ponerse á punto.
Creyendo que los Moros volvian fieros,
El campo todo se reduce junto,
Porque del mundo se ascondia la bella
Luz, y la sombra aparecia tras ella.
Siéndole del Rey santo concedida
Al Rey Moro licencia de ir do estaba
Su gente miserable y afligida,
Que el llanto solamente exercitaba:
Fué la Christiana hueste repartida

Una al reposo, y otra que velaba
En el alto castillo el estandarte,
Donde fué puesto por el santo Marte.

LIBRO QUINTO.

Guardando estaba la Christiana gente
Por el Rey santo la ciudad ganada,
Fortalecida de armas la eminente
Fuerza, y de caballeros ocupada,
Quando esparciendo rosas del oriente
Salió de Menon la hermosa amada,
Principio dando al claro y bello dia,
Que cubrió la tiniebla obscura y fria.

Luego que dexó verse el claro cielo,
Por todas partes los héroes famosos
Libres andaban sin ningun recelo
Los edificios viendo suntuosos.
Del soberbio castillo el alto vuelo
Admiraba, y los muros espaciosos
Del contramuro y cava rodeados,
Y de puertas fortísimas cerrados.

Salian por ellas, y en el fresco llano
Con vista alegre se espaciaban viendo
La fértil arboleda, que un ufano
Abril promete su sazon viniendo.
Con esto andaba el esquadron Christiano
El trabajo pasado suspendiendo,

Quando su tienda y compañía dexando
El Rey Moro llegó al Christiano bando.
Venia su Alcayde algo distante, puesto
A punto de pelea, en un caballo
Africano, feroz, revuelto, presto
Qual rayo, que impedia el poder mirallo:
Haciendo su denuedo manifiesto
El ánimo del Moro, que parallo
Quiso, donde en llegando desta suerte
Dixo á la union de Scipiones fuerte.
Quando al Rey santo truxe la embaxada
De mi Rey, le pedí que me entregase
El Moro, por quien veo deshonrada
Mi fama, y que en infamia se trocase.
De su Alteza me fué respuesta dada
Que él lo hacia libre, que él usase
De sí á su voluntad, que se ascondiese,
O á pelear conmigo se ofreciese.
Respondió el Moro, conociendo claro
La merced que el Rey santo le hacia,
Y que estaba seguro con su amparo
Mas que no con su vana valentia:
Que en esto un premio se le daba raro,
Y que él entre ambos campos se pondria,
Que de allí si pudiese lo llevase,
O allí el soberbio intento executase.
Vengo á que el Moro cumpla su palabra,
Pues ante el Rey quedó este pacto hecho,
Para que Lemnos vean que no labra
Armas, que lo defiendan deste estrecho.

Ni el mundo, ni la tierra aunque se abra,
Harán que pierda punto mi derecho,
Que el mundo arruinaré, y al hondo abismo
Baxando á él, en él haré lo mismo.
Dexó entre los Christianos la arrogante
Braveza del pagano un sobresalto,
Un ayrado furor, un resonante
Murmúreo, y un clamor confuso y alto:
Que su Rey viendo la ocasion bastante
Que dió para de vida hacerlo falto,
Pidió que al santo Rey á hablar fuesen,
Y que respuesta al Moro no le diesen.
Todos al Rey pagano obedeciéron,
Y al fiero Alcayde sin hablar dexáron
En el puesto, y al Rey Fernando fuéron,
Y el caso sucedido le contáron:
Y á una voz en alta voz pidiéron
Todos los que presentes se halláron
Que Buyarruz saliese al campo luego,
Pues él lo pide con humilde ruego.
Al glorioso defensor de España
Pareció bien que Buyarruz saliese
(Pues él lo demandaba) á la campaña,
Y con sus armas su causa defendiese:
Que vengase el Alcayde en él su saña,
O él de sus padres la venganza hubiese,
Y llamado sobre esto vino al punto,
Y el Alcayde llegó á lo propio junto.
Dexó el caballo el arrogante Moro,
Y en la presencia de los Reyes puesto

Dixo: aunque mal me guardo á mí el decoro
En ponerme con solo un hombre en esto:
Ante Macon á quien por Dios adoro,
Y ante vuestra presencia real protesto
Que no peleo con él con esperanza
De gloria, sino solo de venganza.

Buyarruz respondió: si ese deseo
Te incita, ó Alcayde, él mesmo me espolea,
El mesmo al campo á darte ese trofeo
Me llama á que lo hayas en pelea.
Con este alfange solo que poseo,
Sin otras armas quiero que se vea
Que el decir y el hacer son diferentes,
Y el hacer sin hablar es de valientes.

Hizo una humilde reverencia, y parte
Qual desatado rayo el Moro fiero,
Pónese en campo, y en la mesma parte
Que dicho habia al santo Rey primero.
El furioso Alcayde, que al Dios Marte
Despreciaba, tras él corrió ligero,
Sin que las graves armas lo impidiesen,
Ni el veloz curso estorbo alguno fuesen.

Siguen tras ellos con veloz carrera
De los que en la presencia real estaban
Muchos, por ver de entrambos la lid fiera
Que con deseo tan grande procuraban.
Cubre el muro la gente, y por defuera
El llano, y de clamores resonaban
Las cóncavas cavernas, donde el viento
Hacia hiriendo un mal formado acento.

Diego Perez de Vargas, que en su tienda
Al Moro tuvo y alojó consigo,
Puso las piernas y largó la rienda
Al caballo, y buscando fué á su amigo;
Temiendo que el Alcayde no le ofenda
Por ir armado, dándole el castigo
Que prometia su feroz denuedo,
Tan falto de piedad como de miedo.

Llevó el Alcayde un Moro en quien tenia
Su confianza, que llegando á manos
En esfuerzo pudiera y valentía
El solo contrastar muchos Christianos.
Este quedó por guarda y compañía
Del caballo, el qual viendo á los paganos
En campo, y que el Alcayde ya llegaba
A Buyarruz que fiero lo esperaba.

Viendo que Diego Perez con ligero
Paso tras el Alcayde iba corriendo,
Subió á caballo Buhadana fiero,
Para hallarse en el combate horrendo:
Temiendo que el Christiano caballero
Iba contra el Alcayde, socorriendo
A su enemigo, que salió á encontrallo
Quando el Christiano atravesó el caballo.

Púsose entre los dos, y dixo: advierte,
Valiente Alcayde, que es ofensa tuya
Pelear con un hombre desa suerte,
Armado tú, y él sin defensa suya.
Vieneslo amenazando con la muerte,
Que quando el campo dexe, y de tí huya,

No pierde nada, pues está sin armas,
Y tú de tantas contra él te armas.
Ponte en armas igual como es costumbre
En singular batalla de hombre á hombre,
No desa suerte, aunque se acostumbre
Entre los que no quieren claro nombre.
Mira, que el dia descubre con su lumbre
Tu hazaña, y dirán quando se nombre
Que el miedo te cubrió de armas dobladas,
Para ser con tu infamia exercitadas.
No sé yo (dixo alzando la espantable
Voz el ayrado Alcayde) qué te mueve,
O Christiano, á querer que sea loable
Mi hazaña, y que el mundo la compruebe.
Aquí no aspiro á hecho memorable,
Sino á solo vengarme deste aleve,
Y de qualquiera modo que lo acabe
No importa, pues no aspiro á que se alabe.
El otro Moro que venia á caballo
Al Alcayde buscando, llegó á esto,
Y viendo á Diego Perez estorballo,
Terció la lanza y acercóse al puesto:
Y á entender dando que queria enristrallo
Le dixo en alta voz: desviate presto,
Christiano, ó yo haré que te desvies,
Y á mi Alcayde no estorbes, ni porfies.
Diego Perez volvió á la voz del Moro,
Y queriendo ir sobre él, se puso en medio
El Alcayde guardándole el decoro,
Y diciendo: acudamos á un remedio.

Ese traydor por quien mi infamia lloro,
Pues en mi daño ya no hay otro medio,
Mientras yo me desarmo entre en batalla
Con este, que ni trae arnés, ni malla.

Buyarruz respondió que él lo acetaba,
Y así llegó á pedírselo al Christiano
Puestas las manos, y á entender le daba
Ser el acuerdo á su intencion mas sano.
El Moro se apeó, y al accion traba
Del guerrero caballo la una mano,
Recógele la rienda, y parte al punto
A su enemigo que lo aguarda á punto.

Sin hablarse palabra, en ira ardiendo
Los alfanges sacáron animosos,
Y el uno contra el otro arremetiendo
A herirse comienzan furiosos:
Los brazos levantando y descendiendo,
Sin cesar golpes dándose espantosos
Que en los doblados albornoces daban,
Que era con lo que solo reparaban.

El bravo Buhadana con dos manos
Tomó el alfange arremetiendo fiero
A Buyarruz, diciendo: ¿tan livianos
Son mis golpes, que aguarda un vil guerrero?
Agora entenderás si han sido vanos
Los que suelen abrir montes de acero,
Alzó los brazos encendido en ira,
Y ciego della un fiero golpe tira.

Buyarruz conociendo el movimiento,
En el ángulo diestro con presteza

Se metió, y al pasar del violento
Golpe tirado con bestial fiereza;
Con el suyo acudiendo en el momento,
Los músculos volviendo con destreza,
El brazo diestro á cerce le ha cortado,
Y hasta ver las entrañas le abrió el lado.
Cayó qual suele el toro, que herido
Del golpe de la ségur riguroso,
Que para el sacrificio fué traido
Del Dios que rige el mar tempestuoso:
Que con su sangre riega el encendido
Fuego, tiñe el altar, moja el yerboso
Suelo, que un punto antes con lozano
Paso midió, poniendo en miedo vano.
Así el Moro cayó, y tiñó el suelo
De roxo humor, rindiendo en él la vida,
Donde puso pavor, y dió recelo
Su horrible aspecto y saña desmedida.
El Alcayde blasfema contra el cielo
La suerte viendo en contra sucedida,
Quítase el yelmo, arroja arnés y escudo,
Y á la batalla se ofreció desnudo.
No con igual denuedo al espantable
Juego el soberbio gladiator corriendo
Se ofreció, ni con furia tan notable
Leon herido á su contrario viendo,
Ni la hircana fiera que el amable
Parto halló robado, arremetiendo
Al que se lo robó mostró igual saña,
Que al Moro el fiero Alcayde en la campaña.

Saliólo á recibir Buyarruz fuerte
Con su tajante alfange y brazo en alto,
No menos animoso en esta suerte
Que en el pasado y riguroso asalto.
Corrió el Alcayde fiero á darle muerte,
Y estando el Moro de medida falto,
Se puso en proporcion como pudiese
Reducirse, y herir si arremetiese.

Lleno de saña y de mortal corage
Un golpe y otro á su enemigo tira
El Alcayde, poniéndose en parage
De donde alcance á executar su ira:
Llevando en la venganza de su ultrage
La memoria, y así revuelve y mira
Por una y otra parte con cuidoso
Animo de venganza codicioso.

Con no menos feroz semblante aguarda
El Moro al indinado Alcayde, y fiero
En dar sobre él mil golpes no se tarda,
Y en recogerse en buen compas ligero.
Brama el Alcayde en ver como se guarda
De sus soberbios golpes el guerrero,
Quísose abalanzar, y en el instante
Halló la punta puesta de delante.

Detúvose, y tocando en la flaqueza
Le desvió la punta, y tuvo entrada
Para tirarle un golpe con fiereza
Que no entendió que lo impidiera nada.
Conoció la herida, y con presteza
Sobre sí viendo la tajante espada,

De su tajo formó el Moro otro tajo,
Que le abrió la cabeza de alto á baxo.
Perdió el sentido, y vino luego á tierra,
Rendida el alma, que halló salida
Por la llaga mortal, y se destierra
Del mundo, asi qual de la dulce vida.
Viendo acabada Buyarruz la guerra,
Y por él la vitoria conocida,
Al Alcayde las armas y el caballo
Quitó en señal de gloria, y despojallo.
Acude Diego Perez presuroso,
Y al Moro abraza con abrazo estrecho,
Alabando su hecho por famoso,
Y á él loando por su heroyco hecho.
Acude el vulgo y con aplauso honroso
Lo recibe, y de allí parte derecho
A donde el santo defensor estaba,
A darle nuevas de lo que pasaba.
El Rey bárbaro oyendo el miserable
Suceso de su Alcayde no esperado,
De Budahana el caso lamentable,
Siendo por tan valiente reputado:
Mudó el semblante, dando un espantable
Gemido, en pie poniéndose admirado
Dixo: ¿es posible tal, que á Budahana
Y á Hamet Golut contraste suerte humana?
No es posible, señor, no creas tal cosa,
Y si fué como dicen, ten por cierto
Que del cielo fué ira rigurosa,
Que hombre mortal no pudo haberlos muerto.

Inclinó la cabeza, y con rabiosa
Saña, llevado en fiero desconcierto
A saber la verdad del cierto daño
Parte el Rey Moro en duda si era engaño.
  Lleno de saña y de congoja ardiente,
Que le arrancaba el alma al Rey pagano,
Iba encontrando la Christiana gente,
Y el caso preguntándole inhumano.
Y siéndole de todos igualmente
Certificado por negocio llano,
Ansioso suspiraba, y revolvia
La rienda, y del camino se salia.
  Desta suerte aquejándose y gimiendo,
Solo y lloroso el Moro caminaba,
La memoria á mil cosas revolviendo,
Que el mal presente allí le presentaba,
Quando vió al Moro que su mal horrendo
Y su triste congoja le causaba,
Sobre el caballo de su Alcayde puesto,
Y de sus armas por trofeo compuesto.
  Sin poder refrenar la horrible ira
Aunque lo vió venir acompañado
De Christianos, partió qual presta vira,
Y á él llegó diciendo denodado:
Perro, ¿es posible que tu brazo tira
Tan largo que á mi Alcayde haya llegado,
Siendo el que Alá tenia en este mundo
Para henchir de almas el profundo?
  ¿En tí hubo valor, en tí osadia
De ponerte en campaña con aquellos

Que defendian la potencia mia,
Y al mundo era terror el nombre dellos?
¿Tal nombre ha de heredar tu alevosia?
¿Tal gloria que pudieses ofendellos?
O injusto Alá, pues tal maldad consientes,
Y á este traydor das vida entre las gentes.
Furioso arremetió poniendo mano
Al corvo alfange el bárbaro Rey fiero,
Diciendo: ahora entenderás, tirano,
Si hay fuerte brazo y si hay tajante acero.
Buyarruz respondió, harto mas sano
Te será, Rey, ser Rey, que ser guerrero,
Queriendo de hombre á hombre señalarte
Con quien ni ha de huir ni respetarte.
Con soberbio denuedo al claro cielo
El alfange sangriento sacó fuera
De la vayna, y ligero saltó al suelo
A trabar con el Rey batalla fiera.
Diego Perez qual rayo en presto vuelo
Llegó, y muchos Christianos de carrera
Al Rey y á su compañia deteniendo,
Y á Buyarruz con ruegos reprimiendo.
Pudo de los Christianos tanto el ruego
Con el Rey Moro, que aunque ardiendo en saña
Se reportó y tomó el camino luego,
Y en seguimiento suyo su compaña.
Buyarruz queda de corage ciego
Resistiendo el quedar solo en campaña,
Se abalanzaba á ir tras ellos dando
Voces, batalla á todos demandando.

El ir le fué de todos defendido,
Aunque el ánimo invicto lo llevaba,
Sin poder reprimir el encendido
Furor que las entrañas le abrasaba.
Quedó lleno de bascas, y afligido
Como si fuera de una fiebre brava
Aquejado, y del fiero encendimiento
Respiraba con tardo movimiento.

De todos persuadido fué y rogado
Que la cólera ardiente refrenase,
Que no fuese tan libre y tan osado
Con su Rey, ni en respeto le faltase.
A todos escuchaba el Moro ayrado,
Sin responder, y como se aplacase
Un poco en él la cólera encendida,
Respondió á todos su razon oida.

Si no tuviera la razon que tengo,
Pudieran con razon reprehenderme
Del corage implacable que sostengo,
Sin que dél pueda un punto retraerme.
Mas ay triste, que donde voy y vengo,
Y en quantas cosas hago, veo ofrecerme
De mis padres y hermanos la espantable
Muerte, que á ese tirano fué agradable.

Della tomé en su Alcayde la venganza,
Pues fué por él el fiero estrago hecho,
Usando en su rigor la destemplanza,
Que encerró siempre en sí su infernal pecho.
Y con ver este Rey la cruel matanza
Que hizo ese Alcayde, sin guardar derecho

De justicia, pues era en inocentes,
No reprimió sus fieros accidentes:

Antes con su favor le daba aliento
Para que fuese su furor delante;
Para que fuese el ánimo violento
En tal crueza su crueldad constante.
Y por esto, pues veo mi perdimiento,
Mi linage asolado, con bastante
Causa diera la muerte al Rey injusto,
Que de tantas sin causa tomó gusto.

De aquí nació, ó Christianos animosos,
El atreverme, y si por vos no fuera,
Qual quedan sus dos Moros tan famosos,
Al Rey, y á quantos van con él pusiera.
Tomó el caballo, y dél los gloriosos
Christianos rodeados van do espera
El santo Rey, al qual llegado al punto
A sus pies las rodillas hincó junto.

Mas siéndole al Rey dicho la osadía
Con que á su Rey habló, el semblante puso
En el Moro, no afable qual solia,
Mas desdeñoso y fuera de su uso;
Y atras del Moro un paso se desvía,
Admirado dexándolo y confuso,
Y en suspension á todos, ignorando
La extrañeza que así aclaró Fernando.

Premio se le debia á tu hazaña,
Si acompañara la humildad su parte,
Mas siendo heroyca, y de virtud extraña,
Con tal soberbia no hay de que loarte.

Ella pierde por tí, y á tí te daña,
Pues ciegamente hizo así arrojarte
Contra tu Rey, que habias en tus enojos
Donde él ponia sus pies poner tus ojos.
  Y desviado desta humildad justa,
Con arrogante y loco pensamiento,
Con bárbaro furor y osadía injusta
Contra tu Rey tuviste atrevimiento.
No hay justo á quien el hecho no disgusta,
Ni hay sabio á quien no cause descontento,
Ni hay hombre baxo, ni hay hombre de estado
De quien no eres por traydor culpado.
  Lo qual me tiene puesto en contingencia
De en tí hacer exemplar castigo,
Para enseñar en él la reverencia
Que á un Rey se debe, aunque sea enemigo.
Y así te mando luego por sentencia
Que un solo punto mas no estés conmigo,
Que no es justo que esté entre mi leal gente
Quien es á su señor inobediente.
  Dió sin aguardar mas el Rey la vuelta,
Y el Moro lleno de afliccion y espanto
A mil suspiros congojosos suelta
La rienda, y da lugar al tierno llanto.
Quedó la gente en confusion revuelta,
Quedó el Moro temblando del Rey santo,
Sin hablar hecho una estatua helada,
En tierra la llorosa faz hincada.
  Quedando desta suerte el afligido
Buyarruz su dolor manifestando,

Unas veces con llanto enternecido,
Y otras amargamente suspirando:
Sin poder ser de nadie persuadido
A consuelo, entre todos lamentando
Su desgracia, favor pidiendo al cielo,
En su caballo salta y parte en vuelo.
Llevado de su ánimo invencible
Aunque de su congoja acompañado,
Sin saber donde en suerte tan terrible
Fuese de amigo ó deudo recetado.
Entrar en su lugar era imposible
Teniendo al Rey qual lo tenia enojado,
Tampoco era seguro ir á Granada,
Ni el esconderse en Loxa servia nada.
Donde quiera que fuese, el espantoso
Castigo ante los ojos via presente,
Y asi en un mar de dudas congojoso
Iba engolfado el bárbaro valiente.
Todo le parecia dificultoso,
Todo imposible y nada conveniente,
Y si en algo hallaba algun remedio,
Hallaba en contra un mundo luego en medio.
Cansado de aquejarse en pensar esto,
Resueltamente el Moro determina
Ir á Sevilla, á do el temor molesto
Repare, y su cruel muerte vecina.
Deste deseo llevado en vuelo presto
Con tal priesa de noche y dia camina,
Que á la Ciudad llegó, que su buen hado
Le inspiró, que buscase en tal estado.

Seguro ya de su mortal receio,
Iba mirando la Ciudad famosa,
Que la guardaba para estancia el cielo
De Santos y de Mártires gloriosa:
De su cansancio recibia consuelo
Ocupando la vista en la espaciosa
Ribera, que allí el Betis va ofreciendo,
Por arboledas fértiles corriendo.

A la siniestra mano revolvia,
Y via el fértil y espacioso llano,
Que tanta yerba y tanta flor cubria,
Que mostraba ser mas que suelo humano.
En esto el Moro el alma entretenia,
Con esto iba aunque afligido ufano,
Quando seis Moros contra él saliéron,
Y quien era, y do iba le pidiéron.

Buyarruz respondió (en su lengua): amigos,
De Jaen vengo qual me veis huyendo,
Vengo á ampararme aquí de los castigos
Que á mi suerte promete el hado horrendo.
Si temes los Christianos enemigos,
(Que ya la están qual dicen poseyendo,
Respondió Mahayni) ven, que este muro
De todo el mundo te hará seguro.

Axartaf es señor de esta eminente
Ciudad, cuyo poder y esfuerzo es tanto,
Que no hay nacion ni desviada gente,
A quien no pone el nombre suyo espanto.
Y así en tu angustia y tu temor presente
Puedes fiarte dél qual Alá santo,

Que Alá en el cielo, y Axartaf en la tierra,
Son de poder igual en paz y en guerra.
Su Alcayde soy, y en el nombre dél te ofrezco
A tus temores el seguro amparo,
Porque qual es razon me condolezco
De aquellos á quien sigue el hado avaro.
Buyarruz respondió: yo te agradezco
Esa merced, igual al valor raro
Que representa tu persona ilustre,
Que á la Agarena gente honor da ilustre.
Esto diciendo en la Ciudad entráron
Por la calle que toda la atravieza,
Y armado como estaba lo lleváron
Al Rey y lo metiéron en su pieza.
Y como de donde era le informáron,
Un alboroto á levantarse empieza,
Que el Moro viendo aquello se detuvo,
Y suspenso aguardando un rato estuvo.
Todos los que al Rey eran mas llegados,
Y los que le servian de consejeros
Fuéron de verlo armado alborotados,
Al Alcayde culpando y caballeros:
Diciendo que vivian descuidados,
Pues no temian las trazas de los fieros
Christianos, y que allí en aquella habria
Oculto algun ardid ó alevosía.
A esta postrer razon se conmoviéron
Todos, en pie poniéndose Ariadino,
Moro de gran consejo, á quien tuviéron
Los Reyes ántes por varon divino.

Y dixo: los Christianos no hiciéron
Traycion, ni semejante desatino
Como es venir así á buscar la muerte
En donde ni habrán gloria, ni harán suerte.
Salir diez dellos contra cien paganos,
Morir todos por no perder su gloria,
Romper un muro con sus fuertes manos,
Y entrallo á fuerza y alcanzar vitoria:
Estas obras sí hacen los Christianos,
Estas sí y otras dignas de memoria,
Mas venir de esa suerte es cosa nueva,
Y Alá pluguiera hicieran esa prueba.
Buyarruz entendió la diferencia,
Y de las armas se desarma al punto,
Viendo escandalizar la Real audiencia,
Por ellas dél teniendo mal barrunto.
Y sin aguardar mas ni haber licencia,
A los pies de Axartaf se llegó junto
Diciéndole: yo vengo á socorrerme
Con tu poder, para poder valerme.
Injustamente de Jaen lanzado
Buscando vengo en la miseria mia
Donde ser pueda libre y amparado,
Y á tí el gran Dios para mi bien me guia.
De mi necesidad vengo forzado,
(No qual temerse debe) por espia,
Qual alguno que oye lo que digo
Decir puede si soy del bando amigo.
Miró al Alcayde de Jaen, que estaba
Desviado á una parte, á entender dando

Que por testigo de su abono daba
Aquel, y así calló el rostro abaxando.
Los del consejo cada qual mostraba
Acuerdo diferente variando,
Unos diciendo que de alli lo echasen,
Y otros pidiendo al Rey que lo amparasen.
En pie se puso Hacen, un Moro viejo,
A quien el Rey en casos de la guerra
Tenia en mucho siempre su consejo,
De grande estimacion era en su tierra.
Viendo en tantos acuerdos el consejo,
El silencio del de sí destierra
Diciendo al Rey: sirviéndote tu dello,
Puedes muy bien señor, favorecello.
La historia deste me contaba ahora
El Alcayde, el qual dice, que él presente
Lanzar vido á este Moro y á una Mora
De Jaen, sin razon y cruelmente:
Y que la causa se contó á la hora
Y fué, que ella fué hija del valiente
Hamet Golut, Alcayde que es de Arjona,
Por quien su Rey sustenta su corona.
Y así los de Jaen por no enojallo
En recibir á su enemigo entre ellos,
Luego quisiéron del lugar echallo,
Temiendo al suegro que vendria á ofendellos.
Viénese á tí, que quieras amparallo,
Amparalo, y defiéndelo de aquellos
Que ofenderlo quisieren, pues procura
Tu favor en su extrema desventura.

Cesó Hacén, y todos sosegáron
Del súbito alboroto recibido,
Y con menos escándalo tratáron
El negocio á que fué el consejo unido.
Y fué que los cautivos se alteráron
Oyendo que el Rey santo habia rendido
La Ciudad de Jaen, y en esto estaban
Dando y tomando, y qué harian trataban.

Varios acuerdos hubo variando
En él, qué sobre el caso convenia,
Porque unos decian, que acabando
Los Christianos cesaba su porfia,
Otros decian, que ir desocupando
La Ciudad, y enviar á Berbería
La mayor parte, y los demas pusiesen
En prisiones y en donde luz no viesen.

Fuéron de aqueste parecer postrero
Todos, y del Rey mismo confirmado,
Sino de Habrin un renegado fiero,
Del Rey en mas que todos estimado:
No por ser mas valiente caballero,
Ni en partes de virtud aventejado,
Mas por ser blando adulador, que destos
Son las privanzas y los altos puestos.

Este, á quien era el nombre de Christiano
(Por haberse apartado dé) odioso,
Con detestable ánimo inhumano
Lleno de ira dixo furioso:
Veis que nos amenaza el Castellano
Exército, y que es su nombre poderoso

De alterar los Christianos que en cadenas
Teneis sujetos á sus graves penas.
Y habeis dado un acuerdo, que estuviera
Mejor no haberlo dado al honor vuestro,
Pues dél mas daño y pérdida se espera,
Que puede reparar el poder nuestro.
Quanto mejor (decidme) pareciera
Por las razones que aun callando muestro
Un sacrificio hacer de todos ellos,
Que entre nosotros en prision tenellos.
Dexad templanzas, con quien es mas justo
Que useis todo rigor, toda crueza,
Que no parecerá castigo injusto
En quien nos trata con mortal fiereza.
Esta es razon, no es odio, ni este es gusto
Mio, mas porque entiendo que es simpleza
Y peligro tener entre nosotros
Los que en el riesgo han de ayudar á otros.
Pareció á todos temerario acuerdo,
Y no le osó contradecir ninguno,
Por entender que el parecer mas cuerdo
No lo fuera, y al Rey fuera importuno.
Axartaf dixo: en esto yo concuerdo
En lo que dice Habrin, que dellos uno
No quede en mi Ciudad, y así le mando
Que los encierre y vaya aprisionando.
Dexando el real salió, á su aposento
Se entró, y el inhumano Habrin se parte
A cumplir su deseo, y mandamiento
Del bárbaro señor, que lo hace parte.

Y executando el crudo pensamiento
En toda la Ciudad no dexó parte
Que albergase Christiano, do no fuese
A la mazmorra, y con prision truxese.
  Habiendo la inhumana diligencia
El enemigo de la Fe Christiana
En los pobres cautivos con violencia
Hecho, cumpliendo su intencion tirana;
Un pregon hizo dar en su presencia
Que de la ley Judia ni Pagana
Nadie tenga Christiano sin traello
A la prision, sopena de perdello.
  Temiendo este rigor, sin otras penas
Que el sacrílego edito prometia,
Ninguno osó negar á las cadenas
El cautivo Christiano que tenia.
Y estando dellos las mazmorras llenas,
Que ni habia mas, ni en ellas mas cabia,
Contento se fué el fiero renegado
A dar reposo á su infernal cuidado.
  Debaxo habia del mar el sol ardiente
Ascondido su carro, y las primeras
Estrellas daban luz resplandeciente,
Y la noche reposo á hombres y fieras:
Quando de la llorosa y triste gente
Puesta en dura opresion, las lastimeras
Quejas al cielo en su afliccion envian,
Y en ellas con llorosa voz pedian.
  Señor, que en el peligro socorriste
Al pueblo que seguia el obstinado

Rey, y sin riesgo por el mar pusiste
Donde fué de tu mano regalado:
Conmuévate á piedad nuestra ansia triste,
Nuestra miseria y miserable estado,
Y sácanos de aquesta sima obscura,
Qual á tu Apostol de la cárcel dura.
  Tú, Señor, quebrantaste el reyno obscuro
Con poderosa mano, y despojaste
De las ilustres almas, y al seguro
Reyno contigo á descansar llevaste.
Tú, que al Triphauce horrible el cuello duro
Con cadena fortísima ligaste,
Tú, que hiciste tales maravillas,
Tú puedes remediar nuestras mancillas.
  No permitas, gran Dios, que este tirano
Oprese mas los que tu Fe creemos,
Ni le permitas mas, ni le des mano
Sobre los que tu nombre conocemos.
Dale tu gracia al santo Rey Christiano
Que nos libre del mal en que nos vemos,
Pues con ella ha vencido tantas guerras,
Gane esta tierra como esotras tierras.
  Estas plegarias nuestras le presenta,
Sagrado Isidro, al hacedor del cielo,
En cuyo opuesto estás, y representa
Por nosotros nuestra ansia y desconsuelo:
Favorece tu patria, y no consienta
Tu grandeza que pise el santo suelo
Rociado de sangre soberana
Esta gente sin Dios que lo profana.

La voz piadosa el ayre trascendiendo,
Y el fuego ardiente en su inmovible esfera,
Con presto curso á todo precediendo,
Llegó á donde el gran Rector la espera:
Y en su Colegio santo proponiendo
La causa de su pena lastimera,
Conmovió los espíritus piadosos
Llenos de Dios, y en Dios todos gloriosos.

Y ante la Trina Esencia arrodillados
Piden remedio al mísero quebranto
De los Christianos, sin piedad tratados
Del bárbaro obstinado al triste llanto.
Que sean los duros hierros quebrantados,
Que oprimen con crueldad y afligen tanto
La gente que sustenta su ley santa,
Su nombre adora, y sus grandezas canta.

Al justo ruego al punto fué movida
La Magestad, á quien se humilla el coro
Que en el alcázar celestial se anida,
Que se movió á piedad del tierno lloro;
Y para que sea el ansia guarecida
Del Christiano, que aflige el crudo Moro,
A Isidro inspira que a su patria acuda,
Y de su mano ya le dé el ayuda.

Hizo tambien que el espantable infierno
Envie sus ministros con terribles
Formas al Rey y á todo su gobierno,
Que claramente dellos sean visibles.
Esto ordenado en el Colegio eterno
Para dar premio y dar penas terribles,

El divino Arzobispo se adereza,
Y por los ayres su camino empieza.
De gloriosa lumbre rodeado,
Que á la obscura tiniebla esclarecia,
Y de lucientes formas esmaltado
El vestido que el vuelo revolvia:
De las mismas insignias adornado
Que quando el santo espiritu regia
La terrestre graveza, que sostuvo
La vida, en quanto que en la tierra estubo.
El Deificado espíritu rompiendo
Iba las nubes con veloz presteza,
Donde su movedor lo iba rigiendo
Para el fin que aspiraba de su alteza.
Llegó á Jaen su curso concluyendo,
Donde está de Fernando la grandeza,
Quando la noche estaba en igual peso,
Y del sabroso sueño el Rey opreso.
Hinchió de claridad el aposento
Donde el santo varon durmiendo estaba,
Descuidado del alto acaecimiento
Que su gloriosa suerte le ordenaba.
Y con aquel no visto encendimiento
Que por un cabo y otro le cercaba,
Recordó, y viendo cosa tan extraña,
Quedó suspenso el santo Rey de España.
Un largo espacio estuvo así mirando
La soberana luz, cercado della,
Sin hablar, ni moverse, contemplando
De donde procedia cosa tan bella.

El alma gloriosa regalando
En tal vision, y asi elevado en vella,
Puestas las manos, de rodillas puesto,
Estuvo hecho un Eliseo transpuesto.
En esta elevacion arrebatado
La bella luz huyó de su presencia,
Dexándole de gloria regalado
El espíritu en nueva diferencia.
Al Cymerio dulzor quedó entregado,
Sin quedar en él fuerza ni potencia,
Que los celestes Astros esparcian
Su influxo, qual los cielos disponian.
Quedó á un sabroso sueño el excelente
Espíritu del santo Rey rendido,
Qual el que sale de una lid ardiente
Con la victoria y premío pretendido.
Que al reposo se entrega blandamente,
Reparando el que habia ántes perdido,
Y en él dexando viva la memoria
Así gozando de segunda gloria.
Así el Rey, contemplando la dulzura
De la vision celeste en un sabroso
Cuidado, via presente la luz pura,
Sin poderla olvidar en su reposo.
Que luego que faltó dexando obscura
La tierra, con su manto tenebroso
De la noche del sueño engendradora,
Y de infernales monstros cubridora.
Por entre sus Letheas sombras luego
Del hondo Averno sale presurosa

La infesta esquadra, que el sulfúreo fuego
Habita y la region de almas llorosa.
Entra en Sevilla, adonde en su sosiego
Axartaf reposaba, y con rabiosa
Furia, él real palacio le hinchéron
De espantables aullidos, que ante él diéron.
Despide el sueño el bárbaro, y levanta
El rostro, viendo el esquadron horrible
Vuelve á cubrillo, gime, y dél se espanta,
Tremiendo todo de pavor terrible:
Cúbrese de un sudor frio, y en tanta
Duda no halla remedio convenible,
Ni osa sacar el rostro, ni estar quedo, (do.)
Que el gemir y el temblar hacia aun con el mie-
Estando en esta mísera agonia
A un mover de cadenas espantoso
Quel aposento todo parecia
Venir al suelo, vuelve pavoroso:
Y viendo la inhumana compañía,
Se quedó de turbado y temeroso
Mirando en torno dél las formas fieras
De Gorgonas, Centauros y Chimeras.
Sin osarse mover, las infernales
Eumenides, de sierpes denegridas
Coronadas, miraba á los umbrales
Con hachas en las manos encendidas:
Con todas las insignias funerales,
Las ropas en sangriento amor teñidas
Acompañando á una hermosa dama,
Que junto le pusiéron á la cama.

De fuertes cuerdas las hermosas manos
Vueltas atrás traia rodeadas,
Tirando los ministros inhumanos
Dos cadenas, que al cuello traia atadas.
Que llegando ante el Rey de los Paganos
Ambas fuéron allí despedazadas,
Y las Moriscas ropas le quitáron,
Y en hábito Christiano la dexáron.

Habiéndose en aquesto detenido
Los espantables monstros del Averno,
Haciendo horrible son, fiero ruido,
Se van (dexando el mundo) al triste infierno.
El bárbaro Rey Moro sin sentido
Quedó, casi entregado al sueño eterno,
Del pavoroso horror, y á este punto
Entró su guardia y su consejo junto.

Veníanle á tratar como era muerto
Habrin, sin saber como, y en su cama,
Sin poder hallar rastro ni hombre cierto,
Que del caso pudiese darles fama.
Dudosos, y en turbado desconcierto
Por entender lo mucho que le ama
El Rey, y darle nueva de tal suerte
Les era igual á ellos que á él la muerte.

Mas hallándolo tal, con alaridos
Quieren volverlo en si, y el Rey temiendo
No fuesen los espíritus venidos
Abrió los ojos de temor gimiendo:
Ve su guardia, y ante él sus escogidos
Vasallos, y algo el miedo despidiendo

Como pudo, parándose, acezando,
Cansadamente el caso fué contando.
De todo habiendo extensa cuenta dado
Puso silencio el Rey á sus razones,
Quedando congojoso y fatigado
En mil ansias revuelto y mil pasiones.
Y siéndole de todos suplicado
Que se consulte el caso con varones
Sabios, y él dé sosiego al herboroso
Pensamiento y cuidado pavoroso.
El Rey condescendió que se hiciese
De aquella suerte, y luego señaláron
Un Moro y un Judio, á quien se diese
Cuenta, y á un Griego que de allí nombráron.
Diéron órden, que en obra se pusiese,
Sin diferirlo mas, y aderezáron
Todo lo necesario, porque el dia
Dorando el mundo con su luz venia.

LIBRO SEXTO.

Junto estaba del bárbaro el Senado;
Y los supersticiosos hechiceros,
Que el caso entre ellos siendo consultado,
Vistas señales y aguardando Agüeros.
El Rey solo era dellos esperado
Que en sus congojas y temores fieros

Revuelto, sin acuerdo ni sentido,
Estaba en su aposento retraido.
  Entráron avisar que le aguardaban
Los Máxicos, que él dixo que juntasen,
Sobre el caso, que todos deseaban
Que con verdad expresa declarasen.
El Rey, á quien mil ansias aquejaban,
Sin que de fatigarle se apartasen,
El conturbado espíritu temiendo,
Siempre las Furias qual Orestes viendo.
  Oyendo lo que solo su memoria
Tenia ocupada, se aprestó al momento
Y salió á ver si le hacian notoria
La causa que afligia su pensamiento.
Los que á explicar venian la horrible historia;
Del Rey obedeciendo el mandamiento.
Isac Judio, Masau Pagano.
Al Griego diéron de informar la mano.
  Puso los ojos en el Rey, y luego
Las dos rodillas estampó en la tierra,
Tornando á levantarse, y con sociego
Grave, los ojos suspirando cierra.
Y dice: Yo señor, mi acuerdo allego
Con el de Isac y Masau, y si yerra
Todos tres somos los que en él erramos,
Pues todos tres el caso consultamos.
  Queriendo por mi larga edad honrarme
En tu presencia, gran señor, permiten
Que en este caso quiera señalarme,
Ysu interpretacion me la remiten.

Quisiera á ser posible no aclararme
Que me excluyeran los que aquí me admiten,
Por no ser yo revelador de cosas
Que han de causarte pena y ser dañosas.
Mas habiendo, señor, de obedecerte
Forzosamente habré de revelarte
El espantable caso, en que la suerte
Enemiga comienza amenazarte.
Esto comprueba la ascondida muerte
De Habrin, en que el cielo quiere darte
Aviso, que si ofendes sus Christianos,
El vengará su ofensa en tus Paganos.
Parecer ante tí los infernales
Ministros, es señor decirte claro,
Que te aguardan á tí los propios males,
Si para atormentallos das tu amparo.
Las tres Furias que viste á los umbrales
Con antorchas ardiendo, te declaro,
Que la inquietud denota que se espera
En los tuyos, con una gente fiera.
La Dama, que las manos amarradas,
Y al cuello dos cadenas viste asidas,
Que por las Furias viste quebrantadas,
Y sus Moriscas ropas ser rompidas:
Esa Dama es Sevilla, adonde aunadas
Hay dos sectas de tí favorecidas,
La Morisca y Judia, y estas fuéron
Las dos cadenas que ante ti rompiéron
Quitalle la Morisca vestidura
Rompiendola, y dexarle la Christiana,

Significa señor, que en guerra dura
Será quitada á la nacion Pagana:
Que en el poder Christiano le asegura
La suerte que estará sin que la humana
Fuerza puede estorbarle lo que ordena
El Hado, que á nosotros nos condena.
Esto es gran Rey lo que entender podemos
Que la vision que viste significa:
Esto alcanzamos y esto conocemos,
Y á esto solo tu vision se aplica:
Y podrá ser que el riesgo que tenemos,
Que lo visto por tí nos certífica
Se vuelva en contra, y los prodigios vanos
Comprehendan á solo los Christianos.
Que no somos al cielo tan odiosos,
Ni del supremo Alá tan olvidados,
Que todos estos miedos prodigiosos
No pueda hacer que en contra sean mudados.
Ni los Christianos son tan poderosos
Que tengan potestad sobre los Hados,
Que á su arbitrio dispongan que ellos hagan
Como á solo su gusto satisfagan.
Procediera adelante el sabio Griego,
Si el Rey con un suspiro no atajara
Su razon, que entregó al silencio luego,
Quedándose mirándolo á la cara:
Y tornando á humillarse con sosiego
Grave, el lugar y puesto desampara
Dexándolo á los Príncipes que estaban
En torno de Axartaf, y qual él callaban.

Qual sucede pasada una tormenta
Quedar los que presentes se halláron
Suspensos, sin haber hombre que sienta
Para poder contar lo que pasáron:
Mas aplacada viendo la violenta
Furia del mar y vientos que sopláron,
Desechado el temor, tratan de aquello
Que no les dexó el miedo conocello.

Así al Griego los Moros escuchando
Pavorosos estaban, y temiendo
Mientras les iba el caso declarando,
Que ellos oian sin valor tremiendo.
Mas luego que acabó se fué esforzando
La gente, y acudian proveyendo
Lo que á las cosas que temian hiciesen
Seguras, y en remedio suyo fuesen.

Entre los que ocupaban los asientos
En la consulta Bothalá era uno
Moro valiente, de altos pensamientos,
Y en obras dellos en su igual ninguno.
Este de amor sufriendo los tormentos
Que causar suele su deseo importuno,
Quando en conformidad no se responde,
Ni el uno al otro amor se corresponde.

Perdidamente amaba á la hermosa
Alguadayrá, que dió Alcalá renombre
De Guadayra, Mora poderosa,
Hija del Rey, de honesto y claro nombre:
Por esta, andaba en vida trabajosa
El Africano Moro, y como hombre

Tan cautivo, dexaba el patrio asiento
De Marruecos, en este pensamiento.
Viendo ocasion en que poder mostrarse
En servicio del Rey, á quien queria
Complacer y con hechos señalarse,
Aunque ya su valor se conocia.
Ante el Rey vino el Rey á declararse,
Y dixo: ó gran señor la razon mia
Oye, que un puro ánimo la mueve
El deseo, y la fe que te se debe.

Todas las cosas que en presencia tuya
Te fuéron referidas, he advertido,
Y es justo, que qualquiera nos concluya
Para entender que el cielo es ofendido:
Mas si quieres señor que la ira suya
No se execute, haz que sea servido
Con sacar los cautivos de la estrecha
Prision, sin causa tal ofensa hecha.

Solo este fin nos dió á entender el Griego
Ser la causa de todo lo que viste,
Y de la muerte que le vino luego
Al que poder para prendellos diste.
Ser justa la prision no te la niego,
Justo lo que hacerles consentiste,
Mas viendo claro el cielo defendellos,
Tengo por yerro el no favorecellos.

Por esta via (pues la causa es esta)
Estorbarás de la espantable suerte
Las amenazas y opresion molesta,
Que el fatídico Griego nos advierte:

Y si el Christiano Rey contra tí apresta
Su gente, entre la tuya la hay tan fuerte
Como la suya, y tu potencia excede
En mas mil veces que la suya puede.
Dentro de tu Ciudad tienes de guerra
Trescientos mil y mas hombres, que al punto
Que importe, el muro que los guarda y cierra
Dexarán, y estarán en campo al punto.
Pues sin estos, de gente de la tierra
Igual número casi tienes junto,
Que deseando ver la trabajosa
Guerra, tienen la paz por odiosa.
Manda aprestar las armas previniendo
Todas las municiones convenientes,
Y á donde faltan irlas proveyendo,
Y Capitanes señalar valientes:
Ir por listas y alardes recorriendo
Todos los que hallaren suficientes
Para seguir de Marte el crudo oficio
Las faciliten siempre en su exercicio.
Si esto haces, gran Rey, puedes seguro
Desear la venida de Fernando,
Y sin miedo tenerle abierto el muro
Porque vendrá su perdicion buscando:
Este es mi parecer, y ante Alá juro
Que quisiera en las obras ir mostrando
La fuerza del deseo que me rige,
Que á tu solo servicio se dirige.
Hizo al Rey una humilde reverencia
Botalhá, y á tomar volvió su asiento,

Remitiendo al acuerdo la sentencia
De su fiel y justo pensamiento.
Fué notado del Rey con advertencia,
Y de todo el real ayuntamiento
El parecer, y todos lo aprobáron,
Y todos que se hiciese demandáron.
  Visto el sano consejo, y que igualmente
De todos fué por bueno recibido
Holgose el Rey, y en ver que en todos siente
El ánimo, que al caso es requerido.
A entender dando que era conveniente
Dexar el alboroto y el ruido,
Asi les persuadió que se hiciese,
Y en obra lo propuesto se pusiese.
  Las voces sin efecto desechemos,
Y á las cosas que importan acudamos,
Pues del cielo con claras muestras vemos
Que amenazados con rigor estamos.
La cometida culpa reparemos
Luego, y qual es razon satisfagamos
Con obras que le ablanden y provoquen
A que las amenazas se revoquen.
  Por esta suerte hecho lo que digo,
Las armas aprestemos al efecto,
Que sin miedo del bélico enemigo
Puede nuestro temor estar quieto.
Que el cielo hecho de enemigo amigo,
En él espero que he de ver sujeto
El Christiano poder del poder nuestro,
Y su valor rendido al valor vuestro.

Vámosle al gran Profeta á ofrecer luego
A la real mezquita un religioso
Sacrificio, que aumente el sacro fuego
De Pancaya, el don rico y oloroso.
Y porque acuda á nuestro humilde ruego
Botalhá, parte luego presuroso
Y á los Christianos saca á la luz pura
De la mazmorra adonde estan obscura.

El Rey se puso en pie y tomó el camino
De la mezquita, á quien la falsa Secta
Tenia inmunda con el uso indigno
Del sacrificio al pérfido Profeta:
Lugar que seria presto del divino
Y verdadero culto, y la perfecta
Ley del sacro Evangelio pregonada,
Por el que al mundo la dexó enseñada.

Juntóse luego la maldita gente
Sin uso de razon ni entendimiento,
Y su Alfaqui encendió la llama ardiente
Que de Arabia espedia el suave aliento.
Botalhá fué con priesa diligente
Del Rey cumpliendo el justo mandamiento,
Y los Christianos todos desencierra,
Y él con sus propias manos los deshierra.

Fuéron saliendo de la obscura gruta
Los opresos Christianos á la clara
Luz, de que los privó la disoluta
Gente sin Dios y de piedad avara.
No habia en todos quien la faz enjuta
Llevase, y sin osar alzar la cara

Pasaban de temor todos tremiendo,
La muerte cierta ya á los ojos viendo.
El bárbaro entendió el angustia y miedo
En que los tristes iban afligidos,
Y así les dixo: amigos si algo puedo
Es para que seais todos socorridos:
No temais, y el semblante mostrad ledo,
Que todos del Rey soys favorecidos,
Que él me envia á que os saque de esta obscura
Caverna, él os ampara y asegura.
Oyendo esta razon se arrodilláron
Junto al bárbaro todos en el suelo,
Y los ojos y manos levantáron
Con alegre clamor llorando al cielo:
Al mismo sentimiento le obligáron
Al Moro, y con palabras de consuelo
Uno á uno los iba confortando,
Y del suelo uno á uno levantando.
Del no esperado Rey siendo admirados
Los Christianos, á quien el espantoso
Temor tuvo rendidos y entregados
Al miedo del castigo riguroso.
Viéndose con seguro y consolados
Del Moro, á sus trabajos piadoso,
Un cautivo tomándole la mano
Así le dice al Príncipe Africano:
Dinos así el gran Dios que nos sustenta
(Para ocuparla en él) te de la vida,
Y te libre de verte en nuestra afrenta,
La gloriosa libertad perdida.

¿Qué fué lo que al Rey hizo que así sienta
Nuestra angustia, si dél fué concedida
Facultad de encerrarnos en la obscura
Cárcel y renovar la prision dura?
Respondió Botalhá, fué aconsejado
El Rey de un enemigo suyo y vuestro,
Que de su ley Christiana desviado,
En seguir dió la del Profeta nuestro:
Este fué el que os puso en tal estado
Como de tales obras fué maestro,
Mas avisado el Rey desta crueza
Revocó el mando con real franqueza.
Esta merced que el Rey con noble pecho
Hizo en nosotros, respondió el Christiano,
Aunque parece que tu Rey la ha hecho
Obra es del Dios nuestro Soberano:
Que nuestra angustia viendo y duro estrecho
Nos regaló con su divina mano
Enviándonos luz en la ascondida
Cárcel, que siempre vimos encendida.
Cesó el amargo y doloroso llanto
En el instante que la lumbre vimos,
Y un dulce alivio reparó el quebranto,
Y la tristeza al punto sacudimos.
Y lo que debe darte mas espanto
Que las duras prisiones que metimos
Hechas pedazos muchos las halláron,
Y yo soy uno á quien se le quebráron.
Maravillose el bárbaro, y quisiera
Que adelante pasará con su cuento

El Christiano, si no se lo impidiera
Llamarlo el Rey, y así partió al momento.
Fué y hallólo que salia ya fuera
De la mezquita, adonde habia contento
Celebrado el infando sacrificio,
A quien con él queria ser propicio.

Alegres los idólatras mostraban
Al ciego Rey, que aquello les hacia
Seguros de los daños que esperaban,
Y del temor que el alma le afligia.
Por su falso Profeta le juraban,
Que ya en el mundo potestad no habia
Que enojallos pudiese en tal estado,
Sino el cielo, y que ya estaba aplacado.

Llegáron con el Rey tratando en esto
A su Real Palacio, adonde al punto
El consèjo de guerra ocupó el puesto
Que allí mandó que le aguardase junto.
Y siendo el caso á todos manifiesto,
Todos para tratarlo iban á punto,
Y así les dixo el Rey: ninguno ignora
Para lo que os mandé juntar ahora.

Ya sabeis que nos turban y conmueven
Los ánimos, temores celestiales:
Ya sabeis que no hay fuerzas que se prueben
Contra el cielo sin riesgo de mis males:
En esto habemos hecho lo que deben
Hacer los que conocen ser mortales,
Que el sacrificio siempre es recibido,
Siendo con puro ánimo ofrecido.

Por esta parte ya tenemos hecho
Lo que si el Cielo aceta nuestros dones,
Libres seremos del temor y estrecho
Que prometen las hórridas visiones.
Agora resta, que el heroico pecho
Haga, dexando ofrendas y oraciones,
Sin remitir lo que han de hacer las manos,
Que lo obren milagros soberanos.

Todas las cosas que aprestar conviene
De nuestro muro adentro están dispuestas,
Como de quien ninguna guerra tiene,
Aunque para qualquiera ocasion prestas.
Mas en duda si el Rey viene ó no viene
Son menester mas prevenciones que estas,
Tu sabio Hacen, y tu sabio Ariadino,
Acudid á esto qual haceis contino.

Ireis á prevenir toda la tierra,
De armas abastecella, y municiones,
A disponer la gente para guerra,
De nuevo á reformar sus esquadrones.
En tanto el fuerte muro que nos cierra
Botalhá tome á cargo, y los varones
Que á él le parecieren á guardallo
Ponga, y á cuenta suya esté el velallo.

A Buyarruz le doy que tenga cuenta
De andar guardando el campo con la gente
De á caballo, que ronde, y mire, y sienta
Todo lo que á este cargo es conveniente.
Pues no sintiéron su dolor y afrenta,
Y de si lo lanzáron con ardiente

Furor, en confianza desta injuria
Este cargo le dó en que emplee su furia.
En todo lo demas iremos viendo
Lo que convenga mas para hacello,
Pues nos va el tiempo espacio concediendo.
En que podemos muy despacio vello.
A lo dicho se acuda, porque entiendo
Que importa no aguardar ni entretenello,
Y espias vayan á Jaen y vengan,
Que cargo de traer avisos tengan.
A Guanzar y á Buleylá señaláron
Que á Jaen fuesen á servir de espias,
Dos Moros los mas diestros que halláron,
Que en esto habian servido muchos dias.
Desde allí al punto á entrambos despacháron,
Y ellos con priesa á diferentes vias
Principio diéron á cumplir el mando
De su Rey, y á espiar al Rey Fernando.
De la consulta se saliéron fuera
Siguiendo todos el acuerdo dado
Por el Rey, que en su ansia ardiente y fiera
Gemia temiendo el disponer del hado.
Así como el que algun peligro espera
Que siempre lo estimula su cuidado,
El Moro así de todo temeroso,
Todo le perturbaba su reposo.
Fuese á quietar su animo inquieto
Con el descanso, y luego Hacen parte
Y Ariadino, á que puesto sea en efecto
Lo que tocaba á cada uno en parte.

Botalhá se fué al cargo que fué electo,
Buyarruz dió principio al fiero Marte,
Los demas por el órden que les diéron,
A sus obligaciones acudiéron.
Buleylá, que por hombre diligente
Hecho fué espia en la Real consulta,
Para aquel ministerio suficiente,
Y para todo lo que del resulta.
Confiado en saber perfectamente
El Christiano lenguage, con oculta
Advertencia, trataba el Africano
Con Christianos en hábito Christiano.
Queriendo acudir presto al mandamiento
Del Rey, y al cargo que quedó á su cargo,
Bonete y toca se quitó al momento,
El corvo alfange, y el vestido largo.
Y todo lo demas que era ornamento
Morisco, sin que en él hiciese embargo
La vil pereza, ni el cansado ocio,
Partió en Christiano trage á su negocio.
No fué (aunque con priesa esta partida)
Tan secreta, que el fin se le ascondiese
A Lope Diaz de Alfaro, y entendida
Sufrir no pudo su valor que fuese.
Este, en vil cautiverio via oprimida
Su hidalga persona, sin que hubiese
Orden de libertarse, porque el Moro
No estimaba por él plata ni oro.
Entendiendo el designio que llevaba
El bárbaro, encendido el noble pecho

De la Christiana Fe que le aspiraba
A que emprendiese tan heroico hecho.
Sacudiendo el temor que acompañaba
Su alma, en la prision y nudo estrecho
En que vivia, ardiendo en fortaleza
Dice á sí mismo lleno de fiereza:

Satisfago al honor que á mi honor debo,
¿Qué una cadena sola impedir pueda
Que el fin á que mi ánimo conmuevo
Sea tan flaca causa quien lo veda?
Pues con tanta flaqueza no me atrevo,
¿Qual será aquel que al nombre mio conceda
Alabanza? y si al riesgo el rostro huyo,
Y el cobarde temor me hace suyo.

El claro nombre de mi ilustre abuelo
Lope Diaz de Alfaro, y del famoso
Sancho Diaz mi padre, que en el suelo
Fue el uno y otro igual al mas glorioso;
Se ensalzará con el humilde vuelo
Mio, pues encerrado y temeroso
No salgo (ay Cielo) contra aquel pagano
Que á espiar va el exército Christiano.

No será justo, pues conozco claro
Del encubierto Moro el fin que lleva,
Que sea á los mios, ni á mi Rey avaro,
Ni que les falte en tan heroica prueba.
No sea el nombre que heredé de Alfaro
Por mi ofendido, ni el temor me mueva
De tan justo deseo, pues me llama
Lealtad, honor, reputacion y fama.

Lleno de ansias conferia consigo
El invencible jóven todo aquesto,
Deseando acudir al bando amigo
Antes que el Moro le ocupase el puesto.
Vaçilava temiendo el cruel castigo
Si á la prision en que se via puesto
Lo volvian, habiendola él dexado,
Y sus fuerzas las suyas quebrantado.

En estas dudas, y mortal quebranto,
Aquejado de mil contrariedades,
La virtud gloriosa pudo tanto
Que le hizo romper dificultades.
Y el pecho libre de cobarde espanto,
Dispuesto al yugo y bárbaras crueldades
Si sucedia al contrario el justo intento
Que le aspiraba el noble pensamiento.

Resuelto de morir, ó dar la muerte
Al encubierto Moro, antes que entrase
En el Christiano campo, si la suerte
Tan venturosa suerte le otorgase.
La cadena quebró con brazo fuerte
Y escondido aguardó que se ausentase
La luz quel mundo adorna, y puesto á punto
Saltó el herculeo muro, y partió al punto.

Acompañado de la sombra obscura,
Y de las formas que el luciente Cielo
Esmaltan, por la via mas segura
Que enseñándole iva su recelo.
Ni de cansancio, ni descanso cura
Apresurando el curso, y presto vuelo,

Contrastando su ánimo divino
Los trabajos y afanes del camino.
  Tres veces con la luz del bello hermano
Ilustró el mundo la nocturna Diosa
Que tiene odio al linage humano
En su influencia siéndole dañosa.
Despues que el muro Hispalico el Christiano
Dexó su via siguiendo presurosa,
Al Moro procurando, y yendo en esto
Riberas de Genil se halló puesto.
  Suspendió el curso el Español valiente
El sitio viendo, y un lugar famoso
De antigua poblacion, y un ancho puente
Para poder pasar el rio espacioso.
Temió el lugar, y la enemiga gente,
Y el puente atravesando presuroso
Se dexó ir por la ribera amena
De verde yerba, y varias flores llena.
  Regalaba su espíritu invencible
El suave olor quel manso y fresco aliento,
Que en el lugar quieto y apacible
Por todas partes esparcia el viento.
Donde el cansancio, y el afan terrible
De qualquier fatigado pensamiento
Aunque fuera de amor, se mitigara,
Y con alegre alivio descansara.
  Las flores olorosas y suaves
Que en el yerboso suelo iban pisando,
El dulce canto de las libres aves
A detenerse le iban convidando.

Mas el deseo, y los cuidados graves
Lo llevaban el curso apresurando,
Que ni flor, yerba, arbol, ave, rio,
Menguar podian de su curso el brio.
Yendo así el jóven, cuya eterna gloria
De la edad no será jamas robada,
Y del coro sagrado su memoria
Por siglos sin medida celebrada.
Para que oyese de su ilustre historia
Que tenia el tiempo por venir guardada,
El Cielo que lo amaba, y lo regia,
Lo detuvo, y torcer hizo la via.
Por medio del camino atravesaba
Del fértil rio un brazo, que tendido
Un largo espacio en torno rodeaba
Del agradable puesto florecido.
Y con mansa corriente se tornaba
A reducir adonde habia salido,
Represándose en un artificioso
Estanque de primor maravilloso.
De alisos está y plátanos cercado
El caudaloso estanque, que corriendo
Por todas partes cerca el verde prado,
Que una pequeña isla va haciendo.
Despues con gran violencia arrebatado
La tierra de ambas partes va hundiendo
A dar consigo al rio que está cercano
No léjos del sombroso y fresco llano.
Toda aquesta ribera fresca umbrosa
Está de varias flores guarnecida

De blanco lirio, y de purpurea rosa,
De fresca y verde yerba enriquecida.
Dó el ayre suave, y el alva deleytosa
Tienen la hermosa isla ennoblecida
Con el templado zéfiro y su flora,
Y alegre primavera que enamora.
Aunque llevado del cuidado ardiente
Que le aquejaba al jóven animoso
Se dexó ir tras la veloz corriente,
Que lo metió en el prado deleytoso.
Y empezando á mirar atentamente
El ameno lugar y sitio umbroso,
Oyó una voz extraña, aunque de hombre,
Que le venia nombrando por su nombre.
Volvió el rostro, y vió ante él un hombre anciano,
Con una larga y blanca vestidura,
Coronado del arbol soberano
Que á Apolo ofrece la Parnasea altura.
Un libro antiguo en la derecha mano
En que mostraba bien de la edad dura
La fuerza, á cuya fuerza no es bastante
La dureza del mármol ni el diamante.
Quedó el Christiano suspendido oyendo
Nombrar su nombre, y alterado desto
Se detuvo, y al hombre anciano viendo
Con tal insignia, y en el mismo puesto.
El caso en la memoria revolviendo,
Y el pensamiento con discurso presto
Vacilaba, que siendo conocido
De varon grave, asi lo ha divertido:

Si te altera así verme en tu presencia,
O excelente Lope Diaz de Alfaro,
Dexa el alteracion, y con prudencia
Advierte lo que en voz fatal declaro.
Que tu valor y clara descendencia
Que triunfan de la edad y tiempo avaro,
Aguardándome tienen este dia
Que de tí cante en cierta profecía.
Las cosas que me ofrece la memoria
Que nos promete tu Real grandeza,
Remito adonde en copiosa historia
Sean escritas qual su ilustre alteza.
Agora en breve te diré la gloria
Que espera de ti el siglo, aunque en pobreza,
En opresion de estrecho cautiverio,
Entre bárbaros puesto en vituperio.
Tú, á quien rige el piadoso Cielo
Para defensa de su fé en la tierra,
Por la lealtad, constancia y santo zelo
Que tu invencible y fuerte pecho encierra,
Que en tanta angustia, y tanto desconsuelo
De la cadena que te daba guerra
Saliste á dar aviso al Rey Christiano,
Del engaño del bárbaro Pagano.
Los trabajos y afanes del camino
Menospreciando, y el peligro cierto
Que te cerca (aun aquí) si por divino
Socorro no arribaras á este puerto,
De aquel lugar que ves allí vecino,
Que es Castroelrio, fueras preso ó muerto,

Que la crueza de su Rey es tanta
Que al mas cruel del mundo se adelanta.
Gulaytá es el quel regio cetro tiene
Dese tendido pueblo que se muestra,
Hombre astuto y feróz, que no contiene
Nada su furia, ni su fuerte diestra.
Por su mando se prende y se detiene
Qualquiera de su ley, ó de la vuestra,
Que pase por aquí, y esto es de modo
Que cercado de guardas trae esto todo.
Mas tú, á quien mueve tan glorioso intento,
Y el zelo lleva que á su Dios le toca,
Libre verás cumplir tu pensamiento,
Sin que execute el Rey su furia loca.
Y á la presencia llegarás contento
Del Christiano, y la causa que provoca
Tu noble pecho, siendo del oida,
Será loada, y bien agradecida.
Revelado por tí el contrario engaño,
Por tí el engañador vendrá á ser preso,
Y al Rey santo traido con extraño
Aplauso, celebrando el buen suceso.
De aquella parte reparado el daño,
Y seguros por tí del crudo exceso,
Serás tan grato al Rey, que en su presencia
Al mayor será igual tu preeminencia.
Crecerá con hazañas gloriosas
El nombre tuyo, que será temido
En quanto de luz visten las lumbrosas
Formas, y el gran Nereo es conocido.

Sucederán de tí gentes famosas,
Sucederán varones que el olvido
No les podrá hacer jamas ofensa,
Ni encubrir su alabanza y gloria inmensa.
.Los Palacios Reales serán dellos
Con supremos oficios ocupados,
Los Consejos de guerra y paz por ellos
En fuerza y en justicia sustentados.
Llegarán sus proezas á ponellos
En donde los presentes ni pasados
Llegáron, y será el nombre de Alfaro
Loado de Reyes por ilustre y claro.
En esto tenia mucho que decirte,
Mas la ocasion me impide detenerte,
Y me fuerza con priesa á dexar irte,
Para que des principio á tu alta suerte.
En la qual solo quiero prevenirte
Que á Hispalis irás con tu Rey fuerte,
Que inspirado á esta empresa va del Cielo,
Donde se ha de cumplir lo que revelo.
Aquí Fernando se verá glorioso
Echando el yugo á esta enemiga gente,
De la qual triunfará vitorioso
Premiando su exército excelente.
Aquí serás con premio generoso
Galardonado de tu esfuerzo ardiente,
De tu invicto valor, y altas empresas
Que en este inmortal libro están ya impresas.
Aquí en este lugar, donde tu diestra
Vitoriosa habrá marciales dones,

Qual de tí el tiempo por venir nos muestra,
Y las altas y ocultas impresiones.
Y habrá en la venidera y edad nuestra
De tu apellido célebres varones,
Que en las reales casas ocupados
Igualarán en gloria á sus pasados.
De solos dos quisiera revelarte
Entre tantos que insigne harán tu gloria,
Que el uno á Apolo seguirá en el arte
Que hizo mas ilustre su memoria.
El otro con señal del santo Marte
De Calatrava ocupará la historia,
Cuyo saber, cuyo valor divino
Celebrará un ingenio peregrino.
No puedo decir mas, camina luego,
Y este camino sigue, y ve seguro
Que el Cielo por quien vas oirá tu ruego,
Y libre te hará del trance duro.
Esto diciendo, sin ningun sosiego
Llevado en alto por el ayre puro,
De la vista del fuerte caballero
Lo desapareció el volar ligero.
Quedó suspenso el caso contemplando,
De su extrañeza en gran cuidado puesto,
Mil imaginaciones ocupando
Su memoria, con variar molesto,
Y un largo espacio en esta duda estando
Revolvió sobre sí, y dexando el puesto.
Por el camino que le fué enseñado
Sin detenerse mas siguió su hado.

ROYAL ASIATIC SOCIETY OF GREAT BRITAIN & IRELAND

Con la presteza al caso conveniente
(En que á Canisio y Philonides fuera
Aventajado el jóven excelente
Si en andar mas con ellos contendiera)
Caminaba por verse en la emimente
Ciudad, y con tal priesa persevera,
Que en ella se halló quando el lumbroso
Carro en el mar se asconde presuroso.

Por la guardia rompió, que en guarda estaba
De la puerta, y entró del muro adentro,
Contento en ver quel Cielo le acercaba
Yá la ocasion á que él salia al encuentro.
Y con el ansia ardiente que aquejaba
Su alma, y conmovia en su oculto centro
Sin reparar en cosa iba buscando
Al Moro que venia procurando.

En toda la Ciudad no dexó parte
Donde pudiese el Moro ser habido
Que no buscó con diligencia y arte,
De su constante fé y deseo movido.
Y temiendo que el bárbaro se aparte
El efecto á que vino conseguido,
Congojoso paró el ligero curso,
Sobre el caso haciendo este discurso.

Si este infiel en daño del Christiano
Exército y del Rey cumple su intento,
Y victorioso sale salvo y sano,
¿Qué hecho yo, ó qual fué mi pensamiento?
¿Ha de quedar mi afan y riesgo en vano?
¿Mi cuidado ha de ser sin fundamento?

¿Qué emprendí yo si no le dó el castigo
Que debo, y él se vuelve al bando amigo?
Si me lo encubre el Cielo como á indigno
Que soy de haber empresa tan gloriosa,
Con sombras ofuscándome el camino,
Y con noche espantable y tenebrosa.
Al Rey á quien aspira el Rey divino,
Y gobierna su diestra vitoriosa
Avisaré del caso, porque sea
Preso el Moro sin ver lo que desea.
Con la velocidad que por el viento
De la nerviosa cuerda despedida
Va la flecha con presto movimiento
Del fiero Persa ó Sármata impelida,
Partió el Christiano sin tardar momento
A dar la cuenta al Rey de su venida,
Y con tal diligencia fué, que un punto
Tardó en hallarse con su guarda junto.
Pidió que al Rey dixesen que él venia
A tratar con su Alteza un importante
Negocio, en que un aviso le traía,
Que le otorgase ante él llegar delante.
Siéndole dicho, el Rey por él envia,
Y en su presencia puesto, en el instante
Lope Diaz su historia representa,
Y quanto el Sevillano Rey intenta.
Las municiones que hacia, y la gente
Que derramaba á pertrechar su tierra,
El cuidado y la priesa diligente
En prevenir las cosas de la guerra.

La inumerable suma que al presente
De Moros dentro el fuerte muro encierra,
Y llegándose mas al Rey le avisa
De la espia que el campo suyo pisa.
El magnanimo Rey, con agradable
Semblante al caballero el brazo toma
Diciendo, no se yo qual mas loable
Por su virtud y esfuerzo tuvo Roma.
Sugeto has dado que la fama hable
En tu alabanza, con la voz que doma
A la injuria del tiempo, y que se diga
Tu honroso pensamiento y tu fatiga.
Diciendo esta razon, llamó en secreto
A D. Lorenzo y al de Eucles que estaban
Presentes, y aguardaban el efecto
De lo que el Rey y Lope Diaz trataban.
Y siéndoles allí dicho el sugeto
Qual á solas los dos comunicaban,
Acuerdan que las guardas se prevengan,
Y nuevas postas que cuidado tengan.
A poner órden en aquesto acude,
Por mandado del Rey, el sabio Marte
D. Pelayo Correa, antes que mude
De acuerdo el Moro, yéndose á otra parte.
Y porque todo á su designio ayude,
Como á su invicto esfuerzo ayuda el arte
Militar, para el caso elige velas,
Nuevas postas, espias y centinelas.
Por esta órden disponia el glorioso
Protector de la Fé con diligencia

Todo lo que importaba al cuidadoso
Caso, asistiendo á todo su presencia,
Y habiendo á Lope Diaz y al famoso
D. Lorenzo encargado la asistencia
En procurar al Moro, á su aposento
Se recogió á quietar su pensamiento.
D. Lorenzo salió y llevó consigo
A Lope Diaz de Alfaro, y procurando
Van con secreto al bárbaro enemigo
Por el amigo exército buscando.
Sin hacer de su ida otro testigo
Que á las tinieblas que los van cercando,
Por entre guardas y soldados que entran,
Por entre espias, y velas mil que encuentran,
Todo el Christiano exército anduviéron
En torno por tres veces, y á la puerta
De la Ciudad por guardas se pusiéron
Teniendo aquella solamente abierta.
Y allí aguardando solos estuviéron
Del cauto Moro la venida incierta,
Sin dar lugar quel sueño los rindiese,
Ni el trabajo su esfuerzo enflaqueciese.
Quanto la noche fria y tenebrosa
Duró en tener tiranizado el suelo
Envuelto en sombra oscura y congojosa
De angustia llena y triste desconsuelo.
En la guarda estuviéron trabajosa
Los dos varones, mas dexando el Cielo
Desocupado todas las estrellas,
Ascondiendo en el mar sus formas bellas.

El puesto dexan, y en su guarda puestos
Hombres de quien pudiéron confiallo,
Y á la Ciudad de allí se vuelven prestos,
Y al Moro buscan qual debian buscallo.
Los dos constantes ánimos dispuestos
Que habian de acabar, ó al Rey llevallo,
Si en el caballo de Perseo subiese,
O en su ayuda el Infierno todo fuese.

LIBRO SEPTIMO.

Vistió de rayos y de luz la tierra
El Planeta oriental, restituyendo
Todo lo que la noche obscura encierra
Fuera del huerco el mundo poseyendo.
Comenzóse á mostrar el llano y sierra,
Los altos edificios descubriendo,
Solicitando que al trabajo grave
Vuelva el que el ocio detenia suave.

Luego que vió el Maestre el nuevo dia
Que habia aguardado en vela entre las velas,
A las postas requiere, á ver si habia
Descuido, y de ellas va á las centinelas.
Vuelve á las guardas que la noche fria
Habian pasado, y en su guardia velas,
Guardando el órden que les dió, aguardando
La espia que tantos andan procurando.

Dió nueva órden, y mandó que fuesen
Diez caballos que en torno rodeasen
La Ciudad, y otros tantos requiriesen
La sierra, y hasta el rio no parasen.
Que las postas y velas removiesen
Porque de la vigilia descansasen,
Y con esto á palacio fué y encuentra
Al Rey en la primera puerta que entra.

Estaba con algunos Caballeros
Tratando el caso, que ponia en cuidado
A todos, y obligaba á sus guerreros
Del reposo apartarse acostumbrado.
Y de la causa ensaña ardiendo fieros
Viendo que no podia ser hallado,
Al Rey le aconsejaban que hiciese
Que el exército al arma se pusiese.

Y que mandase luego echar un bando
Que los que no seguian su estandarte
Militar, la Ciudad desocupando
Fuera della se fuesen á tal parte.
Sola una puerta en la Ciudad dexando
Para salir, y allí se pondria parte
De la gente á mirar los que salian,
Y desta suerte al Moro encontrarian.

Pareció algunos bien, mas al valiente
Garciperez desagradó el hacerse
Tal cosa, y fué de acuerdo diferente
Culpando á los que en esto querian verse.
Y decia, ¿es razon que solamente
Un Moro á tantos haga conmoverse?

¿Y que puestos al arma lo aguardemos,
Y que entenderse pueda que tememos?
¿Qué dirá este si su buena suerte
A su tierra lo lleva salvo y sano,
Que él solo al campo de Christianos fuerte
Puso en temor, y al mismo Rey Christiano?
Y para que no hable y desconcierte
Su razon, y con esto vaya ufano,
A procurallo luego vamos todos
Otras trazas dexando y otros modos.
De por sí cada uno lo procure,
Sin que él ni nadie puedan entendello,
Y con esto el escándalo asegure
Del campo donde está sin conocello.
Y si se hubiere ido, ante el Rey jure
De ir á Sevilla y dentro entrar y habello
Por fuerza, aunque le sea defendido
Del bárbaro poder, y aquí traido.
De todos fué por buen acuerdo aceto
El que dio Garciperez, y aprestados
Para ir, dixo el Rey, ese decreto
Se dexe, y sean los ánimos mudados.
Y aguardemos á ver aquí el efeto
De los dos que tenemos enviados,
Y conforme al recaudo que truxeren
Haremos, si lo hubieren ú no hubieren.
Tratando en esto con el Rey estaban
Los fuertes Caballeros, con deseo
De ir todos á buscar los que aguardaban,
O haber, hallando al Moro, aquel trofeo.

No menos cuidadosos procuraban
Al bárbaro, teniendo ya por feo
El fuerte Don Lorenzo, y el valiente
Lope Diaz, qus asi se les ausente.
La gente toda estaba repartida
Sin órden en concilios diferentes
Procurando entender la no entendida
Alteracion, y el repartir de gentes.
Esto á los unos á hablar convida,
Y á preguntar á otros diligentes,
Las plazas y las calles ocupando
Sin saber que diciendo y preguntando.
Entre los unos y los otros el pagano
Andaba oyendo, y él tambien decia
Su parecer, por ver si algun Christiano
Alguna cosa nueva descubria.
Por seguro teniendo y caso llano
Que nadie su intencion conoceria,
Que la Christiana lengua y el vestido
Christiano lo hacian desconocido.
Y así andaba en confianza desto
Por donde quiera, sin temor ninguno,
Ocupando ora este ora aquel puesto,
Sin dexar de espiar ni ver ninguno.
Y estando en medio de una esquadra puesto
Le ofreció la ocasion tiempo oportuno
A Lope Diaz de Alfaro que lo viese,
Y á Don Lorenzo en viéndolo dixese.
Con próspero snceso conseguimos
Valiente Don Lorenzo el deseado

Fin á que tan cuidadosos acudimos,
Del Rey cumpliendo lo que fué mandado.
El Moro que con tal deseo venimos
Procurando, que tiene alborotado
El invencible exército, se muestra
Donde se cumpla la promesa nuestra.
Señalóle el lugar y la persona,
Diciendo esto, y Don Lorenzo mira,
Y viendo al Moro dixo, esta corona
A tí se debe, y tu valor la aspira.
Llega, y aquellos vean con quien razona
Que es de ti preso, y yo que vo á la mira,
Porque se diga al Rey que solo fuiste
Tú el que esta hazaña conseguiste.
No acertó á responder el glorioso
Joven de Alfaro, viendo la excelente
Merced que le hacia el generoso
Don Lorenzo, en un caso tan urgente.
Y sin responder parte presuroso
La cabeza abajando solamente,
Que lo uno y lo otro le impidiéron
La lengua, y pies y manos le moviéron.
Rompió por medio de la gente fiero,
Y al Moro llega asiéndole, y diciendo
Buleylá ya no soy tu prisionero,
Ya redimí el estarte á tí sirviendo.
Ven que ante el Rey de los Christianos quiero
Presentarte, tu engaño descubriendo,
Que para esto el Cielo me ha rompido
Tu prision, y por riesgos mil traido.

Qual suele la real ave al descuidado
Cabrito arrebatar de la manada,
Y sacarlo arrastrando del ganado
Sin que le impida ni resista nada.
Y por el ayre en vuelo levantado
Llevarlo adonde está su cria amada,
Tal Lope Diaz de Alfaro al Moro apaña
De donde está, y lo lleva al Rey de España.

En seguimiento suyo al punto parte
La gente toda que con él estaba,
Cercándoles por una y otra parte
Que les impedia el paso y estorvaba.
El Moro sin poder con fuerza ni arte
A tanta fuerza resistir, callaba,
Dexándose llevar por donde iba
El que de todo lo que fué le priva.

Antes que llegue al Rey llegó la nueva
De la hazaña y venturosa suerte,
Que por nueva la gente se la lleva,
Del joven alabando el valor fuerte.
El clamor crece mas, y se renueva
La voz que al Rey suspende y lo divierte
Viendo llegar á unos y á otros dando
Voces, el caso como fue contando.

Con la revuelta gente y alaridos
Que en torno lo cercaba en competencia
Unos sobre otros, todos confundidos
Por acercarse á la Real presencia.
El valiente Christiano y Moro asidos,
Y Don Lorenzo sin hacer ausencia

De los dos, ante el santo Rey llegáron,
Y á sus pies el pagano arrodilláron.
  Las dos rodillas puestas en la tierra
Lope Diaz estaba junto al Moro,
Sin desviarse dél, aunque lo cierra
La gente, el guarda en esto su decoro.
Gime el bárbaro viéndose en tal guerra,
Donde la redencion, plata ni oro
No espera que valdrá, y temiendo esto
Tiene en el suelo el mustio rostro puesto.
  Viendo el Rey del pagano el sentimiento,
Las muestras de tristeza, el acuitarse,
El suspirar con tardo movimiento
Torciéndose las manos y elevarse:
Mandó que lo acercasen á su asiento,
Y á los dos caballeros levantarse,
Haciendo señas que cesase todo
El ruido, procede de este modo.
  No te sirve de nada esa estrañeza
De sentimiento, ni por ella esperes
Que de tu culpa alivies la graveza,
Pues no ha de ser por ella lo que quieres.
Despide el mudo llanto y la tristeza
Que así te tiene, y pues sabemos que eres
Pagano y de Sevilla, y que te envia
Axartaf á mi campo por espia.
  Confia en mi clemencia y no en tu llanto,
Pues de ella alcanzarás lo que te niego
Si desconfias de mí, y confias tanto
En deshacerte en ese llanto ciego.

Si es lo que digo así, ó si lo levanto
Eso te mando que me digas luego,
Porque si es ó no daré el testigo
De quien lo sé, que apruebe lo que digo,
  Levantó el rostro el Moro, y dió un gemido
A Lope Diaz mirando, y al Rey vuelto
Dixo, no puede serte ya ascondido
Mi engaño, ni por él me veré absuelto.
Quanto has dicho es así, yo soy venido
De Sevilla á espiarte, y yo revuelto
He andado entre todos tus Christianos
En el trage que ves por mis paganos.
  De Axartaf mi señor soy enviado
A ver el órden que en tu campo tienes,
Como lo traes dispuesto y concertado,
Qué gente, y quanta en número mantines:
Si á dalle guerra estás determinado,
O si de tal empresa te contienes,
Porque si intentas ir á procurallo,
Venir antes que vayas á buscallo.
  Para esto alistó toda su gente
Que pasan de trecientos mil guerreros
Los que dentro están hoy del eminente
Muro, que piden ya la guerra fieros.
Sin estos hay de advenediza gente
De los pueblos cercanos y extrangeros
Gran número, con grandes prevenciones
De armas, caballos, viandas, guarniciones.
  Con esto está aguardando mi respuesta
Que tu hado le ataja, y el malino

Disponer de mi suerte, que se apresta
A que no vuelva allá de mi camino.
Para hacer con tanta gente puesta
En campaña, lo que de Alá divino
Le ha sido tantas veces revelado
Contra tu suerte y tan dichoso hado.
   Del aviso que aguarda por mi parte
Para hacer lo que á la guerra importa
Mi Rey, ese Christiano con su arte
Lo impide todo, y mi ventura acorta.
Hace que pare del sangriento Marte
La fiera espada que las vidas corta,
Porque en llegando yo, y diciendo el modo
Que veo en tu campo, fueran armas todo.
   Puso silencio á su razon con esto
El bárbaro, y los ojos en la tierra
En triste suspension quedando puesto
Como el que teme, ó procediendo yerra.
Y queriendo el Rey santo á lo propuesto
Responder, á la gente vió de guerra
Con clamor alto toda alborotarse,
Y á diferentes partes apartarse.
   Por medio de ella vió venir rompiendo
Diez escuderos puestos á caballo,
Como si el son que incita á Marte horrendo
Los llamara que fueran á buscallo.
Don Pelayo la gente conociendo
Ser la que él envió para informallo
Al Rey, que el verla en suspension le puso,
Declarandole el caso asi propuso.

La gente que á caballo ves, y armada,
Gran Señor nuestro, aca venir cruzando,
En la última vela fué enviada
Por mi al campo, á este infiel buscando.
Y de no haber en esto hecho nada
A dar razon vendranme procurando,
Para que su cuidado y diligencia
Se conozca contado en su presencia.

Quando el Maestre dixó estas razones
Los diez guerreros ante el Rey llegáron,
Y en medio de los ínclitos varones (ron.
Que ante él estaban, muerto un Moro echá-
La novedad dió nuevas opiniones
A todos, y mirándolo quedáron
Suspensos, mas de aquellos diez guerreros
Dixo el uno al Rey vuelto y caballeros.

Luego que hizo de la tierra ausencia
La noche oscura, fria y tenebrosa,
Y nos vino á alegrar con su presencia
Del bello oriente el aura deleytosa.
Buscando con ardiente diligencia
Ese Moro en la sierra cavernosa,
A la primera luz lo descubrimos,
Y de la sierra al rio lo seguimos.

Alli paró hallándose cercado
Por todas partes, sin tener remedio,
De caballos y lanzas rodeado,
Y él puesto á todo aqueste riesgo en medio.
De su valor el Moro confiado,
Desesperando de otro ningun medio

Puso á su alfange mano arremetiendo
A nosotros, en ira y saña ardiendo.
  Comenzó á defenderse de tal suerte
Que lo que antes con huir hacia
Remitió al esfuerzo y brazo fuerte,
Con denuedo y soberbia gallardia.
Y hubimosle de dar por fuerza muerte
Porque arrojarse al rio acometia,
Teniendo por mejor allí acaballo,
Que con vida huyéndonos dexallo.
  Quando á Guanzar Buleylá vido muerto
Con claro indicio de sentir su daño
Suspiró, y á mirarle el pecho abierto
Llegó con muestras de dolor extraño.
De todos conocido el desconcierto,
Receláron algun secreto engaño,
Don Lorenzo quel propio mal barrunta
Del muerto lo desvia y le pregunta.
  La causa que te altera así y conmueve
A sentimiento con extremo tanto,
Lo que en tí hay para que así te eleve,
Y te dexe sin tí desecho en llanto:
Diciendo la verdad como se debe,
Sin que la impida el miedo ni el quebranto,
Su Alteza manda que en presencia suya
Le sea contada, y la congoja tuya.
  Sosegó un poco el bárbaro lloroso
El lastimado llanto y sentimiento,
Y con semblante y rostro temeroso
Respondió así al forzoso mandamiento.

No sirve ya de nada, ó Rey glorioso,
Encubrirte el oculto pensamiento
Que á espiarte me truxo, si veo claro
Que te defiende el Cielo y da su amparo.
  Y quando acudir quiera á lo que debo
A mi Rey y fieldad, está delante
Quien me contradirá, si á decir pruebo
Lo que no es en caso semejante.
Así, ó gran Rey, por esta causa muevo
Mi pensamiento, pues razon bastante
Me obliga, y el temor me hace fuerza
Que de mi obligacion forzado tuerza.
  Este Moro que muerto ves presente
Es Guanzar, que salió en mi compañia,
Elegido por sabio y por valiente,
A ser qual yo del campo tuyo espia.
Fuele la suerte como á mi inclemente
Pues su intencion se descubrió y la mia
Por ese Lope Diaz que en prisiones
Dexé, y libre lo veo entre tus varones.
  Que si yo el fin que veo conociera,
Ni de mi cativerio él se librara,
Ni á verme yo en el que estoy viniera,
Ni de mi Rey el mando se estorvara.
Y la gente que ya aprestada espera
El llano y muro de Jaen cercara,
Que por milagro lo ha desvaratado
Tu buena suerte, y nuestro crudo hado,
  Los defensores del celeste imperio
Al bárbaro escuchando se alteráron,

Queriendo respondelle al loco y fiero
Proceder, y hacerlo se aprestáron.
Mas su caudillo invicto con severo
Semblante, á los que airados se mostráron
Afosegó, y al bárbaro volviendo
Movió la celestial lengua diciendo.

De Axartaf enviado al campo mio
A ver su órden dices que veniste,
Donde el Cielo con libre señorio
Impidió el intento que truxiste.
Porque se cumpla (y no su crudo brio)
Lo que á tu diligencia cometiste,
Llevenlo y todo mi Real le muestren,
Y por él los guerreros mios le adiestren.

Luego que al Rey esta razon le oyéron,
Sin detenerse mas, ni ser mandados,
Con sus armas en órden se pusiéron
Los bélicos y pláticos soldados.
Y los que á verlo un punto habia acudiéron
Sin armas, y sin órden derramados,
En un instante en órden de pelea
Se ponen donde el bárbaro los vea.

En medio puesto de los dos guerreros
Garciperez de Vargas, y el valiente
Don Lorenzo, y con otros Caballeros
Iba el Moro confuso y obediente.
Mirando aquí los fuertes escuderos,
Acá la esquadra de invencible gente,
Los ricos hombres acullá alojados,
Las Ordenes, Consejos y Prelados,

Las municiones y armas homicidas
Que aumentan de los Reyes la potencia,
Y á las regiones menos conocidas
Echan el yugo, y traen á su obediencia,
Las cosas reservadas y ascondidas,
Y las de menos y de mas esencia
Le enseñaban al Moro, y deste modo
Le truxéron mostrando el campo todo,

Satisfecho el astuto Sarraceno
De lo que visto sin contraste habia,
Teniendo el pecho cauteloso lleno
De quanto en esto su deseo pedia.
Encubriendo el mortífero veneno
A los que lo amparaban y eran guia,
Con grande admiracion á entender daba,
Que quanto via todo le admiraba.

El exército atras iban dexando
Poco á poco los fuertes defensores
De la Christiana religion, llevando
Al ciego Alcoranista en sus errores.
Y á la presencia vueltos de Fernando
Se lo entregáron, y él con mil temblores
Los brazos cruza, y de rodillas puesto
Fixa en la tierra el demudado gesto.

A este punto fué la gente tanta
Que acudió, y el ruido tal que alzáron,
Que el Moro pavoroso se levanta
Llegándose á los dos que lo guiáron.
La causa conocida que lo espanta,
Con seguras razones lo animáron,

Qual la razon del médico prudente
Apartar suele el miedo del doliente.
Viéndolo así el magnánimo Caudillo
(Del que la ley dió al mundo verdadera)
Que era fuerza á su plática admitillo
De que hacer un hecho heroico espera.
Para poder mejor hablar y oillo
Sin que el ruido impedimento fuera
Levantó el rostro, y en el mismo punto
El alboroto todo cesó junto.
Qual la esquadra de Boreas con violencia
Alterar suele el Reyno de Neptuno
Con soplo horrible, y aspera inclemencia,
Con denuedo y con impetu importuno,
Que las aguas con libre preeminencia
Siguen su furia, y sin contraste alguno
Allanan montes, mieses, campo y prado,
Destruyen sotos, llévanse el ganado.
Mas el rector del umido elemento
Que sus ceruleas aguas ve alteradas
Sale dexando su muscoso asiento,
Y al punto son con verlo asosegadas.
Así viendo el real acatamiento
Las voces sosegáron levantadas,
Y como toda fué en silencio puesto,
Al bárbaro sin Dios dice el Rey esto.
Esa flaqueza y temeroso espanto
Despedir puedes, y escuchar seguro
Sin que te altere ni fatigue tanto
Que de quanto aqui temes te aseguro.

Libre te hago de qualquier quebranto,
Libre te envio á ver tu Herculeo muro,
Cuenta del campo mio el arte y modo,
Da relacion de lo que has visto todo.
Con esto puedes irte, y al Rey lleva
Juntamente con ese Moro muerto
De tu suceso y de tu espia la nueva,
Y el órden como fuiste descubierto.
Y dile que su hueste al punto mueva
A buscarme, qual tu me afirmas cierto,
Que será si allá vuelves á contalle
Lo que te dexé ver para informalle.
Diciendo esta razon el glorioso
Y santo Rey, se entró y dexó mandado
Darle un caballo al Moro temeroso
En que por él el muerto sea llevado.
Ponen en obra el mando poderoso
Los que á hacerlo el cargo les fué dado,
Carga al muerto Guanzar Buleylá y parte
Libre del campo del Christiano Marte.
Luego llegó el Real Ayuntamiento
Del marcial consejo, al invencible
Príncipe, á quien movia el sacro aliento
Del espíritu etereo incomprehensible.
Que dél siendo regido el sacro intento,
Y al caso viendo el tiempo convenible,
Para librar de la opresion infanda
A Hispalis, propone así y demanda.
Ya sabeis ó Christianos caballeros
Cuya victoriosa espada ha puesto

En libertad á España de los fieros
Bárbaros, con su daño manifiesto.
Que sus horribles y dañosos fueros,
Que su yugo á los nuestros tan molesto,
Habeis con vuestros poderosos brazos
En servicio de Dios hecho pedazos.
Ya sabeis con la gloria y alabanza
Que habeis triunfado, y puesto al yugo nuestro
Tantos Reyes, rindiendo su pujanza
Con la virtud del claro valor vuestro.
Pues esto es conocido, y mas se alcanza
De lo que yo con mis razones muestro,
Qual los contrarios nuestros lo publican,
Y sus muertes y daños testifican.
Que el regalo dexemos que nos tiene
Sepultados aquí en ocio tan feo,
Y acudamos á aquello que conviene
Para aumentar vuestro inmortal trofeo.
En esto una ánsia y un deseo me viene
Que fuerza mas que fuerza de deseo,
Que si deseo ó fuerza humana fuera
Menos efecto en mi quietud hiciera.
De esta quietud forzado y conmovido
Mi ánimo que nunca se quieta,
Viendo que aquí nos hemos detenido
Como si fuese aquí la última meta.
Y con tanto descuido y largo olvido
De los que siguen la enemiga seta
Hemos dado lugar que nos inciten,
Y con espias y fieros soliciten.

Bien nos lo dió á entender el arrogante
Moro, quando nos dixo que esperaba
Axartaf su señor bello delante
Con el aviso que de aquí llevaba.
Y que siéndole dado, en el instante
Marcharia á buscarnos, porque estaba
Aprestado, y aquesto fué avisarnos (nos.
Que pues no vamos que él vendria á buscar-

Mirad bien si es razon compadecible
¿Qué decir ose semejante cosa?
Sin que conozca el ánimo invencible
Que rige vuestra diestra poderosa.
Sin que un castigo se le de terrible
Con muerte y con infamia vergonzosa,
Por fuerza entrando el levantando muro
Que le hace hablar con tal seguro.

Y así concluyo, y digo que yo quiero
Que tras su espia marche el campo nuestro,
Y primero que el venga, vea primero.
Que á buscar viene el alto valor vuestro.
Resuelto en esto, vuestro acuerdo espero,
Y el mio es este qual lo digo y muestro,
Responderme si alguna causa impide
Lo que razon, y honor, y el cielo pide.

En esta razon última dexando
Su razon el glorioso Rey de España,
Quedó entre los grandes de su bando
Un alboroto y una duda extraña.
El acuerdo los unos aprobando,
Otros diciendo que el seguirlo daña,

Razones todos dando concluyentes
Para el efecto mismo convenientes.
Iba creciendo el alboroto y duda
Con la opinion que cada qual seguia,
El uno al otro con su votó ayuda,
El otro de aquel voto se desvia,
Los unos piden que de allí se acuda
A la parte que el Rey le parecia,
No acercarla, mas á darle guerra,
Talándole y corriéndole la tierra.
Otros decian que á Granada fuesen
Que era importante á todos tal jornada,
Y sus campos y vega destruyesen,
Sin dexar fuera de sus muros nada.
Y que de vuelta á Hispalis viniesen
Donde toda su furia executada
Los pueblos comarcanos le ganasen,
Y con robos y asaltos la cansasen.
Fuéron de aqueste parecer algunos
Diciendo, que si así la quebrantavan
Los Moros serian menos importunos
En darles la ciudad que les negaban.
En que fuese esto asi impedian los unos,
Otros mas cuerdos por acuerdos daban
Que lo que habia de gastarse en esto
Fuese ocupando de Sevilla el puesto.
Porque teniendo esta ciudad sujeta,
Los demas pueblos siendo inferiores
Como le siguen en su falsa seta
Le seguirán en darse á otros Señores.

Esto pareció bien, y se decreta
Por acuerdo de todos los mayores
Que á cercar fuesen á Sevilla luego
Con armas, fuerzas, ira, saña y fuego.
Viendo el celeste protector christiano
Que todos con resuelto pensamiento
Acudian al hecho soberano
Que le aspiraba el sacro santo aliento,
A unos encargó, á otros dió mano
Para que con preciso mandamiento
A las cosas acudan y prevengan,
Y en órden todo lo importante tengan.
Sale la voz de lo acordado, en vuelo
Y por el campo todo se derrama,
El confuso alarido sube al cielo,
Celebrando con él la alegre fama.
Desea alejarse del Menteso suelo
El soldado, á quien ya la trompa llama,
Y el ronco son de caxas solicita,
Y á dura guerra y fiero Marte incita.
Echase al punto en el real un bando
Que todos con ardiente diligencia
Las importantes cosas aprestando
De Jaen haga el fuerte campo ausencia.
Acuden todos al preciso mando
Con diligente priesa y obediencia,
Por su parte diciendo cada uno
Lo que importaba sin quedar ningúno.
En esto andaban todos ocupados
Sin dexar de acudir todos á aquello

Que les forzaba ó eran obligados
Con causas á mandar ó á obedecello.
Esto solo encendia sus cuidados
Consumiendo los dias en hacello,
Y las noches negándose el reposo,
Siempre en vela y oficio trabajoso.

La diligencia y el cuidado presto
Con la solicitud pudiéron tanto
Que dando fin á lo importante en esto
Tambien lo tuvo el áspero quebranto.
Fué todo en órden y en razon dispuesto
Por el órden que dió el caudillo Santo
Que luego que el frio invierno vido ausente
Mandó marchar á Hispalis la gente.

Señaló en la Tenencia y Alcaydia
A Don Ordoño Alvarez, poniendo
La fuerte guarnicion que convenia
Que á Jaen guarde del contrario horrendo.
Y á su hueste siguió que en larga via
Los llanos iba de Jaen cubriendo,
Amenazando con sangrienta guerra
La fiera gente y enemiga tierra.

Vos Christifero Rey que estais gozando
La Magestad eterna en paz seguro,
Las bellas formas vuestros pies pisando,
Que sin ellas el mundo seria oscuro,
Pues vos á todo lo que voy cantando
Os hallastes siguiendo á Marte duro,
Para que informe sin quedar en mengua
Mi espíritu regid, y soltad mi lengua.

Que bien sabeis que sin divino aliento
Tales proezas no será posible
Tratar de ellas terrestre pensaminnto
Pues aspiran su efecto á lo imposible.
Y habiendo de decir mi humilde acento
De vos y vuestro exército invencible
Que el yugo echó á Sevilla poderosa,
Sin vuestro aliento es imposible cosa.

Marchando iba el exército guerrero
Con el cuidado igual á la hazaña,
Trabajando de todos el postrero
De no serlo en ponerse en la campaña.
Nueve veces salió el claro lucero,
Y nueve se bañó en el mar de España,
Y al decimo el exército formado
Sobre Carmona se halló alojado.

Carmona es un lugar inexpugnable
Por la parte que está mirando á Oriente,
De donde se demuestra su admirable
Fortaleza y su Alcazar eminente.
Fué de enemigos siempre incontrastable
Por su disposicion y fuerte gente,
Por la naturaleza y por el arte,
Despreciadora del rigor de Marte.

Viendo el propagador de la Fe Santa
El alto vuelo de la enhiesta cumbre
Que á tocar en las nubes se levanta,
Y del sol goza la primera lumbre,
Que su defensa por allí era tanta
Que la virtud ni bélica costumbre

Eran de efecto, y con seguro desto
Cerca el lugar buscando mejor puesto.
Está á la parte que se ve Sevilla
Inclinándose al Austro un alto llano
Que igual altura tiene con la villa,
De fértil suelo, y de influencias sano.
De donde se quisiese combatilla
Podia á su salvo el esquadron Christiano,
Y de donde á la vista no se niega
El monte, huertas, Axarafe y vega.
Este sitio del Rey considerado
Y visto bien por una y otra parte
Ser para su intencion acomodado,
En su cumbre fixó el santo estandarte.
Luego fué del exército ocupado,
Y desde allí la gente envia y reparte
Qual á correr, qual á talar la tierra,
Por todas partes pregonando guerra.
Al pie de aquesta levantada cima
Del tiempo hecha está una zanja obscura,
Que puestos en lo alto causa grima
Ver su profunda y áspera hondura.
Por medio sin que el curso se reprima
Por la escabada y tosca piedra dura
Destilándose corre un abundante
Vena de agua clara y resonante.
Por una senda abaxan retorcida
De texidos árboles cubierta,
Que hacen la fragosa decendida
Al que por ella baxa ser incierta.

Ya Febo en su mayor fuerza encendida
Niegan la entrada á calentar la puerta
De una gruta que está en la viva piedra
Cubierta siempre de lentisco y yedra.
Esta era estancia de un varon Christiano.
Cautivo de Buzeyte un poderoso
Moro, que era Señor del alto llano
Que ocupaba el exército glorioso.
Que siendo inutil ya, por ser anciano,
El Moro lo dexaba en su reposo
Libre, y no en libertad, mas libertado
Para vivir del mundo allí apartado.
Seguro de las míseras mudanzas
De la ligera vida, y de los daños
Que causan las terrenas confianzas
Al que ciego confia en sus engaños.
Libre de emulaciones y venganzas,
De envidias y odios, sus postreros años
Pasaba en esta soledad quieto
Del mundo libre y su engañoso aprieto.
Gozaba sin temor ni sobresalto
De todo lo que pide un pensamiento
Que solo aspira á nunca verse falto
De gloria y de inmortal contentamiento.
El miedo de caer del lugar alto
Donde le puso el favorable aliento
No le alteraba, ni traia afligido
Promesas, esperanzas, premio, olvido.
Olvidado de todo en su apartada
Gruta, en quietud á su placer vivia,

Sin saber ni querer del mundo nada
Una vida de Antonio ó Paulo hacia.
Y estando en ella como del usaba
Metido en su caverna obscura y fria,
Oyó el estruendo y vió el christiano trage
Que ocupando venia aquel parage.

Juntas las manos en el suelo puso
Las dos rodillas, levantando al cielo
Los ojos, de contento se traspuso,
Significando en esto su consuelo.
Y á la senda salió que el largo uso
Tenia hollada, y sin ningun recelo
Por donde vido ir á los christianos
Con voces los llamaba y con las manos.

Sin detenerse mas en aquel puesto
Al tardo cuerpo su deseo guiando
Por el fragoso monte y risco enhiesto
Subia el nudoso báculo agravando.
Y tal cuidado y priesa puso en esto,
Que la edad y maleza contrastando
Llegó á la cumbre, que halló ocupada
De tanto caballero y gente armada.

Apénas del cansancio recibido
El fatigado espíritu alentaba,
Quando de armas rodearse vido,
Preguntando ¿quién era, ó qué buscaba?
Quedó aunque contento suspendido,
La gente viendo que esparcida andaba,
Al hierro y fuego dando con fiereza
De Palas, Baco y Ceres la riqueza.

Sin perdonar al levantado pino
(Que tanto fué á Civeles agradable)
La aguda hacha, y golpear contino
De la guerrera gente incontrastable.
Tendido y sin honor en el camino
Se veia con denuesto miserable
El que tuvo tan próspera subida,
En que se ven las cosas desta vida.

Desta suerte la esquadra victoriosa
De la guerra siguiendo la ley fiera
Sin perdonar su ardiente saña cosa
Trataba quanto habia desta manera.
Traia á la cadena trabajosa
La gente que del muro estaba fuera,
Patentemente arder los montes via,
Y las tierras y árboles que habia.

Confuso de ver esto, sin aliento
Un grande espacio suspendido estubo,
Como si el Rey no viera del tormento
No con ménos espanto se detuvo.
El desórden, las voces, el lamento,
El humo, el fuego, en que la vista tuvo
El horrible espectáculo, mirando
Ser esto lo tuviéron contemplando.

Qual suele la tenaz melancolia
Representar aquel que señorea
Que en las tinieblas ve, y la noche fria
Lo que muestra la lámpara Phebea.
Así el christiano quando aquesto via,
El miedo y novedad le hacen que crea

Oyendo los clamores y cadenas
Que viendo estaba las tartareas penas.
  Pavoroso de ver el caso extraño
Deseando que alguno le dixese
Por qué á los campos se hacia tal daño?
La causa de ello preguntó qual fuese.
Fuele dicho, y saliendo de su engaño
Pidió al que le informó que lo pusiese
En parte adonde con el Rey hablase,
Y que á su baxa suerte no mirase.
  De la christiana gente acompañado
Con él tratando lo que habia en esto,
Ante el Rey fué qual lo pidió llevado,
Y él de rodillas ante sus pies puesto.
Del Rey fué por su mano levantado
Viendo al varon anciano en aquel puesto,
Que á la vejez se debe tanta honra,
Que el mas alto la estima en mas y honra.
  La alteracion de verse en la presencia
Real, y su flaqueza tremulosa,
Las dos suertes con tanta diferencia
Su lengua ataban, y tenian medrosa.
Mas temblando, y pidiéndole licencia
Con voz sin elegancia artificiosa
Del hondo pecho arrancada á fuerza
Como pudo á decir así se esfuerza.
  Recibe deste indigno siervo tuyo
La humilde voz, ó excelso Rey Fernando,
A quien el sumo Dios con poder suyo
Tiene por muro del christiano bando.

Y á mí, que confiado en tí no huyo
De venir tu presencia procurando,
Tu poderoso amparo favorezca
Con solo que besar tus pies merezca.
 Bien conozco gran Rey que soy indigno
De un bien tan alto; mas por ser Christiano
Merezca que ese ánimo divino,
Qual es con todos sea conmigo humano.
Pues te ha traido aquí mi buen destino
Qual predixo un Morabito Africano
De ti diciendo que este pueblo fuerte
Vendria por fuerza presto á obedecerte.
 Alterados de oir la gran victoria
Que de Jaen con triunfo tal hubiste,
Los despojos habidos y la gloria,
Con que rindiendo un pueblo tal saliste.
Un Moro antiguo truxo á la memoria
De Amir Profeta una espantable y triste
Profecía, en que todos conmovidos,
Acuden á Thebid despavoridos.
 Este Thebid en la maldita seta
En que el Halifa Ali fué adorado
Por sucesor del pérfido Profeta
Para que su Alcoran fuese enseñado.
Entre esta gente bárbara indiscreta
Fué por un varon santo reputado,
Y así quando algun daño recelaban,
Por órden de Thebid lo reparaban.
 Viendo pues este pueblo belicoso
Inexpugnable por su sitio fuerte,

De gente fiera y armas copioso,
que te acercabas, receló su muerte.
Y á su Profeta acude presuroso
A que consulte qual seria tu suerte,
O de la suya que ordenaba el cielo
Que los tenia así en mortal recelo.
Deste acuerdo Thebid forzado acude
A lo que demandó el pueblo ignorante,
Y la pereza y el temor sacude
Qual pedia ocasion tan importante.
Quiere que en este menester le ayude
El influxo del cielo, y luna errante,
Los ascondidos signos y planetas,
Las maravillas dellos mas secretas.
Rodeó en torno de funesta rama
Las sienes, y con negra vestidura,
Dió el mismo árbol á la ardiente llama,
Y con fuertes apremios la conjura.
Del hondo averno á los ministros llama,
Pegado el rostro con la tierra dura,
En mal formada y ronca voz hablaba
Que nada se entendia aunque se escuchaba.
Habiendo estado un largo tiempo en esto
Revuelto en ansias y mortal fatiga,
El conmovido pueblo en torno puesto
Aguardando que el caso exprese y diga,
Con demudado y congojoso gesto
Se levantó diciendo: la enemiga
Suerte nos amenaza, el daño es cierto,
Este pueblo será cautivo ó muerto.

Oida esta razon, un clamor alto
Se oyó en confuso y resonante estruendo
En el pueblo feroz de razon falto,
Diciendo muera el que eso está diciendo.
Y como si aprestados á un asalto
Estuvieran, al Mago arremetiendo,
Hecho pedazos fué del vulgo rudo,
Que el furor loco refrenar no pudo.

Luego aprestáron armas, y pusiéron
Guardia en los muros y altas fortalezas,
Y las puertas y entradas guarneciéron
Conforme á su temor y á sus fierezas.
Gente por los caminos esparciéron,
Recogiéron sus frutos y riquezas
Resueltos de morir, y no rendirse
Porque no pueda dellos tal decirse.

En este estado, ó gran Señor de España,
Este indómito pueblo está aguardando
Tu venida, en su fuerza, y fiera saña
Y en la suerte que siempre confiando.
Y es la rudeza tal que le acompaña,
Tal su bárbaro esfuerzo, que ignorando
Que tu suerte es divina, está dispuesto
A contrastalla, y no entregarte el puesto.

Mas ya quel cielo que á tu brazo rige
Para acabar de aquesta ciega gente
La idolatría, que jamas corrige
La verdadera ley que ve presente.
Ya que á ensalzar la santa Fe dirige
Tu persona y tu exército valiente

A este lugar, suplico á tu grandeza
Una merced otorgue á mi baxeza.

Quisiera (á no temer serte enojoso
Con tan largo discurso) darte cuenta
De la ocasion, que á ti me trae cuidoso,
Que en vida á mi cansada edad sustenta.
Mas, pues el cuento como tu es glorioso,
Y celestial espíritu me alienta,
De tí será benignamente aceto,
Por ser de Dios su principal sugeto.

Despues que en miserable cautiverio
Enagenado de mi patria amada
Que es la que ciñe el sacro rio Hesperio,
A donde va tu suerte encaminada.
Traido fui aquí, no sin misterio,
Por la razon que te será contada,
La qual, aunque desnuda de eloqüencia
Oida sea de tí con advertencia.

Siempre en este lugar donde he vivido
A la cadena bárbara ligado
De Buzeyte un piadoso Moro he sido
Çautivo, aunque querido y regalado.
Y habiéndole la fuerte edad servido
Y viéndome ya inhabil y cansado
Para servir, me dixo que me daba
No libertad, mas libre me dexaba.

Que no acudiese en nada á su servicio,
Y que como á mi tierra no me fuese,
En esta libre del cautivo oficio
Me dexaba, que el gusto mio hiciese.

Pedíle viendo serle tan propicio
Que en esta honda cima permitiese
Hacer mi habitacion, donde queria
De la muerte aguardar el cierto dia.
Como se lo pedí fué del aceto,
Y por mi puesta en obra mi venida,
Adonde en soledad libre y quieto
He pasado treinta años de mi vida.
Siempre guardando el bárbaro precepto
Sin desviarme mas de mi ascondida
Estancia que á ese pueblo, por aquello
Que es forzoso á la vida el usar dello.
En esto he sido del piadoso cielo
Por su inmensa piedad favorecido,
Que muchas veces sin hallar consuelo
En ese pueblo me volvia afligido.
Y aquí en este lugar quando el frio velo
Tiene el mundo en tinieblas ascondido
Una resplandeciente y viva lumbre
Via por toda esta espaciosa cumbre.
La vez primera inadvertido desto
Viendo la luz que así resplandecia,
Entendí que ocupaba este alto puesto
De pastores alguna gañanía.
Apresuréme por llegar mas presto
Y salir de la duda en qué venia,
Y demandalles que me socorriesen,
Y algo en limosna de comer me diesen.
Llegué á este lugar, y en el momento
Faltó á mi vista el resplandor divino,

Quedé con diferente y nuevo aliento
Del que tenia haciendo este camino.
Hallé aqui de celestial sustento
Una racion de carne, pan y vino,
La qual todas las veces que me falta
Subo y la hallo en esta cumbre alta.
Has de advertir (que es admirable cosa)
Que quando se me acaba la comida
Se muestra luego de la luz hermosa
Esta espaciosa cumbre enriquecida.
Luego mi edad cansada y trabajosa
Hallo de tal valor fortalecida,
Que no fué mas en sus floridos años,
Quando sufrir podia pesados daños.
Y visto (ó Rey excelso) este glorioso
Milagro, del gran Dios que tu alma aspira,
A suplicarte vengo, que piadoso
Seas al fin que el cielo á mi me inspira.
Y quando de tu brazo poderoso
De ese pueblo rendida sea la ira,
Que á la Virgen que traes en tu estandarte
Una ermita se haga en esta parte.
En el suelo inclinó las dos rodillas
El anciano varon, mas el Rey santo,
Admirado de tales maravillas,
Suspendido quedó y lleno de espanto.
Y si otra vez volviera á referillas
Las oyera otra vez, que puede tanto
Aquello que es al ánimo agradable,
Que no cansa aunque en ello mas se hable.

Así el discurso habia del Christiano
Con agradable gusto suspendido
Al Rey, que con semblante y rostro humano
Siempre fué del y con deleyte oido.
Y yendo á responder le fué á la mano
Un recaudo, que al campo habia venido
De Granada el Rey Moro su vasallo
Con gente de á pie y mucha de á caballo.

Paró todo, y el Rey mandó que fuese
De Don Alonso Tellez alojado,
Y como á su persona se le diese
Todo lo que pedia su pobre estado.
Y vuelto á él le dixo, que estuviese
Con él, y que dél siendo acompañado
La ermita se haria á la divina
Y sacrosanta Virgen Palestina.

Fuele á besar los pies el tremuloso
Viejo, con él llorando de contento
El Rey no lo dexó, y con amoroso
Semblante á entender dió su pensamiento.
Mandó luego que el campo belicoso
Se recoja á su fuerte alojamiento;
Pues quanto fuera del lugar habia
Talado estaba y le faltaba el dia.

LIBRO OCTAVO.

Luego que el ronco son resonó dando
Señal de recoger, fué recogida
La gente, la cruel llama sosegando
En campos, vega y huertas esparcida.
Llegó el Rey de Granada al Rey Fernando
Con la gente en sus pactos prometida,
Recibiólo el magnánimo guerrero
Con semblante agradable aunque severo.

Retiróse á su tienda, y mandó luego
Al Maestre de Eucles que aderezase
Como á la hora del primer sosiego
Quando del mundo el sueño se entregase.
La gente en órden marche á poner fuego
En Alcalá, y sus campos le talase
Si no viniese luego á su obediencia,
Poniéndose en rebelde resistencia.

A hacer lo que el Rey dexó ordenado
El gran Maestre presuroso parte,
Y acudiendo á las cosas de cuidado
A los mas suficientes las reparte.
Dispuesto en órden todo y aprestado
Para en oyendo la señal de Marte
Ponerse en el camino, que igualmente
Demandaba el exército valiente.

Treinta caballos envió ligeros
Que luego fuesen y el lugar cercasen
Por todas partes, siendo los primeros
Con quien sus Adalides encontrasen.
Ordena, manda, apresta los guerreros
Para que en nada al menester faltasen,
De una á otra parte discurriendo
Carros, bagages, armas disponiendo.

A este punto faltó la luz al suelo,
Teniéndose por él la sombra obscura
Con pálido color y turbio velo,
Mostrándose los Astros en su altura.
Axartaf cumplir viendo su recelo,
Y en las manos la horrible guerra dura
Entra en consejo, pide el que convenga
Al daño, y si hay remedio se prevenga.

Quantos en la presencia se halláron
Del Rey, que su desdicha temió tanto,
Del sobresalto y del pavor quedáron
Suspensos, de horror llenos y quebranto.
Y aunque á hablar algunos se esforzáron
En ellos hizo el repentino espanto
Tan grande efecto, que la voz formaban
Y sin decir su intento se quedaban.

Un largo espacio estuvo en esta duda
El bárbaro Señor, y su consejo
Sin haber uno que al negocio acuda
Dando su acuerdo por valiente ó viejo.
Mas Hacén desató la lengua muda
Y dixo, ó Rey honor y claro espejo

De los que al gran Profeta veneramos,
Y su Alcoran por santa ley guardamos.
Si en la ocasion que tan precisa llama
Tu invencible poder así lo impide
Un sobresalto, estando ya la llama
Entre nosotros que el remedio pide.
No me parece que á tu nombre y fama,
Ni á tu valor si por razon se mide,
Ni á la vida de todos nos conviene
La duda que así en duda tal nos tiene.
Desechemos el miedo, si se debe
Tal nombre al sobresalto repentino
Que nos turba asi á todos y conmueve,
Y pone en pavoroso desatino.
Y pues quiere Fernando que se pruebe
La suerte, y lo tenemos tan vecino,
Los acuerdos dexemos, y acudamos
A la defensa, y della nos valgamos.
Todo lo que demanda el peligroso
Y triste estado que presente vemos,
Para que se resista al poderoso
Enemigo aprestado lo tenemos.
Acudir con esfuerzo valeroso
Nos resta solo, y que el hablar dexemos,
Que aquí las armas son las importantes,
No galas, ni razones elegantes.
Hacén con su discurso prosiguiera
Si Muley Bohacén no lo atajara
Al Rey diciendo en alta voz de fuera
Armas nos pide la fortuna avara.

El enemigo viene que se espera,
Sobre Alcalá está ya, segun declara
Este Moro, que aviso viene á darte,
Para que ya comiences aprestarte.
   Ante el Rey puso al Moro que venia
Con toda priesa de Alcalá avisallo,
Que en torno del lugar se parecia
Una esquadra de gente de á caballo.
Que sin duda ninguna se entendia
Ser el contrario que venia á buscallo,
Aunque la obscuridad no les dexaba
Certificarse, ni lugar les daba.
   Sin aguardar que el Moro prosiguiese
En su razon, el Rey dexó su asiento,
Diciendo, que al remedio se acudiese,
Y al arma fuesen puestos al momento.
Que á la tierra noticia se le diese,
Y con esto en furioso encendimiento
Salió diciendo: amigos, guerra, guerra,
Guerra defienda nuestro honor y tierra.
   Todos tras él la guerra publicando
A sus oficios prestos acudiéron,
Unos las municiones aprestando,
Otros las puertas á cerrar saliéron.
De gente y armas otros ocupando
El torreado muro, y de allí diéron
Aviso á los que en torno dél andaban
Que dentro el daño aguarden que esperaban.
   Luego que todos fuéron ocupados
En prevenirse contra el duro estrecho,

Botalhá, aquejado de cuidados,
En ira ardiéndo y en amor su pecho.
Puesto á caballo dexa los cerrados
Muros, y á Guadayra va derecho,
Donde Alguadayra estaba su querida,
Que en el riesgo el que ama no se olvida.
  Aunque el lugar inexpugnable y fuerte
En seguro podia defendella,
Y aquesto al padre aseguró de suerte
Que por seguro allí queria tenella.
El amante, que al riesgo en que está advierte
No se asegura, y parte á socorrella
Que él solo se juzgaba poderoso
De libralla del trance peligroso.
  Sigue el camino en su cuidado ardiendo
De amor regido y su deseo guiado,
Culpándose que se iba deteniendo
Con ir qual viento ó rayo desatado.
En su alma mil cosas revolviendo
Que le representaba su cuidado
Ansioso entre ellas, allegó á la puerta
De Alcalá, que le fué en llegando abierta.
  Halló la gente en arma toda puesta
Llena de alteracion y sobresalto,
Prevenida por órden, y dispuesta
A la defensa de qualquier asalto.
Pasó diciendo, la ocasion es esta
Que de vos se conozca el valor alto,
Y sin dar mas á su furor espacio
Dexó el caballo, y se subió á palacio.

La bella Infanta, que afligida estaba
De pavor llena, y de congoja ardiente,
Viendo el daño que ya se le acercaba,
Y de su padre el gran poder ausente:
De Mulease su Alcayde se informaba
De lo que el miedo le ponia presente,
Quando el valiente Botalhá postrado
Ante ella así habló determinado.

Tal ignorancia ha habido en los que guardan
O excelsa Infanta tu real presencia,
Que el riesgo viendo en que estas aguardan
Quando no sea efecto su potencia
Que diré, no que temen ni acobardan,
Que ya de su valor tengo experiencia,
Sino que el cielo así ordenó que fuese,
Porque á librarte solo yo viniese.

Esta sola ocasion me trae y me fuerza,
Para que contra lo que puede el mundo
Me oponga, sin que deste intento tuerza
Quando abrir vea contra mi el profundo.
La fe me anima, y la razon me esfuerza
En fe, en razon y amor mi intencion fundo,
Pues si fe, si razon, si amor me ayudan
¿Qué temo quando infierno y mundo acudan?

Permite pues, Señora, que nos vamos
Donde el cielo promete tu seguro,
Aunque lo tienes donde agora estamos
Con fuerte gente, y con cerrado muro.
Mas segun es el riesgo que esperamos
Gran mal se espera, porque el hado duro

Con mil desastres amenaza y muertes
Segun nos dicen las fatales suertes.
  Luego, que de espiar al Rey Christiano
Buleyla vino, y truxo á Guanzar muerto,
Llamó tu padre al Alfaquí Sultano
A quien del cielo nada fué encubierto.
Y lleno de pavor y miedo insano
Por él le fué el suceso descubierto,
Y como el Santo Rey hizo mostralle
Su exército á Buleyla y libre echalle.
  Contóle quantas cosas hubo en esto
Que su recelo y su temor causaban,
Que le hacian claro y manifiesto
El daño que los suyos esperaban.
El Mago con turbado y mustio gesto,
Presente el Rey y los que ante él estaban,
Con sangre de un Christiano á quien dió muerte
Allí, y lavado en ella, echó la suerte.
  Y habiendo por tres veces levantado (to.
(Mirando á Oriente) el rostro y brazo á un pun-
Lanzó volviendo á un lado y á otro lado
Las conjuradas habas al Rey junto.
Y dixo, no permita Alá sagrado
Que el daño nos suceda que barrunto,
Ni el que la suerte rigurosa muestra
Contra todos, con tanta infamia nuestra.
  Solo resta gran Rey, que á la defensa
Pongas tu gente, que será posible
Que el daño que el Christiano hacer piensa
Redunde en él, con destruicion terrible.

Sobre esta suerte ó Reyna se dispensa
Que las armas refrenen el horrible
Intento del contrario que perturba
Nuestro sosiego y nuestra paz nos turba.
Así al furor la causa remitida
Solo se acude á prevenir que sea
Velada la ciudad y defendida,
Qual pide la ocasion que nos guerrea.
Y de mí siendo con razon temida
Tu ausencia y que venidos á pelea
No estás segura en Alcalá, te ruego
Que aguardes donde estés segura el fuego.
Este solo designio me acompaña
Princesa esclarecida, y el me instiga
Que te acompañe, ó lleve á do la saña
No te ofenda del Rey que nos fatiga.
Vamos ántes que ocupe la campaña,
Y el fin horrible que le trae consiga
Que yo te pondré en salvo si acudiere
El mundo todo, y contra tí viniere.
Que no será razon que tu persona
Con tan poca defensa su ira aguarde
Aquí, ni que ennoblezcas su corona
De tí haciendo en cautiverio alarde.
Exemplo sea el estrago que en Carmona
Ha hecho, y esto solo te acobarde
para no aguardar mas en este puesto
Tu riesgo viendo y daño manifiesto.
La sombra como ves ocupa el mundo,
En silencio está todo reposado,

El monte, el valle, el rio, el mar profundo
No se mueve, ni el viento sopla airado.
Todo ayuda al deseo en que me fundo
Que es en fe pura y puro amor fundado,
Esto me trae, Señora, á suplicarte
Que de esta fe y amor dexes guardarte.

Levantó el rostro la Princesa bella
Que el temor y la duda la tenian
En grave suspension, y libre della
Responde á los que en esto le acudian.
Tuviera (ó Moros) con razon querella
De mi padre, y de aquellos que desvian
Sus personas del riesgo mio y ofensa,
Si no tuviera á vos en mi defensa.

Con esto el yerro y el cuidado suyo
Se tendrá en ménos, aunque no en olvido,
Pues con el valor vuestro restituyo
Mi persona al seguro y patrio nido.
Y en esto sea el noble intento tuyo
¡O excelente Botalha! cumplido,
Vamos de aquí, que yo confio en tu esfuerzo,
Con que el temor que me acobarda esfuerzo.

En pie se puso la hermosa Infanta
Heredera de Hispalis divina,
Y al camino dispuesto se adelanta,
Y al fuerte Moro obliga y encamina.
Un clamor sordo entre ellos se levanta
Diciendo que á su daño se avecina,
Y que ciega á ponerse iba en las manos
De sus fieros contrarios los Christianos.

Otros, que de este temerario intento
Por sus respetos, ó intencion gustaban,
Daban para ponerlo en obra aliento,
Y caballos y armas aprestaban.
Unos la detenian con juramento
Que todos los que tal le aconsejaban
Su injusto y cierto daño pretendian,
Y otros á esto en contra respondian.

No daba oido ni respuesta á nada
La bella hija de Alxartaf, mandando
Que principio se diese á la jornada,
Miedos, acuerdos y porfias dexando.
Fué obedecida, y fuéle al punto dada
Una Africana yegua, confiando
Que en qualquiera suceso ó aventura,
Con largalle la rienda iba segura.

Ocho Moros los mas acreditados
Por su valor, que en el lugar habia
Por el Alcayde de Mulease aprestados
Fuéron para la guardia y compañía.
Y estando ya de todo aderezados,
La puerta abriendo, Botalhá los guia,
A los Moros diciendo que siguiesen
Tras el y en torno de la Infanta fuesen.

Guardando el órden que les dió el valiente
Príncipe, caminaban los Paganos,
Conformes de morir allí igualmente
Y no largar la presa de las manos.
Y tal se halla el que menor se siente
Que desafia á todos los Christianos,

Y aun le parecerian que eran pocos
Segun los humos de arrogancia locos.

Acompañados del valor constante
Que en sus heroicos pechos hacia asiento,
Los fuertes Moros proseguian delante
Su camino á dar fin á su alto intento.
Mas de la rueda Prenestina errante
Se apresuró el ligero movimiento,
Turbando esta quietud con dura guerra,
Que esta deidad así el placer destierra.

Iban su via cuidadosa en vela
Los Andaluces Moros prosiguiendo,
Del riesgo libres que en su alcance vuela,
Sus altos pensamientos impidiendo.
Que una oculta y Christiana centinela
Que en asechanza estaba, su ida viendo,
Dió aviso á los Christianos caballeros
Que al punto tras los Moros parten fieros.

La priesa y el corage que ardia en ellos
Les puso espuelas y acortó el camino,
Y truxo á donde el ver y acometellos
Fué qual rayó tras trueno repentino.
Comienzan á herillos y á ofendellos,
Antes que el daño que tenian vecino
Pudiesen entender los Agarenos,
Que de pavor y saña aguardan llenos.

Viéndose de repente así asaltados,
Sin que el tiempo lugar les concediese
De prevenirse, ó ser aconsejados
Como á la Infanta en salvo se pusiese.

Pónense á defendella, rodeados
Della qual iban, sin mostrar que hubiese
Tal recelo en sus pechos animosos,
Ni que tal los tuviese temerosos.
Hechos un cerco estaban, de la suerte
Que de leones siendo acometida
De jabalies la esquadra á darles muerte
Que á la defensa acuden de su vida.
Que todos juntos á aguardar la suerte
Se ponen, sin que sea dividida
Su fuerza, unos con otros tan unidos,
Que ofenden, y ser pueden defendidos,
Los bárbaros, al punto que llegáron
Los Christianos y fuertes Caballeros,
Un esquadron en círculo formáron,
Y á la defensa se pusiéron fieros.
Las lanzas y caballos ajustáron
Por tal arte los bárbaros guerreros,
Que al contrario la entrada le negaban,
Y con valor constante amenazaban.
Desde fuera comienzan á herirse
Los unos y otros con mortal crueza,
Los Moros con valor á resistirse,
Los Christianos a dalles con fiereza.
Estos se esfuerzan para no rendirse,
Aquellos porque pierdan la braveza,
Con fieros golpes hieren por rompellos,
Sin que de su esquadron puedan movellos.
Como quando el mar es atormentado
Del animoso Euro que se ensaña,

Que levanta sus ondas mal airado
Hiriendo en los peñascos con gran saña.
Con una onda y otra apresurado
Refurte el agua dellos con extraña
Furia porque no puede quebrantallos,
Ni porque mas los hiera sojuzgallos.
Aunque el Christiano número excedia
Al de los Moros sin poder rendillos
Ni de su unida y fuerte valentía
Por arte ni por fuerza dividillos.
A los Christianos golpes y porfia
Por movellos del puesto y por herillos
Estaban los Paganos invencibles,
Como si fueran rocas inmovibles.
El fuerte Pedro Perez de Quintana
Que venia por cabo de esta gente,
El valor viendo y rebeldia pagana
Enristró con Mulot, Moro valiente.
Salió la suerte en el efecto vana,
Que á sus pechos halló otra lanza en frente
Que le detuvo y hizo que volviese,
Y suspenso mirándolo estuviese,
Como el pastor que llega al espumoso
Rio que de aguas trae gran crecimiento,
Que viene turbio hinchado y arenoso,
Arrebatado de impetu violento.
Los árboles arranca y desdeñoso
Segun viene feroz fuera de tiento,
Que se repara y mira con cuidado
El paso viendo por allí vedado.

Así Quintana, viendo que impedian
De las lanzas la una y la otra punta
Su entrada, y que volverle atras hacian,
Paró á mirar el daño que barrunta.
Y contra Hacein, en quien herian,
Guillen Piera, y Don Benito, apunta
La gruesa lanza, y sin ningun recelo
Lo arrancó de la silla y truxo al suelo.

Cayendo y levantándose fué á un punto
El Africano Moro, apercibiendo
El corbo alfange, en pié quedando junto
Donde cayó su puesto defendiendo.
Prosiguiendo el Christiano el noble asunto
Vuelve sobre él en ira y saña ardiendo,
Y adarga y malla le pasó y el pecho,
Y á sus pies vino á dar con él derecho.

Por donde Hacein cayó, arremete
Para querer romper Guillen Piera,
Y entre las lanzas del contrario mete
El caballo, y la espada saca fuera.
Seleiman, (se le opone y acomete)
Moro esforzado, Alcayde en la frontera,
Que de Xerez á demandar venia
Gente, y en Alcalá se entretenia.

Viendo junto á sí muerto el compañero,
Y que rompiendo los venia el Christiano,
A detener su orgullo salió fiero,
El fiero alfange en la derecha mano.
Sobre él vino el Christiano caballero,
Y sobre él descargo el feroz Pagano

Un golpe, que del hombro al pecho abierto
Sobre el muerto Hacein dió con él muerto.

De pies encima del Christiano puesto,
A los demas les defendia la entrada
Hiriendo á unos, y acudiendo presto
A los otros, teniéndola cerrada.
Todos acuden con furor á esto,
Y el Moro á todos estimando en nada,
Comenzó á renovarse una espantosa
Batalla, y de ámbas partes peligrosa.

La pavorosa Infanta quando vido
La lid horrible por aquella parte,
Y que si el esquadron era rompido
No se podia librar de ningun arte,
Sin aguardar temiendo y sin sentido
La rienda alarga, y huyendo parte,
Queriendo que la presta diligencia
Supliese allí la falta de potencia.

Ofrece al disponer de la fortuna
Ciega y mudable su dudosa suerte,
Quiere tentar si en esperanza alguna
Su desventura en su favor acierte.
Y asida del temor que le importuna
Que con estrecho cautiverio ó muerte,
Le amenaza, corriendo va y huyendo,
A su desdicha y á su honor temiendo.

Salió tras ella Don Benito, y luego
Gonzalo Perez y Nuño Ruiz Mansilla,
Ruimuñoz de Medina y Blas Gallego,
Y con priesa comienzan á seguilla.

Ella sin darse un punto de sosiego
Huyendo va la vuelta de Sevilla,
A Botalhá siguiendo y deseando,
Y aunque turbada en ronca voz llamando.
En su alcance iban todos presurosos,
Y ella qual cierva en su veloz carera
Huyendo los ginetes rigurosos
En su huida su remedio espera.
Dan rienda á los caballos belicosos
Arrimando al hijar la espuela fiera,
Y tras el solo vulto que divisan
Las mesmas huellas de la yegua pisan.
Botalhá, que iba poco desviado
Asegurando el paso, oyó el estruendo
Y revolvió de ira arrebatado,
Lanza, adarga y caballo apercibiendo.
Y aunque de oscura sombra rodeado,
La belleza que su alma iba encendiendo
Le alumbró, y conoció á la Infanta bella,
Y vió los que venian á ofendella.
Arrebatado de furiosa ira
Sin detenerse, á todos sale fiero,
A todos hace rostro, á todos mira,
Y á todos en herir es el primero.
Por esta parte al que le viene tira,
Por esotra detiene al delantero,
A qual derriba, á qual hace apartarse,
Y á todos igualmente retirarse.
A sus espaldas la gallarda Mora
Temiendo el duro trance está arrimada,

Sin osar desviarse gime y llora,
Aunque del Moro vive confiada.
Que el valor y la fe con que le adora
Contrastarian la fortuna airada,
Que el amor sabe en ocasiones tales
Ecceder de los límites mortales.

Bien mostraba el valeroso Moro
En la ocasion que el alma le encendia,
Presente (á su entender) todo el tesoro
Que el un orbe, y el otro poseia.
Y así en defensa dél guardó el decoro
Con tan sobrado esfuerzo y valentia,
Que ser furia y no hombre á entender daba,
Porque en hombre una furia horrible andaba.

Todos herian en él, é igualmente
Heria en todos con igual pujanza,
Sin haber quien le aguarde frente á frente
El duro encuentro de su fuerte lanza.
Don Benito enristró al Moro valiente,
Que con denuedo y fiera confianza
Lo aguardó, y apretando el suyo fiero
Del caballo echó muerto al Caballero.

La lanza quebró, y luego furioso
Puso á la aguda cimitarra mano,
Y á un cabo y á otro el bárbaro animoso
A esgrimir comenzó fiero y lozano.
Sin que ninguno fuese poderoso
A estorballe, y así alegre y ufano
Con la Infanta prosigue su camino,
Adonde le guiaba el buen destino.

Muley Bohacén, que en amoroso fuego
Por la Infanta su prima arder se via,
Sin recibir momento de sosiego,
Ni darlo al alma que por ella ardia.
Como oyó que el Christiano venia, luego
Cien caballos juntó, y tomó la via
De Alcalá, á servilla y socorrella,
Y en Sevilla por triunfo entrar con ella.

Yendo con este solo pensamiento
El encendido Moro, y confiado
Que su pasion acabaria y tormento,
A la Infanta sirviendo en tal estado.
Sin pensar se halló en su acatamiento,
Y como así la viese, y á su lado
A Botalhá, por quien vivia celoso,
Ardiendo en ira dice furioso.

¿Esto se sufre siendo el Rey mi tio
Vivo? ¿y yo vivo, ver tan grande ultrage?
¿Tan ciego error, tan baxo desvario,
Tal menosprecio á mí, y á tu linage?
O ciega Infanta, por quien no soy mio,
¿Es justo que por tí ese Moro ultrage
A tí, á tu padre, á tu linage y tierra?
¿Y á mí, á mi honor, mi fé, y amor de guerra?

¿Parécete que es justo y permitido
Venir sola, ascondida y de esa suerte,
De donde el Rey tu padre era servido
Por gusto suyo ó por tu bien tenerte?
Alevosia grande has cometido,
Aunque no hubiera mas que osar ponerte

En riesgo de ser presa del Christiano,
Quanto mas venir tú y ese pagano. (ro,
Y así has de ir presa al Rey, tú y ese Mo-
Para que conste al Rey la maldad vuestra,
Para que acabe ya el desden que lloro,
Y fin se ponga á la contienda nuestra.
Del rostro desvió las hebras de oro
La Mora, y la belleza inmortal muestra
Que la luz dió, que la tiniebla asconde,
Y á su primo Muley así responde.
Quando el Reyno y mi padre no entendiera
Tu falsa fe, y tu enemigo intento,
Y todo mi linage no supiera
Junto con tu maldad tu pensamiento.
Con esta mano (aunque muger) te diera
El castigo qual es tu atrevimiento,
De suerte que igualara al desacato
La pena, y mi razon á tu mal trato.
Mas porque tu maldad bien conocida
De todos, no execute lo que intenta,
Que es culpar ante el Rey mi justa vida,
Lo que es fuerza y honor llamando afrenta.
Digo, que no es qual dice mi venida
Sola con Botalhá, como sustenta,
Sino con ocho, que en aquesos llanos
Quedan en fiera lid con mil Christianos.
Destos acompañada fielmente
Dexamos de Alcalá el cerrado muro
Delante yendo Botalhá valiente
Quel paso libre nos hacia y seguro.

Que como de mi padre el honor siente
Vino á sacarme del peligro duro,
Con la presteza que pedia el negocio,
Quando todos dormian en torpe ocio.
  La Infanta prosiguiera, mas furioso
Muley le ataja, en alta voz diciendo:
Yo veré si ese Moro cuidadoso
Es digno, vivo yo, de irte sirviendo.
O si será mi brazo poderoso
De cumplir lo que estoy aprometiendo
Que es llevarte, y llevallo ante el Rey preso,
Pues mi querer es mandamiento expreso.
  ¿Tú (dice el Moro en saña ardiendo fiero)
Ni el mundo todo prenderá á la Infanta?
¿Ni á mí? ¿ni semejante desafuero
Osas decir con imprudencia tanta?
La prueba de eso que prometes quiero
Que se vea claro, y tu hablar que espanta,
Obras lo aprueben, no desgarros vanos,
Habiendo armas y teniendo manos.
  Azaudi, un Moro que halló á su lado,
Esto diciendo, le arrancó la lanza,
Y á él á tierra del caballo ha echado
Porque tuvo en largársela tardanza.
Y contra Muley parte denodado
El Africano Botalbá, en venganza
De lo que dixo, mas la Infanta en medio
Se puso, y todos usan de este medio.
  Muley, de todos viéndose impedido
Para llegar al que le está llamando,

Brama qual suele el fuerte toro asido
Por verse libre fiero forcejando.
Así el Moro, mandado y reprimido
De la Infanta y de todos, levantando
La voz le dice: yo veré si puesto
En campaña conmigo haces esto.

Esa palabra tomo, y doy la mia
(Respondió Botalhá) que quando quieras
Me pondré en campo, á donde tu osadia
El premio lleve, y el que della esperas.
Siguen la Infanta y Botalhá su via,
Cansados de escuchar palabras fieras
De Muley, porque siempre es enojoso
En quanto hace y dice el que es odioso.

Tras la Infanta siguiéron el camino
Todos á la Ciudad que el Betis baña,
Solo Muley va en su ánsia y desatino,
Ardiendo en zelos y rabiosa saña.
Mostró su faz la forma, que contino
A la noturna sombra y dia acompaña,
Aviso dando que el alegre dia
Dando su luz siguiéndole venia.

A este punto los bélicos Christianos,
Que la campaña de Alcalá velaban,
Muertos dexando á todos los Paganos
Que á la bella Alguadayra acompañaban.
Aunque victoriosos poco ufanos,
Sobre sus hombros con dolor cargaban
A Don Benito y á Guillen Piera,
Que perdiéron la vida en la lid fiera.

Con lágrimas ardientes y gemidos
Llegan al puesto, y la enemiga tierra
Rompen, y á los varones escogidos
En ella el bando piadoso encierra.
A este punto los rayos esparcidos
De Apolo, el llano descubrian y sierra,
Y del conquistador de España el bando
De Alcalá llano y sierras ocupando.

Quando los Moros tremolando al viento
Las Christianas banderas divisáron
Desde el cerrado muro y alto asiento,
Frios de espanto y de pavor quedáron.
Temiéron el estrecho encerramiento,
Y mas viendo que en torno se alojáron
Del lugar las esquadras vitoriosas,
Que á las suyas hacian temerosas.

Un confuso clamor, una algazara
Resonó por los ayres espaciosos,
Quel frio temor que los rendia declara,
Y los ánimos torpes y medrosos.
La gente invicta de sitiar no para
El lugar y los puestos belicosos
Por quarteles la guardia repartiendo,
En todo muerte á todos prometiendo.

Pónense en arma en concertados puestos,
De armas el pueblo en torno rodeado,
Tiendas armadas, pabellones puestos,
El campo á punto en esquadron formado,
Los caballos ligeros salen prestos
Corren los campos, tráenles el ganado

A los Moros, y muchos en cadena
Que á los cercados encendia la pena.
Miedo y dolor creció igualmente en ellos,
Y así el temor los inquieta y turba,
De modo que acudia á defendellos
Lo que los acobarda y los perturba.
Oyen las voces, ven asir los cuellos
De los qne lleva la christiana turba
Al cautiverio, gimen y suspiran,
Y entre el miedo y dolor ciegos se airan.
En medio de esta confusion andaban
Dos Moros en consejos diferentes,
Que eran los quel lugar administraban
Por edad, calidad y por valientes.
Laatar contradecia á los que trataban
De entregarse, llamando impertinentes
A los que á Mohaydin seguian en esto,
Diciendo así en medio dellos puesto.
Tengo (como es verdad fuertes varones)
Bastante causa de entender que estamos
Faltos de honor, y llenos de opiniones
Contrarias del renombre á que aspiramos.
Pues el valor y osados corazones
Que de nuestros pasados heredamos,
Con mengua tal quereis que acabe ahora,
Rindiendo vuestra espada vencedora.
Quando quiero de vos que uno me diga
Hubo en vosotros cobardía tan grande,
Que de Marte esquivando la fatiga,
Vengais forzados á quel miedo os mande?

Y á la gente ofrezcais nuestra enemiga
El lugar, y haya Moro que demande
Contra el sacro Profeta y Rey humano
Que den la puerta libre al Rey Christiano.
No veis ¡ó Moros cuya excelsa gloria
Entre Christianos ha ganado tanta,
Que de vosotros la menor vitoria
A las mayores dellas se adelanta,
Que obscureceis vuestra dorada historia,
Que los hechos borrais que el mundo canta
De vos, que traspasais las justas leyes,
Que aleves sois á vuestra patria y Reyes!
Solo que me digais quiero, y con esto
Dar fin á mi hablar demasiado, (to
Qué es lo que causa el miedo en que veo pues-
Este pueblo rendido y desmayado.
Si gente, armas y seguro puesto
Tenemos ¿qué nos puede dar cuidado?
¿Qué nos puede hacer que acobardêmos?
¿Qué, que Axartaf nuestro Señor neguemos?
Respondame el que en esto ha dado muestra
Que al seguro y bien público conviene
Dar el lugar, rendir la fuerza nuestra
A quien mortal enemistad nos tiene.
Y si su flaca y temerosa diestra
Y el vil temor lo turba y lo detiene,
Vayase, y dexe á los varones fuertes
Por su Rey y lealtad sufrir mil muertes.
Oyendo esta razon lleno de ira
Mohaydin puso al corvo alfange mano,

Y fiero un golpe y otro á Laatar tira
En alta voz diciendo el cruel pagano.
Tu adulacion, tu embuste y tu mentira
Que con el Rey te han dado tanta mano
No te librarán desta, que hoy el premio
Tendrás de los que están por tí en apremio.
Sin refrenar al bárbaro alevoso
Respeto, ni razon, ni inconvenientes,
Que se podian seguir, ciego y furioso
Lo mató entre amigos y parientes.
Aprobó el hecho el vulgo sedicioso
Enemigo de justos y prudentes,
A Mohaydin su defensor llamando,
Y á tomar le fué el muro acompañando.
Del hecho atroz llevó la horrible nueva
La presta fama á Mulease valiente,
Alcayde por su Rey de heroyca prueba,
En virtud y lealtad resplandeciente.
Y viendo el alboroto al muro lleva
De los leales la escogida gente
A impedirles el paso, que ya estaba
Por Mohaydin tomado, y lo guardaba.
Remitió al valor que via consigo
De los constantes á ganar por fuerza
Quitando del tirano su enemigo
El alto muro de Alcalá y la fuerza.
Apellidaba al noble bando amigo
Que en la lealtad el que lo es se esfuerza,
Suben, y el Capitan va el delantero
Contra el tirano que lo aguarda fiero.

Entre los unos y otros se revuelve
Una sangrienta lid, donde la horrible
Esquadra de Acheron, fiera se envuelve
Con daño de ámbas partes increible.
Este las armas á su amigo vuelve,
Aquel derriba con furor terrible
A su hermano, y tal hay que al padre mata,
Que en civil furia nada se recata.

Manzora, que dió nombre al rio, parte
Contra el bando tiránico, dió muerte
A su hermano Humad, y á él lo parte
De arriba abaxo el Capitan Buxerte.
Viene Aliatan, que entrellos era Marte,
Derriba á Boyda, y á Said el fuerte,
Hizo dos partes de Zidan Gudifa,
Quitó la vida á Seydin Halifa.

Por otra parte Mulease acomete
Fiero haciendo crudo estrago en ellos,
Rompe picas, alfanges, arremete
A los perjuros, á querer rompellos.
Gana el muro en que está Mami Hamete,
Que á los suyos acude á socorrellos,
Y á Mulease que entre ellos animoso
Hiere, derriba, y mata furioso.

Lleno de horrible saña se presenta
Diciendo; ¿no ves tú que va perdido
El que tan fuera de juicio intenta
Reducir todo un pueblo conmovido?
¿No ves que vemos nuestro mal y afrenta
Si no nos entregamos á partido,

No basta que este Mohaydin lo ordene,
Para entender que á todos nos conviene?
¿Entiendes tu que esa lealtad nos falta
A los que estamos de entregar resueltos
El fuerte muro y alcazaba alta,
Y ser así del cautiverio absueltos?
¿O entiendes tú, que ménos nos exâlta
Entregar el lugar que andar revueltos
En sangrienta batalla con Fernando,
Que nos la está qual ves representando?
Vive, y vivamos, y viva aquesta gente
Que su remedio en nuestras manos pone,
Y sino, tu lealtad impertinente,
No hará que mi brazo te perdone.
Traydor (responde el Capitan valiente)
¿Ese título quieres que me abone,
Que por la vida de ese pueblo infame
Quiebre á mi Rey la fe, y traydor me llame?
Sobre el angosto muro estaban puestos
Ambos con los alfanges en las manos,
Llenos de ardiente cólera dispuestos
De que no salgan sus designios vanos.
De los rebeldes quatro Moros prestos
Saltan, y el Capitan á los paganos,
Mami, que divertido lo vió, al punto
A los brazos con él se trabó junto.
Era Mami Hamete hombre animoso,
De mucha fuerza y de mayor destreza,
Mulease, no era ménos poderoso
En esfuerzo y constante fortaleza.

Comienza el uno y otro codicioso
De vengar su corage y su fiereza,
Cíñense en torno los nerviosos brazos,
Que pudieran un monte hacer pedazos.
La fuerza era de Mami bastante
Para hacer ventaja á qualquier fuerza,
Si no tuviera á Mulease delante,
Que á tener cuenta y á parar le fuerza.
Restriba el uno, el otro con pujante
Valor aguarda que se mueva ó tuerza,
Y están para ofender y defenderse
Como dos rocas firmes sin moverse.
El angostura del lugar los tiene
Medrosos, aunque en cólera encendidos,
Y al uno y otro hace que refrene
De executar los odios conmovidos.
Mami, viendo que mucho se detiene
Tiró de Mulease, y ámbos asidos
Sin poder detenerse ni ampararse
Del muro abaxo viéron despeñarse.
Cayéron con aquel ruido y estruendo
Que si tras ellos se hundiera el muro,
O si el mundo la tierra dividiendo
Se lo tragara hasta el centro oscuro.
Tremió todo, y los Moros acudiendo
Los que al leal seguian y al perjuro,
Halláronlos sin vida entrambos brazos
Asidos, con estar hechos pedazos.
Los leales acuden pavorosos
A Mulease su Alcayde, y con ardiente

Saña quieren quitar los alevosos (te.
Que á un muerto alleguen donde está presen-
Los que á Mami truxéron, presurosos
Repugnan este acuerdo diferente
Del suyo, y á las armas se remiten,
Porque el llegar ni al muerto no les quiten.
Comienza entre ellos otra lid terrible,
Que diera espanto ver su ardor á Marte,
Con altas voces, con horror terrible,
Cayendo muertos de una y otra parte.
Mohaydin con presteza no creible
Baxa diciendo en fiera voz de á parte:
Mueran los que mi acuerdo no siguieren,
Y luego al órden mio se reduxeren.
Nadie le respondió sino el gallardo
Y valiente Habrael, Moro escogido,
Del Catalan Yenu hijo bastardo,
Auque en Humaya deuda suya habido.
Y apuntando al aleve pecho un dardo
Le dixo: ¿es esto, ó fiero fementido,
Quando vendiste á Mahomat tu hermano,
Y te alzaste en el Reyno Valenciano? (to
Pues no ha de ser aunque á tu horrible inten-
Todo el poder del Huerco favorezca,
Ni ese pueblo sin fe te dé su aliento
Para que tu locura y maldad crezca.
Que el cielo tu atrevido pensamiento
No quiere que en su ofensa permanezca,
Y aqueste brazo á que te dé gobierna
Muerte al cuerpo, y al alma pena eterna.

Blandió el dardo Habrael para arrojallo
A Mohaydin, el qual quan presto pudo
En moviendo movió, y partió á atajallo
Poniéndole delante el fuerte escudo.
Dió el golpe, y no pudiendo sustentallo
Se lo arrancó del brazo el dardo agudo
Que á las espaldas le quedó caido
Sin poder levantallo adormecido.

Cargó sobre Habrael del bando aleve
Tal número de Moros, que deshecho
En piezas fué, y en un instante breve
Fué en todos los demas lo propio hecho.
Pidenle á Mohaydin, que hacer debe
Que cese entre ellos el civil estrecho,
Y al Rey Christiano se le den las llaves
O sobre ello enviar dos Moros graves,

Parece á Mohaydin bien acordado,
Que se hiciese así, y subiendo al muro
Donde su guardia y fuerza habia dexado,
Y en donde estar le pareció seguro.
A todos desde un puesto levantado
Con aquestas razones el perjuro
Les persuade, esfuerza y solicita,
Y á que por obra se pusiese incita.

Amigos y leales compañeros
Los que por la salud del pueblo vuestro
Reduciros quereis á los guerreros
Christianos, que están ya en el campo nuestro
Habiendo á los contrarios vuestros fieros
Desecho con poder y brazo diestro,

Ya es la sazon de todos deseada
Para el bien nuestro, y redencion llegada.
No se le ponga á nadie por delante
Que al Rey la fe debida le quebramos,
Ni que es esto de ánimo inconstante,
Ni que del deber nuestro le faltamos.
Que nadie puede dar razon bastante
Que condene hacer lo que ordenamos,
Pues Axartaf no acude á socorrernos,
Ni podemos nosotros defendernos.
¿No tenemos delante de los ojos
De Carmona el estrago miserable?
¿No vemos los cautivos y despojos,
De la tala y el robo lamentable?
Las muertes, las prisiones, los enojos,
El daño y perdicion irreparable,
Pues quanto fuera del lugar halláron
Sin dexar cosa en su lugar taláron.
Si estamos todos los presentes viendo
El triste asolamiento de Carmona
Hambre, sed, muertes, daños padeciendo,
Por no dar el lugar de su corona.
Y él sin acuerdo viéndolos muriendo
No le envió en socorro una persona,
Ni pie ha sacado Moro de Sevilla,
Como si fuera de otro Rey su villa.
Este exemplo es bastante y suficiente
Para que punto mas no se difiera
El acuerdo que á todos igualmente
Redime el cautiverio y muerte fiera.

Mi ansia es esta, y mi deseo ardiente
Es evitar el daño que se espera,
Y entender que ha de hacerse con nosotros
De entrambas partes lo que con los otros.

Proseguir quiso Mohaydin en esto,
Mas Halife Manzor, un Moro anciano
Que deseaba ver en aquel puesto
Al vitorioso exército Christiano.
Dixo en voz alta: acude, acude presto
Mohaydin, que tenemos en la mano
La ocasion mas urgente y mas segura
Que pide nuestro estado y desventura.

Mirando el sitio y nuestro fuerte muro
Este Abenhalamat, Rey de Granada,
Con vista atenta y con valor seguro,
Cercado en torno de su gente armada.
O él viene á dar algun asalto duro,
O á ver por do la villa será entrada,
A este me parece que llamemos,
Y de Alcalá las llaves le entreguemos.

Con esto nuestro daño aseguramos,
Y con este los pactos y conciertos
Que importan para el riesgo que esperamos,
Tratar podemos si han de sernos ciertos.
Las contiendas y dudas acabamos,
Los contrarios tenemos todos muertos,
Y al fin damos la villa á un Rey pagano,
(Quando quieran decir) y no á un Christiano.

A todos satisfizo, y levantando
Un gran clamor, dixéron que se abriese

La puerta, y al Rey Moro por Fernando
Posesion de la villa se le diese.
Dexan el muro, y Mohaydin alzando
Una bandera blanca, que se viese
De léjos, hizo abrir la fuerte puerta,
Que para nadie hasta allí fué abierta.
Salen al campo luego que el cerrado
Cerrojo de salir les dió licencia,
Juntos al estandarte levantado
Con insignias de paz y de obediencia.
Y siendo al Rey de la Eliberia dado
Aviso desto, y viendo en su presencia
Tantos Moros sin armas, que decian
Que á entregalle el lugar solo venian.
Recíbelos con rostro, y con semblante
De magestad alegre, y puesto entre ellos
Al que humillado está, que se levante
Hace, y á todos llega á complacellos.
Y viendo que tenia ya delante
Asida la ocasion por los cabellos,
Pide razon qual sea su venida
Al que de paz la insignia trae tendida.
Mohaydin se humilló, y dió la bandera
A Halife Manzor, así diciendo:
La verdad desto, que saber espera
Tu grandeza, iré en breve refiriendo.
Deste pueblo la gente áspera y fiera
Que de Marte el oficio sigue horrendo,
De quien tiene Axartaf mas confianza
Que de Sevilla y toda su pujanza.

Viendo que el Rey Christiano habia movido
Su campo, y á correr venia su tierra,
De los mas principales fué pedido
Que con él evitasemos la guerra.
Este acuerdo de algunos fué impedido,
Que ya la muerte en el infierno encierra,
Pagando su rebelde pensamiento,
Contra el comun acuerdo y justo intento.

Queda el bando que solamente pide
Que al Rey las llaves de la villa demos,
Y con su voluntad la suya mide,
Con que en partido solo demandemos.
Que pues el miedo de Axartaf no impide
Que de Alcalá la fuerza le entreguemos,
Ha de ser que los hijos y hacienda,
Y libertad por pacto nos defienda.

Y si algunos quedar aquí ordenaren
Queden con el seguro que demando,
Y si pasar á Berbería gustaren
Les ha de dar pasage el Rey Fernando.
El Granadino Rey mandó que paren,
Y hecho así, y todos aguardando
Dixo: esos pactos todos y conciertos
Os otorgo, y el Rey los hará ciertos.

Mi gente quede en guardia aquí á guardaros,
Porque la gente indomita en fiereza
No acuda aquí, y yo volveré á daros
El órden, que os mandare dar su alteza.
Y la merced que tiene de otorgaros,
Seguros, vidas, libertad, franqueza,

Qual yo os lo prometí, os será cumplido
Del Rey, en cuyo nombre os lo he ofrecido.
El soberbio tirano de Valencia
Besó las llaves y se inclinó al suelo,
Dándoselas al Rey, con la obediencia
Negada del á quantos cubre el cielo.
Y poniendo al negocio diligencia
Teniendo de los bárbaros recelo,
Y su inconstancia á dar las llaves parte
El Rey de la Eliberia al santo Marte.
Al arma estaba el campo todo puesto,
Como el clamor horrisonó fué oido,
Aguardando por órden, y dispuesto
Para qualquier suceso apercibido.
Quando llegó el Rey Moro al Regio puesto
Y en alta voz fué el caso referido,
Las llaves del lugar y fuerzas dando
El Moro Rey al Santo Rey Fernando.
Recibiólos el gran patron de España,
Y habido el militar consejo, acuerda
Que marche el cámpo, y dexe la campaña,
Y una ocasion tan buena no se pierda.
Entráron dentro con presteza extraña
Y en paz se auna el pueblo, y se concuerda
Con la gente de Marte, á cuya fuerza
Armas, gente y lugar se entregó y fuerza.

LIBRO NONO.

El yugo puesto al pueblo rebelado
Que á su Rey faltó en fe, y en obediencia,
Y al Christiano la dió y le fué entregado,
Sin probar de las armas la violencia.
En paz quieta estando sosegado
Hechos reparos, puesta diligencia
En el seguro dél, el Rey glorioso
Sobre Carmona vuelve vitorioso.

Viendo que en su obstinada rebeldía
Tanto tiempo sin darsele duraba,
A Marte y á Vulcano remitia
Lo que la dura gente le negaba.
Comienza abrir el duro acero via
En quanto fuera de la villa estaba,
Y el riguroso fuego con fiereza
A volver en ceniza su riqueza.

Arde igualmente el fuego y furor ciego
Con espantoso son y estrago horrible,
Privando á los cercados de sosiego
Que de su alcázar ven su mal terrible.
Gimen, y arden en el propio fuego
Donde arder ven sus bienes y apacible
Regalo, y contra sí las armas vuelven,
Y en contenciosas dudas se revuelven.

Piden los unos que á campaña salgan,
Y de la suya á los contrarios echen,
Que de las armas y el valor se valgan,
Pues no hay de que sin ellas se aprovechen.
Llenos de horror apriesa otros cabalgan,
Diciendo á voces quel hablar desechen,
Otros quel cierto daño conocian
Dél con maduro acuerdo apercebian.

Oyendo tantos pareceres varios,
Tanto hablar del vulgo variable,
Y cansado de acuerdos temerarios,
Dice Buceyte, un Moro venerable.
Si habemos de lanzar nuestros contrarios
Ya es tiempo, y ya no es tiempo que se hable,
Pues veis llevaros los ganados vuestros,
Quemar los campos, cautivar los nuestros.

Los que con armas piensan defenderse
A tiempo están para probar las manos,
No aguarden mas, ni dexen ofenderse,
Salgan al campo, y lancen los Christianos.
Mas los que en libertad quisieren verse
Y fuera de los riesgos inhumanos
Con que amenaza esa invencible gente,
Mi acuerdo sigan en la ocasion presente.

El qual es, pues no usamos de defensa,
Y el daño que nos hizo y hace vemos,
Que las porfias que causan nuestra ofensa
Pues tan sin fruto son que las dexemos.
Y un medio que remedie nuestra inmensa
Y dura afrenta, con el Rey tratemos,

Que nos será provecho, y mas seguro
Que el fuerte alcázar ni el cerrado muro.

Si á Córdoba y Jaen vemos rendidas,
La una poderosa y la otra fuerte,
En guerra entrambas, y en la paz temidas;
Mas (si decir se puede) que la muerte.
¿Mirad si están á riesgo nuestras vidas?
¿Mirad si igual serémos en la suerte?
Mirarlo bien, y pues á tiempo estamos
Del remedio con tiempo nos valgamos.

Puso Buceyte fin á sus razones
En medio puesto del discorde bando,
El fin de las travadas disensiones
Por su razon qual convenia aguardando.
Comenzáron con nuevas opiniones
A variar los unos, aprobando
Del anciano Buceyte el sano acuerdo
Por el mas justo, conveniente y cuerdo.

Otros que á sola su pasion seguian,
Y á su desordenado pensamiento,
Blasfemaban de aquellos que pedian
La paz, y se apartaban de su intento.
En lo uno y lo otro conferian
Los unos y los otros, dando asiento
Despues de haberlo bien considerado,
Que al Rey Fernando se le envie un legado.

Por el qual, por seis meses se le pida
Treguas, cesando la enemiga guerra,
Siéndole cantidad de oro ofrecida
Como vasallos de su propia tierra.

Y que la tregua siéndoles cumplida
Quanto Carmona en su distrito encierra,
O se le entregará ó le pagarian
Párias, y por vasallos quedarian.
Este acuerdo fué á todos agradable,
Y todos lo acetáron igualmente,
Señalando á Buceyte venerable
Para que en nombre fuese de su gente.
Que siendo hecho del con admirable
Prudencia sosegó la guerra ardiente,
Quedando que en seis meses pagarian
Tributo ó que la villa entregarian.
Luego que de Carmona concluyéron
Los pactos, Reyna acude y Constantina,
Y por vasallos suyos se le diéron,
Temiendo el daño y destrucion vecina.
Los de Lora, que al arma se pusiéron
Viendo á los ojos clara su ruina,
Las llaves entregáron y obediencia,
Dexando la rebelde resistencia.
Movióse el campo vitorioso luego
Y á Cantillana el yugo echó y Guillena,
Sin dar al belicoso ardor sosiego
Alcalá sujetó y rindió á Gerona.
Y qual deciende el rayo embuelto en fuego
De la nube á la tierra de horror llena,
Que quanto encuentra sin hallar defensa
Rinde la fuerza de su furia inmensa.
Tal va el Christiano exército, arruinando
El Paganismo horrible con violencia,

Con talas, fuego y armas apocando
Haciendas, gente, vidas y potencia.
El vitorioso curso enderezando
Sin que le haga cosa resistencia
A la Herculea Ciudad que el Betis riega,
A donde lleno de despojos llega.
Acuden á las cosas convenientes
Los Caballeros que por Dios pelean,
Unos mandando y otros obedientes,
Y todos al trabajo que desean.
Arde el cuidado, arden diligentes,
Huyen que en ocio reposar los vean,
Forman el campo bélico á su modo,
Guardando el órden militar en todo.
Tiene en opuesta la Ciudad famosa
Un fértil espacioso y verde llano,
Que en la estacion de Sirio calurosa
De yerba y flores se demuestra ufano.
Tiéndese con carrera espaciosa
A la siniestra y á la diestra mano,
Hasta que en el famoso Guadaira
Toca esta parte que á Sevilla mira.
Aquí este rio lo divide y parte
Del opulento campo de Tablada,
Que del antigüedad aquella parte
La selva del Alerce fué llamada.
Corre por esta via de tal arte
Que al veloz Tigris diferencia en nada,
Y por debaxo de su antigua puente
Llega á juntar con Betis su corriente.

Este llano ocupó con su invencible
Exército el caudillo poderoso,
Que reputado acaso fué imposible
Del enemigo que lo ve cuidoso.
Goza del puesto alegre y apacible
A la diestra teniendo el deleytoso
Pago del Olivar, y á la siniestra
El sacro Betis que en su via se muestra.

El tiempo de este ¡ó Deificado Marte
Fernando! que me aspire vuestro aliento
Dando á mi plectro voz, ingenio al arte,
Y espiritu que guie mi pensamiento.
Que ya ocupando os vea estar la parte
Que os promete el glorioso vencimiento
Que yo celebraré si el miedo vano
Desvia de mí vuestra siderea mano.

Mirando estaba el defensor de España
Con vista atenta el campo vitorioso,
Alojado en la Bética campaña
Que ciñe en torno Betis generoso.
La Ciudad mira y su belleza extraña,
Puesta en lugar tan llano y espacioso,
Los altos edificios, que parecen
Los dos muros que en torno la guarnecen.

En esto ocupa la gloriosa vista,
En esto pone todo su sentido,
Llamando felicísima conquista
La suya, habiendo á tal lugar venido.
No le hace el cuidado que desista
De estar mirando á Hispalis, vencido

Qual el que mira una pintura bella
Que regalando está la vista en ella.
Así el Retor de la Christiana gente
Sin artarse de ver, mirando estaba
De la bella Ciudad que via presente
Quanto se ofrece y él determinaba.
Preguntando de todo extensamente
A Lope Diaz de Alfaro, que le daba
Cuenta de quanto del saber queria,
De quanto deseaba y quanto via.
Ocupado en mirar el bello opuesto
Lo que del dia restaba, se estuviera
Sin divertirse ni cansarse en esto
Si Don Rodrigo Flores no viniera.
Que á dar socorro fué enviado presto
A la armada que el Rey cuidadoso espera,
A quien de Tanjar, Ceuta, y de Sevilla,
Moros salian en otra á combatilla.
Mas llegado el socorro, y no hallando
Nueva que el enemigo la impidiese,
Viéndola con buen tiempo navegando,
Fué acuerdo, que la gente se volviese.
Dándole cuenta desto al Rey Fernando
Mandó que el campo en órden se pusiese,
Porque ya se bañaba en occidente
Del padre de Faeton el carro ardiente.
A este punto una espia le dió aviso
Que por la puerta adonde el Arriano
Padre, al hijo la muerte darle quiso,
Porque siempre adoró el nombre Christiano.

Moros habian salido de improviso,
Y que apriesa marchaban por el llano,
A socorrer, segun entendió dellos
La armada que venia á socorrellos.
Del Rey la nueva al punto siendo oida
Juntó el Consejo, y entretanto manda
Que de á caballo salga una escogida
Y fuerte esquadra por aquella banda.
Otra que aguarde en vela apercibida
Si el enemigo sale ó se desmanda
Por el postigo que el Alcazar cierra,
Y en este espacio vele el campo y tierra.
A la primera empresa fué el primero
Don Lorenzo Suarez enviado,
De la segunda el fuerte Caballero,
Lope Diaz de Alfaro se ha encargado.
A Martin Crespo y Sebastian Guerrero,
Adalides, á cargo les han dado
Que en seguimiento de los Moros fuesen,
Y aviso á Don Rodrigo Alvarez diesen.
Estando en Alcalá fortaleciendo
Las cosas que al seguro convenian,
En el gobierno de ellas proveyendo,
Qual la ocasion los casos le ofrecian.
La tierra de Sevilla entró corriendo
Aqueste Caballero á quien seguian
Trescientos, y esta nueva oida al punto
La flota y Moros á buscar fué junto.
No está ménos cuidoso aderezando
Armas y velas, Alxartaf afligido,

Su cierto y presto daño recelando,
Y el mal á que su suerte le ha traido.
Las cosas de la guerra encomendando
A Hacen y Ariadino, recogido
Fué en su aposento, á donde saber quiere
Que hay que tema ó en que habrá que espere.
  A Muley Buhacen, que le seguia
Por su mandado, y porque en su secreto
Era el que solo facultad tenia,
Y á quien fuera el Rey todo sujeto.
En su congoja ardiendo y agonia,
En rabioso dolor de ver su aprieto,
Como pudo la lengua desanuda,
Y dice asi al sobrino en su ánsia y duda.
  Pues te toca igualmente el daño mio
Como al bien fueras de la misma suerte,
Pues eres de quien solo me confio,
Y en quien pongo el suceso de mi suerte.
Ahora que con manto oscuro y frio
Cubre la noche el mundo, en mi ánsia fuerte
De Abin Alá saber por su arte quiero
Qué remedio tendré, ó qué fin espero.
  A esto gusto que al monte vayas,
Y con secreto y diligencia venga,
Porque en el punto que ante tí lo trayas
Lo que restare para el fin prevenga.
Sabré por sus caracteres y rayas
Lo que al remedio y bien comun convenga,
Pues mas que armas pide nuestro estrecho
Y mas que hombres han de hacer el hecho.

Lanzó un suspiro á esta razon postrera,
Quedándose en la silla reclinado,
Sobre la mano el rostro, de manera
Que bien claro hacia su cuidado.
Muley se iba, mas saliendo fuera
La Princesa, detúvose parado
Mirándola, mas ella ardiendo en ira
Rehuye el rostro y el mirar retira.

Quedó el soberbio Moro de horror lleno,
De amor, desden y zelos ofendido,
Entregado al furor, que este veneno
Enciende mas el corazon rendido.
De la razon y la paciencia ageno,
De lo uno y lo otro combatido,
Sin saber si se temple ó si se ensañe,
O si de lo que vió á sí propio engañe.

Dudoso en este ciego desatino
Determinado va á querer hablalle,
Y lleno de pavor vuelve el camino,
Temblando de que airado osó miralle.
Determina volver , hállase indigno,
Y que era fuerza que padezca y calle,
Forzado de pasion, de amor y queja,
A donde el Rey le manda va, y la dexa.

Apartado del vulgo en una oculta
Y tenebrosa gruta de horror llena,
Que á los rayos del claro sol se oculta,
Y siempre está de su belleza agena.
Donde la horrible esquadra se sepulta
Sacada de la misera cadena,

Por el mágico apremio, aquí es do tiene
Abin Alá su estancia, y Muley viene.
  Llega el airado y congojoso Moro
A la casa del mago, y ve la puerta
No de alabastro ni luciente oro,
Mas de una horrible oscuridad cubierta.
Oye, ya un lobo, ya un leon, ya un toro
Junto á sí, sin que vea cosa cierta,
Párase y duda, y el honor le anima,
Que puede mas que la espantosa grima.
  Por la puerta del mágico espantosa
De gorgonas, chimeras y centauros,
Ocupada se arroja, y entrar osa
Por sphinges y horribles minotauros.
Llegó á un patio do estaba una sonora
Fuente de olmos rodeada y lauros,
Y dos Moros que en torno della andaban,
Quel paso á quien entrar queria vedaban.
Como al valiente Moro así entrar viéron
Sin que los monstruos que á la puerta habia
Le impidiesen, airados á él saliéron
Su entrada condenando y osadia,
Mas luego que quien era conociéron,
Y la ocasion sabiendo á que venia,
Sin detenerse al punto lo llevaron
Donde el mágico estaba, y lo dexáron.
  El sabio Abin Alá quando lo vido
Solo, á tal hora, y dentro en su aposento,
De admiracion estubo suspendido
Aguardando á saber su pensamiento.

Y Muley, de sus ánsias combatido,
De su ardiente pasion y descontento
Buscando medio al mal que está sufriendo,
Así la lengua desató diciendo.
Si el amistad que siempre me tuviste,
Fué sin lisonja, y es segura y cierta,
Si la debo creer qual me ofreciste,
Oyeme atento y nada te divierta.
Mi desventura oirás y estado triste,
No de que esté el Christiano á nuetra puerta,
Mas de que un Moro entre nosotros more,
Y una Mora no quiera que la adore.
De mi pasion y mi zeloso fuego
Te tengo dado algunas veces cuenta,
Y sin darla mi gran desasosiego,
Hace que claro se conozca y sienta.
Así rendido, enamorado y ciego
Por la ingrata Princesa que me afrenta,
Que me desdeña, olvida, ofende, ultraja,
Por un Moro que nada me aventaja.
Vivo qual ves y sabes desta suerte,
Sin hallar órden que me dé remedio,
Porque si me dispongo á darle muerte,
Está mi tio que lo ampara en medio,
Así padezco en mi congoja fuerte
Sin hallar otro sino solo un medio
Que me remedie, y este está en tu mano,
Si en esto amigo, quieres serme humano.
El Rey mi tio apriesa envia á llamarte,
Que al punto vayas sin tardar conmigo

Para que le reveles por tu arte
Lo que consulta el santo Alá contigo.
Si está benigno ó sigue á la otra parte,
Si espera la vitoria ó su enemigo,
Si durará el asedio ó si dexando
La guerra, el cerco le alzará Fernando.
Desto quiere informarse, y desto quiero
El remedio sacar que mi ánsia acabe,
Que en tu favor y en tu amistad espero
Que impedirás que Botalhá se alabe.
Y pues dél nace mi tormento fiero
Que en mengua mia todo el mundo sabe,
Nazca de tí el castigo, y de tí salga
Solo el medio que hay de que me valga.
Llamado vas del Rey á que le digas
(Por tu ciencia en que tanto te adelantas)
Que fin esperará de sus fatigas,
Que de sus ánsias y congojas tantas.
En esto importa que mi acuerdo sigas,
Fingiendo al Rey que con horror te espantas,
Le has de decir que todo el mal que tiene
Porque aqui tiene á Botalhá le viene.
En esto puedes alargarte quanto
A tí te pareciere y dar *testigos*,
Ora traidos por tu fuerte encanto,
Ora de los que fueren mas amigos.
Señala á Buxa, á Buyalí, á Mohanto,
Que no recusará por enemigos,
A quien yo tengo ya hablado en esto
Para que al Rey lo hagan manifiesto.

Con hacer esto quedaré seguro
Del falso Moro y la enemiga Mora,
Del desden fiero y tratamiento duro,
De aquella ingrata que mi alma adora.
Y hecho esto, por Alá te juro,
Y por aquesta diestra vencedora
De ponerte en el mas supremo estado
Que dar puede Axartaf en su reynado.

Oyendo estuvo el mágico suspenso
A Muley Bohacen, que le informaba
De su congoja y su tormento inmenso,
Y del extraño medio á que aspiraba.
Y conociendo su cuidado intenso,
Y que aguardando su respuesta estaba,
Con semblante agradable le responde
El que los orbes en su pecho asconde.

Dudoso estoy, ó Príncipe excelente,
Si el debido seguro de mi tienes,
Si crees la fe que tengo eternamente
A tí y al Rey, en cuyo nombre vienes.
Pues para que á servirte esté obediente
Me ofreces mandos y prometes bienes,
Si mi estado y mi suerte se adelanta
Con tocar solo este lugar tu planta.

Y así sin que te haga juramento
Debes creerme que si aquí estuviera
El que dió á Odman la ley con mandamiento
Que la sustente con la espada fiera.
No me alegrara mas su acatamiento,
Ni con igual placer me enriqueciera,

Y con este seguro te asegura
Que acabaré ó tu congoja dura.
El Rey (qual dices) nos está aguardando,
Y si en razones mas nos detenemos
La noche va su curso apresurando,
Y si tardamos la ocasion perdemos.
Ya va el exe, Bootes declinando
A la siniestra mano como vemos,
Y las demas estrellas le acompañan,
Y algunas dellas ya en el mar se bañan.
Alzó del suelo el mágico una vara
Del un extremo á otro retorcida,
Y echóla dentro de la fuente clara,
Y una hacha salió al punto encendida.
Esta (dice) la via nos aclara
Que entre la oscura sombra está ascondida,
Con esta la Ciudad toda andaremos,
Y sin ser vistos quanto hay veremos.
Con la mágica antorcha en la una mano
Abin Alá tomó el camino al punto,
Y con la otra asió la del pagano
Muley, que al mago iba pegado junto.
Atraviesan el pueblo Sevillano,
Que puesto alarma estaba todo á punto,
Calles y plazas de armas rodeadas
De infantes y caballos ocupadas.
Por entre todos van los dos rompiendo
De incierta luz y sombra rodeados,
Sin que los vean libremente viendo
Los que dellos no entienden ser mirados.

Allí al grave Arriadino ven haciendo
Repartimiento y enviar soldados,
Unos á que guardando estén el muro,
Y otros á quel lugar tengan seguro.
  Al sabio Hacen encuentran, y al valiente
Buyarruz con la gente de á caballo,
A Mahayni pidiendo apriesa gente
Que á ver las puertas vayan á guardallo.
Buhanduza no está dellos ausente,
Y á Botalhá forzoso fué encontrallo
Al entrar del Alcazar, ordenando
La gente que la esté y al Rey guardando.
  Aquí paró Muley, y dixo: advierte,
O claro Abin Alá, que á mi enemigo
En tan buena ocasion me trae la suerte
Para vengarme y darle cruel castigo.
Furioso á darle acometió la muerte.
Y el mágico abrazándolo consigo
Soltó la hacha en este breve espacio
Dentro los dos se halláron del palacio.
  Estaba el Rey con Alguadayra solo,
Tratando el mal que recelaba tanto,
Y viendo entrar al consultor de Apolo,
Que en su falsa opinion tenia por santo.
Dice: ó Abin Alá, que al final polo
Tu nombre lleva con glorioso canto
La inmortal fama, que por tí renueva
La suya en tan heroyca y clara prueba.
  Ya ves en daño nuestro con tus ojos
Al Christiano enemigo que nos cerca,

Que nos afrenta y lleva los despojos,
Que nos oprime y mas se nos acerca.
Ya ves para mas mengua y mas enojos
Rodear de caballos nuestra cerca,
Ya ves como nos roban los ganados,
Y ya nos ves á todos encerrados.
Quiero, como el que sabe lo que sabes,
Que aquí del saber tuyo nos valgamos,
Y á esta gente indómita me acabes,
O por tu industria libres nos veamos.
Desta hazaña quiero que te alabes,
Y de decirnos claro que esperamos
Desta guerra, si Alá nos favorece
O al Christiano, y por él nos aborrece.
Proseguir quiso el Rey con sus razones,
Si le dexaran proseguir en ellas
El ánsia desigual de sus pasiones,
Y la causa cruel de sus querellas,
Forzado de tan duras ocasiones
Que era fuerza forzosa padecellas,
Calló inclinando al hombro la cabeza,
Y así á hablar el sabio mago empieza.
Si de la pena, ó Rey, que te fatiga,
Un solo punto puedes aliviarte,
Que á todos igualmente nos obliga
En ella como en todo á acompañarte.
Sabrás lo que me mandas que te diga,
Sin encubrirte cosa ni engañarte,
Mas cumple que valor tengas y esfuerzo
Si has de ver á quien ligo, apremio y fuerzo.

Responde el Rey que él quiere estar presente
A todo quanto en esto hacer quisiere,
Sin que le espante del infierno ardiente
La mas horrible forma que saliere.
A la hija le manda que se ausente
De ver aquello y punto allí no espere,
Vase la Infanta, el mágico al momento
Tomó en la mano un mágico instrumento.

Puso el rostro pegado con la tierra,
Y allí habló en acento no entendido,
Apremiando á los que el huerco encierra
Haciendo rayas, todo enfurecido.
Y habiendo estado en esta horrible guerra
Algun espacio, dando un gran gemido
Se levantó y tras él al propio instante
Un alma se le puso de delante.

El Rey se alteró en viéndola, y el mago
Lo aseguró volivéndolo á su asiento,
Que en viendo el alma del sulfureo lago
Pavoroso se entraba en su aposento.
Muley no ménos teme el fiero trago,
Volviendo el rostro sin vigor ni aliento,
Detras del mago acometió á esconderse,
Que el temor lo llevaba allí á valerse.

Sosegó al Rey, y sosegó al sobrino
Con razones que fuéron poderosas
De templar su cobarde desatino
Y desviar sus ánsias espantosas.
Y al Tartareo ministro que ante él vino
Sacado de las llamas rigurosas

Se vuelve, y de temor la infernal forma
Tembló, y al Rey por este modo informa.
La poderosa fuerza y duro encanto
Del sabio Abin Alá me apremia y fuerza
Que dexe el reyno de congoja y llanto
Donde del Rey Stygio está á la fuerza.
Y venga á ti que el mísero quebranto
Con tal rigor ofende, y mas se esfuerza
Quanto mas vas su causa contemplando,
Causada por la guerra de Fernando.
Deste suceso no se alcanza cierto
Que ordena el cielo que á Fernando guia,
Porque lo que por venir está encubierto,
Sino solo al autor del claro dia.
Este puede hacerlo descubierto,
No la incomprehensible astrología,
En que algunos entienden que han llegado
A saber lo que á sí se ha reservado.
En aquesta materia me alargara;
Probando el yerro con que algunos quieren
Dar de lo por venir noticia clara,
Y que se entienda así y asi lo esperen.
Mas veo que nos huye y desampara
La oscuridad, y las tinieblas mueren
En la ribera Atlantica, y no puedo
Detenerme aquí mas de fuerza y miedo.
Y ántes que acabe de la noche oscura
El tenebroso curso, y venza el dia
Con claro resplandor su negregura,
Quiero cumplir con la embaxada mia.

Y avisarte, que desta guerra dura
Que de todo contento te desvia
Puedes esperar bien, si en la defensa
Mostrare tu poder su fuerza inmensa.
Durará todo el tiempo que durare
De no rendirse tu invencible gente,
Y al enemigo el campo sustentare
Con fuerte brazo y corazon ardiente.
Y si dentre los tuyos se quitare
Un extrangero Moro que igualmente
Es tratado de tí, que tu persona,
Queda segura tu real corona.
Con este ha hecho tu enemigo trato,
Con este piensa derribar tu silla,
Y porque vivas dél con mas recato,
Si esto te escandaliza ó maravilla.
Sabrás, que porque cumpla su contrato
Y al Rey las puertas le abra de Sevilla,
De entre mil lanzas se escapó el que digo,
Con una Mora que traia consigo.
El Rey con nuevo escándalo se admira,
Y vuelto al sábio mágico temblando,
Enternecido de temor suspira
Casi remedio al caso demandando.
Con rostro triste Abin Alá lo mira
Su pasion misma en él significando,
Y á la sulfurea forma despidiendo,
Al congojoso Rey volvió diciendo.
Fácilmente Señor darás remedio
A tu fatiga y riguroso daño,

Habiendo usado deste cierto medio
Que manifiesta el enemigo engaño.
Y quitando qual pide de por medio
El causador de aqueste insulto extraño,
Lo demas á las armas se remite,
Pues otro medio ni otro acuerdo admite.

En esto con segura confianza
(Gracias Alá) vivir puedes seguro,
Que es sin igual tu gente y tu pujanza
Para sacarte deste asedio duro.
Hoy tu poder trescientos mil alcanza
Dentro de aqueste levantado muro
Hombres valientes, que desean la guerra,
Y han de morir, ó defender la tierra.

Sin estos, de la gente de Triana
Tienes (si bien te acuerdas) por tu lista
Cien mil, y de la tierra comarcana
Dos veces mas, que piden la conquista.
Así ó gran Rey, no temas la Christiana
Potencia, que te aguarde ni resista,
Mayormente teniendo ya memoria,
Que con traicion aspira á la victoria.

No será tal, Muley respondió fiero,
Y al Rey le dice que al remedio acuda
Sin dilacion, prendiéndolo primero
Que se prevenga de favor y ayuda.
Acude Abin Alá, y dice yo quiero
Asegurarte Rey de qualquier duda
Si la tienes en esto, con decirte
Que debes con cuidado apercebirte.

Fatigado Axartaf de la extrañeza
Del espantable caso, no entendido
De Botalhá de su ánimo y nobleza,
En tantas ocasiones conocido.
Mas viendo que afirmaban con certeza,
Que importaba vivir apercebido,
Del crédito que dél tenia se aparta,
Y á prendello á Muley mandó que parta.

Parte Muley á executar al punto
El fiero intento que ascondia su pecho,
Pues de vengarse á la ocasion via junto
Su deseo, y en su querer el hecho.
El Rey se recogió medio difunto,
Cansado de su angustia y crudo estrecho,
Suspiros dando el alma congojosa,
Que donde hay pena es ordinaria cosa.

La Infanta habia á todo estado atenta,
Aunque ascondida, y conociendo claro
Que el aleve Muley dar muerte intenta
A Botalhá en virtud y esfuerzo raro.
Como la que es razon sentir su afrenta,
Y tenia obligacion de ser su amparo,
Pues por ella en Sevilla residia,
Y dexaba su Reyno en Berbería.

Conociendo que el padre deseaba
Dárselo por marido, y que con ella
Quantas veces se via lo trataba,
Sin que pudiese á su intencion movella.
Temiendo al primo que en lo propio andaba
Y le decia en alcanzando á vella

Que el primer dia gozaria el estado,
Mas que el segundo habia de estar vengado.
Acobardada y temerosa desto
Vivia sin osar determinarse
A cumplir de su padre el mando honesto,
Y con tan noble Príncipe casarse.
Conocia el peligro manifiesto,
Y su vida temiéndola acabarse,
Sufria su injuria, y recelando el daño
En un martirio padecia extraño.
Por evitar tan duro inconveniente
De Sevilla vivia retirada
En Alcalá, del padre y corte ausente
Por solo de Muley verse apartada.
Aquí pasaba su pasion ardiente,
Aquí aguardando á verse remediada,
La mudanza esperando de fortuna
Si esperar della pueden cosa alguna.
Aquí fué Botalhá quando fué cierto
Que la Christiana gente habia llegado,
Y á riesgo de quedar cautivo ó muerto
Sacó la Infanta del lugar cercado.
Desto y del odio que tenia encubierto
(En el pecho de amor atormentado)
Se ayró Muley, y con furor zeloso
Traza la muerte al Moro valeroso.
Conmovida á piedad considerando
Que ella sola era causa de su muerte,
Que por ella Muley le va buscando,
Para que acabe en deshonrada suerte.

Fatigada y ansiosa, imaginando
Por donde guie, que á librarlo acierte,
No de amor solo el alma combatida,
Mas de lástima, y serle agradecida.
  Todo le hacia fuerza en su memoria,
Y amor que en tales ocasiones vela
Le representa la funesta historia
Del fuerte Moro, y fuerza á que se duela.
Dale á entender que es deuda de su gloria
Librarlo, y que se entienda la cautela
Del aleve Muley, y que en su nombre
Se cante que la vida dió á tal hombre.
  De tantas cosas triste y aquejada
La hermosa Alguadayra, sin sosiego
Está en un mar de dudas engolfada,
Sin saber que hacerse en tanto fuego.
Quiere dexar que á Botalhá sea dada
La muerte, y condolida vuelve luego
Diciendo: no es razon que sea ofendido
Quien mi padre me daba por marido.
  Esto le encendió el ánimo, y le puso
Nuevo valor y esfuerzo á darle ayuda,
Apartando de sí el temor confuso
Que la tenia suspensa en ciega duda.
Queriendo á lo que el ánimo dispuso
Ver el efecto, y que en el riesgo acuda
El deseo, que mueve á su deseo,
Y que Muley no alcance aquel trofeo.
  Sin poner dilacion, mandó á Azoraya
Anciana Mora, que tenia consigo,

Que á Botalhá á darle aviso vaya
De lo que le trazaba su enemigo.
Y que consigo al punto se lo traya,
Sin que del hecho nadie sea testigo,
Llega el aviso al Moro, y tras él junto
Adonde está la Infanta viene al punto.

Dale de todo el caso larga cuenta,
Y quanto importa estar allí escondido,
Sin que persona este secreto sienta,
Si quiere ser del riesgo guarecido.
Su deseo le aclara, y representa,
Que es pagarle el que dél ha conocido,
Sin que otro respeto le moviese,
Mas de que libre por su mano fuese.

Tratando en esto la hermosa Infanta,
Y el Marroquino Príncipe suspenso
Colgado de su voz, de si se espanta
Lleno de admiracion y gozo intenso.
Conoce que ya el Cielo lo levanta
Al Cielo de su gloria y bien inmenso
De vida, pues lo libra de la muerte,
La que le trató siempre de otra suerte.

Agradecido y admirado prueba
A quererle dar gracias, y probando
Antes que la anudada lengua mueva
Suspenso queda su beldad mirando.
Con estas muestras su pasion comprueba,
Y al punto que á decirla iba empezando
Oyéron gente, y sin tardar momento
Azoraya lo asconde en su aposento.

Ya con alegre fiesta y armonía
Los páxaros sin dueños celebraban
Del claro bello y deseado dia
La venida que todos deseaban.
Quando Axartaf, que ni en la noche fria,
Ni con la luz sus ansias afloxaban,
Salió á requerir y á ver su gente,
Y la de su contrario puesta enfrente.
Un alto muro del Alcázar corre
Por el Alcova la famosa huerta,
Que hace su remate en una torre
Á la campaña de Tablada abierta.
Esta de luz al caminante acorre
Habiendo nueva de enemigos cierta,
Y de haber siempre luz de noche en ella
Llamada fué la torre de la Estrella.
Aquí Axartaf tristísimo y confuso
(De ver su estado) sube á ver del arte
Con que el Christiano su real dispuso,
De qué traza lo tiene y á qué parte.
Si guarda de la guerra antigua el uso,
Si su fuerza está junta ó se reparte,
Si está de suerte que saliendo á ellos
Desbaratallos puedan y ofendellos.
Al sábio Uzmen tenido por Profeta,
Y en sumo honor de todos venerado,
Que el Alcoran leia de su seta,
Y de lo por venir contaba el Hado.
Llevó consigo el Rey á la secreta
Y levantada torre, confiado

Que Uzmen de todo aviso le daria,
Como el que todo el campo conocia.
Este, quando acorrer vino á Sevilla
Don Alvar Perez, lo llevó cautivo,
Y en el real anduvo de Castilla
El tiempo todo que el Señor fué vivo.
Y queriendo volver á combatilla,
Ya en libertad del cautiverio esquivo,
Fué por Embaxador al Rey Fernando,
Llevando parias y de paz tratando.
De aqui vino á tener conocimiento
De la hueste Christiana este pagano,
Y su Rey en su triste descontento
A preguntarle del poder Christiano.
Que tomando seguro alojamiento
De Tablada ocupaba el fértil llano,
Que ardiendo en saña y en rabiosa ira
Contempla el órden, y su traza mira.
Maravillado el Rey bárbaro estaba
Viendo el concierto en el real formado,
El llano que de tiendas se ocupaba,
De insignias y banderas adornado.
Las plazas y las calles por do andaba
La gente, con tal órden compasado
Que en qualquiera ocasion que se ofreciese
Sin desórden á todo se acudiese.
En medio del real habia una plaza
Guarnecida de infantes y caballos,
De que solo se ocupa y embaraza,
Para quando viniesen á buscallos.

Muchos alojamientos de tal traza,
Que con facilidad podian hallallos,
Esto mira, y el órden considera
De la gente que entraba y salia fuera.
  Las caxas que la gente recogian,
Y los airosos pifaros con ellas
Mira, que á todas partes discurrian,
Y de todas venian á obedecellas.
Que á sus banderas todos acudian
Con clamores hiriendo las estrellas,
Que el Rey mandó, que el campo se juntase
Luego que el claro dia se mostrase.
  Quiso ver, si á la empresa á que aspiraba
Era el número junto suficiente,
Si aguardaría la gente que esperaba,
Aunque tenia mucha y buena gente.
En esta duda y confusion estaba,
Esto inquietaba el ánimo excelente
Del caudillo Christiano, y solo en esto
Tenia el cuidado en vela siempre puesto.
  Como el Christiano exército fué junto,
El Rey salió, y en medio del se puso,
Y en concertado alarde puesto á punto
En órden de batalla se dispuso.
El bárbaro aguardó á ver este punto
Que suspendido lo dexó y confuso,
Considerando el órden, traza y modo,
Y la destreza de que usaba en todo.
  No pudo aquí disimular la pena,
Y lleno de ansias, dando un gran gemido

Dixo, ¿qué es esto Uzmen? ¿quál Dios condena
Nuestra suerte? ¿á quién hemos ofendido?
¿Qué nos turba así, corta y enagena,
Y el poder nuestro tiene enflaquecido?
¿No son como nosotros hombres estos
No lo dicen sus talles y sus gestos?

Si esto es así, ¿qué cobardia es la nuestra?
¿Qué nos encierra como gente infame?
Si armas, poder, si gente fuerte y diestra
Tengo mas que él, ¿qué aguardo á que me llame?
Si el glorioso honor que al noble adiestra
A que apetezca lo glorioso y ame,
No está siempre delante de los ojos
La oscura infamia del hará despojos.

Considerando esto, me parece
Que no es honor estar aquí encerrados,
Ni en la ocasion tan justa que se ofrece
Mostrarnos ménos que ellos esforzados.
Con esto, nuestra infamia se guarece
De ser por ellos como ves cercados,
Salgan los nuestros, muestren lo que valen,
Y dime en tanto que los nuestros salen.

¿Qué insignias son aquellas diferentes,
Que demostrarse en sus banderas veo?
Que de este muro, y torres eminentes
Presto espero colgallas por trofeo.
Y á pesar de esas temerarias gentes
Aunque contraste el cielo á mi deseo
En libertad pondré la patria amada,
Y el yugo á ellos con mi fuerte espada.

Queriendo proseguir en sus razones
El airado Axartaf, Uzmen lo vuelve
Adonde divisaban los blasones,
Quel viento tremolando los revuelve.
Y dice, pues á oirme te dispones,
Si hubiere falta, tu señor la absuelve,
Que de esta gente solo daré aviso
De los que alcanzo desde aquí y diviso.

Y reduciendo á breve suma ahora
Estos, de quien pretendo darte cuenta,
Por quien España es siempre vencedora,
Y su poder y gloria se acrecienta.
Uno, á quien el presente siglo adora
Y en su silla el sagrado Marte asienta
Don Pedro es de Guzman, adelantado,
A quien dará tributo el Mar sagrado.

De aquella parte de tu diestra en frente
Don Pedro Ponce de Leon te mira,
Gloriosa esperanza de una gente
Que hará eterna una divina Lira.
Humilde pide y animosamente
Esta empresa, y el cielo que lo aspira
Le concede de Hispalis vitoria,
Y en ella á él perpetúa su memoria.

El que la espada empuña, y vuelve fiero
Contra nosotros, es el valeroso
Entre los valerosos el primero
Don Gonzalo Ruiz Giron, famoso.
Un estimado y fuerte caballero
En la paz y la guerra glorioso,

En la paz sábio, y en la guerra fuerte,
Igual en todo, y sin igual en suerte.
Domingo Muñoz viene de Contreras,
Capitan de los fuertes Adalides,
De quien tu tierra tiembla, y las fronteras,
Y el mundo todo qual del fuerte Alcides.
Este en las armas predomina fieras,
Y en un Cesareo pecho muchos Cides
Incluye, y es la suerte que lo ama
Que el mundo acabe, y no su clara fama.
La gola puesta, y en la diestra mano
El real estandarte sostenido,
Con rostro alegre y con semblante ufano
De haber su espada á Córdoba rendido,
El Alférez real del Rey Christiano,
El Señor de Vizcaya esclarecido,
El honor de esa tu enemiga hueste
Don Diego Lopez es de Haro este.
Quisiera (á ser posible) aquel que veo
Que nos mira con rostro denodado,
Que en Jaen hizo y Córdoba trofeo
Y haber de aquí lo espera aventajado.
Que su nombre en las sombras del Letheo
Para siempre estuviera sepultado
Que Don Nuño Gonzalez no se oyera,
Señor de Lara, y nuestra peste fiera.
Mira á la parte adonde el Rey se asienta
A Don Alonso Tellez de Meneses,
Mortal azote, destruicion y afrenta
De Lunadas banderas y paveses.

Este de España el claro honor sustenta,
Por este habemos infinitas veces
Dexado el campo, y este solo ha sido
Quien seis veces en lid nos á vencido.
El gran Maestre del Patron de España
Don Pelayo Correa, se te muestra,
Cuya virtud y fortaleza extraña,
Es claro exemplo la miseria nuestra.
Su Nestoreo consejo ofende y daña
Nuestra nacion, y su invencible diestra
La apoca, y si á Fernando este faltara,
Del gran Profeta el nombre no acabara.
Otro Maestre cuyo fuerte pecho
Orna la roxa Cruz de Calatrava,
Puedes verlo de aquí puesto en derecho
De nosotros, la vista alzando brava.
Al nombre suyo el mundo es todo estrecho,
Y en quanto Apolo alumbra y Doris lava,
Es Don Gonzalo Ibañez celebrado,
Y por Marte en las armas adorado.
Don Pedro Nuñez de Guzman se ofrece
Cuchillo fiero de la gente mora,
Digalo Murcia, que hoy los obedece,
Y el daño que este en ella hizo llora.
Este solo me aflige y enflaquece
El ánimo, y sin alma estoy ahora
Viéndolo, porque he visto á este Christiano
Hacer cosas que no son de hombre humano.
Allí veo estar aquel que fué instrumento
Que Abenhuc, á Fernando no asaltase,

Quando en Córdoba hizo alojamiento
Sin gente, que á los nuestros contrastase.
Mudó al Rey Moro del seguro intento,
Aconsejó al Christiano que velase,
Viene ahora asolar el bando amigo
Don Lorenzo Suarez el que digo.
El que á Moron poner yugo pudo,
Con quien hoy ponen á los Moros miedo,
Que con semblante mira acá sañudo,
Y el brazo alcanza con feroz denuedo.
El que al pecho arrimó el dorado escudo,
Es de quien con razon y verdad puedo
Decir, que en valentia de Polo á Polo,
Melen Rodriguez Galinato es solo.
El que al Rey junto está con él hablando
Cautivo estuvo aquí, y ahora tiene
La privanza y la gracia de Fernando,
Como el que en sangre de los suyos viene.
De Lope Diaz de Alfaro voy tratando,
De quien la profecía se detiene,
Que de los tuyos á de ser vestiglo,
De los suyos honor, gloria á su siglo.
Aquel que con semblante sosegado
Está la lista viendo de su gente,
A quien su Rey concede el diestro lado,
Lugar digno á varon tan excelente.
El que mas sangre nuestra á derramado
Que lleva Betis agua en su creciente,
Y de quien mas hazañas dirá Apolo,
Garciperez de Vargas solo es solo.

THE BOMBAY BRANCH OF THE ASIATIC

Arias Gonzalez, que inmortal renombre
Da á la clara estirpe de Quijada,
Es aquel valeroso y fuerte hombre
Que tiene acá la vista levantada.
No quieras deste que los hechos nombre,
Ni que de mí su gloria sea cantada,
Que habiendo de decir lo que en él cabe,
Ingenio falta y lengua que lo alabe.

Pedro Nuñez de Castro, el claro hermano
De Alvar Perez del Castillo, el que primero
Taló esta tierra, y puso al Xerezano
Rey en huida con destrozo fiero.
Es aquel que ante el Rey se pone ufano,
Y el otro es el valiente Caballero
Don Lope de Quevedo, el que dar pudo
A Fernando la vida con su escudo.

Gomez Ruiz Mercado es el que ahora
La gineta movió y pasó delante,
Capitan de la gente vencedora
De Madrid, sin igual del Gange á Athlante.
Rodrigo Flores viene, á quien adora
El Dios de la milicia, y el constante
Don Domingo el Obispo de Palencia,
De la Agarena gente pestilencia.

Don Juan Obispo de Osma, y de Castilla
Chanciller, y Rui Diaz de los Cameros,
Y Gutierrez Fernandez de Padilla,
De los que estima el Rey de los primeros.
Son, y Gonzalo Diaz de Ribilla,
Aquellos quatro fuertes Caballeros,

Que junto al lado están del Rey Fernando
Mirando hácia acá, y con él hablando.
A Don Henrique Perez el que tiene
Estrella en la milicia favorable,
Puedes ver desde aquí, que es el que viene
Con otro que es igual al mas loable.
Don Juan Arias Mexía, que sostiene
Gente á su costa, y vino al lamentable
Socorro, contra Córdoba y su tierra,
Y á dar viene á Sevilla ahora guerra.
Aquel que trae el escudo jaquelado
De Cabezas de Vaca guarnecido,
Es Don Fernan Ruiz, que ha conservado
De cabeza de vaca su apellido.
Otro Fernan Ruiz viene á su lado,
De igual valor y esfuerzo esclarecido,
Que es el Prior del Hospital del Santo
Que entre nosotros celebramos tanto.
De las órdenes es la gente aquella
Que ves dispuesta en partes diferentes,
Que nunca yo alcanzara á conocella,
Ni de aquí demostrará tales gentes.
Toda esotra, que apénas puedes vella
De los Consejos es, sin los valientes
Y ricos hombres, que á Fernando siguen,
Que á los nuestros apocan y persiguen.
Cansado el Rey de estár á Uzmen oyendo,
Y de oir tantos nombres de Christianos
Fatigado lo ataja, así diciendo
Con las suyas tomándole las manos.

De tus vanas razones comprehendo
Que son qual ellas los loores vanos
Que á esas gentes das, á quien yo quiero
Que vayas desde aquí por mensagero.
Y de la suerte que en presencia mia
De tantos has contado tantas cosas,
Tantas hazañas, tanta valentía,
Tantas victorias contra mí afrentosas.
Dirás, que tengo yo en mi compañía
Gentes, (no ménos que ellos) beliciosas,
Ni de ménos valor, ni ménos fuerzas,
Que le defenderán la tierra y fuerzas.
Que contra sus Mendozas y Guzmanes,
Sus Vargas, sus Quevedos y Girones,
Dirás que Ferranchines, hay y Ozmanes
Entre nosotros, Muzas y Hazones.
Que si traen ellos diestros Capitanes
De los nuestros dirán las ocasiones,
Esto dirás, y mira no te olvides,
Mientras de aquesta torre el alto mides.
Esto diciendo, lleno de fiereza
Con él se abraza, y lo levanta en alto,
Contrastando la fuerza á la flaqueza,
Y el ánimo, al que del estaba falto.
Arrojó á Uzmen de la alta fortaleza,
Que la vida perdió en el grave salto,
Y mandando tocar al arma parte
El fiero Rey, principio dando á Marte.

LIBRO DECIMO.

Guarnecido el real campo del Christiano,
Puesto en continua vela á su enemigo,
Fuerza á tener las armas en la mano
Que sirvan en su ofensa de testigo.
Cuidando siempre el infernal pagano
Con que daño cruel, con que castigo
Quitaria aquel daño de por medio,
Satisfaciendo el que sufria en su asedio.

De la esquadra Acherόntica instigado,
Que derramando andaba su veneno
En su pecho odioso y alterado,
Y por todo el exército Agareno.
Que á las mortales armas convocado,
De furor todo, y de discordia lleno,
Siguiendo de Axartaf el horrible intento
Que del Christiano busca el perdimiento.

Teniendo á la cruel guerra apercibida
La tierra toda, el bárbaro previene
Como por agua sea defendida,
Para el seguro del temor que tiene.
Pide á Tanjar y á Ceuta, que sea unida
Su fuerza, qual á todos les conviene,
Y por agua le hagan cruda guerrra,
Al que él pensaba darsela por tierra.

Los dos principes Libicos siguiendo
De Axartaf la demanda, aderezáron
Sus baxeles, y gente apercibiendo
Al agua en siendo tiempo los echáron.
A Aben Mufat, venian obedeciendo
Los de Tanjar, y en Ceuta señaláron
A Ozmin, de nacion Tártara, escogido
Cosario, en mar y tierra conocido.

Sale de Ceuta la enemiga armada
Con tiempo, mar y viento favorable
Llega sin ser de cosa contrastada
Al puerto de Alarache inexpugnable.
Aquí de nueva gente reforzada
Alza velas, y al mar se da mudable,
Da vista á Gibraltar, pasa derecho
Surcando el peligroso Herculeo estrecho.

Dexa á la diestra mano al celebrado
Calpe, que tiene á Abila en opuesto,
Que del hijo de Jove fué apartado
Vano del otro entrambos siendo un puesto.
Y en estrechez el gran Nereo ligado,
Por entre los dos pasa airado y presto,
Sin refrenar la furia poderosa
Que no cesa jamas, ni aquí reposa.

La Tiria Gades, á la diestra mano
Va dexando, y el Austro que la aspira
El mar le tiene favorable y llano,
Y desde fuera sus ruinas mira.
Así navega el esquadron pagano,
Y seguros del cielo y de su ira,

Sin haber menester ancla, ni amarra
Dobla la punta, y entra por la barra.

Celebrando con caxas, y sonoros
Pífaros, van su próspero viage
Las Africanas fustas, y los Moros
Llenos de orgullo, y bárbaro corage.
Ciertos de haber gran suma de tesoros,
Y yendo así llegáron al parage
Donde el mar vuelve con veloz carrera,
Y comienza la Bética ribera.

Seguro ya de todo buen suceso,
Como ignorantes que de sí confian
Con vana presuncion, y loco exceso
De contemplar las causas se desvian.
Así los Moros de juicio opreso
En su viage próspero se fian
Sin atender, que Dios que los llevaba
Su daño, y destruicion aparejaba.

Llegaba el carro que el soberbio mozo
Quiso regir, á emparejar el dia,
Quando los Moros llenos de alborozo
La flota ven Christiana que venia.
Apréstanse al asalto, y crúel destrozo,
Y dexando las zambras y alegria,
A las armas acuden, y en un punto
El poder todo á consultar fué junto.

Aben Mufar á la galera salta
De Ozmin, y Nazar Scitico guerrero
General de Sevilla, no les falta,
Como el que á todo debe ser primero.

Jûntanse todos en la popa alta
(Que por insignia tiene un Dragon fiero
Despedazando un Rey entre sus dientes)
Y Ozmin dice en voz alta á los presentes.
La favorable suerte que tenemos
Que en nuestro bien y ayuda se nos muestra
Claro se ve en la ocasion que vemos
Que está segura, y de la parte nuestra.
Con este presupuesto no aguardemos,
Sino sigamos la ventura diestra
Que como veis, nos trae á nuestras manos
La flota sin pensar de los Christianos.
Treinta fustas traemos reforzadas
De quanto pide la ocasion presente,
Seguras que ser puedan contrastadas,
Aunque se junte el gran poder de Oriente.
Las Christianas segun están contadas
Son trece solas, y con poca gente,
De treinta á trece ved la diferencia,
¿Y si está la vitoria en contingencia?
Que en ellos demos presto es lo que importa,
No den la vuelta con huida infame,
Que la ocasion los términos acorta,
Y no cumple dexarla que nos llame.
Vean si en ellos nuestra espada corta,
Y que su sangre hay quien la derrame,
No se difiera mas, hágase luego
(Como dicen) la guerra á sangre y fuego.
Aben Mufar en pie, y la mano puesta
En el lunado alfange, así responde;

No hay que aguardar, que la ocasion es esta
En que el decir y hacer se corresponde.
Nuestra flota al momento sea dispuesta
Como á ninguno de los tres se asconde,
Que la vitoria cierta la tenemos,
Y tarda lo que aquí nos detenemos.

Nazar aprueba el uno y otro acuerdo,
Y dice, con tan cierta confianza
No me parece que es decreto cuerdo,
Que en ocio esté el escudo, alfange y lanza.
Que siempre oí decir si bien me acuerdo
Que estár suele en peligro la tardanza,
Y que la diligencia en lo dudoso
Suele hacerlo próspero y dichoso.

Vamos adonde el santo Alá nos llama
Por milagro, á ofender los que lo siguen,
Haga el templado acero, y viva llama
Estrago fiero, en los que nos persiguen.
Derramemos la sangre al que derrama
La nuestra, que razones hay que obliguen
A ello, que en tan celébre vitoria
Si es grande el premio, no es menor la gloria.

Estaba en la galera una hermosa
Mora, que Ozmin traia procurando
A Botalhá, encendida y querellosa
Que en largo olvido la dexó aguardando.
Y oyendo la consulta belicosa
Salió, y licencia de hablar tomando,
Celosa y llena de amorosa ira
De aquesta suerte prosiguió Tarfira.

Valientes Capitanes, cuyo nombre
Celebra con glorioso honor el mundo,
El femenil acuerdo no os asombre,
Pues no os asombrará todo el profundo.
De estár aqui es la ocasion un hombre
Que en desleal y crudo es sin segundo
Sin que os diga quien es, en decir esto
Ser Botalhá lo hace manifiesto.

Este, dexando el regio señorio
De Marruecos, habita aquí en Sevilla,
O sea por su gusto ó desvario,
Que tal debe de ser el que lo humilla.
Pues siendo Rey, al Reyno da desvio,
Y trueca en vasallage la alta silla,
Y esto decir me hace, que es locura
Su estada aquí, si no es mi suerte dura.

Buscando á este mi enemigo vengo,
Confiada en Ozmin vasallo suyo,
Que de la pena y el dolor que tengo
En que la vida y el honor destruyo;
Me hará libre, con venir tan luengo
Viage, y el aleve por quien huyo
De mi sosiego, me pondrá presente
Donde fin ponga al mal que siento ausente.

De esta ocasion, señores ha nacido
Ocupar yo esta real galera,
En donde humilde (si es razon) os pido
Me deis lugar á que os ayude ó muera.
Que yo haré mi nombre esclarecido
Con claros hechos, de una á otra esfera.

Y pidoos esto, porque sea notoria
Para lo que se espera mi memoria.
El varonil esfuerzo de Tarfira
Agradó á todos, y de oirla fuéron
Satisfechos, y en medio de su ira
A Ozmin solo la causa remitiéron.
A su galera apriesa se retira
Cada uno, y en órden se pusiéron
Para dar la batalla, aderezando
Las cosas, que iba la ocasion forzando.
Formáron su esquadron en media luna,
Llevando el cuerno de la mano diestra
Aben Mufar, que sin tardanza alguna
Soberbio en la alta popa se demuestra.
Nazar seguro en sí, y en la fortuna
Que á confiados suele ser siniestra,
Tomó la punta del siniestro cuerno,
Y el medio Ozmin por fuerza y por gobierno.
Con esta órden, y una boga blanda
Poco á poco se iban acercando
A la Christiana flota, que en demanda
Suya, venia su esquadron formando.
Y el Capitan que la gobierna y manda,
A sus soldados fuertes animando,
Poniéndoles delante el nombre y gloria,
Y el provecho que habrian de la vitoria.
No hagais caso (en alta voz decia
El invencible Bonifaz) que sea
Esa flota doblada que la mia,
Con tanta gente y armas de pelea.

Si quando venga toda Berbería,
Todo el oriente junto aquí se vea,
Llevando á Dios qual va de nuestra parte,
No hay que temer terrestre fuerza ni arte.
Esto decia el Capitan Christiano
A los suyos, y todos en voz alta
Responden, que las armas en la mano
Tienen, que por qué al bárbaro no asalta.
Que esté cierto que todo el Otomano
Poder no les hará que hagan falta,
Ni su valor descaecerá aunque venga
El mundo y en contrario allí lo tenga.
Puesta ya en órden la Christiana armada,
Hecha un ala se acerca á la enemiga,
Que á este punto partió á Boga arrancada,
Segura que su intento se consiga.
Arremete con ira desatada
Contra el Christiano, que á embestir le obliga
Con no ménos valor y fortaleza,
Con ménos arrogancia y mas destreza.
Roncas trompas, discordes tamborinos,
Algazara confusa, estruendo horrible
Se oia, y en los valles convecinos
El son resuena y el clamor terrible.
Betis, de sus asientos cristalinos
Salió fuera, dexando el apacible
Sitio del grave peso compelido,
Del penetrable estruendo y alarido.
La Lybica y Christiana armada mira
Trabada en dura y espantable guerra,

Ardiendo en saña y en rabiosa ira,
Que executar la una y la otra cierra.
La una innumerables tiros tira,
La otra golpes que ninguno yerra,
Arde el furor, arde el corage ciego,
Con igual furia que alquitran en fuego.
  Las voladoras flechas esparcidas
Por el ligero ayre con braveza,
Y las flexîbles hastas impelidas
Con ira y saña, y con mortal crueza.
A muchos privan de las dulces vidas,
A la muerte rindiendo su fiereza,
Caian á donde con feroz denuedo
Vencia la muerte, y no el cobarde miedo.
  Por todas partes daban todos muestra
De su valor, y defendian su parte,
El de la diestra mano y la siniestra
Al de en medio siguiendo en órden y arte.
El Christiano esquadron, y el que lo adiestra
Administrado por Minerva y Marte
Con tanto esfuerzo y órden combatia,
Que grande estrago en el contrario hacia.
  A un tiempo dos galeras se aferráron,
Reforzadas de gente, á una Christiana,
Y otras tres que á los lados se halláron
A la de Bonifaz, la capitana.
Y una tan fiera y cruda lid trabáron,
Que lástima pusiera a la inhumana
Discordia, y el furor se condoliera,
Y pavorosa Thesiphon huyera.

El Christiano navio, que combatido
De las dos fustas bárbaras se via,
Con ánimo y valor esclarecido
Cruel matanza en su defensa hacia.
Suenan los duros golpes y alarido,
Huye el temor, y crece la osadia
En los unos y otros, aunque en vano
Se esforzaba el exército Pagano.

Que en medio desta furia y cruel combate,
La una galera al fondo fué hundida,
Y la otra á la lid le dió remate
Desecha y sin quedar hombre con vida.
Ozmin furioso sin que mas dilate
Punto, á la capitana combatida
De otras tres fustas su galera allega,
Y bordo á bordo echado el ferro apega.

Aquí el furor armígero se enciende,
Con mayor furia y con mayor denuedo,
Aquí el vencer y no el vivir pretende
Quien al honor la vida ofrece ledo.
El bárbaro cruel sube y deciende,
Sin que le ocupe ni detenga miedo,
Hínchese la Christiana nao de gente,
Que cerca en torno al Capitan valiente.

No teme Bonifaz su ira y fiereza,
Antes espera su furor airado,
Qual javalí ardiente en la aspereza
De los montes altísimos guardado.
Que sintiendo el ladrido y la braveza
De los canes, espera denodado,

Y en medio dellos con furor se mete,
Y sin temor á todos acomete.

Así el constante Capitan aguarda
A la turba de lybicos guerreros
Que ni le turba, mueve, ni acobarda
La muchedumbre de enemígos fieros.
Vuelve y revuelve golpes que no tarda,
Piernas, brazos cortando á los primeros,
Y estos huyendo, á los que atras venian
Encima atropellándolos caian.

Por la ancha nave pavorosos vuelven,
Con vergonzoso miedo desmayando,
Estos y aquellos ciegos se revuelven,
Gritos de miedo y de turbados dando.
Los Christianos con ellos mas se envuelven
Quanto mas se les iban desviando,
Ozmin da voces en el paso puesto,
Que le sigan y habrán victoria presto.

Tarfira acude, el mugeril vestido
Revuelto al cuerpo, y la hermosa mano
Ocupada de acero endurecido,
El fuerte escudo al pecho soberano.
El cabello de oro reprimido
Con duro yelmo, en el poder Christiano
Se arroja dando ánimo á su gente,
A Bonifaz se pone frente á frente.

Ciega de ira, el brazo alzando fiera
(Aunque cercada de una y otra parte
De la enemiga esquadra la guerrera
A quien enseña amor la marcial arte)

Un golpe dió al Christiano de manera
Que del escudo la mitad le parte,
Y con otro acudiéndole del brazo
Se lo arrancó sin dexar pedazo.
Bonifaz, que no ménos animoso
Que ella furiosa, hiriéndolos andaba,
Arremete con ella furioso
Y con soberbios golpes la aquejaba.
A este punto llega pavoroso
Ozmin, que voces á los suyos daba
Que maten al Christiano, y los Christianos
Defienden su Christiano á los Paganos.
Renuévase de nuevo la batalla
Con mas furor que nunca se vió en ella,
Los Christianos haciendo por ganalla,
Los Moros procurando no perdella.
Aben Mufar, seguro de alcanzalla
Vuelve la proa, sin curar de habella,
Viendo de Ozmin arder la capitana,
Que el ferro tenia echado á la Christiana.
Un frio pavor en ellos cayó luego,
Que les cortó los ánimos, de suerte
Que sin aguardar mas, huyendo el fuego,
En el agua á hallar venian la muerte.
Despártese la lid, y sin sosiego
A su fusta huyendo va el mas fuerte,
Teniendo por victoria conocida,
Salvarse en ella con infamia en vida.
Tarfira, al fin como muger temiendo,
Aunque en su esfuerzo no mostró flaqueza,

De sus galeras el destrozo viendo,
Y en los contrarios tanta fortaleza,
Su persona salvar quiso huyendo
Confiada en su presta ligereza,
Y al saltar, yendo en el baxel amigo,
Puso el pie en vago y dió en el rio consigo.
Al bordo estaba en su galera puesto,
Abul Hacén, famoso y fuerte Moro,
Diestro en las armas y en maldades presto,
Rico de ingenio y pobre de tesoro.
Que á su Rey siendo con razon molesto,
Porque en lealtad no le guardó el decoro,
Huyendo del castigo que esperaba
Siempre de Tunez en destierro andaba.
Y esta jornada siéndole notoria
Vino á hallarse en ella, con deseo
de alcanzar, alcanzando la victoria,
A su necesidad rico trofeo
Y al nombre infame y la perdida gloria
Dar nombre honroso, y el renombre feo
Borrar con hechos, que por ellos fuese
Libre de infamia, y con honor viviese.
El contrario suceso estando viendo,
Y de su flota el conocido daño,
Amargamente de dolor gimiendo,
Atravesado de un dolor extraño.
Y á la hermosa Mora conociendo
Puesta en un riesgo sin pensar tamaño,
De la veloz corriente combatida,
O á varias partes sin parar traida.

De lástima y amor tocado el pecho,
Do vivió siempre la discordia fiera,
Contra su natural la ira y despecho
Puesta á una parte, y vuelto en blanda cera,
Va á socorrer el peligroso estrecho
De Tarfira, que estaba de manera
Que ya las aguas la tenian de suerte
Que no podia esperar sino la muerte.

Rompiendo el agua qual delfin ligero,
Con fuerte pecho y con nerviosos brazos,
Va á socorrer la Mora el Moro fiero,
Esperando por premio sus abrazos.
Que á conquistar el espantoso impero,
Y á hacer todo su poder pedazos
Se obligara el Pagano por tocalle
La mano, quanto mas por abrazalle.

Llegó el Moro, y Tarfira pavorosa
Tendió el hermoso brazo y del se hace,
Y con el otro acude presurosa
Y el cuello en torno que lo cerque hace.
Qual á su amante Salmacis hermosa
Tarfira hace al Moro que se enlace
Con el estrecho abrazo, y él cortando
El agua sobre sí la va sacando.

Poco á poco en aqueste peligroso
Trabajo iban los dos de esta manera,
El con su carga alegre y animoso,
Ella cansada, congojosa y fiera,
Corto parece al Moro el espacioso
Trecho, y desea nunca verse fuera,

Temiendo si en la tierra perderia
Aquel bien que en el agua poseia.
  Esto consideraba el Sarracino.
Aunque le daba su ánimo seguro
Que ninguno de gloria tal es digno
Si no era el Rey, y quien él le era perjuro.
Que en esta suerte amor le era benigno,
Y así glorioso en su trabajo duro
¿Quién vió (iba diciendo) tal extremo (mo?
Que encienda el agua el fuego en que me que-
  Tocó á este punto el suelo con la planta
El encendido Moro, y vuelve á ella
Diciendo si te aflige, ó si te espanta
El agua, de la tierra puedes vella.
Ya la puedes honrar y hacer santa,
Y por seguro y gusto poseella,
Inclinó el cuello, el dulce peso larga,
Mas dulce que al Troyano Eneas su carga.
  Fatigada Tarfira, aunque contenta
De haber el grave estrecho guarecido,
A respirar y á descansar se asienta,
Del ansia y del cansancio recebido.
Agua dando de sí, que representa
En fuente ó rio haberse convertido,
Que á la sedienta arena humedecia
La liquida corriente que salia.
  La memoria que nunca está quieta,
Cuchillo fiero del mortal reposo,
Que siempre aflige, turba, y siempre aprieta
El animo mas libre y mas gozoso.

A la zelosa Mora aquí inquieta
Su estado, viendo extraño y riguroso,
De un cabo al enemigo á quien procura,
De otro su gente en tanta desventura.
Los dos bellos luceros vuelve, y mira
La flota suya navegar huyendo,
Y á la contraria como se retira
Los depojos de Lybia recogiendo
Enternecida de dolor suspira,
En el poder de los Christianos viendo
Tres fustas suyas, y encendida desto
Se levantó y camina á paso presto.
Un fértil llano por allí se tiende
Con largo espacio, rico, y opulento,
De ganado y labor, por aquí tiende
El paso ardiendo en ira y descontento,
Y sin mirar que el caminar le ofende,
La tierna planta sin tomar aliento,
Tres leguas caminó, y siendo rogada
Del Moro, paró aquí sin sentir nada.
O poderoso amor, y como puedes
Con los que en ley tu tiranía reciben,
Como les niegas, como les concedes
Los premios, como mueren, como viven.
Das el afan y el llanto por mercedes,
Haces que riesgo ni cansancio esquiben,
Que no curen de honor, ni á gloria aspiren,
Ni á cosa mas que al gusto tuyo miren.
Buen testimonio desto da Tarfira,
Su lastimado y encendido pecho,

Pues ni en cansancio ni en deshonra mira,
Ni verse puesta en riguroso estrecho.
Tras la fuerza de amor que su alma tira
Forzada va, dispuesta á qualquier hecho,
Que ni el trabajo ni el temor le impide
Llegar á donde su deseo le pide.
En el desierto llano, por el ruego
De Habul Hacén, á descansar forzada,
Ardiendo en vivo y amoroso fuego,
Aunque en las hondas Béticas mojada.
La causa al Moro le refiere luego
De su trabajosísima jornada,
No llamando trabajo el que sufria
Sino descanso, gusto y alegria.
Todo el discurso largo de su historia
Los trances y trabajos recebidos
Por Botalhá le trae á la memoria,
Aunque algunos con llanto interrumpidos.
El Moro que los oye, y ve su gloria,
Conmovida, y de llanto enternecidos
Los dos rayos que al dia dan su lumbre,
Dice, dexando su feroz costumbre.
Dexa (ó bella señora mia) ese llanto,
Limpia esos claros y divinos ojos,
No te fatigues ni congojes tanto,
Porque no me den muerte tus enojos,
Todo lo que te aflige y da quebranto
Olvida, y haz de mí nuevos despojos.
De mí que desde hoy en ley divina
Debo ser tuyo, y tú serme benigna.

Si del Rey de Marruécos el ausencia
Forzada te sacó del patrio nido,
Si te puso su amor en contingencia
De acabar, como hubieras concluido,
No debe ya tener la preeminencia
En tu alma, ni ser de ti querido,
Sino el que en salvo como estas te puso,
Si de razon no se previerte el uso.
Esta ocasion el cielo la encamina,
Qúe con medios humanos no es posible,
Esta sin duda es voluntad divina,
Este es milagro como ves visible,
Este lo que ocasion haras indigna,
Y esceso grande y en razon terrible.
Trocar un Rey por un vasallo suyo,
Esa es mi fuerza y el descargo tuyo.
Mira que aunque no igual en suerte, tengo
En la nobleza de los Reyes parte,
Dellos qual sabe toda Lybia vengo,
Y qual queriendo puedes tu informarte.
¿Mas para que con esto te entretengo?
Si yo que te libré debo adorarte,
Yo la vida te di, por mi estas viva,
Luego en razon mi amor al del Rey priva.
La cauta Mora, al encendido Moro
De su razon cortar queriendo el hilo,
Sin responder guardándole el decoro,
Y de ingrata huyendo el baxo estilo.
Largó la mano, y las madejas de oro
De la trenza afloxó, y con nuevo filo

Amor al Moro le atraviesa el alma,
Que ya rendida le ofrecia la palma.
Con grave rostro y sesgo movimiento,
Con descuido cuidoso, descuidada
Tarfira comenzó á darlas al viento,
Y á desatar por sí cada lazada.
El Moro las contempla y mira atento,
Y á la Mora en aquesta obra ocupada,
Arde, padece, y lleno de fatiga
A volvelle á decir su mal le obliga.
Tornó á ponerle su razon delante
Por los mejores términos que pudo,
Que la fuerza de amor es tan bastante
Que hace ser Demóstenes á un mudo.
Ella con pecho y voluntad constante
Su fe poniendo á todo por escudo,
Satisfaciendo á lo quel Moro pide,
Y á la ocasion esta razon despide.
No te puedo negar, ó amigo mio,
Que la vida que tengo te la debo,
Que ya acabada fuera en este rio,
Y que vuelvo á vivir por tí de nuevo.
De tu razon la mia no desvio,
Lo propio que tú dices yo lo apruebo,
De quanto me quisieres hacer cargo
Puedes con razon justa, aunque andes largo.
Este conocimiento, esta memoria
No se puede borrar de mí aunque muera,
Ora me suba el cielo á mayor gloria,
Ora me traiga en esta suerte fiera.

Mas que olvide al que hizo su victoria
Del alma mia, es eso de manera
Que primero que á tal ose atreverme,
Al riesgo en que me ví volveré á verme,
Porque primero que en mi fe se vea
Mudanza alguna, se verá primero
Sin luz Apolo, y la noturna Dea
Con igual luz dorar nuestro emisphero.
Esto la causa hace que se crea,
Por ella vivo, y en ella morir quiero.
Que no se apaga llama tan ardiente
Con tan poca agua, ni tan fácilmente.
Mas ruégote, pues tanto se adelanta
En tí el valor y claro entendimiento,
Que la virtud que usaste heroica y santa,
No manche tan contrario pensamiento.
Pues del mio, no hay fuerza que sea tanta
Que me fuerce á que haga mudamiento,
Con este presupuesto, ó ilustre Moro,
Como á quien me dió vida, amo y adoro.
Un helado pavor le cortó y puso
Freno á la lengua, que ocasion tan grave
Las cosas saca y mueve de su uso,
Y mas en las que tiene amor la llave.
Sin saber que hacer está confuso,
Qual el piloto que llevó la nave
Por el peligro, y quando llegó al puerto
De lo que confió lo halló incierto.
Creyó que por haberla guarecido
A la hermosa Mora el Moro fuerte,

Su gusto al suyo estaba ya rendido,
Que ya moverla no podria aun la muerte.
Y no entendió el amante no entendido
Que en los casos de amor varía la suerte,
Que no es tan cierto el mas seguro y firme,
Que en estado seguro se confirme.
Aunque aquejado y lleno de fatiga,
De la contraria suerte á su esperanza,
A persuadirle y responderle obliga,
Por entender que habrá en muger mudanza.
Y empezando á decir dulce enemiga,
Gloria á mi pena, honor mio y confianza,
Porque á esta razon vió que venia
Un Moro de á caballo que huia.
Púsose en pie el alfange apercibiendo,
Que solo de su fusta habia sacado,
Quando á Tarfira á priesa socorriendo
Qual se halló en el rio habia saltado.
Con este aguarda, á ella previniendo
Que no se turbe ni le pierda el lado,
Que él la sacará libre de aquel punto,
Del mundo y del infierno todo junto.
Ella riendo le responde, ¿ entiendes
Habul Hacén, que yo no tengo manos?
Si entiendes tal, entiende que me ofendes,
Y entenderé que son tus dichos vanos.
Y si en batalla entrar por mí pretendes,
Yo por tí pelearé con mil Christianos,
Dáme ese alfange y siéntate á mirarme,
Y verás si te guardo y se guardarme.

Holgóse el Moro y dixó, yo no dudo
Que pueden mas tus manos que prometes,
Pues solo un golpe un alma rendir pudo
Que teme el mundo, y tú á tus pies sometes.
Defiéndele, pues quieres ser su escudo,
Mas ha de ser que dentro en ti la aceptes,
Que llevándola dentro de tu pecho
Será el rendir un mundo corto hecho.
Estando en esto, el Moro que venia
Fatigando el caballo veloz, pára
Junto á los dos y dice, el ansia mia
Este sudor y sangre la declara.
Por él conocereis que en este dia
Fortuna fiera huye y desampara
A la gente Agarena, y favorece
A la que la persigue y aborrece.
De Sevilla salimos enviados
Por el Rey dos mil hombres de pelea,
Escogidos por él, y aderezados
De quanto pide la ocasion que sea.
Y vamos, á que fuesen ayudados
Los de la flota, que Axartaf desea
Que ocupe esta ribera, en que consiste
La redencion de nuestro estado triste.
Veníamos, y el cielo que nos sigue,
O Alá, que de su mano ya nos dexa,
Permitió, por quel daño nos obligue
A estar en sujecion ó eterna queja.
Que con la gente que su honor persigue,
Y á los que lo adoramos siempre aqueja

Topásemos, y entrados en batalla
La victoria al contrario quiso dalla.
  Desbarátanos, y en alcance viene
De los pocos que restan con la vida,
A quien honor ni esfuerzo los detiene
De la afrentosa infame y vil huida.
Yo, viendo aqueste cuerpo que no tiene
Parte que no señale una herida,
Desangrado y del modo que estoy vengo,
Ya como inútil que valor no tengo.
  Y pues el cielo (en esto piadoso
A mi desdicha) aquí me ha conducido,
Y en un trance tan triste y peligroso
A que me deis amparo me ha traido,
Favoreced mi estado doloroso,
Que de vos puede ser favorecido
Solo, con que la fuerza de esta sangre
Me tomeis, porque mas no me desangre.
  El diestro brazo en el arzon postrero
Firmó, y al suelo acometió arrojarse,
Y aunque de esfuerzo el Moro estaba entero
La fuerza le faltó para ayudarse.
Corrió á este punto Habul Hacén ligero
Y el hombro le arrimó en que reclinarse
Pudiera, que la fuerza que lo acorre
Sustentar sobre sí podia una torre.
  De la silla, á sus hombros traspasado
Donde Tarfira dixo lo descarga,
Teniéndole por lecho aparejado
El duro suelo, y su deshecha adagra.

Y en tantas partes viéndolo llagado
Gime, y la cura que sabia no alarga,
Que Hueylá su ama le enseñó en secreto,
Para remedio á semejante aprieto.
No aplica yervas de virtud secreta,
En Asia por milagro producidas,
Ni á infernarles espiritus sujeta,
Que por fuerza le sean allí traidas.
Mas las llagas le toca, y las aprieta
Con su mano, y palabras no entendidas
Al oido le dice mansamente,
Con sesgos ojos y serena frente.
Con esto, poco á póco iba cesando
El fluxo de la sangre, y quando estuvo
Libre á su parecer, el rostro alzando
Mirando al Moro espacio lo detuvo.
Y de nuevo las llagas refregando
Le dixo, el cielo que te truxo, y tuvo
Compasion de tu vida, ha detenido
La sangre, porque seas guarecido.
Ahora solo te conviene ir presto
A donde con segura medicina
Las llagas cures, pues en este puesto
Cosa no hay para ese efecto digna.
Yo (la responde el Moro) estoy dispuesto,
Pues la suerte me ha sido tan benigna,
Volverme á entrar en la Ciudad, por donde
Está un camino, que al comun se asconde.
Por este con segura confianza
Iré á donde guarecerme pueda,

Porque no quede sin tomar venganza
De esa mi sangre, que vertida queda.
Y de este estado viendo la mudanza,
Quanto la vida el cielo me conceda,
Ocuparé en servirte y celebrarte,
O santa Mora, y como Alá adorarte.

Solo que me digais qual suerte os lleva
Por esta parte, así tan fatigados
Os suplico, y si os es la tierra nueva,
De donde sois, y como sois llamados.
Habul Hacén, le respondió esta es prueba,
En que probarnos quieren nuestros hados,
Yo soy Habul Hacén, y en Tunez tengo
Mi casa, y de la sangre real vengo.

De esta divina Mora el claro nombre
Es Tarfira, de ilustre decendencia,
Viene á Sevilla procurando á un hombre
De real sangre, y de real potencia.
Este faltando del real nombre,
Hále faltado en fe, y hecho ausencia
De Marruécos, do está su cetro y silla,
Olvidado de todo por Sevilla.

Abdalac respondió, bien sé esa historia,
Y á Botalhá conozco, que es mi amigo,
Por el la sé, y Muley la hace notoria,
Que es su competidor y su enemigo.
De aqui procede el no tener memoria
De ti, del cetro, ni del patrio abrigo,
Porque á la Infanta Alguadaira pide
Por muger, y Muley la ama, y lo impide.

Todo el discurso te diré, pues vamos
Juntos, y el nombre mio juntamente
Que es Abdalac, señor de esto en que estamos,
Hasta el real de la enemiga gente.
Y así, todo este llano que miramos
Quiero á Tarfira gloria de occidente
Quel llano de Tarfira sea llamado,
Que de Abdalac solia ser nombrado.

Pues aquí tuve por tu mano vida,
Vida á tu nombre aquí le daré eterno,
Que no lo acabe el tiempo en su huida
Miéntras el sol durare en su gobierno.
La Mora se le muestra agradecida
En el semblante, y al afecto tierno,
Que de su amante habiendo el cuento oido
Le habia el zelo y pena enternecido.

Llegó Abdalac á Tarfira su caballo
Despues que sus razones concluyéron,
Y á Habul Hacén rogó quiera tomallo,
Pues á Sevilla van qual le dixéron.
Ninguno de los dos quiso acetallo,
Mas un acuerdo entrambos Moros diéron,
Que Tarfira en la silla se pusiese,
Y que en las ancas Abdalac subiese.

Siguió la obra a lo que fue propuesto
Principió al punto dando á su camino,
De Tarfira dexando el fértil puesto,
Llevando al Betis siempre por vecino,
Que ufano encima de sus aguas puesto
Mira el blason y exército divino,

Que por sus hondas sin temer ultrage
A la otra banda quiere hacer pasage.
Ascondió la cabeza en su globoso
Centro de perlas y luciente oro,
Y con voz alta dice presuroso,
En medio puesto de su ilustre coro.
Este es el tiempo alegre y glorioso
Que yo esperaba, y el que siempre adoro,
Este es el tiempo que me habeis oido
Profetizar, del cielo prometido.
El tiempo es este, en que el Pagano fiero
Teñirá con su sangre mi corriente,
Y lanzado será del Reyno Ibero,
Por fuerza de armas de Christiana gente.
Este es el tiempo, que cuidoso espero
Por verme en él qual ya me veo presente,
Que de Geber la torre milagrosa
Por insignia tendrá una Cruz gloriosa.
El tiempo es este, que en lo alto della
Un Christiano Leon se verá puesto,
Que por su mano subirá á ponella,
Del Rey mandado, y elegido en esto.
Este es el tiempo que podemos vella
Libre del rito de este pueblo infesto,
Y al verdadero culto dedicada,
Del Dios que habita la region sagrada.
Llegada es ya la gloria que esperamos,
Ya el varon santo prometiendo vemos,
Ya la opresion del bárbaro en que estamos
Trocada en dulce libertad tenemos.

Ahora resta solo que acudamos,
Y á su gente las aguas soseguemos,
De suerte, que el contrario que lo espera
No le pueda impedir que salga fuera.
Ya veis que está el pasage aderezando
Don Pelayo Correa, ya veis que viene
Al Axarafe, y que le está aguardando
El Rey de Niebla, y el poder que tiene.
A la lengua del agua está ordenando
Que el Christiano á salir se desordene,
De modo, que estorbándoles la tierra,
Ellos les dén y nuestras aguas guerra.
Así ó amigas mias vamos luego,
Vamos, y favor demos al Christiano,
Qual en medio del mar al sabio Griego
Otras Ninfas libráron con su mano.
Tú Silis, y tú Leucia, haced mi ruego,
Y las demas seguid mi intento humano
En que amparemos la Christiana gente,
A quien el paso impide mi corriente.
Esto diciendo, sin parar camina
Betis, y al centro decendió profundo,
Dó la globosa urna cristalina
Tiene, con el licor que riega el mundo.
Y en el húmido pecho la reclina,
Y al Atlantico mar vuelve el jocundo
Curso, y las bellas Ninfas esparcidas,
Las aguas quietaban conmovidas.
Unas al centro se hundian ligeras,
Y el arenoso asiento reposaban,

Otras por cima de las dos riberas
Del marino refluxo las vaciaban.
Otras mirando están las armas fieras,
Que desde Aznalfarache amenazaban
A los Christianos, y al remedio desto
El medio ocupan de uno y otro puesto.
Miéntras en esto andaban cuidadosas
Las Ninfas, y el gran Betis ocupado,
El Maestre juntando está las cosas
Que convenian al presente estado.
Sobre trabadas vigas las forzosas
Planchas amarra, y cerca por el lado
De fagina, con balsas levantadas,
Con fuertes cuerdas por el bordo atadas.
Los ingeniosos tiros que de fuera
Hieran los enemigos, y detengan,
Para que tomar puedan la rivera,
Aunque sobre ellos á estorballes vengan.
En planchas van poniendo de manera,
Que sobre sí las aguas los sostengan,
Que ni el peso llevarlos pueda al centro,
Ni ellos faltar de hallarse en el recuentro.
Todo ya en órden, todos ya aprestados,
Los caballeros y caballos prestos,
A la lengua del agua aderezados,
Y los Infantes en quarteles puestos.
Don Pelayo, así viendo á sus soldados,
Y los pertrechos bélicos dispuestos,
Habiendo dado el órden convemente
A todos, que guardasen igualmente.

Porque la noche tenebrosa y fria,
Llena de horror, y de tiniebla oscura,
Cubriendo el mundo, el manto descogia,
Y el sueño su estrellada vestidura.
Aguardando el Maestre el nuevo dia,
Para pasar del Betis la hondura,
El fatigado cuerpo al sueño entrega,
Miéntras la luz que lo encamine llega.

LIBRO UNDECIMO.

Todas las cosas que cobija el cielo
En quieto silencio reposaban,
El viento y las olas en el frio velo
De la noche en tranquila paz estaban.
Las aves suspendidas de su vuelo,
En los ojosos árboles callaban,
El rugiente leon, y el tigre airado,
Y el voraz lobo al sueño está entregado.

La invidia sola en su dañosa vela
Estaba con la rabia que le mueve,
Entre sí deshaciéndose qual vela
Al fuego, ó al sol ardiente blanca nieve.
Fatígase, consúmese y recela,
Que Botalhá tan sin fatiga lleve
El favor de la Infanta, sin que sienta
El duro estado de Muley y afrenta.

De infernal saña conmovida, acude
A los remedios con que aquesto ataje,
Haciendo á Botalhá que se le mude
Aquel contento en muerte y duro ultrage,
Y así quiere valerse, y que le ayude
A executar su horrible y cruel corage
La sangrienta discordia, á la qual llega,
Y de esta suerte congojada ruega,

Amiga mia, ¿qué ocasion te tiene
Tan desviada del dolor que tengo?
¿Tan agena de hacer lo que conviene,
Y tan fuera del ansia con que vengo?
¿Siendo tu viva, es justo que yo pene
En un martirio y un afan tan luengo?
Esa quietud desecha, ese sosiego,
De rabia te arma, de crueza y fuego.

De tí qual siempre quiero ahora valerme,
Pues en mayores cosas me has valido,
Pues por mi gusto, y por honor hacerme
Infierno, tierra y cielo has conmovido.
De que (si aquesto sé) ¿puedo temerme?
Si no pedirte lo que humilde pido,
Que aquel Lybico Príncipe, que ascende
La Infanta, y en amor le corresponde.

Que al punto con tu brazo poderoso,
De aquel regalo lo derribes presto,
Prívale con discordia su reposo,
Mancha con sangre el ascondido puesto.
Dale aviso á Muley de su afrentoso
Ultrage, que él dará el remedio en esto,

Acude al que lo procura, acude
Que no hay quien mejor que él su estado mude.
Crugió los dientes, retorció las manos
La miserable invidia, suspendiendo
La voz y la razon y ruegos vanos,
Y entre sí propia se quedó gimiendo.
La civil peste, horror de los humanos,
Alargó el brazo el de la invidia asiendo
Con espantable voz, y rostro airado,
Esta respuesta la discordia ha dado.
No estoy tan descuidada como entiendes,
Ni al reposo mi espíritu entregando,
Que si de invidia y odio el alma enciendes,
Ira y furor me están la mia abrasando.
Los propios daños que hacer pretendes,
Me están para hacerlos yo instigando,
Y esto será de suerte que tu veas
Cumpliendo mi deseo, lo que deseas.
Un órden tengo imaginado horrible,
Que será causa de mortales daños,
Que en un estrecho los pondrá terrible,
Si del infierno pueden los engaños.
Tú haz lo que á tus fuerzas es posible,
Yo con las mias haré los mas extraños
Males, que nunca hice, ni se han visto
Entre la gente Lybica y de Christo.
Esto diciendo, una culebra apaña
De escamas negras, y fogosos ojos,
Y con rabia infernal y furia extraña
Se la tragó, encendiendo sus enojos.

Y sin aguardar mas, ardiendo en saña
Y en invidia, á hacer fieros despojos,
Tomó las armas con que el mundo asuela,
Y á dar principio á sus designos vuela.

Sin detenerse ni ocuparse en cosa,
A Muley Bohacén llegó que estaba
Reforzando la guardia poderosa,
Quel aposento de Axartaf velaba.
Viéndolo aquí, la voz alzó furiosa
La enemiga del cielo, y dice acaba,
Acaba ya Muley, toma venganza
En quien te ofende, y goza tu esperanza.

Acude á tí, y á Botalhá castiga
Con dura afrenta, y con cruél castigo,
Y empieza en él, y acaba en tu enemiga
La Infanta, que lo tiene allá consigo.
Que ni le altera la marcial fatiga
En que su padre está, y el pueblo amigo,
Solo su gusto infame en tu desgusto
Le agrada, da contento y es su gusto.

Cumplir ahora puedes tu deseo,
Si deseas que acabe tu deshonra,
Ahora hacer puedes el trofeo
De los dos que lo hacen de tu honra.
No aguardes mas, que en su delito feo
Juntos los hallarás, y si te honra
El real deudo, venga en los aleves
Tu ofensa, honor, y al Rey que tanto debes.

Muley oyendo así nombrar la Infanta,
Y á Botalhá, revuelve furioso,

Y el rostro á donde oyó la voz levanta
Con semblante espantable y pavoroso.
El vestiglo infernal que al mundo espanta,
Huyó envuelto en el velo tenebroso,
Dexando al Moro suspendido y lleno
De nueva ira, su infernal veneno.
  Advirtió en todo lo que dicho habia,
Y como estaba Botalhá escondido,
Que consigo Alguadaira lo tenia
Porque no fuese hallado ni ofendido.
Aquí el zelo creció, en que siempre ardia.
Y quedó, qual el Conde quando vido
Con Angelica el nombre de Medoro,
Que al seso y la razon perdió el decoro.
  Sacó el alfange, y embrazó el escudo
El zeloso Muley, diciendo muera,
Muera, y quien ha de ser decir no pudo,
Que le trabó la lengua la ira fiera.
Seguidme (á decir vuelve) que no dudo
En la venganza que mi alma espera,
Y sin darle su loco ardor espacio
Dando voces furioso entró en palacio.
  Tomó sus armas Arxataf, en oyendo
Las voces conocidas del sobrino,
De los soldados el clamor y estruendo,
Y en medio de ellos á ponerse vino.
Muley en ira y en corage ardiendo,
Fuera de sí en zeloso desatino,
Sin aguardar que el Rey pregunte nada,
Así diciendo alzó la voz airada.

El traidor Botalhá, por quien has puesto
Contra mí tu poder en defendello,
Con tu hija Alguadaira verás presto
En su aposento, si gustares vello.
Del cielo he sido avisado desto,
Que de otra suerte no podia sabello,
Y pues revela el cielo tu deshonra,
Mueran los que te ofenden en la honra.

Muley, no pudo proseguir delante,
Que le anudó la cólera la lengua,
Y así airado en su crueldad constante;
Que en él un punto su rigor no mengua.
El Rey, que de tal caso está ignorante,
Su afrenta viendo, y de su honor la mengua,
Sin dar respuesta, ni hablar palabra,
Va á que la hija el aposento le abra.

Desde el principio la hermosa Infanta
Oyendo al primo estuvo atentamente
Tras la cerrada puerta, y no le espanta,
Que al mas cobarde hace amor valiente.
Mas viendo que su padre se adelanta
Para hacerle abrir, va diligente
Y avisa á Botalhá, que elija el medio
Que en tal peligro á entrambos sea remedio.

Sin alterarse el Príncipe Africano
Del grave caso, se vistió al momento,
Y tomando á la Infanta por la mano
Dixo, viendo su justo sentimiento.
Desecha de tu pecho soberano,
No hagas dentro dél acogimiento

Al cobarde temor que te suspende,
Mira que á tu valor divino ofende.
  Acude ó Reyna á tí, no te acobarden
Las fieras armas que á buscarnos vienen,
Ni el furor loco en que los tuyos arden,
Ni las ventajas muchas que nos tienen.
Que no hay en quantos vienen dos que aguarden,
Y si aguardaren, á quien no refrenen
Los golpes de este brazo, que en tu nombre
No dexará con vida de ellos hombre.
  Esto seria, queriendo tu ponerte
En que mi espada libre tu persona,
En tal caso segura está tu suerte,
Y seguro tu cetro y tu corona.
Mira qual es tu gusto, y dél me advierte,
Y mira que ya el vulgo te pregona,
Y conforme al estado, y lo que importa,
El tiempo en la eleccion señora acorta.
  La Infanta, habiendo bien considerado
Lo que el valiente Príncipe decia,
Respondió, poco sirve en este estado
Botalhá tu valor y tu osadia,
Que ir solo un hombre contra un campo armado,
Es mas temeridad que valentía,
Que al fin un hombre hace como un hombre,
Aunque con su valor al mundo asombre.
  Aquí el remedio ha de ser que vamos
Huyendo este furor, pues conocemos
La dura afrenta y muerte que esperamos
De los amigos, que seguirnos vemos.

Y pues entre los nuestros no hallamos
Amparo, en los Christianos lo busquemos,
Que aunque son enemigos capitales,
Ellos se apiadarán de nuestros males.
Esta ventana encima de este muro,
Al peligroso trance da remedio,
Por ella sola el paso está seguro,
Pues lo demas mi padre ocupa el medio,
Esto solo nos dexa el hado duro
Que ser nos pueda en este paso medio,
Y pues no hay otro en tan estrecha suerte,
Por nuestro honor huigamos de la muerte.
No le responde el Moro, y la hermosa
Mora le dice, no difieras esto,
No dudes mas, que no es huida afrentosa
Huirle a un Rey, en tal estado puesto.
Y si mi vida ya no te es odiosa,
Acude á lo que digo, y vamos presto,
Que los golpes arrecian, y las puertas
Serán sin duda á su furor abiertas.
El animoso Botalhá obedece
De su Alguadaira el justo mandamiento,
Y por donde la ocasion ofrece,
Huyen los dos sin diferir momento.
Azaraya con llanto se entristece,
Y de temor confusa y sin aliento
Gime, y viendo las puertas en el suelo,
Hecha una estatua se quedó de yelo.
Entran, y el Rey de todos el primero,
El alfange desnudo, dice muera

La aleve Infanta, y falso Caballero,
Que este es el premio que el traidor espera.
Al aposento se abalanza fiero,
Y como no los halle sale fuera,
Busca la casa toda, sale y entra
De un aposento en otro, y nada encuentra.
Pavorosas las damas, y turbadas
De ver al Rey del modo que lo vian,
De las voces que daba amendrentadas
En lo mas apartado se ascondian.
Y como estaban todas descuidadas,
Y nada en lo que dice el Rey sabian,
Todo era confusion, todo era espanto,
Todo gemidos, suspirar y llanto.
Muley furioso no dexaba sala,
Ni ascondido retrete que no mira,
Que en esto mas que todos se señala,
Y mas que á todos la pasion le tira.
Por los ojos sangriento humor exhala,
Y por la boca fuego cruel respira,
Voces horribles sin concierto dando
De una pieza va en otra apriesa entrando.
Halló Azaraya sola en su aposento,
Do Botalhá habia estado recogido,
Que por descuido, priesa ó desatiento
Se le quedó el turbante conocido.
Fué de Muley hallado, y al momento
Lo toma, y á la Mora enfurecido
Por el suelo arrastrando al Rey la lleva,
Diciendo aquí el aleve se comprueba.

No tienes que buscar esta enemiga
De la traycion ha sido sabidora,
Ella se halló en ella, ella la diga,
O ella muera aquí como traidora.
Sin dar muestra de miedo ni fatiga,
Así responde la constante Mora:
¿Si el secreto pusiéron en mi pecho,
Descubriroslo yo será bien hecho?

Antes con esa espada aqueste cuello
Dividirá tu poderoso brazo,
Que fácil cosa te será hacello,
Y de mí toda no dexar pedazo.
Que por mí el caso vengas á sabello,
Que con la muerte desde aquí me abrazo,
Y porque mi fieldad no caiga en mengua,
A los tormentos quiero estar sin lengua.

Qual Anaxarcho, con valor constante
Cerró los ojos, y apretó los dientes,
Y la lengua cortó, y la echó delante
Del Rey, y todos los que habia presentes.
Fué de lealtad la prueba tan bastante,
Que al Rey templó los fieros accidentes,
Y viendo el estupendo caso extraño
Olvidó la memoria de su daño.

Todos suspensos, todos admirados,
Mirando están la Mora rociada
De la sangre, que á todos sus pasados
Podia ilustrar con sangre tan honrada.
Muley á quien sus ansias y cuidados
Afligen, y el suceso desagrada,

Dice mirando al Rey, si esto te admira
Bien al remedio tu valor aspira.
Esta alevosa Mora desta suerte
El cometido insulto pagar piensa,
Con este hecho á todos nos divierte,
De lo que pide su maldad inmensa.
Mal acuerdo ha tomado, que la muerte
Ha de ser la que vengue nuestra ofensa,
Que si de lengua se privó, yo tengo
Brazos, y así lo que es tan justo vengo.
Qual el hijo de Jove poderoso
Suspendió en alto al hijo de la tierra
Con fuerte brazo y pecho vigoroso,
Con que dió fin á la empezada guerra.
Tal Muley fiero horrible, y desdeñoso
(Sin entender si en ello acierta ó yerra)
Sobre sus hombros Azaraya carga,
Y al muro llega, y desde allí la larga.
Disgustó al Rey, y todos se alteráron
Del fiero hecho, y del real disgusto,
Y en los turbados rostros lo mostráron,
Y el Rey en las razones de hombre justo.
Y como vió que todos se indignáron
De la crueza de Muley injusto,
Temiendo en ocasion tan peligrosa
La discordia civil, mostró otra cosa.
Mandó que todos á buscallos fuesen,
Y él con Muley y con su guardia acude
A que en el muro velas se pusiesen,
Y las que habia el Capitan las mude.

Advirtió que avisados estuviesen
Del caso todos, porque nadie dude
En lo que tanto importa, y deste modo
Requiere, avisa y busca el lugar todo.
Ardese la discordia en ver trocado
Su horrible intento en diferente efecto,
De lo que habia consigo fabricado
Para satisfacer la cruda Alecto.
Y desdeñosa y llena de cuidado,
Sin dar reposo al ánimo inquieto,
De Hispalis salió, y nuevos engaños
A fabricar comienza y nuevos daños.
Tenia á esta sazon del claro Cielo
El medio espacio la nocturna Diosa,
Y el sueño envuelto en su estrellado velo
En ocio estaba y en quietud sabrosa.
Quando el Maestre sin ningun recelo
Que contraste su empresa peligrosa,
Aprestada su gente vadeaba
El Betis por do el mismo le enseñaba.
Los caballos rompiendo van delante
Con los pechos la mansa y fria corriente,
Que en ella dando Cinthia relumbrante
Les mostraba el arena reluciente.
Las balzas y las planchas en distante
Orden, y van tras ellos igualmente
De las hermosas Ninfas impelidas,
Y sobre sus espaldas sostenidas.
Acercándose iban poco á poco
A la enemiga y deseada tierra,

Quando llena de ánsia y furor loco
La discordia y del odio que en sí encierra
A decir comenzó, si no provoco
Al Rey Abenjafon, y enciendo en guerra
Este pueblo, que duerme descuidado,
El Christiano consigue su cuidado.
De Niebla el cetro Abenjafon tenia
En dura guerra y disension habido,
Que su tio Malrulud con tiranía
Mucho tiempo lo tuvo poseido.
Y Axartaf contra aquesta alevosía
Salió, y siendo el tirano dél vencido
Y muerto, asosegando el movimiento
A Abenjafon restituyó en su asiento.
Desta merced agradecido el Moro,
Siempre la traia escrita en la memoria,
A esta virtud guardándole el decoro,
Que es digna de alabanza y alta gloria.
Y así juntando todo su tesoro,
Luego que de Fernando fué notoria
La venida, de Niebla partió al punto
Con todo su poder de gente junto.
Fuéle de Aznalfarach dado el gobierno,
Del Aljarafe y gente de Triana,
Que con valor y con cuidado eterno
Lo usaba contra la nacion Christiana.
A este llegó el ministro del infierno,
Que al dulce sueño el aura soberana
La tenia rendido, y levantando
La voz, dice á su padre así imitando:

¿Qué haces Rey en sueño tan profundo
Sin que de ti ni de tu honor te acuerdes?
¿Está á tu cargo el defender un mundo,
Y por dormir tan buena ocasion pierdes?
¿Dó tu valor y esfuerzo sin segundo?
¿Hijo do estás ¿no es justo que recuerdes
Que el enemigo exército te llama,
Y tú durmiendo en regalada cama?

Sal, quel contrario tienes ya contigo,
Pues sin contraste pisa esta ribera,
Siéndole Betis favorable amigo,
Por su corriente abriéndole carrera.
Acude á priesa, acude á lo que digo,
Toca á rebato, sal ya que te espera,
Y si en salir momento te detienes,
Ya aloxado ádonde estás lo tienes.

Dexó la cama el Moro pavoroso,
La voz del padre aunque imitada oyendo,
Y embrazando el escudo furioso
Tomó el alfange en alta voz diciendo.
Si al nombre tuyo, ó padre glorioso,
He de aspirar, qual siempre voy siguiendo,
No será en mi descuido tal hallado,
Pues jamás fuí de cosa tal culpado.

Todo lo que ha durado en su carrera
En el callado cerco oscuro y frio
La Luna, he estado puesto en la ribera
Del Rey de Reyes Betis nuestro rio.
Y con la gente que la guarda fiera,
Que está sujeta al mando y órden mio,

Hemos hecho la vela de tal modo,
Que está seguro y á recaudo todo.
Mas dime, ó santo Aladin, que vienes
Del cielo á darme aviso semejante,
Y de la gloria abaxas, donde tienes
Al gran Profeta y sacro Alá delante.
¿Por qué razon ahora te contienes
Ya que aviso me das tan importante,
Que este mi cuello no rodeen tus brazos,
Dándome piadosisimos abrazos?
¿A dónde estás? respóndeme, y tu diestra
Guie esta mia, que ante ti protesto,
Que si tu santo espiritu me adiestra,
De no dexar Christiano en este puesto
Tú, padre mio, á donde están me muestra;
Que yo te seguiré, y haré sobre esto
Lo que debo hacer, sin dexar hombre
Que de Christiano se le dé renombre.
Tiende los brazos el feroz pagano,
Cierto que el padre ceñiria con ellos,
Y tres veces abraza el ayre vano,
Otras tantas volviendo á recogellos.
Torna y encuentra con su propia mano,
Los pies uno con otro da al movellos;
Ciego atentando á una y otra parte
Anda gimiendo el Sarraceno Marte.
Confuso y lleno de pavor andaba
El afligido Rey mil voces dando,
Sin saber que hacer, ni en que dudaba,
Ni á que parte lo iria procurando.

En esta ánsia, quel alma le aquejaba,
Oyó tocar al arma, y desechando
La horrible confusion, sale furioso
Y tras el pueblo sigue presuroso.
Sin preguntar que causa los altera,
Ni á donde van con tanto desatino,
Llega á do estaba su real bandera,
Y encuentra con su Alférez Achilino.
Este en la Arabia fué en su edad primera
De los mas nobles, y el que fué mas digno
De la merced del Rey, y por traidores
Perdió la patria, el nombre y los favores.
Este, de la inconstante y ciega Diosa
(Qual siempre son los buenos) perseguido,
Dexó la Asia y suerte poderosa,
Y vino á Europa pobre y abatido.
Y en la batalla de Axartaf famosa,
Do fué el tirano Mahulud vencido,
Abenjafon, le dió este honroso oficio,
Por que leal fué siempre á su servicio.
Y oyendo que el lugar tocó á rebato,
Y que ya al arma se ponia la gente,
Teniendo de esta alteracion recato,
Como sabio soldado y tan valiente.
Juntó su hueste, y envió á Hamato
Que con la trompa dé confusamente
Aviso del contrario que venia,
Incite, aliente, mueva y dé osadía.
Tomó razon de todo el Rey, y al punto
Mandó marchar á donde está el Christiano,

Que en órden puesto lo aguardaba á punto
De mostrar ya su esfuerzo soberano.
Y el un campo del otro estando junto,
Las homicidas armas en la mano,
De la tierra huyó la sombra oscura,
Y el sol restituyó su lumbre pura.

Luego que á verse todos alcanzáron,
Los bárbaros armados de fiereza
Guardando el órden que al salir tomáron
Arremetiéron llenos de braveza.
Los Christianos la misma órden guardáron
Con mas esfuerzo y mayor destreza,
Que aunque en número pocos, eran tales
Que á ser venian por valor iguales.

De entrambas partes el temor desechan,
Y con mortal deseo se acometen,
De esfuerzo, fuerzas y armas se aprovechan,
Sin que allí cosa en su favor aceten.
Estos á aquellos á huir estrechan,
Aquellos á estos en huida meten,
Vuelven los unos, y los otros paran,
Y todos con las armas se reparan.

Golpe ninguno á su contraio tira,
Ni Moro ni Christiano que no vaya
Regido de furor y ciega ira,
Porque victoria de su parte haya.
Ni le vale al que huye ó se retira,
Ni al que se asconde, y en la lid desmaya,
Que donde quiera, y de qualquiera suerte
La imagen vian de la horrible muerte.

Sobre un caballo de veloz carrera,
Que presto á todas partes revolvia,
Andaba el Rey en la batalla fiera,
Que fiero estrago en el Christiano hacia.
A qual arranca de la silla á fuera,
Y sin alma á la muerte lo rendia,
A qual rompe el escudo y corta el brazo
De un golpe sin estorbo ni embarazo.

A Jayme de Aguilar derribó al suelo,
Y á Martin Vela le quitó la vida,
Vino sobre el Fernando Maderuelo,
Y escapó dél llevando una herida.
Pedro Muñiz, y Sebastian Mazuelo,
Hiciéron juntos una arremetida,
Y descargando en él lo detuviéron
Con dos golpes que á un tiempo ámbos le dieron.

Revuelve el Moro desdeñoso y fiero,
Y con ámbos comienza á golpearse,
Y entrambos como dos rocas de acero
Le aguardan y le hieren sin cansarse.
Brama el bárbaro Rey, y con entero
Animo, y con deseo de vengarse
De uno y otro, á priesa golpes tira,
Sin dar descanso al brazo ni á la ira.

Muñiz, á un golpe puso el fuerte escudo
Con él así creyendo repararlo,
Pegándose con él quanto mas pudo,
Y en moviendo movió para atajallo.
Mas descargando encima el golpe crudo,
Escudo, hombre, y frente del caballo

Abrió igualmente y dió con todo en tierra,
Poniéndolos en paz de aquella guerra.
Vinó á este punto un esquadron huyendo
De su Agarena gente, procurando
Ponerse en salvo el daño horrible viendo
Que hacia en ellos el Christiano bando.
El Rey acudió á ellos, deteniendo
A los quel temor iba retirando,
Y con miedo y razones los detuvo,
Y así les dixo, quando así los tuvo.
¿Dónde huis con tanto desatiento?
¿A quién temeis las armas en las manos?
¿A quién dais de vosotros vencimiento?
¿De qué tomais esos temores vanos?
Volved: volved, dexar tan baxo intento,
No le deis tanta gloria á los Christianos;
Mirad que estamos mil para uno dellos,
¿Y huis dellos y dudais vencellos?
Seguidme amigos, no á ese miedo indigno
Del valor vuestro y de la gloria vuestra,
Seguidme, que yo os quiero abrir camino
Por medio dellos con aquesta diestra.
Castiguemos su altivo desatino
De haber puesto su pié en la tierra nuestra;
Esto diciendo vuelve, y todos vuelven,
Y en fiera lid de nuevo se revuolven.
Los de la insignia del patron de España
Iban haciendo riguroso estrago,
De enemigos cubriendo la campaña,
De la bárbara sangre hecha un lago.

Seguian la suerte con virtud extraña,
Dando vitorioso Santiago
En los Moros, que quantos mas morian,
Mas en fuerzas y en número crecian.
Por otra parte á la Christiana gente
El soberbio Achilino iba afligiendo,
Arrogante, feroz, diestro, valiente,
En menosprecio quanto via teniendo.
Sin guardar orden con furor ardiente
A la Christiana esquadra arremetiendo,
A los Cruzados hizo detenerse,
Y en órden á sus puestos recogerse.
Con mas furor de nuevo ardió el combate,
La confusion, las voces y alaridos,
Sin que de tregua, ni de paz se trate,
Si nó de muertes, quejas y gemidos.
Los Moros procurando dar remate
De los Christianos, que sin ser movidos
De su valor, con ánimo tan fuerte
Los resistian y les daban muerte.
En forma circular se dispusiéron,
Y por un cabo y otro los cercáron,
Y tropas, caxas, pífanos se oyéron,
Y horribles voces que á una levantáron.
Que con el veloz viento se envolviéron
Y las corrientes ondas las lleváron
Al defensor Christiano, que miraba
El riesgo en que su fuerte gente estaba.
Dexemos (dice el gran patron del cielo)
La tarda dilacion, y socorramos

A los amigos que con santo zelo
A resistir los Moros enviamos.
Pisan qual veis el enemigo suelo,
Están qual todos desde aquí miramos
Cercados de enemigos, que no tienen
Número los que á dar en ellos vienen.
Pídenos el estrecho en que están puestos
Que acudamos con toda diligencia
A desviar los bárbaros molestos,
Que los aquejan con mortal violencia.
Conviene ser en socorrellos prestos,
Que del contrario crece la potencia,
Seis mil somos, trescientos solos ellos,
Mirad si es justo ir presto á socorrellos.
Cesó, y á Don Rodrigo Flores manda
Y á D. Alfonso Tellez, y al famoso
Fernandiañez, ir á la otra banda
A socorrer el riesgo peligroso,
Y con la priesa que el temor demanda
Que al Rey tenia afligido y congojoso,
Se aprestáron, y ciento de á caballo
Quel negocio pudiesen acaballo.
Sin que dificultad los impidiese,
Ni cosa alguna, al Betis se arrojáron,
Y por quel justo fin se consiguiese
Las ondas al pasage sosegáron.
La via clara hizo que se abriese,
Y las arenas de oro se mostráron,
Y como si por tierra caminaran
Por sus aguas les hizo que pasaran.

Tomáron tierra, y sin parar momento,
Puesta su esquadra en órden, arremeten
Por donde con mas furia y desatino
Al Maestre los Moros acometen.
Rompen por ellos con valor y aliento,
Y en el cerrado círculo se meten,
Llegando á las trincheras que tenian
Los Christianos de do se defendian.

Desto el bárbaro Rey quedó admirado,
Aunque en su esfuerzo y su valor entero,
Y dice: el brazo levantando osado,
Todo nos corresponde como quiero.
Que este socorro que les ha llegado
Es para nuestro bien y su mal fiero,
Pues con él, mayor número tenemos
A quien quitar las vidas que tememos.

No dixo mas, ni dió lugar su ira
A poder decir mas, y ardiendo en ella
Donde mas fuerza del Christiano mira,
Ciego se arroja allí á querer rompella.
Su gente toda á la victoria aspira,
Siguiendo al Rey trabajan por habella
Arde el furor en todos igualmente,
Con saña horrible y con deseo insolente.

Los Christianos por una y otra parte
Contra el furor del bárbaro se oponen,
Y con valor divino, esfuerzo y arte,
A morir ó vencellos se disponen.
Hieren en ellos, y en sangriento Marte
Pecho con pecho y rostro á rostro ponen,

Trabándose los brazos con los brazos,
Y algunos que se estrehan en abrazos.
  Caydin, Moro, en la Persia conocido
Por su valor, en fuerzas invencible,
De quien Titormo ser podia vencido,
Y el que en Octa tuvo el fin terrible.
Como el combate así revuelto vido,
En medio dél se puso el Moro horrible
Con una maza de aceradas puntas,
Altos los brazos y las manos juntas.
  A un cabo y otro la pesada maza
Sin descansar revuelve el fuerte Moro,
Quel lugar donde está desembaraza
Sin ececion y sin guardar decoro.
Está del modo que en cercada plaza
De gente y armas suele estar el toro,
Que por las armas rompe y por la gente,
A todo resistiéndolo igualmente.
  Aquí de los Christianos acudia
El ímpetu, y el Moro furioso
Con espantables golpes lo desvia
Con que retrae al mas fuerte y animoso.
Crece el furor, las voces y porfia,
Y el combate se enciende riguroso,
Los Christianos hiriendo en el Pagano,
El Pagano en el ímpetu Christiano.
  Por la confusa lid venia rompiendo
Sin resistir á su designio nada,
Don Pelayo Correa, revolviendo
A un cabo y otro la sangrienta espada.

Y al fiero Moro en la batalla viendo
Con la soberbia maza levantada
Amenazando el mundo su denuedo,
Con firme pecho y con semblante ledo,
  Instigado de ira el fuerte pecho,
La rienda vuelve, y donde está endereza,
Caydin lo sale á recibir derecho,
Y con él, fiera y cruda lid empieza.
De su valor da claro satisfecho,
Y á un punto alzando voz, maza y cabeza,
Dice: Maestre, aqueste golpe es mio,
Recíbelo, que á ti qual ves lo envio.
  Antes que descargase el movimiento
Natural, el de Ucles fiero arremete
Con destreza y con gran conocimiento,
Y entre sus brazos el caballo mete.
Fué sin efecto el golpe, y al momento
El Maestre con golpes le acomete,
Y el Moro, porque en todo le embaraza
Sacaba pies para librar la maza.
  Hiriendo en él con gran valor lo aqueja
Sin darle espacio ni tomar sosiego,
El Moro quanto puede del se aleja
En ira ardiendo y en rabioso fuego.
El Christiano apartarse no le dexa,
Que donde saca el pie el suyo está luego,
Y la espada que no descansa punto
Al brazo, al hombro, á la cabeza junto.
  Creció el combate aquí, acudió la gente
Bárbara, al fiero Moro socorriendo,

Que abierto el pecho y la soberbia frente,
Del combate se iba retrayendo.
Aqui el temor rindió á la furia ardiente
Con que siempre su causa defendiendo
Habian al Christiano resistido,
Y la victoria en peso igual tenido.
Viendo á Caydin herido, y desta suerte
Retirarse dexando la batalla,
El que andado en ella habia mas fuerte,
De pavor lleno y de temor se halla.
Y creyendo que está en huir la muerte
Poderse asconder della ó evitalla,
A los pies la defensa remitiéron
De la espantosa suerte que temiéron.
Todo el bárbaro campo á rienda suelta
Sin órden se metiéron en huida,
Y tras el Rey que dió huyendo vuelta
No quedó Moro que al Christiano impida.
Viendo su gente así el de Eucles revuelta
Con la que iba huyendo de vencido,
A recoger tocó, y la trompa oyendo
Dexó el alcance, el mando obedeciendo.
A un punto fuéron todos recogidos,
Y en el mismo quedo el campo formado,
De modo que los bárbaros vencidos
Volviendo no lo hallen descuidado.
Sus razones miraba esclarecidas
El Rey santo, aunque dellos desviado,
Y gozoso de vér su vencimiento
Mostraba así diciendo su contento.

Si con razon nuestros sucesos vemos,
Y las victorias tantas que alcanzamos,
Ser Dios quien nos las dá conoceremos,
Y que en su virtud sola las ganamos.
Mirad la que en las manos hoy tenemos,
Y la de Bonifaz que á ver gozamos,
Y la que Don Rodrigo Alvarez hubo
De tantos Moros que en el campo tuvo.

De aquí se infiere, que pues él nos guia
Debemos tener cierta confianza
Que nos dará segura y clara via,
Como cumplir se vea nuestra esperanza.
Así el divino protector decia
A los que del gozaban la privanza,
Y pasara adelante, si no viera
De paz junto á su campo una bandera.

Vio que no estaba en alto enarbolada
Sino que un Moro la traia en la mano
A pie, y de una Mora acompañada,
Que la seguia por el verde llano.
Suspensos todos sin tratar en nada
Los estan viendo, mas el Rey Christiano
Porque los vió parar, mandó ir por ellos
Y á su presencia qual venian traellos.

Fué cumplido del Rey el mandamiento,
Y puesto el Moro y Mora en su presencia,
Que con alegre y manso acogimiento
Los recibió, y de hablar les dió licencia.
El Marroquino Príncipe contento,
La piedad viendo igual á la potencia,

Y todo en el extremo aventajado,
Quién es, y quién la Mora le ha contado.
Y tomando el principio de su historia,
Con un largo discurso le dió cuenta
De su dulce tormento y de su gloria,
De su placer y de su honrosa afrenta.
La traicion de Muley le hace notoria,
Y lo que teme, y lo quel falso intenta,
El fin de su deseo, y la confianza
Que en él tenian de su mal andanza.
Quedó suspenso el Rey, habiendo oido
El suceso del Moro y de la Mora,
Y por donde dos Reyes le ha traido
A su poder la suerte vencedora.
Y así viendo que habia concluido
En su discurso, en grave voz sonora,
Destilando suave ambrosia della
Al Moro dice, y á la Mora bella.
No te fatigue estar de Lybia ausente,
Ni á ti el dexar el patrio Señorio,
Pues que venis entre Christiana gente,
Y estais guardados del amparo mio.
Mira el medio que pide el mal presente,
Que mi gusto del vuestro no desvío,
Ora queriendo ir de aquí á otra tierra,
Ora el fin aguardar de nuestra guerra.
Segura hallareis en mí la suerte,
Y con seguro desto estad seguros
Que tratados sereis de aquella suerte
Que estando dentro en vuestros regios muros.

Pedí, para que yo á cumplillo acierte,
Y tengan fin vuestros trabajos duros,
Que yo os recibo, y no por prisioneros,
Si no como á mis propios Caballeros.
  Mandó luego, que junto con su tienda
Otra en que los reciban se formase,
Y á Lope Diaz el cargo dió que entienda
En esto, y los sirviese y regalase.
La guardia que los guarde y los defienda
Señaló, y como aquesto se acabase.
Trompas, caxas, y pífanos se oyéron
Que con alegre son los recibiéron.

LIBRO DUODÉCIMO.

Fatigada Tarfira en su congoja,
Sin dar alivio á su pasion ardiente
Se desespera, aflige, y se congoja,
Aborreciendo quanto via presente.
Ni el dia descansa, ni la noche afloja
Su ánsia, viendo al que procura ausente,
Y mas en la ocasion que lo desvia
Rabiaba en zelos, y en amor se ardia.
  Siempre la causa andaba imaginando
Que en tal extremo la traia muriendo,
Mil formas de remedios aplicando,
Mil trazas quel amor le iba ofreciendo.

Mas á la execucion dellas llegando
Mil imposibles iba prometiendo,
Y así confusa, triste, congojosa,
Para, suspira, gime, teme y osa.
  Tal vez se determina á la venganza
Resuelta con la espada ya en la mano,
Y en sí volviendo dice: ay que no alcanza
Mi corto brazo á donde está el tirano.
Huyó, y con él mi gloria y mí esperanza,
Que con su fe las lleva el ayre vano,
Siendo perjuro en su promesa al cielo,
Aleve, infame en su palabra al suelo.
  Desto, para que mas me ofenda y dañe,
Permite el cielo ser en daño suyo,
Y que á mí la verdad me desengañe
Del mal que veo en que el vivir concluyo.
O ley de amor, permite que me ensañe
Contra el cruel por quien mi honor destruyo,
Y que sabiendo á donde van los siga,
Y qual otra Medea los persiga.
  Desta suerte la Mora enamorada
Los dias y noches consumia en su queja,
De su tierra hállándose apartada
Por quien por otra así la olvida y dexa.
De amor, de zelos, y pasion forzada
Se precipita, y de razon se aleja,
Mas Meleyca su huéspeda, en sus penas
La anima, esfuerza y da esperanzas buenas.
  Meleyca, de Tarfira agradecida,
Que á su marido guareció de muerte,

Viéndola de sus ánsias combatida,
De Bothalá sabiendo ya la suerte,
A su pasion y á su amistad movida,
Temiendo el mal que le aquejaba fuerte,
Un dia á solas se apartó con ella,
Y así dice en razon de su querella.

Desde el dia primero que veniste
A esta tu casa, de Abdalac mi esposo,
Traida á ella, porque en darle fuiste
La vida, con poder maravilloso.
Luego que la ocasion me descubriste
Que te trae de tu patria y tu reposo,
Fuiste de mí informada haberse ido
Con Alguadaira tu amador huido.

Pareciéndome hacerte un gran ultrage,
Y á la amistad una inhumana ofensa,
No saber ya á donde hizo el viage
El que da fuerza á tu pasion inmensa,
Que hacerte puedo bien pleyto homenage,
Que tu misma aflicion me trae suspensa
Viendo como te afliges y consumes,
Y de dar fin á tu vivir presumes.

Acudí á una amiga, que en la Grecia
De padres magos tuvo el nacimiento,
Que este lugar en tanto estima y precia,
Que es sin contradicion su mandamiento.
Esta, del Huerco el gran poder desprecia,
De su voz tiembla el mas profundo asiento,
No hay fuerza que á su gusto no responda,
Ni á su saber hay cosa que se esconda.

Hícele clara tu mortal fatiga,
Tu ardiente pena y tu inhumana suerte,
La justa causa que á tu bien me obliga,
Y la razon que tengo de quererte.
Oyó mi ruego, y fuéme tan amiga
Que la respuesta en obras la convierte,
A su arte sortílega acudiendo,
Las superiores causas inquiriendo.

Tres veces cubrió Apolo el mar profundo,
Y otras tantas se vió su hermana bella
En su argentado carro dar al mundo
La luz que agrada al dios Cynmerio el vella.
Y tantos consultando el sin segundo
Dolor, que te lastima en tu querella,
Mi amiga ha estado, por saber á donde
Está tu amado, ó qué lugar lo asconde.

Y habiendo hecho quanto en esto entiende
La Argólica adivina, con deseo
De dar razon del falso que te ofende,
Y decir donde goza su trofeo.
Dice, quel Rey Christiano lo defiende,
Y que con él está, de donde creo
Que tu remedio es mas dificultoso,
Si un medio no elegimos provechoso.

¿Qué medio puede haber, dice Tarfira,
Que aprovecharme pueda en tal extremo?
Si con prudente proceder se mira,
Todos lo mismo temerán que temo,
Si no hace él rigor y mortal ira
Lo quel fuego no hace en que me quemo,

Ningun remedio puede ser remedio,
Que es gran poder el que me ocupa el medio.
Por los hermosos ojos, larga vena
De perlas derramó la bella Mora,
Indicio dando de la angustia y pena
Que le causaba el Moro á quien adora.
De sí no hace la pasion agena
Meleyca, que igualmente gime y llora
Que la triste Tarfira, y asi estando
Las estorbó Habul Hacén entrando.
Los ojos puso luego en la llorosa
Y amada suya, aunque no de ella amado,
Y el color viendo de púrpurea rosa
Del humor cristalino rociado.
Quedó suspenso sin decille cosa,
Al mismo llanto casi povocado,
Y viendo que ella un poco se sosiega,
Diciendo asi, á donde esta se llega.
Si la causa, ó Tarfira á quien adoro
Es sola la ocasion que yo imagino,
Mi fe te doy como hidalgo Moro
De morir ó vengar tu ultrage indigno,
Que á servirte guardándote el decoro,
Con las armas me pongo en el camino,
A Muley Bohacén acompañando,
A Bothalá y á la Infanta procurando.
Tiene aviso que están con el Christiano
Conqnistador, en amistad acetos,
Desto Muley, en furia ardiendo insano,
Las armas toma sin mirar respetos.

El Rey le ha dado facultad y mano
Que haga qual la causa los efectos,
El sobrino promete la venganza
Contra quanto poder el mundo alcanza.
  Viendo yo una ocasion tan oportuna
A Muley supliqué me concediese
Que habiendo de ir con él persona alguna
(Qual era fuerza) yo el nombrado fuese.
Favorecióme en esto la fortuna
Porque á servirte, qual deseo; acudiese,
Nombrome , mira ahora lo que quieres,
Y pide aquello que servida fueres.
  Botalhá como sabes te ha ofendido
En el honor, y dexa escarnecida,
Sin acordarse que jamas te vido,
Qual la esperanza vemos conocida.
Yo que á tu voluntad tengo rendido
El vivir mio, y no deseo la vida
Si no para ocuparla en solo aquello
Que es gusto tuyo sin jamas torcello.
  De tu ofensa ofendido vengo solo
A que el órden me des que siga en esto,
Si quieres que te vengue, y vengue el dolo
Del Rey perjuro al firme amor y honesto.
Por quel siguiente dia quando Apolo
Con luz el mundo haga manifiesto,
En singular batalla ha de probarse,
Con quien posible no será escaparse.
  Mira si gustas que en prision lo traya,
Y no consienta que le dén la muerte,

O si te agrada que con vida vaya
Suelto, á gozar de tu felice suerte.
Esto será con que un concierto haya
Entre tí y entre mí, que has de ofrecerte
A que siendo cumplido lo que digo,
Has de cumplir la voluntad que sigo.
  La discreta Tarfira, conociendo
El arrogante proceder del Moro,
Levanto el bello rostro, recogiendo
A las espaldas las madexas de oro,
Y dixo: amigo Hebul Hacén, yo entiendo
Que á tu valor no guardas el decoro
En prometerme cosas imposibles,
Que serán, aunque sean, increibles.
  Bien sabes tú, y el mundo sabe claro,
De Botalhá los valerosos hechos,
Bien sabes tú quel solo ha sido amparo
De Africa y de Lybia en sus estrechos:
Bien sabes que á su esfuerzo y valor raro,
Ni hay enemigas fuerzas, ni pertrechos
Que se le puedan resistir, y sabes
Mas que del digo aunque no le alabes. (bre
  Pues sabes esto, y sabes que hombre á hom-
En singular batalla ha dado muestra
Con los mas fuertes, y de mas renombre
Que tiene y conoce la edad nuestra.
¿Por qué quieres tú ahora que me asombre
Que pruebe con Muley la fuerte diestra?
Si contigo y Muley, y todo el mundo
Lo hará el valor suyo sin segundo.

Con esto á tu demanda doy respuesta,
Y que decir no tengo mas en esto,
Ve, y las cosas á la lid apresta,
Pues que qual dices ha de ser tan presto.
Y mira que en el campo he de estar puesta,
Porque todo me sea manifiesto:
Esto diciendo vuelve desdeñosa,
Y el Moro ardiendo en saña va furiosa,

Mil congojas de nuevo se le ofrecen
El caso triste en que se via pensando,
Que aunque el ánimo invicto no enflaquece,
El anima le estan atormentando.
Y así las formas viendo que guarnecen
El cielo las tinieblas alumbrando,
A su huéspeda pide que le acuda,
Y en aquel menester le dé su ayuda.

A donde estaba Abdalac herido
Entra, y su intento y la ocasion le cuenta,
Del fiero Habul Hàcén el encendido
Amor, y lo que mas de nuevo intenta.
Y que para acudir á su querido,
Y dar principio á remediar su afrenta,
Armas le dé y caballo, con que entiende
Librar su honor, y ver lo que pretende.

Levantó el rostro el fatigado Moro
Por la flaqueza grande que tenia,
Y dixo: no me guardas el decoro
Tarfira, en no aguardar la salud mia.
Y así te ruego, por el dios que adoro
Que me dexes tenerte compañía,

Y no me aguardes mas de quanto pueda
Tenerme en pie, y de tí se me conceda
Yo te pondré en presencia de tu amnte
Y que te hables con él como conmigo,
Que le pidas teniéndolo delante,
La fe que de cumplir quedó contigo.
Y si fuere el cumplírtela importante,
Que te la cumpla qual quedó me obligo,
Detente ahora, y á Muley no temas,
Que Botalhá castigará sus temas.
Sabiendo lo quel pérfido inhumano
Habul Hacén, contra mi Rey ordena,
¿Será (dice Tarfira) acuerdo sano
Que dexe en él executar la pena?
No será, en quanto aquesta diestra mano
No estuviere deste brazo agena,
Y este constante corazon rigiera
El que en él vive y á la Infanta quiere.
No pudiendo Abdalac mover su intento,
Ni persuadir á la Africana Mora,
Que por entónces dexe el pensamiento
A que le instiga la pasion que adora.
Acudiendo á cumplir su mandamiento
Traer las armas hizo allı á la hora
Las quales se arrojó Tarfira encima,
Sin que le agrave el peso ni le oprima.
Con el cerrado yelmo el rostro bello
Cubrió, ascondiendo su beldad divina,
Agrabando los lasos del cabello,
De belleza extremada y peregrina.

Que si dexara así de recogello
No saliera de Aurora matutina,
Que al punto por las puertas del oriente
Salió mostrando la rosada frente.
Resonó al punto desde el alto muro
El cóncabo metal con ronco estruendo,
Por señal dado para el caso duro,
Y prevenir la gente el son horrendo,
Que en siendo oido nadie fué seguro
A las horribles armas acudiendo,
Las puertas, calles, muros ocupando,
Y el Real Alcazar rodeando.
Tarfira, oyendo la señal de Marte,
La espada aplica en el siniestro lado,
Y de Muleyca, y de Abdalac se parte
Donde de amor llevaba su cuidado.
Y sin andar de una á otra parte
Se fué al Alcazar, do halló formado
Un campo en orden de batalla puesto,
Para el efecto en la ocasion dispuesto.
A la parte que ménos gente habia,
Y que con mas secreto estar pudiese,
Allí el caballo presurosa guia,
Y allí se asconde al vulgo que la viese.
Mas la luz del cercano y claro dia
Hizo que todo manifiesto fuese,
Y con la luz la causa se aclarase
Que á la trompa hacia que resonase.
El desafio fué contado luego
Que á Botalhá Muley á hacer iba,

Llevado de su honor y ardiente fuego,
Que de toda razon lo aparta y priva.
En esto se ocupaba el vulgo ciego,
Dicho generalmente con voz viva,
Quando baxą Muley y Hacén armados,
De un Rey de armas delante acompañados.
Lanzas, adargas toman y caballos,
Y con quinientos Moros de pelea
De la guardia del Rey, para guardallos
Salen, y van donde Muley desea.
Entre ellos va Tarfira, sin dexallos,
Que la pasion le anima y le espolea,
Que la fuerza de amor es poderosa,
Y en pecho noble no le impide cosa.
Hacen los Moros alto, y luego parte
El Rey de armas al campo del Christiano,
Apercibido del ingenio y arte,
Que el caso pide á que se via cercano.
Y en la presencia del Sydereo Marte,
Con grave aspecto y con semblante ufano,
Siéndole de hablar dada licencia,
Propone así, con libre preeminencia.
Pues me concede tu Real grandeza,
O poderoso Rey; que ante tí hable,
Perdona del estilo la baxeza,
Y advierte en la ocasion, que es memorable.
Esta, de Marte pide la fiereza
De quien un fin se espera miserable
Entre Muley, de nuestro Rey sobrino,
Y Botalhá, que á tí huyendo vino.

Este del patrio Reyno estando ausente
Vino á Sevilla, donde fué admitido
De Axartaf, y con mando preminente,
Y con obras de Rey favorecido.
Y olvidado de aquesto, injustamente
A su hija le truxo, y ofendido
Deste insulto, Muley lo desafia,
Y á que lo desafie el Rey lo envia.

Súplicate permitas que se haga
La singular batalla con seguro,
Porque del hecho la debida paga
Haya el aleve en el combate duro.
Y porque Botalhá se satisfaga,
Entre tu campo y el cerrado muro
Pide que sea la lid, la qual demando
Por Muley, que en el campo está aguardando.

Inclinó la cabeza, y sobre el pecho
Los dos brazos cruzó, llegando á tierra
Las rodillas, y ufano y satisfecho
Quedó así, en denunciar la guerra.
Botalhá á informar de su derecho,
Y á que se entienda que en lo dicho yerra
En llamarle alevoso, al Rey suplica
Le oiga, y su razon así publica.

Yo vengo, ó soberano Rey, forzado
De lo que en tu presencia se ha propuesto,
En mi razon qual debo confiado,
Y en la verdad que te he contado en esto.
Y vengo á suplicarte, que otorgado
Le sea el campo que demanda presto,

En donde se verá, Rey poderoso,
Si es Batalhá ó Muley el alevoso.
Sin exceder de la verdad un punto
Sabes de mi la verdadera historia,
Y ella en el paso á que me veò tan junto
Si es qual he dicho así me dé victoria.
Con las armas estoy ya puesto á punto,
Ante tí vengo á que me des tal gloria
De que en batalla singular me vea
Con él, que contra la verdad pelea.
No dixo mas el Príncipe Africano,
Que la ira y deseo que tenia
A las razones fuéron á la mano,
Y la lengua quedó suspensa y fria.
Mas el divino protector Christiano
Que todo el caso y la verdad sabia
Al Rey de armas concede lo que pide,
Y con aqueste acuerdo lo despide.
Partió el Rey de armas, y la invicta gente
Se puso en arma por el Rey mandado,
Y el Africano Príncipe valiente,
Puesto á caballo se presenta armado.
Pide licencia, y con valor ardiente
Sale, llevando á su derecho lado
A Lope Diaz de Alfaro, y al siniestro
A Garci Perez, luz del siglo nuestro.
Llamó en secreto el Rey al invencible
Don Pedro Ponce de Leon, diciendo:
Don Pedro, yo imagino, y es creible
Haber engaño en esto que estoy viendo.

El caso es grave, la ocasion terrible,
Partí con gente á Botalhá acudiendo,
No pueda si hay traicion hacelle daño,
Pues vuestra espada atajará su engaño.
El valiente Español, el leon fuerte,
A la merced del Rey agradecido
Inclinó la cabeza, y desta suerte
Le prometió que del seria servido.
Y con aquel denuedo que á la muerte
Pone en pavor, del Rey se ha despedido,
Sube á caballo, apaña un hasta, y parte
Confiando en sí solo el fiero Marte.
En seguimiento suyo salen luego
Docientos de á caballo que los guarden,
Que en vivo ardor de glorioso fuego
Sus no rendidos corazones arden.
Van tras sus pasos sin tener sosiego,
Y puestos donde en la ocasion no tarden,
Hicieron alto, viendo que salia
El Rey de armas, y el campo les partia.
Muley al punto en un feroz caballo
Rucio, de los de Africa ligeros,
Que sin freno pudiera gobernallo,
Y entrar sin miedo en los asaltos fieros,
Sin aguardar que vuelvan á llamallo,
Contra los dos Christianos Caballeros
Salió, á su enemigo conociendo,
Caballo, adarga y lanza apercibiendo.
Pónese en frente, y por su nombre llama
A Botalhá, pidiéndole que venga

A la batalla, si su nombre y fama
Quiere quel nombre que ha tenido tenga.
Botalhá, que la misma ocasion ama,
Sale sin quel Rey de armas lo detenga,
Que los puestos andaban señalando,
Partiendo el sol los pactos asentando.
A una se arremeten furiosos
Los dos valientes Moros, de la suerte
Quel aquilon y el Africano animosos
El uno contra el otro horrible y fuerte.
Que con porfia y soplos espantosos
El mar en blanca espuma se convierte,
Y del centro remueven las arenas,
Y las riberas braman de horror llenas.
Las riendas largas, con hervor batiendo
Las pungientes espuelas, se enristráron,
Llenos de furia y de corage horrendo,
Y las dos lanzas sin lision quedáron,
Al punto los caballos revolviendo,
Sin perder punto á arremeter tornáron,
Dándose dos encuentros, que hicieran
Que dos montes de acero se movieran.
Quedáron fixos sin perder las sillas,
Mas las dos lanzas hechas mil pedazos,
Volar al cielo viéron en astillas,
Quedando casi asidos á los brazos.
Aqui Muley, juzgando por sencillas
Sus fuerzas si se estrechan en abrazos,
Puso á la fiera cimitarra mano,
Antes que se mejore el Africano.

Revuelve Botalhá el caballo fiero,
Mas su enemigo ántes que revuelva,
Con presurosos golpes va ligero
Sobre él, privando que al combate vuelva.
Rendido quiere que lo vean primero,
Y no que en nueva lid con él se envuelva,
Y así, sin desviarse dello aqueja,
Que mejorar ni aun respirar le dexa.
De entre los Moros un clamor confuso,
Con ronco son iba ocupando el viento,
Siguiendo en esto su discorde uso,
Cantando por Muley el vencimiento.
Axartaf, que á mirar la lid se puso
Desde el cerrado muro, está contento
Viendo á Muley, del modo que traia
A su contrario, y como lo heria.
Botalhá, viendo á su enemigo junto,
Y que de sí apartarlo era imposible,
Y que su suerte estaba puesta en punto
De acabar con infamia y muerte horrible,
Tuvo el escudo apercebido á punto,
Y con destreza y ánimo increible
Al tiempo que baxar vió el brazo alto,
Largó el escudo y dió en el suelo un salto.
Sobre el escudo descargó el furioso
Golpe, que arrebatado por delante,
Por el ayre fué en vuelo presuroso,
Qual presto rayo ó qual estrella errante.
Botalhá fiero, entero y animoso,
Sobre él revuelve con valor constante,

Y son pesados golpes lo detiene,
Aunque así á pié y sin escudo viene.

Comienza, aunque en armas desiguales,
La lid de nuevo, y á herirse fieros,
Señales dando de su esfuerzo, tales
Quales prometen tales Caballeros.
Tarfira, llena de ansias inmortales,
Mira la horrible lid de los guerreros,
Poniendo el alma á cada golpe crudo
Que su amante aguardaba sin escudo.

Entre sí se está en ánsias deshaciendo,
Llena de amor, y de rabiosa ira,
A su querido en la batalla viendo,
De rabia gime, y de dolor suspira.
Quiere salir, detiénese temiendo
Que si estorba la lid, el Rey la mira,
Si no la estorba, está en peligro puesto
Su amante, y ve su daño manifiesto.

Perplexa está, dudosa y combatida
De mil contrarios, sin saber que haga,
Como dar pueda á Botalhá la vida,
Y su amor y su honor se satisfaga.
Despues de estar en esto suspendida,
Sintiendo fiera la pungiente llaga,
Sin poner cosa á su deseo delante,
Rompió por todo á remediar su amante.

Los dos andaban en la lid sangrienta
Sin que de un bando ni otro se moviese
Persona, mas que estar teniendo cuenta
A lo que el cielo dellos despusiese.

Tarfira fiera, el fiero alfange tienta,
Pica el caballo, y como Muley fuese
A Botalhá, entre los dos se mete,
Y con Muley, que lo seguia arrémete.
El bárbaro revuelve, ella furiosa
Con fieros gulpes sin cesar lo aqueja.
Botalhá, estimulado de ira honrosa,
Del que á favorecerlo entró se queja.
Ponése en medio, y dice en voz rabiosa:
Que si del puesto luego no se aleja
La muerte le dará; Tarfira calla,
Y con Muley prosigue su batalla.
Asió la rienda Botalha á Tarfira
Diciendo: esta es maldad de mi enemigo,
Con esta industria quiere con mentira
Decir que peleó mas que conmigo.
Muley un golpe á Botalhá le tira,
Diciendo: dexa pelear tu amigo,
Que tu flaqueza conociendo claro,
De entre los mios sale á darte amparo.
Sobre Tarfira revolvió al momento,
Fieros golpes en ella redoblando,
Ella no ménos con valor y aliento,
En ofenderle se iba adelantando.
Niégale el deseado vencimiento,
Con un golpe tan fiero descargando,
Que perdió los estribos, y el caballo
Cayó, que mas no pudo levantallo.
Muley al punto en pié se puso fiero,
Va contra ella, y Botalhá lo impide

Diciendo á voces: quel es el guerrero,
Y que á él solo la ocasion le pide.
Y puesto pecho á pecho el delantero,
La cimitarra con su alfange mide,
Habul Hacén, con una gruesa lanza,
A Botalhá hiriendo se abalanza.
Tarfira, al tiempo que enristró el aleve,
Que dar la muerte á su señor queria,
Atravesó el caballo, y fué tan breve,
Que la enemiga lanza le desvia.
Y porque el premio de su intento lleve,
Que era el amor que della pretendia,
Sobre los dos estribos se endereza,
Dándole un fiero golpe en la cabeza.
Perdió las riendas, y el sentido junto,
Viniendo á tierra con aquel estruendo,
Que si la tierra se hundiera al punto,
Que en ella el grave peso fué cayendo.
Botalhá, viendo su caballo á punto,
La adarga y lanza toma, en él subiendo,
Da voces el Rey de armas, los Christianos
A detener se meten los Paganos.
Comienza de ámbas partes un ruido
Confuso, demandando la victoria,
Muley da voces, dice que ha vencido,
Y que es traicion la que se usó notoria.
Botalhá, dice: tu no me has rendido,
Ni el mundo tiene á quien se dé tal gloria,
Y esa traicion salió dentre tu gente,
Que yo qual sabes, della estó inocente.

Prendan aquese Moro, que contigo
Probó su fuerza, y sepan dél si tiene
Pacto, concierto ó amistad conmigo,
O si contigo, ó si conmigo viene.
Por esta via se sabrá que digo
Verdad, y que mi brazo la mantiene,
Y en el campo qual ves y á tiempo estamos,
Que la lid acabemos que empezamos.

De todos el acuerdo fué aprobado,
Y de Tarfira oido, mas revuelve
El caballo, diciendo: el mas osado
Llegue á prenderme, quel verá qual vuelve.
Y si Muley se siente injuriado,
Y Botalhá de culpa no me absuelve,
El que de entrambos mas sentido queda,
A entrambos vengan do probarse pueda.

Volvió la rienda, y el caballo pica
Por el tendido y espacioso llano,
Muley, así el desafio se aplica,
Como el que fué ofendido de su mano.
En contra desto Botalhá replica,
Que tras él vaya un Moro y un Christiano,
Y no ninguno dellos, que son parte,
Y la verdad encubrirán con arte.

Habul Hacén furioso se levanta
Del golpe que le dió Tarfira bella,
Y dice: de ese que huye y se adelanta
La suerte es mia, y no es razon perdella.
Nómbrame á mí, pues con infamia tanta
Me derribó, y es justa mi querella,

Que yo te lo traeré ó le daré muerte,
O me ofrezco á sufrir la misma suerte.
Fuéle otorgado á Habul Hacén que fuese
Por parte de Muley, qual él pedia,
O que allí muerto ó vivo lo truxese,
O razon de la ocúlta alevosía.
Botalhá, porque cierto se entendiese
Que él de aquella maldad nada sabia,
A Lope Diaz de Alfaro señaláron
Por él, y dél el caso confiáron.
Parte al momento el bárbaro guérrero,
Sin aguardar caballo, como estaba
A pié y cubierto de pesado acero,
Aunque del peso poco se curaba.
Lo propio hizo el Christiano Caballero,
Con la priesa que el caso demandaba,
Pica el caballo, y aunque mas lo aqueja,
Atras el Moro que iba á pié no dexa.
Botalhá pide que Muley concluya
El combate, y Muley lo propio pide,
Y dice: que pedirlo es suerte suya,
Como estorbar lo que acabarlo impide.
Mia sí es esa suerte, que no tuya,
Si la ocasion el justo acuerdo mide,
El Príncipe de Lybia dió en respuesta,
Y el fuerte escudo y corbo alfange apresta.
El Rey de armas en medio de ámbos puesto,
Pide que se suspenda la batalla.
Por entónces, y vueltos á su puesto,
Despues podrán, qual piden acaballa.

Estando solo confiriendo en esto,
La trompa resonó de la muralla,
Que era señal, que al punto que la oyesen
Todos á la ciudad se recogiesen.
  Fué hecho así, y los bárbaros se entráron,
Dexando el campo, en el cerrado muro;
Los Christianos allí á aguardar quedáron
A Lope Diaz, por que esté seguro.
Que yendo con el Moro que enviáron
Tras del que revolvió el combate duro,
Que viéndose seguir revolvió á ellos
Diciendo así, haciendo suspendellos:
  Si á buscarme venis, ya estoy presente,
Si á probaros conmigo, ya os aguardo,
Y si es á esto, salga el mas valiente,
Y aunque entrambos salgais no me acobardo.
El Moro lleno de furor ardiente,
Dice: eso pide el fuego en que me ardo,
Eso es solo á lo que vengo, y creo
Que nos rige á los dos solo un deseo.
  Contra Tarfira el brazo levantando
Habul Hacén, arremetió furioso,
Del cielo y de su suerte blasfemando,
Si no alcanzaba el premio victorioso.
Lope Diaz de Alfaro, emparejando
Con él le dice: aguarda y ten reposo,
Que ese no es solo el fin á que venimos,
Pues así la verdad no descubrimos.
  Proponle el caso, y quando no hiciere
En él lo que le fuere demandado,

En tal caso la espada se requiere
Que ponga fin a lo que está empezado.
Y porque nuestro hecho se difiere,
Digo: que tu furor sea sosegado,
Y el tuyo enfrenes, dándonos respuesta
Qual pide el caso verdadera y presta.
Tarfira el furioso ardor sosiega,
Reprime el alterado movimiento,
La espada abaxa, y al Christiano allega,
Diciendo, que hará su mandamiento.
Que pida, que su fe le da y entrega
De decirle verdad con juramento,
Y esto afirmando, levantó la mano
Y así prosigue (oyendo esto) el Christiano:
No dudo que de tí me sea cumplida
Esa palabra, y con seguro della
Que la verdad nos sea referida
Como de quien es justo mantenella,
Digo, que pues de nadie no es sabida
La razon que de ti nos da querella,
Por haberte á Muley así atrevido,
De donde un gran escándalo ha nacido.
Porque los que se allegan á su parte,
Y la voz toman en defensa suya,
Y Muley mismo dice que fué arte
De su enemigo la osadía tuya.
Botalhá se disculpa con culparte,
Diciendo: que traicion que se le arguya
Tal cosa, porque ni él sabe quien eres,
Ni que ocasion te mueva, ni que quieres.

Fué acordado, para que esto fuese
Qual es razon, á todos manifiesto,
Porque á ninguno culpa se le diese
Sin saber ántes si es culpado en esto;
Que Habul Hacén viniese, y yo viniese,
Por Muley él, por Botalhá yo puesto,
A que digas por quien te dispusiste
Al temerario hecho que emprendiste.

Haciendo en esto tú lo que pedimos,
Libre en su honor será el que está sin culpa;
Nosotros nuestro intento conseguimos,
Y tú absuelto del crimen que te culpa.
De otro modo los dos que á esto acudimos,
No tendremos legítima disculpa,
Si muerto á donde estás no te dexamos,
O á que lo digas preso te llevamos.

Si se concluye tu razon en eso,
Y la venida de ámbos esa ha sido,
Tarfira respondió, yo te confieso,
Que justa causa á todos ha movido.
Y porque entiendan que ese no fué eceso,
Y si lo fué, de mí fué cometido,
Sin quel temor me fuerce á que lo diga,
El honor de esos Príncipes me obliga.

Yo hago juramento, y por testigo
Al gran Profeta en mi verdad presento,
Que es verdad pura lo que en esto digo,
Y no invencion ni falso juramento.
Que tengo á Botalhá por enemigo,
Y que guerra mortal con él sustento,

Y que ayudalle fué porque no fuese
De Muley muerto, sin que yo lo hiciese.
De Habul Hacén (esta razon postrera)
Fué la hermosa Mora conocida,
Y la voz levantando dixo: ó fiera,
A un alma triste á tu querer rendida.
¿Por qué, ó ingrata, así de tal manera
Tratas al que te dió esa injusta vida,
Y le diste la vida al que tu honra
Ofende, y solo aspira á tu deshonra?
Dime cruel, que nombre tal se debe
A quien usa conmigo tal crueza:
¿Qué razon hay, que ley, que Dios que aprueba
Tan inhumana y áspera fiereza?
De mí no te lastima ni conmueve
El llanto, afan, y la mortal tristeza
En que vivo por tí, que con tal furia
Hiriéndome heciste tal injuria.
Pues no se ablanda tu inhumano pecho
Con lástimas ni obras, yo te juro
Que ha de hacerse bueno mi derecho
Con saña horrible y tratamiento duro.
Y que la injuria que á Muley has hecho,
Por dar la vida á Botalhá perjuro,
Has de pagar de modo, que la paga
Igualmente nos vengue y satisfaga.
Levantó la visera la hermosa
Mora, y el rostro descubrió divino,
Coloreado qual purpúrea rosa
Cubierta de rocio cristalino.

Y dice: si tu industria es poderosa,
Si tu traicion te abre algun camino,
Has todo aquello que te diere gusto,
Que yo haré lo que es honor y justo.

Yo (qual ya sabes) vengo procurando
A Botalhá, que huye de cumplirme
La fe, y la mano que me dió, jurando
De por muger legítima admitirme.
Esta fe, de que así me va faltando,
Está en mi alma, y estará tan firme,
Que primero huirá el terreno asiento,
Que pueda haber en ella mudamiento.

Siempre de mí has habido por respuesta:
Que este Príncipe solo es á quien quiero,
Que en este solo, el alma mia está puestà,
Que este la rige, y este es por quien muero.
Despues desto ¿seria cosa honesta,
Que á un Príncipe prefiera un escudero?
¿Quel Rey por un vasallo se posponga,
Y la gloria á la infamia se anteponga?

Mira tú esto, y tú Christiano advierte
Por la misma razon, que fué mi intento
Librar mi amado de la cierta muerte,
Y no á Muley quitar el vencimiento.
Por él probé la peligrosa suerte,
Y á quantas mas hubiere me presento
Por él, y no por él aunque lo digo,
Mas porque nadie ofenda á mi enemigo.

Esto direis que fué la intencion mia,
Y no otra cosa, ni por otro acuerdo,

Y el que dixere que es alevosía,
De la verdad se aparta y de ser cuerdo.
Este afecto me aspira, este me guia,
Este me trae, y por él la vida pierdo,
Por este, y por la causa del que adoro,
Y esto deci al Christiano y vando Moro.
Y tú, Christiano, que verás presente
Al que la causa de mi daño ha sido,
Así á tu ruego el cielo sea clemente,
Y quanto le pidieres veas cumplido.
Que le digas por mí, que si consiente
La fe Real faltar lo prometido,
Que si se acuerda de una desdichada,
A quien faltó en la fe, y dexó burlada.
Que esta, á quien en Marruecos de esta suerte
Dexó, á procurarlo viene ahora,
Y que si el cielo no le da la muerte,
Ha de ser de su ofensa vengadora.
Con esto, señor mio, puedes volverte,
Dexando aquesta desdichada Mora
Amenazada y puesta en tanto daño,
En tal peligro y en dolor tamaño.
Enternecióse y reprimió el acento,
Anudada la lengua con el llanto,
Y con un sosegado movimiento,
De su congoja encubrió el quebranto.
Sintió el Christiano el propio sentimiento,
Y con ella á hacer vino otro tanto,
Quel sentir las pasiones con terneza,
Es grandeza de ánimo y nobleza.

Suspenso estuvo, y congojoso en vella
De aquella suerte, mas en sí volviendo,
Ccn voz que nectar despedia della,
A Tarfira se vuelve así diciendo.
Justa es tu queja y justa tu querella,
Y justa la ocasion de andar muriendo,
Que por quien es, será gloriosa suerte
Qualquier suceso aunque suceda en muerte.

No tengo en esta parte que decirte,
Pues que contigo está tan saneada,
Sin cansarme de nuevo en persuadirte,
Que ha sido tu aficion bien empleada.
Solo (á poder) quisiera reducirte
A que entiendas que dél no eres burlada,
Aunque lo ves con otra, por que en eso
No tiene culpa, y fué extraño suceso.

Todo lo sé, le respondió Tarfira,
No tienes mas que persuadirme en esto,
Que si mi causa con razon se mira,
Será la suya condenada presto.
Y por que el llanto se convierta en ira,
Permíteme que dexe aqueste puesto,
Y vete en paz, que yo en mi ardiente guerra,
La muerte iré buscando en esta tierra.

No, (dice Habul Hacén) tú has de ir conmigo,
Que yo qual sabes debo acompañarte,
Y donde fueres tengo de ir contigo,
Que en mi mano no está el poder dexarte.
Tarfira airada, al Moro su enemigo,
Dice: mas sano te será el quedarte,

Yo tengo de ir, Habul Hacén responde,
Aunque te vayas donde el sol se asconde.
  La espada empuña la indinada Mora
Diciendo: quando á eso te atrevieres,
Este brazo y espada vengadora
Te dará el premio que es razon que esperes.
Y porque llegue de tu fin la hora,
La muerte habiendo que á tu Rey dar quieres,
Pues yo soy causa de tu aleve furia,
Yo con tu muerte atajaré su injuria.
  Tarfira al Moro arremetió furiosa,
Y Lope Diaz de Alfaro la detiene,
Gime el Moro de pena congojosa,
Los brazos cruza y á do está se viene.
Pídele que la saña rigurosa
Despida, y la crueldad que le mantiene,
Ella con espantosa y cruda vista
No le responde ni hay quien le resista.
  Desta suerte, ella fiera, y él llorando,
Lope Diaz en medio de ámbos puesto
Desvia al Moro, á ella está rogando,
El le importuna, y ella dexa el puesto.
Este extraño suceso imaginando,
Duda el Christiano lo que haga en esto,
Mas acudiendo á su valor divino,
Y su alto ingenio elige este camino.
  Que á dar cuenta á Muley, del caso fuese
El Moro, y que la Mora se quedase
Allí, y desde allí la via siguiese
Que mas á sus designios conformase.

Propuso el caso, y como lo dixese,
Dixo el Moro, que tal no le mandase,
Que él habia de ir acompañalla,
O morir ántes que pensar dexalla.
  La Mora replicó, que si él queria
Contra su voluntad hacer tal cosa,
Que presto arrepentido se vería
Con muerte, y con infamia vergonzosa.
Sobre esto entre ámbos crece la porfía,
En ella el odio, en él la ánsia amorosa,
Mas el Christiano su contienda oyendo,
Resume el caso así á los dos diciendo.
  Tú por la parte de Muley veniste
A saber quien al Príncipe Africano
Favoreció, y sobre esto te ofreciste
Que preso ó muerto al campo iria el Pagano.
Esta palabra que á los tuyos diste
No les puedes cumplir ni está en tu mano,
Porque ni ella dexará llevarse,
Ni dexar por mi parte de ampararse.
  Por Botalhá qual sabes me eligiéron
A procurar lo propio á que has venido,
La mesma facultad que á tí me diéron,
Lo propio que ofreciste he yo ofrecido.
Asíque en lo que en esto pretendiéron.
Saber, llevamos como ves sabido,
Ya nos consta que no es alevosía,
Y que la culpa de ámbos se desvia.
  Vamos juntos de aquí, quédese ella,
Elija aquello que por bien tuviere,

Que yo por fuerza debo defendella,
Que á mi oficio, y mi parte se requiere,
La cabeza abaxó la Mora vella
Diciendo: eso me avisa que no espere,
Vuelve la rienda y sigue el verde llano,
Lo propio hizo el Moro y el Christiano.
A la ciudad el bárbaro camina
A dar cuenta del caso, y al momento
De volver á buscarla determina,
Que no le da mas venia su tormento.
Lope Diaz, sus pasos encamina
Do le aguarda el Christiano Ayuntamiento,
Con el qual luego á darle cuenta parte
Del sucedido caso al santo Marte.

00101843

Digitized with financial assistance from
Observer Research Foundation
on 17 May, 2019